

CASA

DE LA

CULTURA

ECUATORIANA

5

001

REVISTA

# CASA DE LA CULTURA ECUATORIANA

## SUMARIO:

### ENSAYOS

Isaac J. Barrera: Cervantes, una parábola luminosa . . . . .	7
Antonio Jaén Morente: Don Miguel de Cervantes . . . . .	30
Leopoldo Benites Vinuesa: El quijotismo como actitud . . . . .	75
hamón Lusía Rodríguez: Cervantes: el hombre y la obra . . . . .	117
Alejandro Carrión: Los compañeros de don Quijote . . . . .	137
Hugo Alemán: Aspectos de Cervantes y el Quijote . . . . .	179

### NUESTRA MESA DE LIBROS

Luis L. Franco: Rosas en anécdotas. -- Celedonio Nin Silva: Introducción al estudio de las religiones . . . . .	221
---	-----

1948  
105  
9/5

Este libro es propiedad de la Biblioteca  
Nacional de la Casa de la Cultura  
SU VENTA ES PENADA POR LA LEY

CASA DE LA CULTURA ECUATORIANA

REVISTA

TOMO II



HOMENAJE

A

DON MIGUEL DE CERVANTES

SAAVEDRA

**BIBLIOTECA**

DE LA CASA DE LA CULTURA — Quito

REF. N° 930 ▲  
FECHA DE CONSTATAACION ..... 30 DIC 1949  
VALOR 3/5 .....  
CLASIFICACION .....

SE PUBLICA BAJO LA DIRECCION DE

Dn. GONZALO ZALDUMBIDE

# CASA DE LA CULTURA ECUATORIANA

REVISTA

TOMO II Agosto-Diciembre de 1947

Nº. 5

Director:

*Benjamín Carrión*

Jefe de Redacción:

*Jorge Escudero*

Redactores:

*Pío Jaramillo Alvarado*

*Jorge Icaza*

*Juan Morales y Eloy S.S.*

*Julio Aráuz*

*Jorge Bolívar Flór*

*Ángel Modesto Paredes*

Editor:

*Alejandro Carrión*

Secretario de Redacción:

*Humberto Mata Martínez*

DIRECCION:

QUITO, MARIANO AGUILERA 332, APARTADO 67

# ENSAYOS

# CERVANTES, UNA PARABOLA LUMINOSA

Por ISAAC J. BARRERA

## I

El hidalgo desafortunado y valeroso, Miguel de Cervantes Saavedra, fué, sin duda alguna, uno de esos vértices de equilibrio señalados de época en época en la literatura castellana: lo culto y lo popular; lo difícil y lo claro; Juan de Mena y el Arcipreste; Góngora y Cervantes.

La armonía, el equilibrio, la profunda claridad, la llaneza inaccesible, se han juntado en la obra de Cervantes. Ríos caudalosos provenientes de encontradas riberas: el cultismo que se exacerba y tiende a conquistar; el cristianismo que no admite contemporizaciones; el idioma que quiere saltar en pedazos para fundir formas nuevas en moldes no fabricados aún, pero que se han delineado ya en las mentalidades del Siglo de Oro. El crisol iba a darlo Cervantes con su obra de armonía dulcificada y llena de idealidad generosa, que se diluye en una suave sonrisa.

Lo curioso es que entre estas corrientes encontradas hay que apreciar la caudalosa vena de inspiración, erudita y sabia de Góngora, que imponía respeto y también causaba ira, dándole amigos pudientes y enemigos poderosos. Las generaciones futuras han tenido que declararse vencidas por el ingenio de este hombre y de este poeta. Francisco de Quevedo fué una de esas fuerzas con que la naturaleza coronaba el heroico esfuerzo de España en aquel tiempo; el concepto salía de los labios de Quevedo como producto de su erudición, pero también de su ingenio cáustico. Lope de Vega estaba considerado como el Fénix de los ingenios. El teatro de Lope será el admirable monumento de la inteligencia, pasmo y admiración de los siglos.

Cervantes vivió en el mismo tiempo que estos notables ingenios; pero en cierto modo fuera de las agrupaciones que los rodeaban, aplaudían y admiraban. No tuvo la prestancia suficiente ni los valimientos que se necesitaban para brillar ante el público y hacerse merecedor de la protección y el favor de los magnates que gustaban rodearse de las celebridades de la inteligencia, como de una clase de servidores más altos. Cervantes luchó contra la suerte y contra el medio. A duras penas podía vivir en ocupaciones ajenas a la literatura. No se le encuentra mezclado en las frecuentes riñas de los literatos, sino cuando ya cansado de la indiferencia de sus contemporáneos se propuso demostrar que su talento podía ser par con el de los otros, tan admirados y recompensados. Entra a la competencia a disputar los laureles; su pluma de combate no tiene hiel; a lo sumo una acidulada amargura, que es dolor y sonrisa.

Cervantes es claro, despejado, limpio y riente; las palabras manan con encantadora suavidad; no parece que su lema fuera el aconsejado por Cipión: "murmura, pica y pasa, y sea tu intención limpia, aunque la lengua no lo parezca". Pero en Cervantes, la lengua y la intención eran limpias; juzgaba con serenidad; se lamentaba sin odio. Su juicio es sereno; a lo sumo quisiera que su voz tuviera la extensión suficiente para ser oída, sin embargo de

considerar que "nunca el consejo del pobre, por bueno que sea, fué admitido, ni el pobre humilde ha de tener presunción de aconsejar a los grandes y a los que piensan que se lo saben todo. La sabiduría en el pobre está asombrada; que la necesidad y miseria son las sombras y nubes que la escurecen, y si acaso se descubre, la juzgan por tontedad y la tratan con menosprecio". Pobre fué Cervantes, pero rico en sus obras, no dejó de referirse a los acontecimientos que ocupaban la atención de España en aquellos tiempos, y si bien se examinan sus obras, en ellas se encontrará la referencia a los sucesos y la alusión a los hombres. Sus obras, discuten y atacan, con elegancia generosa, celebrada por los siglos.

Dos opiniones se han venido manteniendo por los críticos respecto de la formación intelectual de Cervantes: unos sostienen que fué un ingenio lego, que tuvo aciertos geniales, con la inconsciencia del genio. Cervantes, dicen, no fué un hombre instruído, no pudo reflejar los conocimientos de la época ni ha de buscarse en sus libros el rastro de las luchas a que se entregó el pensamiento de los españoles del Siglo de Oro. Y esta opinión ha sido mantenida por quienes más admiración demostraron por la obra cervantina. Fitzmaurice Kelly, con la mejor intención, escribe en la "Historia de la Literatura Española: "Tomémosle como fué: como un artista mejor en la práctica que en la teoría, grande por sus facultades naturales más bien que por las adquiridas... Tiene a menudo la hermosa sencillez y la fresca lozanía de la Naturaleza. Este es su carácter: la naturalidad... , de ahí el carácter humano y universal de su obra". Para el crítico inglés, basta tomar la obra en sí y si ella es admirable, levantarla sobre nuestras cabezas, sin meternos en más averiguaciones, sin tratar de saber si el autor la escribió como en aquel cuento de Daudet, arrancando pedazos de oro de su cerebro, o si todo fué un acierto casual.

Entre los admiradores de Cervantes, el mayor, el más erudito es Rodríguez Marín, de quien se puede decir que envejeció anotando las obras de Cervantes y en la investigación de los documentos en los cuales fundamentar la biografía del genial autor, hom-

bre discreto y modesto que no se empeñó en decirnos más de lo que en sus propias obras dejó escrito acerca de su persona y de su vida. Rodríguez Marín, en los comentarios definitivos que ha puesto al **Quijote**, se refiere a quienes "se dedican a destilar por la fina alquitara filosófica la quinta esencia de la significación del **Quijote**, inventiva contra los libros de caballerías —el mismo Cervantes lo dice—, de quien nunca se acordó Aristóteles, ni dijo nada San Basilio, ni alcanzó Cicerón". Para este comentarista, el **Quijote** es un antídoto contra la melancolía y nada más.

Cuando se trata de penetrar en la cantidad insuperable de obras que se han escrito acerca de Cervantes, se comprende como la inquietud creadora que ha producido la vida del Ingenioso Hidalgo, no puede ser producida por el acaso. Cervantes maduró en los años y en los sufrimientos. El ambiente de ese tiempo era una aula y una Academia, y mayormente para quien vivía con tanta incomodidad que le obligaba a prestar atención a todo cuanto en su torno sucedía. La lección diaria fué un aprendizaje penoso, pero de gran provecho.

Los grandes críticos españoles de antes llegaron casi a la conclusión unánime de que no había que buscar en las obras geniales de Cervantes más significación que la corriente, que la inmediata, porque las ideas que en ellas se encuentran nunca traspasan los límites del buen sentido, ni se elevan un punto sobre el nivel de la cultura española en el siglo XVI. Ganivet ha dejado sobre este tema un curioso párrafo: "No busquéis más artificio en el **Quijote**. Está escrito en prosa y es como esas raras poesías de los místicos en las que igual da comenzar a leer por el fin que por el principio, porque cada verso es una sensación pura y desligada como una idea platónica".

Contra la opinión generalizada antes, se ha comenzado a reaccionar, no en el sentido de aquellos otros críticos que quisieron convertir, sobre todo el **Quijote**, en un libro de interpretación esotérica, sino en el de considerar que obras tan admirables no pudieron ser escritas por un ingenio lego, como se había calificado,

sino por persona que alquitaró conocimientos, que enfocó los problemas estéticos, sociales y políticos con gran acierto, y no encontrando la oportunidad de exponerlos con la autoridad de quien enseña, porque los acontecimientos de su propia vida no le dieron ocasión para ello, los planteó y resolvió en sus obras. Porque no es verdad que solamente en el **Quijote** se mostrara genial, como se ha dicho. El **Quijote**, por su valor universal, se ha convertido en expresión humana difundida por todos los rincones del universo, pero las demás obras de Cervantes enseñan la huella del león y forman parte de un conjunto armónico, de lo que un crítico contemporáneo muy notable, Américo Castro, llama el pensamiento de Cervantes.

Se podría decir que hasta ahora no se ha emprendido en un estudio de conjunto de toda la obra cervantina. Además, los pocos datos que se tienen acerca de su vida, no han permitido apreciar la significación de la obra dentro del espectáculo de la vida del autor. Esos pocos datos, han dificultado el análisis, y, por el contrario, han limitado la investigación, simplificándola. La vida de Cervantes, a pesar de la documentación que ha logrado reunirse, es la de un hombre bueno, sencillo y pobre, que anduvo a trompicones con la suerte. Se sospecha que estudió en alguna de las Universidades españolas, sin que se llegue a la certidumbre; lo que de cierto se sabe es que padeció de hambre y sufrió injusticias; que ejerció diversas actividades, que entre éstas, estuvo la labor literaria como un auxilio de vida y también como una demostración de la capacidad de que se sentía lleno, para competir con los mayores ingenios de la época. Cuando encontró una ocupación remunerada arrinconó la pluma que la obra así escrita y aquella que se propuso escribir como un reto a su mala suerte, cuando ya se hallaba viejo, fué pasmo y admiración de los contemporáneos, de los cuales, los literatos apreciaron la claridad y precisión de las ideas, mientras el pueblo se entusiasmó con la burla benévola y graciosa del **Quijote**. Porque hay que saber que si no fué apreciada en su verdadera

contemporáneos, tampoco pasó inadvertida. Lope de Vega hizo a su autor el blanco de su sátira; Quevedo, consideró la obra en alto grado, y muchos otros ingenios celebrados en ese tiempo, consagraron a Cervantes las alabanzas que eran de uso. Y su nombradía no fué únicamente local, si hemos de creer que una comitiva de la Embajada francesa llegada por esos días a Madrid, para llevar a la princesa española que había de contraer nupcias con Luis XIII, acudió a visitar al padre del **Quijote**, doliéndose de encontrarlo en una penosa situación, que hizo decir a uno de esos visitantes extranjeros que era feliz la pobreza que impulsaba a escribir obras tan admirables. Además, no hay que olvidarse que el buen éxito editorial del **Quijote**, impulsó al de Tordesillas a lanzar el suyo apócrifo.

En el siglo XVIII se juzgó el **Quijote** solamente bajo normas preceptistas, tratando de acomodar sus diversas partes a lo que los retóricos habían escrito sobre la novela. Los románticos no se conformaron con ejercicio tan primario y fueron a desentrañar el enorme valor humano que en la obra se encontraba. Fué labor, sobre todo, de los románticos extranjeros; y, de esta manera, la fama de la obra adquirida en los países extranjeros, obligaba a los españoles a considerar el bien que descuidaban. La excitación para el cambio de actitud de la crítica española, venía de Inglaterra, en que una reina mandaba hacer una edición especial del **Quijote** para su recreo, y de Alemania en que esos terribles eruditos señalaban el puesto que a Cervantes correspondía en la literatura universal. En los últimos tiempos, en España, la investigación sistematizada de Américo Castro, ha extendido los puntos de vista, resumiendo los principales. Sin olvidarse de los sabios comentarios de Clemencín, Cortejón y Rodríguez Marín.

¿Cuál es la actitud de Cervantes frente a los problemas de la vida? Procedamos espaciadamente, para revisar tan sólo aquellos que se pueden considerar como de actualidad para nosotros. Las armas y las letras, es el tema del célebre discurso del Caballero de la Triste Figura. El tópico es todavía de particular inte-

rés, y era preponderante en aquel tiempo en que se salía apenas de la Edad Media, oscura y combativa. Los grandes señores se formaron en la guerra y valiéndose de ella fundaron sus señoríos. El Renacimiento cotizó en más alto precio las obras de la inteligencia y se pusieron de actualidad las palabras de Cicerón: **Cedant arma togæ**. El hombre de saber valía más que el hombre de fuerza. El término antitético permanece en discusión y ha recibido una nueva valorización después de las últimas guerras que han assolado al mundo, y en las cuales se han defendido principios generosos, pero se ha hecho uso también de inhumanos y bárbaros, sin contar con que la ciencia ha tomado participación para dar mayor efectividad y fiereza a la lucha. El problema sigue en pie y siempre habrá interés en continuar su discusión.

En la Edad Media fué frecuente la disputa entre clérigos y caballeros. Entonces el hombre de letras gozaba de gran prestigio cuando era clérigo, por lo que Don Juan Manuel en el **Libro de los Estados** resuelve que obligación del clérigo es "lidiar con armas contra los moros, que son nuestros enemigos". Las dos profesiones no estaban, pues, contrapuestas; pero a medida que pasaba el tiempo, se deslindaban los derechos y obligaciones de los hombres y se restablecía la polémica. El clérigo, que es, en resumen, el letrado, además de las obligaciones que se ha impuesto de aprender y estudiar, tiene también la de entenderse en los negocios del Estado, por considerar que el manejo de estos negocios, no es compatible con los cuidados de la guerra: unos son los Generales que luchan en los campos de batalla, y otros los que administran el Estado, velan por su riqueza y prosperidad, y alimentan al ejército en campaña. El saber ya no es un mero deleite sino algo tan esencial que sin ello no podría un pueblo mantener honrosamente un conflicto armado.

Y entonces, se entabló la discusión en la que tomó parte Don Quijote con su anhelo de justicia: el valor institucional de un pueblo se ha de resumir en la administración de justicia. Justicia pedía el viejo combatiente cuyos sacrificios y heroicidades habían

servido a los demás, sin ampararle; justicia por el olvido, por la pobreza. Sus mejores horas acaso fueron las que consagró a dejar correr la imaginación para contarnos sus dolores y para crear un mundo nuevo en el que encontrarán satisfacción sus quejas. Cervantes conocía y sentía a fondo el problema. Sabía que "dos caminos hay por donde pueden ir los hombres para llegar a ser ricos y honrados: el uno es el de las letras; el otro, el de las armas". Los dos había seguido Cervantes, y sabía que si no se contraponían, nada puede igualar en valor efectivo a la enorme eficiencia de la cultura, frente a los poderes dominadores de la fuerza, que destruye y mata. Por lo mismo, si la primacía estaba para las letras, el no existir incompatibilidad efectiva para convertir al hombre de armas en elemento de cultura, le obligaba a declarar que "es laberinto de muy dificultosa salida". El castellano, esencialmente heroico, sabe que "la honra que se alcanza por la guerra, como se graba en láminas de bronce y con puntas de acero, es más firme que las demás honras".

La cuestión religiosa es una de las más interesantes de examinar en la obra de Cervantes, si se toma en cuenta que en esa época la religiosidad de España estaba representada por el fervor inquisitorial, por lo que causa admiración que, en Cervantes, el ideal religioso se manifestara con la misma dulzura humanitaria que los demás problemas. Hay que recordar que en aquellos tiempos, a la Reforma había seguido la Contrarreforma. La Reforma había nacido de la misma iglesia católica y parecía destinada a generalizarse en todo el mundo cristiano, cuando el Concilio de Trento, empujado por la severidad e intransigencia de los clérigos españoles, dió normas para establecer la Contrarreforma. No hay que olvidar tampoco que Europa se encontraba al frente del ímpetu arrollador de los turcos, lo que exacerbaba el problema religioso.

Sin embargo había un grupo de católicos inquietos que no se avenía con el dogmatismo con que se querían imponer las creencias. A este grupo lleno de tolerancia y perteneciente a un cris-

tianismo humanitario, estaba afiliado Cervantes. "Cervantes era católico, apostólico, romano... , pero posee al mismo tiempo una ideología no cristiana (reflejada en su concepción de la naturaleza y de la moral); además ciertas prácticas y creencias excitan su crítica, y de vez en cuando se le escapa una malicia" (A. Castro). Y hay que acordarse que entonces no podía jugarse con el fuego impunemente, pues la santa Inquisición velaba celosa.

Es conocido, sobre todo, el odio de Cervantes para el fraile. No había podido olvidar al renegado mercedario que tantos sinsabores le causó en Argel. Para saber cómo trató a los frailes, bastarían recordarse las anécdotas picarescas que contó en varios de sus libros. De una viuda, refiere lo que un fraile le decía: —"Maravillado estoy señora... , de que una mujer tan principal, tan hermosa y tan rica como vuestra merced se haya enamorado de un hombre tan soez, tan bajo y tan idiota como fulano, habiendo en esta casa tantos maestros, tantos presentados y tantos teólogos, en quien vuestra merced pudiera escoger como entre peras, y decir: "Este quiero, aqúeste no quiero". La viuda respondió muy oportuna: "Para lo que yo le quiero, tanta filosofía sabe, y más, que Aristóteles". La actitud de Cervantes ante la religión y los religiosos sería uno de los estudios más interesantes en la vida de este célebre ingenio.

## II

No están muy alejados los tiempos en que vivió Cervantes. Se ha podido reconstruir la época perfectamente. Se conocen las circunstancias de acontecimientos y costumbres, y se puede seguir paso a paso a un español del siglo XVI, porque se saben las preocupaciones que tuvo, los trajes que usó, los libros que leía, las fiestas que observaba; en fin, sus vicios y virtudes. Sin embargo,

la vida de los hombres ilustres que en las letras y en las ciencias tuvieron puesto preeminente, es poco menos que desconocida. No ha habido época española como la del Siglo de Oro, y con todo ello los hombres que tanta prez y honra dieron a su patria, no fueron tomados en cuenta, si no pertenecían a la magistratura o a las armas. Los escritores lucharon, padecieron, vivieron entre angustias y miserias, menospreciados y olvidados. La cosecha opima fué fruto de generosidad, no de provecho personal alguno.

De los mejores hombres de este Siglo de Oro quedan pocas noticias biográficas. Eran tantos que la genialidad o por lo menos el ingenio, se tomaban como exteriorizaciones del medio, y nadie se preocupaba de saber quién escribió tantas obras, cuando los libros quedaban. Así han perdurado muchos problemas de historia literaria que están aún por resolverse.

Vagas y casuales referencias existen acerca de Cervantes, en las obras de sus contemporáneos; y con ellas apenas podía componerse una biografía. Han sido investigaciones posteriores, practicadas principalmente por estudiosos de otras naciones, las que han permitido fijar con alguna certeza los acontecimientos principales ocurridos en la vida de este hombre ilustre. Se han recorrido los archivos, desempolvado papeles y reunido una cantidad de documentos con los cuales llenar los claros en la vida de este español, que escribió obras notabilísimas, pero que no tuvo actuación destacada de ninguna clase, fuera de Lepanto o de Argel, como soldado o como cautivo.

Miguel de Cervantes Saavedra nació en Alcalá de Henares, porque aun cuando otras poblaciones siguen disputando el honor de haber sido la cuna de tan insigne escritor, la partida de bautismo encontrada en Santa María la Mayor de Alcalá, establece con la mayor seguridad la fecha y el lugar de nacimiento. Se le bautizó el 9 de octubre de 1547. Han pasado cuatrocientos años desde entonces. Procedía de una familia de hidalgos, ese escalón del ennoblecimiento que se traducía en la mayor parte de las veces en una difícil pobreza: tener un pasado, ser hijo de alguien y vivir

en la desesperación de las mayores privaciones. A esto debió referirse Cervantes cuando escribía que "el tener y el no tener son los dos solos linajes que quedan en el mundo".

La situación de España, por el tiempo en que vivió Cervantes, estaba gravemente comprometida en lo económico. La Contrarreforma había obligado a España a emprender en algo que estaba mas alto que sus fuerzas. Además, la conquista de América iba desangrando a la Península, porque todos los hombres hábiles se trasladaban en busca de la aventura gloriosa y dorada. Flandes y América, dos hitos para los hidalgos que querían cambiar de fortuna y adquirir gloria. Los galeones que de América iban cargados de oro, no servían para contrabalancear el desequilibrio de la guerra en Europa y de la conquista en América: la miseria invadía los campos y la pobreza atormentaba a los hidalgos.

La posición de defensora de la fe católica asumida por España, le obligaba a adoptar una conducta nacional que conducía al empobrecimiento y a la decadencia del glorioso pueblo. Es verdad que al derrotar a los turcos en Lepanto se cubriría de gloria; pero no estaría lejano el día de la dispersión de la escuadra irónicamente llamada la **invencible**, destinada no tanto a reducir a la fe a un pueblo que se apartó del catolicismo romano, como a persuadir de las ventajas de una alianza con España. Carlos V había ganado el Imperio; pero no pudo vencer a Lutero. Su hijo Felipe II, gran administrador, no pudo contener, sin embargo, ni los impulsos evangelizadores, ni la bancarrota que se presentaba siniestramente en la economía española. Ya llegaría el día en que para mantener a las tropas en Flandes se pondrían cepillos que solicitaran la limosna de los fieles.

En este medio pobre y desesperado, creció Cervantes. Nada se sabe de los años de su niñez: es posible que en Alcalá obtuviera los primeros conocimientos escolares, porque sus padres dejaron el lugar para trasladarse a Valladolid, ciudad en que conoció a Lope de Rueda, y a Madrid, a donde llegó mozo y en donde escribió un soneto a la tercera mujer de Felipe II. Cervantes debía tener en

este tiempo 14 o 15 años de edad. Luego siguió con sus padres a Sevilla, en cuya Universidad afirma Rodríguez Marín que estudió. El estudio debió durar muy poco tiempo, porque pronto regresó la familia a Madrid y Cervantes con ella. En Madrid enseñó Gramática en el estudio del presbítero Juan López de Hoyos.

Su estadía en la Universidad de Sevilla no debió ser prolongada; pero tuvo una mayor y mejor enseñanza al convertirse en el trashumante que iba acopiando conocimientos al recorrer las ciudades y los campos españoles; al ser testigo y víctima de las pobreza y miserias porque atravesaban su familia y él mismo, al doctorarse en la cátedra del dolor humano, junto con los millares de gente que pasaba por su lado dejándole una palabra para descifrar o una indicación para orientarse en la vida. Seguramente en las aulas no habría podido obtener mayores conocimientos que ante esta percepción lúcida del espectáculo del mundo y del sufrimiento de los hombres.

Veintidós años tenía cuando le tocó figurar como autor primerizo, en una pobre colección de versos publicada con motivo de la muerte de Isabel de Valois, la misma reina a la que antes había dedicado un soneto. El presbítero López de Hoyos, al publicar en esa colección las composiciones de Cervantes, le llamaba su "caro y amado discípulo".

Desde estos tiempos Cervantes andaba ya desligado de su familia. Más tarde fundará la suya y continuará el éxodo triste de una vida de pobreza y llena de obligaciones.

No se ha averiguado si sólo el deseo de cambiar de aires lo impulsó a pasar a Italia en 1569, entre el personal de servicio del Cardenal de Acquaviva, o si efectivamente se vió obligado a ello por haberse dictado contra él la sentencia de cortarle una mano por heridas dadas al andante en Corte, Antonio Sigura. Debió ser obligado por esta penosa circunstancia o simplemente por seguir el espíritu de aventuras de todo el pueblo español en ese tiempo. Es la verdad que, no conformándose con el servicio de ca-

marero, se alistó luego en la milicia, que hacía la campaña de Italia.

Se preparaba la expedición contra la poderosa y temible Turquía, que amenazaba conquistar Europa. En el curso de las operaciones entabladas con tal objeto, Cervantes asistió a la fracasada expedición en socorro de Nicosia, capturada por los turcos, y en 1571 se encontró en la batalla de Lepanto, a bordo de la galera **Marquesa**, que era una de las 54 que componían la vanguardia puesta bajo el mando del célebre genovés, Andrea Doria. Cervantes recordará orgullosamente este glorioso episodio de su vida. Peleó junto al esquiife y al mando de 12 soldados; recibió dos arcabuzazos en el pecho y otro en el brazo izquierdo, que le inutilizó la mano para toda la vida. No perdió la mano; pero la posteridad lo reconocerá con el nombre de "El Manco de Lepanto", y así salió verdadero lo que después de la muerte de Cervantes dijo su gran enemigo Lope de Vega,

una mano herida,  
puede dar a su dueño eterna vida.

Vuelta la escuadra vencedora a Mesina, los heridos, y entre ellos Cervantes, fueron trasladados al hospital. Salió curado, se reintegró a las filas, recibió varios socorros extraordinarios y pasó al tercio de don Lope de Figueroa. En este año de 1572 se le juntó en el ejército su hermano Rodrigo, y con él tomó parte en diferentes empresas hasta 1575. Cinco años había permanecido en el ejército, al cabo de los cuales, si recibió alabanzas por su comportamiento, falta de protección e influencias, no obtuvo ningún ascenso. Pidió permiso para regresar a España; su hermano iría con él. Dos hidalgos más que iban a la Corte en solicitud de recompensas. Miguel, que tenía derecho para reclamarlas, llevaba recomendaciones de Don Juan de Austria y del Duque de Sessa.

La aventura y el infortunio le esperaban en el camino. El Mediterráneo estaba dominado por la piratería berberisca. La galera *Sol* que conducía a los dos soldados, entre muchos otros pasajeros, fué atacada el 6 de setiembre de 1575, cerca de Marsella, por el pirata Arnaúte Mamí. Según las leyes de la piratería, los prisioneros eran esclavizados. Rodrigo fué entregado al rey Ramadán Bajá, y Miguel, al Arráez Alí Mamí.

Otros cinco años permanecería Cervantes en la esclavitud de Argel. Años fecundos, en que su imaginación se puso a prueba; proyectó su huída y aún el levantamiento de los innumerables esclavos que existían en ese país. Nos ha quedado la historia negra de un fraile que traicionó a su cristiano compatriota y lo puso en peligro de muerte. Salió bien librado con los castigos que se le impusieron, y permaneció fuertemente vigilado para impedir nuevos intentos.

Su hermano Rodrigo alcanzó a rescatarse después de un año de esclavitud; no así Miguel, que no la obtuvo sino después de cuatro años más de angustiosa espera. Al fin, los 500 escudos que valía el rescate fueron proporcionados, una parte, del fondo formado por la comunidad mercedaria con este objeto, con lo que pudieron reunir su madre y sus hermanas, otra, y con la limosna de Francisco Caramanchel, el resto. Así, con escote misericordioso, se logró redimir al hombre que había de regresar a España a dar a su Patria nuevos timbres de gloria.

A su regreso, estimó que tenía derecho a la asistencia del Estado, a la protección del Rey. No sería un redimido más que iba a morirse de hambre entre los suyos. Cervantes tenía la prueba de sus servicios que le acreditaban como digno de recompensas y de honores. Pero la Patria es una entidad que llena el alma de ideales y la fantasía de sueños, mientras permanece impávida, ante los sacrificios y los dolores de quienes la invocan. Cervantes se encontró desamparado de todo favor. Había que comenzar a trabajar para vivir. Y lo hizo con alegre voluntad.

Antes de ser soldado había conocido los centros en los cuales se hablaba de las letras, y de la capacidad que para estas labores tenía, dejó constancia en lo que enseñó y en lo que escribió. Entraría en competencia con los grandes literatos españoles y disputaría el pan y la gloria con ellos. El género literario de mayor difusión por entonces era el de la novela pastoril. Cervantes tuvo contacto con las obras de los escritores italianos y por tanto con Sannazaro. La novela pastoril entraba dentro del dominio de sus conocimientos; sabía de los artificios que en ella se usaban y de las claves que ponían misterio e interés en ellas. Y escribió la suya, con el título de **Galatea**, impresa en 1585.

Se afirma que con lo que el editor le pagó por esta obra, pudo atender al gasto que demandó su casamiento. A los 37 años de edad contrajo matrimonio con Catalina de Palacios Salazar y Bozmediano, natural de Esquivias, huérfana de padre, y pobre también, como su marido.

Entraba así en un campo en que los competidores eran numerosos y en que tenían muchos tomadas posiciones de las que era difícil desalojarlos. Habría sido suficiente con que le admitieran en la cofradía de escritores, y para propiciarse esta intención, en el mismo tomo de su novela pastoril incluyó el **Canto de Calíope** con el elogio de todos los escritores de notoriedad en ese tiempo. No le valió el ardid; la **Galatea** no tuvo la aceptación que esperaba, y no persistió en seguir por ese camino. Se acordó que cuando era muchacho vió representar a Lope de Rueda y que el encanto del escenario le fascinó. Tal vez estaba allí lo que buscaba. Mucho tiempo estuvo ausente de España para apreciar en su justo valor la imprudencia que cometía, al no tomar en cuenta que mientras Lope de Vega existiera no había lugar para otro en el teatro español.

Cervantes, sin encontrar en su camino a Lope de Vega, habría sido reconocidamente un gran dramaturgo, es decir, de éxito resonante. Compuso algunas obras; las vió subir a la escena, pero... El mismo Cervantes nos contará más tarde, con la encantadora in-

genuidad que puso en su vida y en sus obras. Cuando años después conseguía que se publicaran sus comedias y los entremeses, escribía en el prólogo acerca del aporte personal que llevó al teatro: "me atreví a reducir las comedias a tres jornadas, de cinco que tenían; mostré, o, por mejor decir, fuí el primero que representase las imaginaciones y los pensamientos escondidos del alma, sacando figuras morales al teatro, con general y gustoso aplauso de los oyentes; compuse en este tiempo hasta veinte comedias o treinta, que todas ellas se recitaron sin que se les ofreciese ofrenda de pepinos ni de otra cosa arrojadiza; corrieron su carrera sin silbos, gritos ni baraúndas. Tuve otra cosa en qué ocuparme; dejé la pluma y las comedias, y entró luego el monstruo de la naturaleza, el gran Lope de Vega, y alzóse con la monarquía cómica. Avasalló y puso bajo de su jurisdicción a todos los farsantes; llenó el mundo de comedias propias, felices y bien razonadas, y tantas que pasan de diez mil pliegos los que tiene escritos, y, todas, que es una de las mayores cosas que puede decirse, las ha visto representar u oído decir, por lo menos, que se han representado; y si algunos, que hay muchos, han querido entrar a la parte y gloria de sus trabajos, todos juntos no llegan en lo que han escrito a la mitad de lo que él solo".

En la imposibilidad de luchar con Lope, se retiró del teatro y buscó otras actividades, alejadas de la literatura. Sólo habían pasado tres años desde la publicación de *Galatea* y ya los entusiasmos con que entró en la liza se temperaron, por esquividad del medio en que se presentaba la lucha y también por las necesidades que le apremiaban cada vez con mayor urgencia. El matrimonio le impuso nuevos deberes; la pobreza de su familia ahondaba estas preocupaciones, y si en las letras no encontraba la posibilidad de ganarse la vida, había que buscarla en otra parte.

En efecto, en 1587, aparece de un documento, acopiando trigo, y consta que sacó y almacenó trigo y cebada en Ecija, contra la voluntad de la autoridad eclesiástica, lo que le valieron dos excomuniones. La recolección de víveres se efectuaba con el

objeto de reunir los abastecimientos para la escuadra **Invincible**, que el rey Felipe II preparaba para enviarla contra Inglaterra. A esta comisión siguieron otras de parecida naturaleza, y estas andanzas duraron cerca de diez años. Por cumplirlas dió en la cárcel una y otra vez, y también por faltas de dinero que le encontraban en la rendición de cuentas.

Alguna vez hizo el esfuerzo de sacudirse de estos enojosos encargos y en 1590 elevó al Rey un Memorial enumerando sus servicios y pidiendo la merced de un oficio en las Indias. "Busque por acá en qué se le haga merced", se le dijo, y el Memorial pasó al archivo, y Cervantes continuó acopiando aceite y contestando glosas que se le hacían a sus cuentas. Y también cumpliendo las condenas que se le imponían por estos mismos motivos. Estuvo en varias cárceles; tal vez en la de Argamasilla de Alba, y seguramente en la de Sevilla, de la que salió en diciembre de 1597, en virtud de una real provisión que ordenaba que "dando Cervantes fianzas legales... le suelte de la cárcel donde está", para ir a la Corte y dar cuenta de lo que debiere. Las averiguaciones por los alcances y deudas continuaron los años siguientes, y si hemos de atenernos a lo que Cervantes escribió sobre que el **Quijote** se engendró en una cárcel, hay para suponer que estuvo otra vez en prisión en 1603.

Después de librarse de tantos enredos, Cervantes se encontró viejo. Cincuenta y ocho años habían pasado sobre su cabeza, trajinando desde niño por pueblos y regiones de España, embebiéndose y diluyéndose en el pueblo, mientras su inteligencia, comprensiva y ágil, se abría a los conocimientos con la lectura de tanto libro como se publicó en aquel tiempo. Cervantes se formó así en dos Universidades, en la del libro y en su contacto con el pueblo. De allí salió su saber, antes que de los establecimientos de instrucción en que pudo encontrarse.

Y luego partió a Italia; estuvo en Lepanto; permaneció diez años en la esclavitud de Argel. Y al volver a su Patria, las ilusiones que había almacenado en su alma fueron desvaneciéndose

una a una. Por todas partes encontraba el rechazo, la acritud, la resistencia. Publicó una novela, y el silencio se hizo en su torno; escribió obras para el teatro, pero no pudo luchar con la monarquía absoluta de Lope y abandonó el campo para optar por humildes empleos que le llevaron fuera de la Corte.

En la compra de trigos, en la recaudación de aceite, en menesteres que le comprometían y le volvían responsable de los pocos dineros que le tocaba manejar, pasó de los 37 a los 58 años. En esta época lamentable, la cárcel estaba lista a castigar sus debilidades y sus faltas. La iglesia lo excomulgó; los terratenientes lo persiguieron; los caciques de aldea lo menospreciaron, y los literatos de Madrid, ignoraban al que podía convertirse en competidor peligroso.

Al cumplirse esta segunda época de aventuras de su vida, Cervantes salía de ella, plateados los cabellos y una sonrisa de amargura dibujada en sus labios. Y pobre, más pobre que antes, y con mayores obligaciones. Las persecuciones, los desengaños, las injusticias volvían a su memoria, invitándole a buscar una venganza. La pluma es una arma poderosa y es acaso la única venganza de quienes no pudieron luchar contra los poderosos y las preocupaciones, la envidia solapada o la mezquindad instintiva en la permanente agonía de los hombres.

### III

Hay que dejar constancia de que en los 18 años que Cervantes se ocupó preferentemente en sus trabajos de recaudaciones y transportes de abastecimientos, no perdió de vista todo cuanto se relacionaba con el movimiento literario, tan poderoso en esa España del Siglo de Oro. Leía los libros que se publicaban; seguía con interés las discusiones entabladas entre Lope, Góngora, Que-

vedo, y mantenía correspondencia con los editores que buscaban obras para darlas al público que las reclamaba. En 1592 firmó un contrato para componer seis comedias, al mismo tiempo que se llenaba de los paisajes que se trasladarían a sus obras futuras, recomendaba a la memoria casos y personas que observaba en sus andanzas, preparándose para regresar al trabajo literario tan pronto como alcanzara a desembarazarse de los engorros de sus cuentas sin finiquito. Para mayor abundamiento de prueba, hay que recordar como nuestro hidalgo estuvo en Sevilla, en la misma cárcel en que se encontraba también el Lcdo. Mateo Alemán, autor de una célebre novela picaresca, **Guzmán de Alfarache**. Y hay la sospecha de que fué la cárcel de Sevilla, "donde toda incomodidad tiene su asiento y donde todo triste ruido hace su habitación", en la que Cervantes escribía o proyectaba su gran obra, el **Quijote**, en tanto Alemán componía una vida de San Antonio, que se publicó en Lisboa y de la que su autor sacó buen provecho.

De esta manera hay que concluir con que **El ingenioso hidalgo Don Quijote de la Mancha** era la obra que había ido madurando en sus años dificultosos de empleado, con mísera paga, con trabajo lleno de sinsabores, con andanzas por los campos de Castilla y de Andalucía, sobrados de peripecias en que su subalterna condición sufría atropellos y desaires, de los nobles y de los hidalgos, de los mercaderes y de los yangueses. La vida se teñía de negro, pero su sonrisa afloraba a los labios y por su despejada frente pasaban las escenas dolorosas cambiadas en plácida melancolía.

Y así debió componerse el **Quijote**, con cierto impulso de castigo por las tantas ofensas recibidas. Tal vez alguno de esos caciques burdos, que le infirió ofensas que estaban clamando venganza, lo sirvió de modelo para su héroe; pero es indudable que el hidalgo de la Mancha, por uno de esos misterios del pensamiento, fué convirtiéndose en la representación del propio autor. Pudo pensar en la venganza; pero la magnanimidad de su noble corazón era tan connaturalizada con su propia existencia, que el héroe que podía servir para las burlas, se convirtió pronto en la representación

de sus propios ideales y de sus propios impulsos. Don Quijote se tornó, casi desde las primeras páginas del libro, en la representación de Miguel de Cervantes:

A mediados de enero de 1605 se puso a la venta la primera parte del **Quijote**, para la que obtuvo un privilegio por diez años. La obra fué aclamada por el público, tanto que se multiplicaron las ediciones, muchas clandestinas, desde luego, que ningún bien material proporcionaron a su autor. Cervantes se querelló contra los editores de Lisboa que habían publicado ya su obra y se preparaban a lanzar nuevas ediciones. Cervantes tenía que poner atención en aquello que podía ayudarle a sobrellevar la vida. Estaba ya casado, como hemos dicho y a su cargo vivían, la hija que recogió antes de casarse, dos hermanas y una sobrina. Por el mantenimiento de esta numerosa familia, tenía que ver y atender.

Pero su mala suerte estaba lista a salirle al paso para no permitirle ni siquiera el sosiego para este empeño de vivir. En junio del mismo año en que salió el **Quijote**, cerca de la puerta de la casa que el escritor habitaba en Valladolid, mataron en riña al caballero don Gaspar de Ezpeleta. Cervantes acudió, con otros vecinos, a socorrer al herido, circunstancia que le volvió sospechoso ante la justicia, que lo llevó a prisión, de la que salió después de pocos días, por no encontrarse cargo alguno en su contra.

Y mientras su libro traspasaba las fronteras y su nombre se volvía célebre, Cervantes seguía en la misma pobreza, con mayores estrecheces todavía, que ya le llevaban a la calle en busca de algún trato que podía ser poco honorable, o le enclaustraban en su pobre habitación a escribir fiebrosamente, para seguir proporcionando obras a la imprenta y para encontrar posibilidades de remuneración. En 1613 publicó las **Comedias** y las **Novelas Ejemplares**; en 1614, el **Viaje al Parnaso**, **Los Entremeses**, publicaría después y se preocuparía por la obra que consideraba destinada a darle mayor fama y mejor rendimiento en dinero: **Los trabajos de Persiles y Sigismunda**.

En esta forzada tarea se encontraba cuando a sus manos llegó el **Quijote** de Avellaneda. No se ha conseguido averiguar quien fué el escritor que se escondió tras de este nombre. En todo caso esta obra es de importancia en la historia de la literatura, porque demuestra el criterio que la mayoría de los lectores de la obra de Cervantes tuvo respecto de su significado esencial. Era una obra burlesca, compuesta para provocar la risa y también para aludir, en desquite de los triunfos de unos pocos, la ira de tantos como se sentían defraudados en sus esperanzas.

Las aventuras del Caballero de la Mancha se compaginan perfectamente con las discusiones que sobre asuntos de literatura se plantean a lo largo de la obra inmortal, en la que a menudo se habla del teatro y de la novela, de los tres y medio poetas que por entonces había en España, de las seis docenas de libros que componían la biblioteca soñada por Cervantes. Y es indudable que se señala, unas veces veladamente y otras con los nombres propios, los autores que formaban parte de la preocupación de los hombres dedicados al cultivo literario. La alabanza bien podía implicar una dolorida desilusión.

Avellaneda debió haberse propuesto responder a esas provocaciones veladas del autor del **Quijote**, y debió, además, aprovechar de esas circunstancias personales, para concurrir al negocio que resultaba de la historia del caballero manchego. Las ediciones seguían apareciendo en las diversas ciudades del reino; Cervantes procuraba defenderse concediendo privilegios para imprimir y vender su libro en Valencia y en otras regiones españolas; pero no debió tener muy desarrollada esa especial habilidad de los negociantes, y es de presumir que su obra produjo ventajas a otros, menos a él.

Cervantes fué hombre de grandes arrestos; pero acaso le faltó alguna de esas condiciones indispensables para materializar el ensueño, y sus aventuras no podían conducirle así a ninguna situación beneficiosa para sus intereses. Avellaneda tacha a Cervantes de malhumorado y desabrido; es el calificativo que debió

merecer su hurañería de hombre pobre, lleno de obligaciones, que se sentía con ánimo para todo, pero que nunca logró ver concretados sus esfuerzos en nada que significara alivio para su vejez que se convertía en desolada, cada vez más.

Y si el propósito de Cervantes fué el de ridiculizar actos de personajes contemporáneos y conocidos, en breve su risa se convirtió en amorosa terneza por el héroe, en quien encontró la más cabal correspondencia con sus aspiraciones y también con sus amarguras. Su libro era una dulce venganza de las aventuras de su propia vida, en la que había sido burlado y escarnecido, así por los nobles como por los yangueses; así por sus colegas de aspiración intelectual, como por sus compañeros de armas. Pero al emprender en la obra se encontró con que sus propósitos se habían encarnado en el más noble y sufrido de los hombres. Se quiso reír de sus dolores y acabó sublimándose y creando la figura más excelsa que la inteligencia de un hombre podía ofrecer para alivio de las desventuras humanas.

La segunda parte del Quijote se publicó en 1615. Cervantes la escribió con todo apresuramiento, a consecuencia de la aparición del libro de Avellaneda. Apresurado y todo, creemos que esta segunda parte tiene una mayor nitidez que la otra: el héroe tenía ya vida en la cabeza del autor y le era fácil seguirle en las aventuras y en los razonamientos. Lo dicho y lo hecho estaba ya nivelado con el fiel de la misma razón: locura discreta. Es cierto que la frase se clarifica, pero que la aventura decae lamentablemente en veces; pero es en esta segunda parte en la que se diserta sobre poesía con el Caballero del Verde Gabán. Aquí se ennoblece la figura de Don Quijote que pasa a llamarse el Caballero de los Leones. Y aquí se baja a la cueva de Montesinos y se sube a los aires con Clavileño.

No podría afirmarse, con seguridad, que las dos figuras, la de Cervantes y la de Don Quijote, no fueran la misma y una sola. Libro de la más alta caballería y no contra las caballerías fué esta obra de madurez. Libro de locura y de alta razón. Así fué la

vida de Cervantes, quien no pudo sobreponerse a las últimas caídas, que fueron también las últimas traiciones de su desventurada suerte. Todavía efectuó el **Viaje al Parnaso**; pero ya se sentía con el pie en el estribo, y se acogía a sagrado, según la frase satírica de Avellaneda, profesando en la Orden Tercera de San Francisco el 2 de abril de 1616. Buscaba los auxilios que la Orden concedía a los que se despedían de la vida. Falleció el 23 de abril de 1616, a los 69 años de edad, un año solamente después de publicada la segunda parte de su obra inmortal. Todavía quedaba entre sus papeles el **Persiles**, abundamiento de riqueza para una gloria que ha de permanecer inmarcesible.

Se han cumplido cuatrocientos años desde aquel en que vio la luz el hidalgo Cervantes, y al llegar a la celebración, el mundo hispánico no ha tratado de distinguir entre el autor y el héroe: Cervantes y Don Quijote, dos palabras para indicar una sola posición mental, caracterización de una raza, timbre de honor de un pueblo. No puede haber español que no tenga el quijotismo dentro de su alma. Cervantes lo sintió y arrancándose las entrañas dió vida a su héroe, que se puso a andar por el mundo desde entonces para ser conocido de todos los pueblos. El quijotismo es una cualidad hispánica, que ha tenido varias notorias encarnaciones en hombres de la Península Ibérica y de Hispanoamérica. ¡Loado sea el destino que puso en nuestras vidas esos impulsos generosos y nobles!

## DON MIGUEL DE CERVANTES

Por **ANTONIO JAEN MORENTE**

### **TESORO, ORIUNDEZ, FAMILIA. QUIENES ERAN LOS CERVANTES**

La Historia de España es la vida de una rosa de pasión.  
Pasión también la Historia personal de Cervantes.

Para las horas oscuras de Granada y la música de sus fuentes escribió un día:

¿Habéis visto en la noche  
de estrellas perfumadas,  
algo más doloroso  
que su triste gemido...

El triste gemido de la pobreza acompaña siempre el alma familiar de Don Miguel. En su intimismo se halla presente con tenacidad. Lo dice claro la más simple de sus biografías.

¿Pero se trata aquí de copia y renuevo de una biografía? No. Ya fué forjada por la acuciosa búsqueda de argumento y el ansia inextinta de saber todo acerca de Don Miguel.

Este capítulo y todo el libro es una curva hecha sentimiento. A veces quita de su centro el compás documental y más que una cronología rígida atiende a una guía de lectura emocional.

Al fin el estilo audaz, que quiero sea el mío, es un modal no muy sujeto a un molde. Pero como todos los ríos van a la mar al cabo adquiere reajuste y nivel.

Quizás se desborde como arroyo recién llorado, llorado de nuevo por la tiranía de la efemérides.

Es un problema en que no puede adentrarse el capítulo Biografía al exponer como en lo literario y en lo personal se ha formado la biografía de Cervantes. Dos largos siglos se viene trabajando en ella. La inicia Mayans Ciscar (1738), la sigue Juan Antonio Pellicer (1778). Luego Martín Fernández Navarrete (1819), sin contar el inicio de Ríos. El siglo 19, Morán, Ascensio Toledo, León Mainez. Las notas y comentarios del Qujote de Clemencin, Hartzenbuch son también fuente de temas biográficos. Lo magno documental es desde hace mucho tiempo, la granazón documental de don Cristóbal Pérez Pastor, 56 documentos en 1897 y 105 en 1905. Después casi al infinito, siguieron los rumbos Cotarelo, Navarro Ledesma. La lista es realmente inagotable. Leed cualquier buena historia literaria y allí veréis la creciente de los estudios alrededor del tercer centenario de Don Quijote. Y no paró aquí, siguió durante 40 años y hoy refluye de nuevo, toma motivaciones de acuerdo con el tiempo crítico y erudito y se concentra de nuevo ante la fecha de un gran centenario.

## COMO ERA DON MIGUEL

Quizá lo primero que se ofrece, a la menos curiosa inquisitiva es, preguntar a los historiadores y a los libros como era físicamente Don Miguel Cervantes.

Fué alto, gallardo, airoso? ¿Cómo era su rostro y su figura? La búsqueda casi ha fracasado.

Por que no queda retrato auténtico en pintura, y en lo literario si no está mal lo que hay no satisface las ansias de la inquisitiva. Todos los contruidos en lo artístico, son meramente imaginativos y obedecen en lo literario a una sola fuente.

¿Cuál es ella? la que dejó escrita el propio Don Miguel en el prólogo de las Novelas Ejemplares, que no por conocida se ha de omitir en esta levedad biográfica.

Y dijo don Miguel: "Quisiera yo, si fuera posible (Lector amadísimo) escusarme de escribir este prólogo, por que no me fué tan bien con el que puse en mi Don Quijote, que quedase con gana de secundar con este. Desto tiene la culpa algún amigo de los muchos que en el discurso de mi vida he granjeado, antes en mi condición, que con mi ingenio: el qual amigo bien pudiera, como es uso, y costumbre, gravarme, y esculpirme, en la primera hoja deste libro, pues le diera mi retrato el famoso don Juan de Xaurigui, y con esto quedara mi ambición satisfecha, y el deseo de algunos que querrian saber, que rostro, y talle tiene quien se atreve a salir con tantas invenciones en la plaza del mundo, a los ojos de las gentes, poniendo debaxo del retrato: Este que veys aqui de rostor aguileño, de cabellos castaños, frente lisa, y desembarazada, de allegres ojos, y de nariz corba, aunque bien proporcionada: las barbas de plata, que no ha veynte años que fueron de oro: los vigotes grandes, la boca pequeña, los dientes ni menudos, ni crecidos, porque no tiene sino seys, y essos mal acondicionados y peor puestos por que no tienen correspondencia los unos con los otros: el cuerpo entre dos extremos, ni grande, ni pequeño: la color viva antes blanca, que morena, algo cargado de espaldas, y no muy ligero de pies. Este digo que es el rostro del Autor de la Galatea, y de don Quixote de la Mancha, y del que hizo el viaje del Parnaso, a imitación del de César Corporal Perusino y otras obras que andan por ahí descarriadas, y quizá sin el nombre de su dueño".

Pero este sencillo retrato literario hecho cuando Cervantes estaba cerca de los sesenta años no puede satisfacer del todo. Sin embargo fundamentalmente no hay más. En cuanto a las iconografías escultórico-pictóricas la crítica tiene esta afirmación decisiva: "Hoy, después de dos siglos de estudios, no se sabe cual es el verdadero retrato".

Así durante mucho tiempo se enseñó en el museo de Sevilla y en el cuadro de San Pedro Nolasco la efigie de Cervantes.

Era, decían, el barquero puesto de pie en la proa de la barca. También se pensó alguna vez encontrarlo entre los caballeros retratados en el "Conde de Orgaz" de Kiriacos Theotocopulos, nuestro Greco, pero hace poco más de 30 años y en raras circunstancias apareció el retrato atribuido a Juan de Jaurigue que es el que hoy priva y circula casi aceptado como auténtico. La crítica se dividió admitiéndolo muchos y rechazándolo otros. Al fin, fué mayor la opinión de que la nueva iconografía, desde luego más verdadera que todas las anteriores, es simplemente "un retrato repintado". Retrato sobre el que se copió el cervantino de las Novelas Ejemplares, poniéndole para darle veracidad el nombre de Jauregui y añadiéndole la fecha del 1600. ¿Quién lo hizo? Desde luego ninguno de los descubridores del siglo 20. Se cree que la cordial mixtificación fué hecha allá por la mitad del siglo 19. La discusión sin embargo no ha cesado y los vientos murmuradores dicen que no ha mucho ha aparecido un nuevo retrato de Cervantes.

Sin embargo sigue dominando para la gente la impronta de la propia descripción cervantina. Se impuso literariamente a veces con gran belleza. Y en estas descripciones no se puede volver la espalda a los poetas:

**DON MIGUEL DE CERVANTES**

Eduardo Marquina

Tenía —como el dijo— la cara aguileña,  
 la frente lisa y desembarazada,  
 corva la nariz y bien proporcionada,  
 grande el bigote, la boca pequeña,  
 castaño el pelo y ancha, tranquila, risueña,  
 en los ojos alegres, la mirada.

La barba —oro al principio y plata luego—  
 la trajo en punta sobre la gorguera.  
 Maestro de sí mismo, ingenio lego,  
 no extremó cortesía ni profesó el despego,  
 pero los de su tiempo no supieron quien era.

Vivió una vida de mediocridad,  
 y fué Guadiana humano bajo el pardo terreno  
 que en estrechés de oscuridad  
 meditaba su azul, chapoteando cieno.

La barba rubia y la boca pequeña,  
 nos le dan por de enjundia fina  
 poco lastre sensual;.....  
 sus dos ojos alegres corregían en él  
 la consuetud agriedad del brazo manco;  
 fué el hombre en la color, más que cetrino, blanco  
 al que el dolor no arranca una gota de hiel.  
 Hidalgo, hijo de hidalgos sin bienes ni fortunas  
 no tuvo un solo día de su parte al destino.

Penó, vivió, murió, sin conocer ninguna  
 de las prerrogativas que despejan camino,  
 recibió de la vida las cosas

que van por los suelos bajos:  
 las raíces más que los tallos,  
 las espinas más que las rosas.  
 Más que los estandartes, las llagas dolorosas  
 y más que los trofeos los trabajos.  
 Aventuró todas las profesiones.....  
 Soportó cautiverios, paladeó prisiones  
 y sus ropas hidalgas manchó la saliva de la calumnia,  
 de la calumnia y las acusaciones.

No tuvo hogar, mujer desabrida,  
 larga hermandad, pobre comida,  
 y una hija amante habida en amores de fuera  
 le cegaron la fuente de la vida,  
 que es el rincón de intimidad casera.  
 No se halló a paz, no viéndoles felices,  
 con los que eran más suyos  
 viajó solo, hosco, frío  
 y fué, viajando, el árbol que va por el río,  
 despegado del suelo y al aire las raíces.

## LA MANQUEDAD DE CERVANTES Y OTROS MOTIVOS

Completemos la figura. El siglo 19 le llamó infinitas veces hasta que se gastó el vocablo "El Manco de Lepanto".

¿Pero cómo era esta manquedad? La palabra manco se presta a ambigüedades en castellano. "Manco" si falta el brazo, "Manco" sino puede manejar la mano por tenerla estropeada. El propio Cervantes nos habló siempre claro de su defecto facilitando así las diversas interpretaciones. Dijo una vez: "Perdí una mano en Lepanto". Así en términos generales. "Ha perdido una mano

en servicio del Rey", dijo también el duque de Sesa recomendando a Cervantes.

Y así hasta llegó a ser representado en estatuas y retratos naturalmente inimaginativos, como poseedor de una sola mano.

La verdad la han demostrado los documentos y el propio Cervantes en sus escritos literarios.

En una información hecha en Madrid en 1578, ya publicada desde la biografía de Navarrete, decía un testigo: "Salió herido de una mano de tal manera que está manco de ella y que ese testigo lo ha visto que sobre la dicha mano izquierda está manco, de manera "que no la pueda mandar". Además en otros pasajes de su vida y en sus informaciones habla Cervantes claramente de sus dos manos: (Trato de Argel, Pérsiles). Pero lo definitivo y claro se dice en el Viaje al Parnaso.

Habla Mercurio dirigiéndose a Cervantes:

"Al fin has respondido a ser soldado antiguo y valeroso, cual lo muestra la mano de que estás estropeado bien se que en maval dura palestra perdiste el movimiento de la mano izquierda, para gloria de la diestra".

Detalles de su persona no es fácil encontrar, detalles más definidos que en el prólogo de las Novelas. Habló de "El cuerpo entre dos extremos, ni grande ni pequeño, la color viva antes blanca que morena, algo cargado de espaldas y no muy ligero de pies". Eso y "las barbas de plata que no ha veinte años fueron de oro" completan su figura. Pero en el mismo prólogo dijo "será forzoso valerme por mi pico que aunque tartamudo, no lo será para decir verdades".

¿Hemos de tomar al pie de la letra esto de la tartamudez? Parece más bien con el significado metafórico de palabra humilde y temblante. Pero ya viejo y en el "Viaje al Parnaso" no dejó de contarnos:

“Que yo soy un poeta de esta hechura  
Cisne en las canas y en la voz; un ronco  
y negro cuervo”.

Al final de los sesenta y cinco años gasta anteojos para leer, de los que se burla Lope de Vega un poco despiadadamente.

Contará en el prólogo de *Pérsiles* su enfermedad final cuando le dice el estudiante “esta enfermedad es Hidropesía que no la sanará toda el agua del mar que dulcemente se bebiese”. El prólogo de *Pérsiles* del que ya se hablará es dulcemente triste. “A Dios gracias, a Dios regocijados amigos, que yo me voy muriendo”. Con esta sonrisa y frases de paz se fué en busca de la luz eterna, viejo, arrugado, triste y sereno. El que cuando joven debió tener muy buen aspecto. Fray Juan Gil, el héroe de la liberación de Argel lo presenta gallardo mediano de cuerpo y bien barbado.

## QUIENES ERAN LOS CERVANTES

La genealogía ficticia hizo de las suyas a comienzo del siglo XIX, cuando se empenó con ahinco en la glorificación Cervantina, en realidad ya iniciada desde la magna edición del Quijote por la Academia, en 1780

Contó la Genealógica cosas fantásticas. Era su estilo y su deber. Desde luego, fueron hidalgos los Cervantes. Más “fidalgua”, ya lo dijo Alfonso el sabio “Es nobleza que viene a los hombres por linaje y caballero es el que ha sido armado por mano de ome que caballero sea” y añadía que caballero “aunque lo pueden ser los hidalgos, no lo son los pobres”.

• Es decir, la exigencia social de un estamento fundado en bienes de fortuna.

Los tuvo “gens” Cervantina? Es dudoso. Parece lo cierto históricamente que fueron hidalgos de origen gallego y de los que advinieron al Sur de España a la toma de Sevilla en 1248 y que en Andalucía se quedaron viviendo con más o menos grandeza.

Pero en las nupcias del Norte de España con el Sur no aparecen con mucha suerte. La afirmación histórica de la oriundez y galaica Cervantina la confirma una bellísima filología.

El nombre de Cervantes por una similitud sencilla se confunde con Castellano Servando y algunos han creído que es el mismo. Pero Cervantes es el "Cervus" latino y Servando es el "Servus Dei". Ya habló la Crónica general del castillo Toledano de San Cervantes, y Castillo de San Servando.

"Tú que estás junto a Toledo", diría el conocido romance.

En el siglo diez y nueve aún lo conservó Zorrilla en la Tradición del Cristo de la Vega, asimilando Servando y Cervante.

Baja la comitiva por la cuesta y dice el poeta:

"Más lejos se ve el castillo  
De san Servando y Cervante".

Pero quizá está más patente la oriundez galaica en la formación del apellido Saavedra. Este se escribió Sahavedra y Sayavedra. Así se decía en el tiempo de don Miguel cuando Luján de Sayavedra escribía su libro apócrifo, Sayaes apócope de Sayago, y Vedra (Vétera latino—vieja español) componen en nombre geográfico muy abundante y conocido en Galicia. Sayago, en gallego puede ser Santiago. Queda aún este nombre en pueblo de la raya fronteriza con Castilla. Ejemplo: Bermillos de Sayago, es decir, Bermillo de Santiago en la tierra Zamorana. Con esta etimología, Sahavedra es Santiago del Vedra o junto al Vedra. Pero no está claro por que los etimologistas dicen que la n de San no se pierde y citan el ejemplo de San Payo. Algunos han querido buscar en el Saá y no con desacierto una etimología céltica que puede significar también viejo.

De todos modos este apellido confirma la primitiva oriundez de los Cervantes.

¿Pero, qué hay de claro y firme en la auténtica genealogía de don Miguel?

Es cierto que no hay nada más allá de la genealogía de sus bisabuelos. Fueron sus ascendientes:

**BISABUELOS.**—Don Rodrigo Cervantes y doña Catalina de Vera o Cabrera. Su tiempo cronológico para entenderlo mejor es aproximadamente de los Reyes Católicos. Probablemente doña Catalina Vera o Cabrera era cordobesa. El Bisabuelo se sabe que fué bachiller, en ignorada facultad.

**ABUELOS.** — Don Juan de Cervantes y doña Leonor de Torre Blanca. De éstos se cree ciertamente que eran cordobeses. De don Juan hay muchos documentos relacionados con la ciudad de Córdoba. Se conoce algo de su vida y su tiempo, que es el del final de los Reyes Católicos, ya siglo diez y seis y comienzo del reinado de Carlos Quinto. Es letrado, de mejor posición que su padre, pero también de vida insegura, vive mucho por Andalucía.

**PADRES.** — Don Rodrigo Cervantes y Leonor de Cortinas probablemente cordobeses, pero cordobeses que ya no viven mucho tiempo por tierra del Guadalquivir. Hermanos de este Don Rodrigo y por consiguiente tío de Cervantes fueron Andrés y María. De Andrés quedó descendencia por tierra Cordobesa. El padre de Cervantes ejerció un cargo ya menor que el del abuelo, la modesta profesión de Cirujano. Su tiempo es el de Carlos Quinto y bastante el de Felipe Segundo.

Se ha citado esta oriundez inmediata de Cervantes, con bisabuela cordobesa y abuelo cordobeses primero porque ello explica mucho de su espíritu y porque aclara también, la doble declaración hecha por don Miguel en Sevilla, llamándose así mismo "natural" de Córdoba. Además el por qué arraiga tanto y tan presto Don Miguel en estas nobles tierras del Sur de España. El por qué van al Quijote nombres y hombres de Córdoba de lo que se hablará oportunamente.

En estos contactos genéticos con Córdoba insistieron mucho Rodríguez Marín y Rodríguez Jurado y motivó tenaces discusiones.

LOS HERMANOS. — Siete fueron los hijos de don Rodrigo Cervantes y doña Leonor de Cortinas:

Andrés .....	1542
Andrea .....	1544
Luisa .....	1546
Miguel .....	1547
Rodrigo .....	1550
Magdalena .....	1555
Juan .....	X

Del primero, Andrés y del último, Juan no se sabe nada. Luisa muy joven se hace monja en Alcalá. Rodrigo tres años más pequeño que Cervantes, es militar y no de mucha fortuna. Alguna vez su vida correrá pareja con la de su hermano, en el mar y en las ergástulas Argelinas. Ha estado en Italia con Miguel. Cae cautivo en la galera "Sol". Es rescatado a los dos años, está poco tiempo en España y bajo la bandera de los tercios, acaba a los cincuenta años de edad, muriendo en Holanda en la batalla de las Dunas. Treinta años de servicios y no pasó de Alférez. La vida va eliminando los Cervantes o separándolos y sólo quedan en activo Andrés, Miguel y Magdalena, que juntos con la madre doña Leonor y después doña Catalina y la esposa, formarán el primer círculo del gran escritor.

La segunda generación Cervantina trae a su alrededor sólo mujeres. Andrea tiene una hija llamada Constanza y Don Miguel una hija natural nacida de leves amores llamada Isabel. Más adelante le nació una nieta llamada también Isabel.

En este grupo familiar femenino donde no hay más hombre que él, se deslizará toda la vida de Cervantes.

Esta levedad biográfica está extensa en cualquier libro, no es preciso recordarlo. Veamos sin embargo una fecha. Primero, niñez y mocedad, es decir, los años primeros de Cervantes y sus diez años de ausencia de España. 1547 — 1580. Segundo, la vi-

da joven y madura entre 1580 — 1600 y Tercero, la vejez, áurea y gloriosa entre 1600 y 1616. Cada momento tiene su característica fundamental y en todos ellos hay raíz, fruto y simiente para una de las más bellas biografías que ha tenido la humanidad.

**Mocedad.** — Los documentos han comprobado las malas andanzas del padre de Cervantes. Don Miguel desde su niñez no tuvo nunca nido seguro. Don Rodrigo, su padre es jefe de una casa y de una familia casi transumante, que va unas veces de Alcalá a Córdoba, otras de Córdoba a Sevilla y a varios lugares más. Viviendo como se puede, alguna vez Don Rodrigo, presagio funesto, también estará preso por deudas. Por este andar de la familia se ha creído que Cervantes recibió la primera educación en el Colegio de los Jesuitas de Sevilla. No se sabe, la familia ha correteado demasiado por Castilla y Andalucía, a veces quizá como la canción húngara: "Venían de paso y dormían a raso". Pero frecuentemente y aún teniendo hogar era éste pobre y frío. Ellos también podían decir

"Que cuando amanece dos cosas tenemos  
La noche a la espalda y el día adelante".

La verdad es que Cervantes no tuvo hogar cierto, sino hasta su vejez, cuando ya se habían hecho blancas las alas del cuervo.

El cuartel en Italia, las galeras de España en el Mediterráneo y así cinco años no son hogar. Las mazmorras argelinas, otros cinco años no son casa. Los quinice de Andalucía, viviendo en las posadas pueblerinas y los tugurios alquilados y misérrimos de Sevilla, no son domicilio. Domicilio es de "Domus" y Domus es de Dóminus, Señor. Nunca fué señor de casa este gran señor de su tiempo.

Durante la ausencia de Cervantes en andanzas militares y de otra índole, larga década entre 1569 y 1580 transcurre la juventud de las hermanas Andrea y Madgalena. Son figuras simpáticas; tuvieron un sino, "la pobreza". Nacieron en el reino de

la pobreza y en él continuaron. Fronteriza del pecado, hacen algaras y excursiones a veces cerca de las lindes de la picardía.

Tienen unas oscuras y sospechosas amistades y amores raros. Celebran contratos. Pleitean con los galanes. Los acucian con tenacidad ante los gobillos de Madrid. Andrea llega a casarse tres veces. Nicolás Obando, Santo Ambrosi y un General aparecen como maridos. Magdalena la humilde fracasa siempre. Eterna parroquiana de la Esperanza y al final, la edad la va resignando y venciendo. Magdalena la falta de galas nupciales vestirá el hábito franciscano de la Orden Tercera. En esto le acompañará toda la familia. Cada uno tiene su característica. Andrea la gran trabajadora es el espíritu recio. Magdalena la humilde y doña Catalina la triste mujer de Cervantes acabará rezando. Claro que esto es después del año 1600 cuando don Miguel en 1609, tiene 62 años, 65 Andrea y 55 Magdalena.

La vida de los Cervantes es una biografía interesantísima de pobre familia española. Quizá se ha sido injusto con ella al juzgar su vida; son en realidad eso que el siglo diez y nueve llamó insistentemente lo "cursi". El quiero y no puedo. Pero eso no es para reír. Es un dolor íntimo, profundo donde se acusa la desigualdad de la vida. "No hay amor porque no hay dinero". No hay dinero y hay que aparentarlo; no hay vida, sino apariencia.

Ellas casi solitas realizaron en su mocedad, Andrea con poco más de treinta años, algo extraordinario: lo que puede llamarse el rescate heráldico y ello las simpatiza y enaltece.

## EL RESCATE HERALDICO

"En la gallería Sol que oscurecía  
Mi ventura su luz, a pesar mío  
Fué la pérdida de otros y la mía".

Eso dijo don Miguel recordando como cayó cautivo. Era 1575. Venía de Italia feliz, victorioso, un poco inválido, bien recomendado y pleno de esperanza cortesana.

Cervantes contó varias veces el combate de la Galera Sol, como por ejemplo en el primer libro de la Galatea.

Con su hermano Rodrigo fué llevado a Argelia. La vida argelina de don Miguel durante los cinco años de cautiverio es a su vez una cautivante y heroica novela. Ha sido bien documentada, historiada y laudada. El recuerdo de ella aflorará siempre en la vida Cervantina. Los recuerdos africanos y los del Mediterráneo, tipos, hombres y costumbres, aparecen constantes en los libros de don Miguel y llegan a ser su más legítimo orgullo. En el aspecto literario ofrece grandes simientes de estudios. Así por ejemplo, las composiciones de Argel tienen un gran sentido religioso.

Don Miguel pasará años en la mazmorra; pero en Madrid vive la familia que lo sabe y no lo abandona. Don Rodrigo el padre, está viejo, enfermo y casi inútil. Las tres mujeres cervantinas de estos días; es decir, doña Leonor, la Madre de Cervantes, las hijas Andrea y Magdalena se apiñan y han de atender a todo; en él todo lo fundamental era libertad de los cautivos. Nuevo calvario de las tres Marías. Doña Leonor suplica, pide, se lamenta, no da paz a la mano y cuando no puede más intriga, le ayudan sus hijas. Al fin consiguen reunir con gran esfuerzo una suma pequeña y la envían a Argelia. Pero Cervantes está tasado como rescate de categoría. Sólo alcanza el dinero para redimir a Rodrigo y éste regresa a España después de dos años de cautiverio en 1577.

Don Miguel queda solo pero la familia sigue trabajando por su dilecto cautivo. Hay que recurrir en busca de más dinero y en esto parece que la mayor parte consiguió reunirlo Andrea.

Al fin una cantidad que parece suficiente va camino de Argelia y en Setiembre de 1580 habrá dinero para que Cervantes recobre su libertad.

La historia íntima del rescate, la búsqueda del dinero está suficientemente documentada. Un anhelar, un pedir y un sacrificio en Madrid, son el producto de esta cordialidad familiar.

Pero ¿quién rescató a Cervantes? La historia lo atribuye siempre a la Cruz Azul de la magnífica Orden de la Trinidad. ¿Quién quitaría valor a estas órdenes españolas que escribieron páginas de supremo heroísmo y auténtica caridad? El papel trinitario adquiere gran cuantía en los rescates argelinos y quedará siempre ilustre ante la historia por haber intervenido en el más grande rescate de cautivos que vió el mundo.

Pero no se puede olvidar el papel de las tres Marías de Madrid. Los documentos que ya publicó Navarrete discriminaron las aportaciones para la liberación de esta manera:

#### CUENTA DEL RESCATE

Madre y hermana de Cervantes trescientos ducados.		
A once reales ducado hacen . . . . .	3.300	reales
De una Institución benéfica . . . . .	250	„
De la limosna trinitaria . . . . .	250	„
De los comerciantes españoles de Argel . . . . .	2.970	„
	Total . . . . .	6.770 reales

El total del rescate Cervantino importó 6.770 reales. La mitad lleva lágrimas de familia. El valor heroico de la Orden y la generosidad de los españoles se unieron y se hizo el milagro. Pero la curiosidad pregunta: ¿Qué valor tenían 6.770 reales? No hay más que una regla, saber que en números redondos esos reales son 615 ducados de la moneda española de aquel tiempo. No dice mucho esto al lector.

Lo importante para saber por cuanto fué rescatado Cervantes

sería conocer la justa equivalencia que se puede dar al ducado con moneda actual.

Algo de ello dicen los económicos historicistas refiriéndose al ducado y al dólar. Pero son inseguras sus apreciaciones, discrepa y además en sus viejas tablas no dicen a que dólar se refiere, si al de hoy papel o al dólar oro y dan fluctuantes cifras de equivalencia. Próximamente vienen a establecer esta paridad un ducado igual a uno cuarenta dólar papel. Lo que en números redondos daría 860 dólares actuales.

Pero ni aún esta cifra casi imaginativa basta para comprender el esfuerzo económico realizado. Habría que saber más o menos exactamente el valor adquisitivo de 860 dólares en el año 1580. Es decir, lo que hoy haría falta para comprar lo mismo que con ella se podría adquirir en el siglo diez y seis. Es el problema del valor decreciente del dinero. ¿Ha bajado diez veces el dinero del siglo diez y seis a hoy?, eso dicen unos, mejor dicho eso decían antes de la guerra. Hoy no sé a que paridad someten esta baja. Puede calcularse multiplicando por veinte en unos quince y diez y seis mil dólares lo que costó el rescate de Cervantes. Todo esto lo he dicho aquí sin pretensión alguna didáctica como una leve indicación para abrir cauces a la justa curiosidad del lector. Estas cuentas Cervantinas las ajustó como se dijo el escritor Navarrete hace ya bastante tiempo. Pero tampoco lo hizo en un campo muy seguro al hablar de moneda. Mezcla ducados con doblas y con ásperos todo lo cual complica la fácil comprensión. El escudo parece que valía más que el ducado o sea trece y medio reales.

Toda la historia del rescate Cervantino y su historia de Argel es altamente interesante; la vida de Cervantes en Argelia es un gran capítulo biográfico. En el que anda mezcladas historia, leyenda y tradición.

Esta mezcla alguna vez en el rescate a la orden mercedaria. De ahí quizá el origen de la atribución del cuadro del Museo Sevillano queriendo encontrar un retrato de Cervantes en el cua-

dro de San Pedro Nolasco. Pero nunca mintió del todo la leyenda, está documentado que los Mercedarios acogieron favorablemente a las Cervantes y que intervinieron en las primeras negociaciones que dieron por resultado el rescate de Rodrigo.

Cervantes supo el sacrificio familiar pero eso no le hizo olvidar a lo religioso e hizo constar su perenne agradecimiento a Mercedarios y Trinitarios.

Entre otras citas recordemos la jornada cuarta del Trato de Argel. En las escenas finales dialogan Francisco y Aurelio:

### Francisco

Albricias caro Aurelio, que es llegado  
 Un navío de España, y todos dicen  
 Que es de limosna cierto, y que en él viene  
 Un fraile Trinitario cristianísimo,  
 Amigo de hacer bien, y conocido,  
 Porque ha estado otra vez en la tierra  
 Restacando cristianos y da ejemplo  
 De mucha cristiandad y gran prudencia.  
 Su nombre es Fray Juan Gil.

### Aurelio

Mira no sea  
 Fray Jorge de Olivar que es de la orden  
 De la Merced, que aquí también ha estado.  
 De no menos bondad y humano pecho:  
 Tanto, que ya después que hubo expedido  
 Bien, veinte mil ducados que traía  
 En otros siete mil quedó empeñado.  
 ¡Oh caridad extraña, oh Santo pecho!

## LA CORTE Y EL HOGAR

Al fin, Cervantes llega libre a Madrid. ¡Cómo encuentra a los suyos! En un continuo desvarajuste. Para él puede aplicarse el dicho de Quevedo:

Es mi casa solariega  
 Más solariega que todas  
 Como no tiene tejado  
 Le entra el sol, a todas horas.

Viuda Andrea con una hija. Magdalena en el trasluz de los últimos amores. Rodrigo en Portugal. El padre inútil y la madre envejecida. Sigue reinando el sol de la pobreza.

Pero él está en la Corte, todavía trae el resplandor Mediterráneo, la ilusión y el comienzo de una nueva vida.

No sabe todavía entre otras cosas por qué aún no se ha escrito aquello de:

"Fabio las esperanzas cortesanas  
 Prisiones son do el ambicioso muere  
 Y donde al más astuto hacen canas".

Ya no aprenderá y algún día dirá melancólicamente: ¡Oh Corte que alargas las esperanzas de los atrevidos pretendientes y acortas las de los virtuosos encogidos, sustentas abundantemente a los truanes desvergonzados y matas de hambre a los discretos vergonzosos!

En Madrid ha de empezar su primera aventura en el campo de las letras, fracasará, a la manquedad física se unirá la manquedad de la ilusión y otra aventura. Se casa. Con todo esto ha transcurrido un quinquenio entre 1575 y 1580. Ahora don Miguel busca hogar, se está acercando a los cuarenta. Y antes del hogar hay como un pequeño relampaguear de aventuras. Pequeñas y calladas. Cervantes no es don Juan.

Y como interesaría esta actitud vital de don Miguel ante la hembra y la mujer! Se conoce gran parte de su vida por docu-

mentos. Está bien, no despreciemos el documento pero generalmente el documento rico en datos no dice de esencias. Superior a él es la documentación de los estados espirituales que afloran mucho el don Miguel como en todo escritor con espíritu Biógrafo de su alma fué Cervantes? ¿Qué pensó de las mujeres y de la mujer? Un poco lo iremos viendo.

Lope el atrevido dijo alguna vez hablando de bodas: "Sobre el casamiento que le aconsejo, que lo mire bien, que duerma sobre ello antes que sobre ella, porque es una cárcel de la libertad y una abreviatura de la vida y quien se casa por cuatro mil dará dentro de pocas horas cuarenta mil por no haberse casado".

Cervantes era incapaz de este lenguaje. Otro su pensamiento y su lealtad.

En vano han buscado los investigadores rotundas aventuras amorosas. En su vida de amor ciertamente no aparecen más que dos mujeres: Doña Catalina Palacios y Ana Francisca de Rojas.

La primera la mujer legítima y con bendiciones; la segunda al parecer, sólo amor. De doña Catalina se hablará más adelante. Pero de Ana Francisca muy poco se puede decir, casi apenas se sabe.

Los amores con Ana debieron ser por el año 1583 al 1585 antes de su boda con doña Catalina. De Ana tuvo su única hija Isabel de Saavedra como ella se firmaba y que tantos disgustos dió a don Miguel. La hija Isabel debió nacer por el año 1585. En 1598 muere Ana Francisca casada con el cómico Alfonso Rodríguez dejando dos hijas Isabel la Cervantina, hija del amor y Ana de legítimo matrimonio.

Cervantes se preocupa de Isabel que es recogida por Magdalena Cervantes con cierta precaución y cuidado, salvando las apariencias, contratándola como criada.

Los amores con Ana debieron ser cosa de farándula a la que tan aficionado fué don Miguel, que por el año 1583 frecuentaba los teatros.

Es como se ha dicho la única aventura conocida.

Hay sin embargo, ¡campos de Italia! un detalle en que han tomado en cuenta los Cervantistas.

En el "Viaje del Parnaso", pleno de atisbos biográficos, cuando Cervantes habla de Nápoles, dice:

No me engaño  
Que esta ciudad es Nápoles la ilustre  
Que yo pisé su ruas más de un año.

Añadendo después:

Llegóse en esto a mí disimulado  
Un mi amigo llamado Promontorio  
**Mancebo en día, pero gran soldado.**

Mi amigo tiernamente me abrazaba  
y con tenerme entre sus brazos dijo:  
que de estar yo allí mucho dudaba.  
"Llamóme padre y yo llaméle hijo  
quedó con esto la verdad en punto  
que aquí puede llamarse, punto fijo".

Aventuras de soldado? Puede ser. Pero no hay más.

El tiempo estaba lleno de prodigios de amor. Hasta Felipe Segundo, el hombre de los cuatro casamientos, tuvo sus amores románticos unos, plenos devaneos otros.

Y según Madrid casi "Adjuras" forma de matrimonio "motu proprio et in secreto" que prohibió el concilio de Trento en 1563 casó siendo príncipe con una Osorio.

Eso sin contar otros amores filipinos como aquél de la Eva incógnita que ayudó a perder la Invencible.

Todo esto es historia menuda, si se quiere que también ha revoloteado alrededor de Cervantes y de los imaginativos Cervantistas. En la España Inglesa se ha querido ver un reflejo de amores Cervantinos. Todo incierto.

Definitivamente como se dijo don Miguel no es un don Juan. Ni aún parece que le interesó mucho para sus escritos el tipo que luego se llamó tenorioesco, salvo quizá el atisbo del Rufián Dichoso y algún otro.

El está muy más cerca de creer en "La Perfecta Casada" de Fray Luis y en la Institución Cristiana", de Luis Vives.

Y así su personaje Teresa Panza dirá alguna vez a Saicho utilizando el refrán: "La mujer honrada, la pierna quebrada y en casa". Y añadirá "a la doncella honesta, el hacer algo es su fiesta". Era un modo general de sentir, un algo relacionado con la intimidad española.

Recuérdese que hasta 1580 no entran las mujeres a representar en los teatros. Los papeles femeninos están desempeñados por muchachos como así mismo ocurría en el teatro inglés.

Sobre la mujer española y este es otro gran tema histórico y sociológico, calla la pluma. Había un concepto relacionado con la posición del hombre español, ante el honor, ante la madre, la mujer y las hijas. Cervantes ha retratado diversos tipos de mujer y siempre desde las rufianas a las idealizaciones de Pésiles hay un grandísimo respeto.

Tuvo Cervantes su tipo ideal de belleza, no lo descubre, es el tipo ideal femenino del renacimiento Platónico. Sin embargo esto no le impidió amar a lo humano la belleza de la mujer aunque alguna vez dijera con recelo:

Quien casa con mujer bella  
de su honra se descansa,  
si nó lo remedia el cielo. (R. Dichoso)

Pero fundamentalmente él llevó al casamiento un ideal de igualdad social que le hará decir utilizando refrane:

"Cada oveja con su pareja".  
"Casa a tu hijo con tu igual y no dirán de tí mal".

El, probablemente buscó esta igualdad, pero una vez buscada, hallada y aún antes no hubo atisbos de locuras ni lances de amor.

O no se enamoraba o tenía pronta la voluntad.

Desde luego no dió al viento sus amores si los tuvo, como Lope y callado y silencioso afirmó su respeto inquebrantable al matrimonio afirmando:

“Más vale el peor concierto que no el divorcio mejor”.

Los atrevidos dirán: “Buen burgués de antaño este don Miguel”

Era una bondad infinita, casi franciscana de renunciación que está patente en toda su vida, en sus libros y en su acción. Un sentido ético profundo en la raíz del alma que le llevará a decir antecedendo a pensamientos Calderonianos:

Si las almas son iguales  
Podrá la de un labrador,  
Igualarse por valor  
Con las que son imperiales.

## LA FAMILIA JOVEN

Una segunda generación aparece en la vida Cervantina. Esta generación está lograda y casi completa al rayar el año 1600. Trae dos mujeres más. En estos días, don Miguel, pasa bien de los cincuenta.

Recordemos ya de completo el cuadro familiar Cervantino.

Rodrigo Cervantes — Leonor de Cortinas (Padres)  
(1585) (1593)

Andrés (1543) (X)	Andrea (1544) (1609)	Luisa (1546) (X)	Miguel (1547) (1616)	Rodrigo (1550) (1600)	Magdalena (1555) (1611)	Juan (X) (X)
	↓ Constanza (1624)		↓ (Catalina)	(esposa)	(1565)	(1626)
			↓ (Ana Frasca. de Rojas)		(X)	(158—99)
			↓ (Isabel de Saavedra)	¿	(1585)	(1652)
			↓ (Isabel Sanz de Saavedra)	?	(1612)	(1621)

Sigue el predominio de las mujeres. Ellas le acompañarán el resto de su vida cuando cesada definitivamente la aventura por Andalucía y por el año de 1602 Cervantes vive definitivamente en la Corte y un poco en Valladolid, hasta su final en 1616.

Alguna de ellas también le ha de producir muchas penas.

El estudio de esta vida familiar ha aflorado en los documentos aunque sin embargo queda muchas lagunas y puntos que dilucidar. ¿Por qué se llama Magdalena, unas veces Magdalena Sotomayor y otras Pimentel de Sotomayor? Enigma que si no es tan claro, tiene un velo de transparencia.

No se puede hacer, es más, no se quiere hacer en el Breviario un resumen de la vida familiar, eso es cosa para otro estudio. Sin embargo algo puede decirse para la curiosidad. La más destacada de las hermanas, tenaz y luchadora, siempre fué Andrea. Ha casado según su decir tres veces. En 1605 parece como viuda de un florentino. Pero en 1608 es ya viuda de un General Mendaña. Según esto entre los sesenta y uno y sesenta y cuatro había casado por vez tercera y vuelto enviuda por tercera vez. De

un matrimonio trajo al mundo su única hija Constanza que formará pareja juvenil con su prima Isabel de Saavedra, la hija de Ana Francisca de Rojas.

Andrea es una gran luchadora y un tiempo ya vieja, lucha y trabaja en Valladolid. Allí Andrea, madura ya, es entre 1603 y 1605, ha cumplido pues sus sesenta años. Es costurera, planchadora, todo lo que hay que hacer, no le arredra el trabajo. Con ella temporalmente vive su hermano Miguel, que quizá le cobra las cuentas y es posible que escriba los recibos con su propia pluma y mano, la propia mano que ya había escrito nada menos que la primera parte del Quijote. Las niñas siguen el viejo ejemplo. Constanza coqueta y pleitea con Pedro de Lanuza, hermano de Juan de Lanuza el ajusticiado de Aragón. Caza alto y tiene sus dimes y diretes. Isabel ya sacará las uñas. Magdalena se ha hecho definitivamente beata. Lleva hábito. Doña Catalina, parece no estar en Valladolid.

Mejor, porque en Valladolid acaece el triste suceso que ensombreció la reputación de las nuevas Cervantes.

Ese tan conocido hecho de la herida mortal dada a un caballero, Gaspar de Espeleta, tenorio de oficio, recibida en las puertas de la casa donde vivía la familia Cervantes. Una casa de piso donde habitan además otras familias en la que abundaban las viudas, solteras viejas, cinco o seis jóvenes y hasta una beata retirada. Sólo un hombre, don Miguel y un joven de la familia "Garivay". Los dos hombres han ayudado a recoger al herido, que muere a los dos días.

Sospechas judiciales, inquisitivas llevadas quizá deliberadamente con falta de destreza y sobra de picardía judicial, conducen a la cárcel a la familia Cervantina salvo a Magdalena en unión de otros habitantes de la casa. Don Miguel va también a la cárcel. Pero es una injusticia y a los pocos días fueron todos puestos en libertad. Quedó la sombra y la murmuración.

El proceso que motivó la muerte de Espeleta, está documentadísimo y hace mucho tiempo fué publicado.

Pero una prueba del ambiente en que vivía la familia y de la desconcepción dolorosa la da la declaración de la beata vieja chismosa y jubilada que vivía en la casa, y que en una de sus declaraciones dijo así:

“En este cuarto donde el dicho Miguel de Cervantes y su hija, hermanas y sobrina viven, hay algunas conversaciones de gentes, que entran en ella de noche y de día, algunos caballeros, que esta testigo conoce, más que en ello hay escándalo y murmuración y especialmente entra un Simón Méndez, portugués que es público y notorio que está amancebado con la dicha doña Isabel, hija del dicho Miguel de Cervantes. Y esta testigo se lo ha reprendido muchas veces al dicho Simón Méndez, aunque decía que no entraba sino por buena amistad que tenía en la dicha casa; y sabe esta testigo por haber oído decir públicamente, que dicho señor Méndez la había dado un faldellín, que le había costado más de doscientos ducados; y que en el cuarto alto, arriba de la taberna, vive doña Mariana Ramírez la cual es público y notorio que está amancebada con don Diego de Miranda, y dicen que se quiere casarse con ella, y que sobre esto han estado presos y después acá todavía se tratan; y que en otro cuarto alto vive doña Juana Gaytán y doña María de Argomedo y doña Catalina, mujer soltera, sobrina de la dicha doña Juana Gaytán y doña Luisa, también moza soltera, hermana de la dicha doña Juana Gaytán, y estas dichas mujeres admiten muchas visitas de día y de noche de caballeros como son el Duque de Pastrana y Maqueda, y ha oído decir que el Conde de Conceitana y el Señor de Higaes que ha oído decir, se llama don Fernando de Toledo, y otros muchos caballeros que no conoce, pero que el de Higaes entraba más veces y más a menudo en el aposento de dicho Miguel de Cervantes y hermanas y sobrina e hija. Preguntada si esta testigo sabe o ha oído decir por cuál de las dichas mujeres fué la dicha pendencia fue por lo que se le pregunta, pero no conoce ni sabe por quien fuese, ni tampoco ha oído decir quien fuese el hombre con quien el dicho don Gaspar riñese, ni lo sospecha porque este testigo no trata con

ninguna de ellas, como dicho tiene, siempre le ha parecido mal y causado escándalo las demasiadas conversaciones y libertades con que viven”.

En la bárbara prosa curialesca que no se puede leer sin indignación y en alianza con el espíritu de Isabel de Ayala la hipócrita “que no se trata con ninguna de ellas” pero les muerde con ahinco hay sinembargo dibujado un triste hogar.

¿Qué hacía toda la familia en Valladolid? Se han venido sin duda al calor de la Corte de Felipe Tercero, trasladado un día desde Madrid por orgullo o conveniencia del duque de Lerma. Se cree que don Miguel estuvo en Valladolid dos años. Después la Corte retorna al centro Madrileño y los Cervantes también.

## LA VEJEZ

Va a empezar la década serena y gloriosa de don Miguel. Los diez magníficos años, en que han de salir a la vida la segunda parte del Quijote, las Novelas Ejemplares, el Pérsiles, las Ocho Comedias, los Entremeses, los verdaderos años de paz de don Miguel y los más fructíferos de su vida. Le acaricia el pensionado de Lemos 1613—1616. La familia reposa. La afición familiar a los franciscanos se cumple en todos. Luisa que no ha sonado nada al lado de Cervantes, vive en su mundo religioso de Alcalá de Henares, del que desaparece hacia 1620. Poco a poco don Miguel se va quedando sin hermanos. Muere Andrea, luego Magdalena. El, es el único sobreviviente de los siete hijos de don Rodrigo Cervantes, sin contar a Luisa.

Pero quedan las niñas, una nueva generación que ya son mujeres. Constanza la sobrina, Isabel la hija y aún vive doña Catalina. Constanza tiene una vida de la que dicen poco los documentos, morirá relativamente joven. Pero queda Isabel. Isabel que es la aventura constante, la ambición, la picardía, el pleitismo, llevado a grado máximo. Casa dice ella con Diego Sans de Agui-

la, y ya viuda y prestamente con un Molina que ese sí parece el colmo de la desaprensión. Lleva a su padre don Miguel, esta Isabel de Saavedra por no aceptables caminos, es imperiosa, codiciosa e intrigante. Tiene una hija, la única nieta de Cervantes, Isabel Sanz de Saavedra. Al fin ha de reñir con ella don Miguel. Doña Catalina Palacios que ha sido madrina de la boda con Molina, está en esto al lado de su marido.

El tiempo va extinguiendo a la familia Cervantina; ninguno de los hermanos dejó descendencia. La nietecita de don Miguel debió morir niña con unos nueve años, quizá en 1622. Pero Isabel la hija llega hasta 1652, es la máxima sobreviviente Cervantina.

Así ni por línea masculina que parece no existió, ni por línea femenina que se extingue rápida, dejó don Miguel de Cervantes de Saavedra ningún hijo de su carne.

## LOS OTROS CERVANTES DEL TIEMPO DE DON MIGUEL

Recordamos que la familia Galaico Cervantina se asentó en Córdoba y Sevilla cuando la toma del valle del Guadalquivir redujo al árabe español al solo dominio de Granada.

Por la comarca Andaluza el apellido Cervantes suena y no poco en el siglo diez y seis.

Los documentos han probado que la parentela probablemente primos cercanos, alguna vez acompañó a don Miguel en sus andanzas de alcahalero por tierras de Córdoba sobre todo por la Castro del Río, Lucena y Cabra.

En sus escritos laudatorios don Miguel alguna vez ha nombrado a los Cervantes.

Y desde el siglo diez y nueve llamaron la atención los versos encomiásticos del Canto del Caliope:

Ciñe el verde laurel, la verde hiedra,  
y aún la robusta encina, aquella frente  
de Gonzalo Cervantes de Saavedra.

Interesó más porque está el elogio en el Canto de Caliope junto con el de los poetas cordobeses, don Juan de Aguayo, Juan Rufo y don Luis de Góngora, indicando como un lugar de origen.

La perfecta homonimia de los apellidos Cervantinos intrigó mucho. ¿Quién era este don Gonzalo Cervantes? ¿y cuál era su afinidad de sangre con don Miguel?

Los eruditos en sus búsquedas encontraron varios Cervantes y todos ellos escritores.

Así un Fray Gonzalo Cervantes escribía en 1614 y el nombrado Gonzalo de Saavedra cordobés autor de "Los Pastores del Betis" y sobre todo Gonzalo Gómez de Cervantes escritor y hombre altamente interesante, que parece ser el del Canto de Caliope, que viene a América y muere en Méjico en 1599 siendo Corregidor de Tlascala.

"En él, Marte nos muestra el brío ardiente", había también dicho don Miguel.

Hay otros Cervantes andaluces que se llaman Cervantes de Salazar, sin duda emparentados con los Salazares de Esquivias es decir, con parentela de la mujer de Cervantes. Parece que hubo parentesco antiguo entre la familia Cervantes y la de su mujer por algún casamiento que se desconoce.

Los Cervantes eran todos cordobeses y dieron hombres ilustres.

Francisco es perfectamente conocido como filósofo y continuador "Del Diálogo de la Dignidad del Hombre" del Maestro Hernán Pérez de Oliva.

Por otra parte los documentos muestran que 1599 don Miguel se hallaba en relaciones de dinero con su pariente don Juan Cervantes de Salazar hijo o sobrino de don Francisco, buen poeta que debía a don Miguel un poco de dinero y se lo pagó en aquella

fecha. Este don Juan debía ser el que vivía en Lucena. De modo que por Lucena, Cabra, Córdoba y Sevilla se encontraba extendido el apellido familiar y bien en el siglo diez y seis. Y aún perduran Cervantes y Saavedra en Andalucía. El último gran destello del Saavedra lo da el autor del don Alvaro, el nombrado Duque de Rivas.

La oriundez cordobesa de Cervantes que a mi me interesa mucho se afirma simplemente con estos datos sin recurrir a mayores búsquedas que si las hay.

Que Cervantes estuvo en Córdoba con su abuelo y allí entre otras cosas le prendió siendo pequeño la afición al teatro, viendo representar a Lope de Rueda, es cosa muy dicha y quizá probable. Se busca esta oriundez de Cervantes sólo como un enlace espiritual entre un gran hombre y la comarca más vieja y de raíces más profundas de toda España.

## MAS CERVANTES

La partida de nacimiento de Cervantes fué publicada por vez primera en 1753 y por nadie puede ser controvertida. Nació en Alcalá quizá el único oasis de quietud de aquella trashumancia de la familia de que antes hemos hablado. En realidad a juzgar por las partidas bautismales de todos los hermanos es donde don Rodrigo y doña Leonor de Cortinas debieron vivir más tiempo.

Alcalá era entonces un emporio intelectual y una pequeña magna ciudad. Con Salamanca las ciudades universitarias por excelencia de España. Apenas tenía Alcalá cuarenta años de fundación cuando nace Cervantes, más era ya ilustrísima, grave, docta y bulliciosa. Se acercó Cervantes a la Universidad? ¿Dónde se asomó Cervantes como él dice a "las puertas de la Gramática"?

Alcalá será siempre para España en su soberbia historia cultural dos cosas supremamente magnas "Universidad y Cervantes". Ya es suficiente.

Después de tantas contiendas nadie disputa a Alcalá la suerte histórica, de cuna Cervantina.

Sin embargo hubo una persistente corriente manchega para llevárselo a nacer en Alcázar de San Juan.

Porque allí le salió otro homónimo. ¿Y qué homónimo? Se llamaba nada menos que Cervantes de Saavedra como él.

Era hijo de un Blas Cervantes de Saavedra y había nacido por el 1558. Sólo once años después que el Cervantes único, no querían convencerse los Manchegos. El Cervantes verdad era el suyo, ni aún ante las sensatas objeciones de que cómo iba a estar el hijo de Blas Cervantes, en Lepanto y tomar parte en la batalla: un niño de doce años bajo las órdenes de aquel Juan que "Fuit Homo Mixsus A Deo, Cuy Nómen Erat, Joannes".

Llegó hasta el gracejo la defensa contumaz. ¿No tenía menos de catorce años David el humilde pastor cuando venció al blasfemo e impío gigante Goliat?, dijo un contradictor.

Pero ya en serio y además las partidas de los hermanos de don Miguel en Santa María de Alcalá y que no aparecían en la Mancha derrotaban totalmente al Cervantes solitario de Alcázar.

Del gran homónimo Manchego nunca se supo nada. Pudieron ser parientes, quizá otra rama de los Cervantes. El no pudo escribir un libro intitulado *El Ingenioso Hidalgo Don Quijote de la Mancha*. Viene al pensamiento una sencilla palabra sobre intitulado que algún diccionario explica como "Libro con doble título". Cuando es la forma hoy arcaica y usada en el siglo diez y seis, un puro y perfecto latinismo. Viene de "intitularse" y su uso en Castellano lo demuestra claro la clara expresión Cervantina.



La biografía Cervantina acaba ya, mejor dicho no acaba, terminan los motivos que yo he querido seleccionar de ella. Datos sobrados hay para construirla en grande y más que construirla a pico de documento, sentirla hondo que es lo que siempre falta al documentista. Sin embargo los Cervantistas han acumulado precioso material. Interesa más y juntamente con ella el camino que lleve al estudio de cómo vivía la clase media española, letrada o

nó, a lo que perteneció Cervantes y un poco también en ella la interpretación de los testamentos sociales y de cómo vivía España.

Sí, España la desconocida donde se escribía por los propios tiempos Cervantinos, tiempos de absolutismos dogmáticos, y de absolutismos religiosos. Donde se escribía esto: "Todos los hombres nacen iguales y libres. Nadie tiene derecho de mandar sobre otros".

"Todas las cosas del mundo por justicia natural son comunes". Necesita España de otra comprensión.

## LA POBREZA

Se habló y se hablará en el transcurso de estas conferencias de la pobreza Cervantina que tanto le acució. "La pobreza atropella la honra" dijo él de un modo difinitivo.

Pero será el sólo y en su tiempo el solo ingenio encerrado en la cárcel del no tener?

Góngora ya triunfante como poeta, decía: "Yo ando que es vergüenza de vestido con la misma ropa que en invierno que daría calor al no estar rota". Pobreza que no obstaculizó la vía del orgullo nacional. Porque cuando se examina las vidas familiares en sus diversos estamentos sociales desde la riqueza a la pobreza se llega a un tipo cuajado, hecho de básicos principios nativos, de modalidades cristianas, de influjos orientales y caballescros que son los mismos que han formado el "caballero cristiano" cuando alguna vez fue tipificación de España.

Es Cervantes el tipo perfecto de este caballero cristiano como se dice frecuentemente para buscar en él el tipo del hombre español del tiempo austriaco?

Quizá el "Breviario" lo pueda ir indicando con más o menos fortuna ante las posiciones espirituales de Cervantes frente a las modalidades de su tiempo.

Águila del blasón es Cervantes para la interpretación del alma de su tiempo.

Peró no como se quiere para una total integración del alma española. Quizá para cuando España nacionalizó el cristianismo y la realiza, lo es desde luego. Para la España en su mayor cuantía de los siglos diez y seis y diez y siete, pero para la total complejísima con veinte almas es muy difícil hallar una figura esencialmente representativa. Ni aún Cervantes.

Anda Cervantes en sus finales el camino de casi todos los escritores de su tiempo. A la Congregación de Esclavos del Sacramento van poco más o menos allá por el 1610. Salas Barbadillo, Vicente Espinel, Quevedo, Fray Hortensio de Paravicino, Lope de Vega y con ellos Cervantes. Seis magníficos nombres.

La promoción de santos en 1622 en la que salen nada menos que Teresa de Jesús, Ignacio de Loyola, Francisco Javier, Felipe Neri y finalmente Isidro Labrador, indican el espíritu de España.

La figura de Ignacio alguna vez se cree haya influido en Cervantes. Han visto algunos en don Quijote como relampagueo de vida Ignaciana.

La sacra caballería. La improvisación caballescaca de don Quijote en el camino y la vela de armas en Monserrat, la ignaciana afección a la monarquía que también se aprecia en Cervantes.

Y el lema famoso "Conquistar toda la tierra de infieles, todo el mundo y todos los enemigos". El más soberbio imperialismo espiritual como quería Ignacio. "Conquistar la justicia para todo el mundo", como anhelaba don Quijote son dos formidables e inaccesibles imperialismos.

Todos estos datos aquí desmenuzados y como injertos en el libro son para la biografía espiritual de Cervantes, soberbiamente interesantes como su vida propia.

Cervantes fue siguiendo poco a poco en su última década una vía de retiro serena y casi Ignaciana.

En 1613 se había inscrito como hermano de la Orden Tercera de San Francisco. En 1616 profesa en ella en Madrid en su propia casa y poco antes de morir. Era el dos de abril. El diez y nueve

escribe al Conde de Lemos la sublime carta dedicatoria que está en el prólogo de "Los Trabajos de Pérsiles y Sigismunda".

En los maravillosos trabajos de Pérsiles donde está también la vida rota de Cervantes. Porque Cervantes está también en plenitud con aquella terrible verdad que escribió: "Porque todos mis bienes son soñados".



Su vida acabó. Era un sábado veintitrés de abril de 1616. ¿Quién lo llevó en hombros al pobre entierro de Las Trinitarias Descalzas. Dos sencillos y humildes potas (de los grandes, nada se sabe), poetas modestos que escribieron un epitafio y un soneto como pórtico del Pérsiles:

En fin hizo su camino  
Pero su fama no es muerta.

Dijo don Francisco de Urbina versificando pobrementemente y Luís Francisco Calderón, no con mayor riqueza poética pero sí con toda el alma diría:

Cenizas de un ingenio, santas mira.  
Que olvido y tiempo a despreciar se atreve.

y fue una gran verdad.



## EL NUCLEO FAMILIAR DE LA CARNE Y DEL ESPIRITU

En toda su magnífica vida, quedará Don Miguel, en pareja con Catalina Palacios, en el andar terrestre, y en los altos pensamientos, Don Quijote y Dulcinea, serán eternos.

¿Pero, cómo eran estos tres?

Doña Catalina, Dulcinea y aún Don Quijote. Hablemos de ellos entre texto e imaginación.

## LA CASA DE DOÑA CATALINA

He aquí la casa de doña Catalina Palacios Salazar y Vozmediano, la mujer de Cervantes. Esta casa que fué hogar Cervantino aún permanece en pie en Esquivias, pueblecito de Toledo y no muy lejos de Madrid.

Esquivias tiene categoría literaria, es el gran Blasón de esta comarca manchega y la casa de doña Catalina, su notoriedad. Típica casa manchega que aunque retocada conserva las características del tiempo Cervantino. Dos son los pisos. El tejado a dos vertientes. Encima la gracia de la chimenea; el humo hijo del fuego que dice hogar.

Es esas grandes cocinas que tienen mucho de sitio familiar donde se congrega la gente, se habla, se cuenta, se murmura un poquito, por qué no?, se reza, se come y en fin se vive presidido por el fuego, siempre Dios tutelar. En otro lado de la casa el portalón con su tejazoz para la vivienta propiamente agrícola.

Aquí vivió Cervantes. Poco tiempo, siempre fugitivo de la vida labrantina, un poco de doña Catalina y quizás más de la familia política.

La historia matrimonial de don Miguel es sin duda interesante y documentos tras documentos han intentado aclararla. Pero siempre queda algo que no se sabe ni se dice. Un poco de moda estuvo alguna vez el no apreciar mucho biógrafos y poetas, a la provincianita toledana que fue la mujer de Cervantes. Eso pasó. Doña Catalina viene al mundo en 1565. Casa en 1584 y muere el 1626 con poco más de sesenta años, habiendo sobrevivido diez a su marido. Cuando murió Cervantes ya había cumplido doña Catalina, cincuenta y el matrimonio había durado más de treinta.

Fué doña Catalina una hidalga rural, una especie de hidalga

de gotera? Parece que sí. Poca hacienda, austeridad mucha, familia corta pero reputada y muy apegados a la iglesia. Su tío don Juan Palacios le dió la bendición nupcial. Su hermano también fué sacerdote.

La dote de Catalina nunca fué grande y aún tardó en ser entregada. Lleva sus májuelos, el huerto de los perales y muebles y hasta "diez y ocho cabras, cuarenta gallinas y un gallo". Todo está documentadamente detallado.

La dote de doña Catalina no valía más de cuatrocientos ducados, un poco acrecentada luego por la herencia materna y un legado de su tío carnal.

La pequeña historia económica de la familia se conoce pero no se puede ahora detallar minuciosamente. La suegra de doña Catalina Palacios dudó siempre del yerno genio. La propia mujer de Cervantes en un testamento hecho sin que lo sepa don Miguel, dejó casi toda la propiedad a su hermana, eso sí para que pagase las deudas paternas, porque las deudas decía ella "valen más que los legados".

Pero deja otro pequeño a don Miguel por "el mucho amor y buena compañía que ambos hemos tenido". Mas parece frase protocolaria de escribanos que verdad. Verdad sólo lo semeja a medias.

Sinembargo no hay que pensar mal de esta mujer constantemente separada del marido en su juventud, un marido que le lleva cerca de veinte años. Al año justo de casado ya está doña Catalina sola en Esquivias y Cervantes desde 1585 anda por Sevilla entregado a los negocios.

Se sabe que en 1597 y en 1602 ha tenido que vender doña Catalina pedacitos de su hacienda.

En 1594 y con todos sus pobres bienes fía a don Miguel para el cobro fiscal que éste ha de efectuar en el reino de Granada. La vida en común tanto tiempo rota, parece se reanuda luego después de cumplir los cuarenta años doña Catalina y andar Cer-

vantes por los sesenta. Es la paz de los desengaños de la vida. ¿Desengaños de quién?, probablemente de los dos.

Doña Catalina tiene una cohesión familiar y un sentido firme y sereno de la vida, al igual que todos los suyos.

Cervantes le lleva bastante edad; la tartamudez de don Miguel si es cierta, no es habla para enamorar. Don Miguel no ha triunfado en su aventura literaria. No tiene casa ni hogar, vagabundea dolorosamente con una ansia infinita y un triunfo no logrado y siempre lejos de ella.

La culpa de esta falta de calor hogareño la tuvo la desventura. La culpa es de la pobreza.

No fué Cervantes ni quiso ser como Francisco de Asís, el esposo místico de la dama pobreza. ¿Pero cuántas veces al alargar su mano casi mendicante, se dibujaría en el aire como una promesa de eternos esponsales?

Doña Catalina es buena y perdona y comprende las dificultades. En 1609 cuando casa la hija de Cervantes, Ana Francisca de Rojas, son padrinos doña Catalina y don Miguel, ella tiene cuarenta y cuatro años y él sesenta y dos. Plena paz, sin embargo en 1610 anuló la cláusula del testamento en que dejaba a su marido en usufructo de los terrenos de Esquivias. Es curiosa la disposición testamental "y aunque éstos (los bienes) conforme a la cláusula del testamento de la dicha mi madre prohíbe la enajenación y venta de ellos, pero esto fué por dos respetos, el uno para que no se pudiera valer de ellos el dicho mi marido". Ella vende además "porque habiendo deudas han de ser preferibles a las mejores herencias". Quiere vender y vende para pagar deudas paternas.

El matrimonio sigue en paz; al morir Cervantes la deja por albacea testamentaria, en unión del sacerdote Francisco Martínez. Doña Catalina publicará luego "Los Trabajos de Pérsiles y Sigismunda" vendiendo el privilegio al editor Villarroel.

Al final, como se dijo, vida apacible, ingresa en cofradías, en-

tra a la orden tercera franciscana y hay rastro de una mayor identificación con su marido.

En otro de sus testamentos nombra a Constanza pero prescinde de la hija de don Miguel, Isabel de Saavedra, que tantos disgustos dió a su padre.

¿Por qué ha de ser doña Catalina "mujer desabrida", páramo seco como se ha dicho alguna vez"?

Tiene derecho a ocupar un lugar entre los tipos de mujeres españolas que están en la sombra y penumbra de los poderosos y que a paso leve andan junto a ellos.

Es también un tipo de la grandiosa energía femenil de España manifestada donde se puede y cuando se debe. Reinas, monjas, pueblo, escritoras, etc. Pero si la pequeña burguesía rural no da un nombre notorio es abundante en tipos de mujeres recios, fuertes y morales. Los pobres abuelos de doña Catalina no pudieron retener a Cervantes, que ni era ambicioso de dinero sino de otras áureas y mayores ambiciones. Los majuelos de Esquivias tuvieron menos suerte que los de Beatriz Enríquez en Córdoba en los lagares de Trassierra. Eso sí que retuvieron a Colón con los olivos de las serranías cordobesas y los frutos de sus almunias que cimentaron la esperanza de Colón, mucho antes de que le llegaran las gracias cortesanas.

Mujeres sin notas, casi oscurecidas en la penumbra de la vida de los grandes hombres.

Cortas vienen estas páginas Cervantinas, quizá como pedrezuelas barrocas y regulares en tamaño y mensura formando eso sí un rosario. La pedrezuela Catalina tiene derecho a algo más de lo que se ha dicho de ella. No se ha hecho aquí su biografía, pero entre las mujeres que rodearon a Cervantes tiene una alta concepción. Doña Catalina no es de vidrio. De su físico nada sabemos.

Pero sinembargo, qué es aquello que escribió Cervantes de que Espada, mujer membrillo a toda ley de Toledo. Y de Toledo era Doña Catalina.

## ¿QUIEN ES DON QUIJOTE?

La crítica literaria buscadora de la génesis del Quijote, el simple erudito o el corriente lector, se han hecho veces infinitas cada uno desde su ángulo intelectual esta pregunta:

¿Existió en cierto modo don Quijote? ¿Fue una figura real la que sirvió de tipo a Cervantes para su singular creación?

Además, en que fuentes literarias pudo encontrar el tipo y después magnificarlo?

Todos ellos siguen siendo interesantes problemas que planteados en esquema pueden aparecer de este modo:

Primero. — Don Quijote fue una figura semireal? Existió el prototipo? Sí o no.

Segundo. — ¿Cómo físicamente pinta Cervantes a su héroe, es decir cómo le esculpe con la pluma como figura humana? y

Tercero. — Cómo a parte de Cervantes ha sido interpretado por el arte en sus diversas manifestaciones la figura de don Quijote? Es decir, la inocología Quijotesca como la han sentido los artistas.

## ¿CUANTO SE HA DICHO?

Si Ud. lector oye la tradición y el eco de ella rebotando por los pueblos de la Mancha, es posible que ellos, ellos son los Manchegos, que sostienen la verdad existencial de muchas figuras Cervantinas y enseñan libros parroquiales de bautizos y obituarios como justificación de hombres, encuentran que el tipo Quijote como ser humano tuvo una base de realidad.

Hubo un don Alonso de Quijada y Salazar, tío de doña Catalina, que se opuso al casamiento de Catalina y don Miguel. Era este Quijada, hidalgo solterón lleno de orgullo y buena cepa que pudo traer algunos de los rasgos físicos que Cervantes dió a don Quijote.

Utilizar el tipo, lo estiman como un pequeño rasgo de venganza, pero ni debió ser venganza si esto es cierto, ni resultó sino

una magnificación. Se sabe que este don Alonso leía muchos libros de caballería. En otro aspecto ya más fino de la génesis del Quijote se ha encontrado, y por Menéndez Pidal, algún tipo literario como el del estudiante al que se vuelve loco por la lectura no de los libros de caballería sino la lectura del romancero y los romances.

Todo ello aún pudiendo ser cierto no afecta la gran creación Cervantina, antes al contrario, con tan levísimos materiales llegar a una tan excelsa edificación, revela su grandeza.

Las leyendas Cervantinas son muy atrayentes y fueron recogidas con todo amor. A esta distancia y escribiendo en un páramo bibliográfico no acerta a bien trenzarlas la memoria. Algunas recuerda. La crítica sería les puso mala cara frecuentemente, sobre todo, desde el siglo pasado, cuando Jiménez Serrano escribía "Paseo a la Patria de don Quijote" y no se si hasta quizás hoy cuando en 1936 escribe Juan Givanel las "Leyendas Cervantinas de Argamasilla de Alba", posiblemente con mejor autoridad.

Pero el foco de las leyendas para encontrar el semireal don Quijote está en Argamasilla de Alba y ellos dicen que con iguales títulos, que no puede presentar el incierto Quijada de Esquivias.

Todavía Argamasilla tiene una casa llamada "la casa de Sansón Carrasco", el jocosos y andante bachiller que disfrazado de caballero acaba las aventuras de don Quijote.

Hasta el siglo diez y nueve en que la destruyó un incendio se sostuvo la llamada casa de Medrano, donde estuvo preso Cervantes y es posible se conserve la cueva de la casa de Medrano, presunta prisión Cervantina.

Pero hay algo más, Argamasilla guarda o guardaba en su iglesia parroquial un cuadro del siglo diez y siete que llegó a ser altamente interesante. Es un cuadro de la Virgen, con dos santos de cuerpo entero.

Hasta aquí es un cuadro corriente. Pero al fin de la pintura en tamaño algo menor que la total figura humana, que alargaría

demasiado el lienzo, es decir, sólo figurado desde la cabeza casi a la rodilla hay dos donantes.

Son un hombre y una mujer, ambos con traje de época, ella con el tocado de su tiempo y él con la gola tan característica.

¿Quiénes son estos donantes? Según ellos, don Rodrigo de Pacheco, el varón y una sobrina suya llamada doña Melchora.

Figura en la que se inspiró, todo esto según lo legendario, en las que se inspiró Cervantes para crear la figura de don Quijote y utilizando a doña Melchora como tipo para el ama.

¿Qué hay de todo esto? La crítica duda pero Jiménez Serrano publicó con todo empeño estos retratos, sobre todo el de don Rodrigo Pacheco "hombre a quien se le cuajó una gran frialdad en el cerebro". Es decir preso de locura como don Quijote.

Y Antequera publica también en el siglo diez y nueve datos y documentos que abarcan y ensanchan la tradición.

La verdad de esto no se sabe. Pero es muy cierto que la tradición de Argamasilla tiene viejos y anteriores indicios.

Basta recordar que Avellaneda dedicó su libro al Alcalde Regidor e hidalgos de la noble villa de Argamasilla de la Mancha. "Patria feliz del hidalgo caballero don Quijote".

Y el propio Cervantes en el capítulo 52 habla de la caja de plomo con el pergamino que se halló en ella.

"Los Académicos de la Argamasilla lugar de la Mancha.

En vida u muerte del Valeroso don Quijote de la Mancha".

Hoc Scripserut.

La duda crece; algo debió pasar en Argamasilla. No puede ser todo una elaborada invención. Tan se creyó que allí se hizo por Rivadeneyra una edición de las obras completas Cervantinas con notas de don Cayetano Alberto de la Barrera, con una cierta gracia que no lo hace desmerecer mucho de ediciones y comentarios posteriores.

Argamasilla para el sentimiento, adquiere, digan lo que digan, rango en la topografía adscrita a la vida de Cervantes y aún en las páginas de sus andanzas.

¿Fué allí Cervantes de Alcabalero, se ha preguntado? Piropeó como se dice a una dama hidalga y por este desacato lo encerró Medrano.

Bastaba simplemente si estuvo con los azares de su no muy agradable oficio.

El empleo de recaudador tenía y aún tiene para la gente singularmente en los pueblos algo de profesión de pícaro.

"Veiguero" es el nombre despectivo con que aún hoy por los pueblos del Guadalquivir se llama al recaudador de contribuciones y un poquito también al insignificante curial. Servidumbre e inferioridad de la justicia. Este concepto es antiguo, lo rodean los tinterillos. Ya pedía Hernán Cortés al Emperador y refiriéndose a los curiales "que no le enviara letrados", prefería a los Obispos.

En esto de los recaudadores y visitantes, hay su poco de razón. Cuando un hombre que cumple con la ley, abre sus libros a visitantes o inspectores es como desnudarse en público. Por eso quizá dijo Carrera pero nada más que por donosura, "todo hombre inteligente debe ser anarquista".

No pudo Cervantes eximirse de que lo envuelva la leyenda, sin embargo, lejos de creer que ahí está su vida. Por ello ante los interesantes y curiosos libros de Antequera y Jiménez Serrano, conviene recordar otros como el de Santos Oliver "Vida y Semblanzas de Cervantes", el de Montalcú, "Vida de Cervantes" y aún la amable Biografía de Navarro Ledesma no desdeñando los viejos Cervantistas, como por ejemplo, la de José María Asencio, prototipo de los Cervantistas sencillos y nobles del siglo diez y nueve sevillano. Sin olvidar que lo central para construirla aunque quizá no para sentirla está en los documentos.

La leyenda que es poesía envuelve a don Miguel. Al fin era poeta. Nació Cervantes, como quiere Navarro Ledesma, "gran poeta en verso", pero el decurso de su vida lo forjaron gran poeta en prosa.

## CARACTERES FISICOS DE DON QUIJOTE

Se ha pintado don Quijote y descrito de muchas maneras más o menos felices. Nadie lo puede describir como su autor. En el

capítulo uno de la primera parte del Ingenioso Hidalgo dijo: "Frisaba la edad de nuestro Hidalgo en los cincuenta años; era de complexión recia, seco de carnes, enjuto de rostro, gran madrugador y amigo de la casa".

Enjuto de rostro es don Rodrigo Pacheco el del cuadro de Argamasilla.

Luego añadirá Cervantes en la segunda parte de su obra y por boca de Sansón Carrasco esta descripción: "Es un hombre alto de cuerpo, seco de rostro, estirado y avellanado de miembros, entrecano, la nariz aguileña y algo curva, los bigotes grandes, negros y caídos".

¿No parece esta descripción del rostro con rasgos y caracteres del propio físico de don Miguel?

Eran descripciones separadas entre sí por una década de tiempo.

¿Era feo don Quijote? Según Sancho sí, porque en él ve más cosas para espantar que para enamorar.

Don Quijote le respondió distinguiendo entre las dos maneras de hermosura, la del alma y la del cuerpo y, "Yo Sancho, bien veo que no soy hermoso pero también conozco que no soy disforme". Pero es mejor que hable Cervantes.

## QUIEN ERA DULCINEA

**La Casa.** — Otra vez la pregunta acuciosa que separa ahora en un lugar Cervantino, que de ese sí, quiso acordarse don Miguel. Tanto que le hizo célebre para todos los siglos.

Allí moraba Dulcinea la que nunca aparece y sin embargo llena el libro.

¿Por qué escogió Cervantes este lugar? habiendo en la Mancha casas de nobles de nobleza rural, él no lo ignoraba, pues, conocía, por ejemplo, "los ilustres linajes y los ilustrísimos vinos de Esquivias".

La tradición cuenta que el Toboso, patria de Dulcinea, ligado está con don Miguel en muchos pasos de su vida y que de veras, Dulcinea existió.

Hasta dicen que fué un amor imposible de Cervantes, jamás alcanzado, su amor de mocedad, su amor de ilusión y que por eso no aparece el fuego aunque está siempre en su vida, como en el libro. Ella acusa sólo el resplandor de la hoguera.

Esta verdad parece estar dicha en el Quijote. En los finales sublimes en el capítulo 64, cuando triunfó el fingido caballero de la Blanca Luna. "Vencido soy caballero y aún muerto si no confesáis las condiciones de nuestro desafío". Don Quijote molido y aturdido sin alzarse la visera como si hablara dentro de una tumba con voz debilitada y enfermiza dijo: "Dulcinea del Toboso es la más hermosa mujer del mundo y yo el más desdichado caballero de la tierra, y no es bien que mi flaqueza fraude esta verdad".

Era la verdad perenne del alma Cervantina, doña Dulcinea la del rural palacio Tobosino puede ser, era, seguía siendo para él la más hermosa mujer del mundo.

Don Ramón Antequera hizo en 1863 un libro todavía curioso y del que dejó de hablarse. Dice don Ramón que Dulcinea es simplemente "Dulcis ane" y que se llamó en vida Ana Martínez Zarco de Morales.

Vivía con su hermano don Esteban, blasonando, más doña Ana, de rancia nobleza y de altísimo origen, para ellos casi de descendencia real.

A su casa le llamarán en el Toboso andando el tiempo y cuando fué popular el Quijote, el palacio de Dulcinea.

Queda la casa con su portalada de piedra, adintelada, recias jambas y dovelas verroqueñas. También el escudo de los Zarco de Morales. Es adusta, hermética, con las recias puertas tirando a fortaleza.

Es el Toboso simplemente terrenos de Tobas, piedra frágil y esponjosa y de las tobas tomó su nombre.

Fué un gran pueblo medioeval y hasta los comienzos del siglo diez y seis abundó en grandes edificaciones y albergó linajes. Ya quiso don Quijote que fuese Alcázar o Palacio la casa de la

señora de su pensamiento. Pero también le dijo el mozo labrador al preguntarle por la princesa "que en todo el Toboso no vivía princesa alguna", "muchas señoras y principales que cada una en su casa puede ser princesa".

Don Quijote no vió jamás a Dulcinea y alguna vez dijo a Sancho "¿qué te parece cual mal quisto soy de encantadores"? y continuó creyendo.

El Toboso fué prontamente conocido por Cervantes o quizá en su mocedad.

Entre la nobleza toboseña parece figuró el apellido Cervantes. Es más, se cree conoció el pueblo a causa de este parentesco. Las consejas cuentan de un lance de amores, desafío con un toboseño y señala como lugar el hoy llamado Callejón de Mejía. También cuentan que por contiendas, bromas o rivalidades de mocerío fué arrojado Cervantes entre bromas y veras a las aguas de una laguna.

Aún que igualmente dicen que ese baño lo recibía infaliblemente todo recaudador de impuestos o gabelas que acertaba a ir con esta misión al Toboso.

No hay sin embargo noticia de que el grande hombre don Miguel ejerciera allí este oficio.

Fue el Toboso un gran pueblo agrícola muy poblado de morisco. La expulsión de estos acentúa su decadencia.

Cervantes trata con cierta simpatía al morisco Manchego y el paisaje donde aparece Ricote (Capítulo 54 segunda parte) —por cierto en el que don Miguel trata más severamente a los moriscos y más sumisamente alaba a la Majestad Real y defiende de la expulsión— ha hecho decir a Ricote: "Cómo es posible Sancho Panza hermano que no conozcas a tu vecino Ricote el morisco tendero de tu lugar?"

Más adelante reaparece en el libro el mismo Ricote y está tratado por el autor con singular simpatía, como si fuese un viejo conocido.

Pero insictiendo sobre el Toboso no puede dudarse de la exis-

tencia y consideración de la familia a la que pertenecía la supuesta Dulcinea.

Un documento o padrón da cuenta de los Zarco, dice descriptivo el estamento de los empadronados "a no ser el doctor Zarco de Morales que goza de las libertades de que gozan los fijosdalgos por ser graduado en el colegio de los españoles en Bolonia en Italia".

Fué o no Ana Zarco modelo Cervantino y él supo por qué? Aquí alcanzan papeles, leyendas y ficciones una extensión desmesurada como en todo lo que respeta al Quijote.

Se dió realidad a éste haciéndolo de Esquivias de Argamasilla, realidad a Sancho naturalizándolo en el Toboso, al cura del escrutinio en Esquivias, al caballero del Verde Gabán don Diego Miranda y en el pueblo de éste Belmonte pueblo también de Fray Luis, sitio Cervantes uno de sus más bellos capítulos. De Sansón Carrasco ya se dijo lo supusieron natural de Argamasilla.

La leyenda, el comento y la investigación perduran y no están concluídas. A rás de este libro y con toda sencillez está la de don Fernando de Aguilar burlador y esposo de Dorotea, como un conocido caballero cordobés y el romántico enamorado de la Gitanilla es un Cárcamo que figuran en los nobiliarios de Córdoba.

Son muchos los personajes a identificar.

Finalmente el Toboso rivalizando con Argamasilla aprisiona recuerdos. Tiene aún, la iglesia ojival con la que dió don Quijote. La casa de los caballeros de San Juan y como un triunfo el llamado "Arco de Cervantes" y la curiosa biblioteca Cervantina.

Esquivias, Toboso, Argamasilla son los tres lugares de la Mancha con mayor excelencia Cervantina. En los tres ronda el espíritu. Pero cómo iba a pensar la noble lugareña Ana Martínez Zarco de Morales si todo ello es cierto?, como allí quieren, que un hombre al que quizá ella desdeñó por insignificamente pobre, iba a tener una riqueza que no se acuña en ninguna casa del mundo y que ella, la ignota, iba a ser con el tiempo en la Literatura y para siempre, el máximo símbolo de alto pensamiento y de grandes ideales?

(Del libro próximo "Brevario Cervantino").

## EL QUIJOTISMO COMO ACTITUD

Por LEOPOLDO BENITES V.

### CERVANTISMO Y QUIJOTISMO

Don Miguel de Unamuno, caballero andante y desfacedor de agravios, discriminó con lúcida sapiencia el cervantismo y el quijotismo.

La erudición de los cervantistas, con su acopio documental, su amor por la minucia y su paciente cacería de frases y datos, hechos y dichos de Cervantes, ha obnubilado lo auténticamente quijotesco del andante caballero don Miguel de Cervantes Saavedra, hidalgo infortunado; prisionero de cristianos y cautivo de moros; poeta devenido en alcabalero; mendicante implorador de mercedes que se le debían por propio señorío; zarandeado por manteadores de ventas y castillos en su vida peregrinante y peregrina de soñador sin fortuna; soldado frustrado que paseó por la España recién nacida la soberbia manquedad de su brazo y la manquedad triste de su ilusión.

Saint Beauve protestaba de los "montañólogos" que estaban deshaciendo la figura fina de Montaigne. Los cervantistas han

deshecho un poco, bajo el acopio de una erudición monumental, lo quijotesco de Cervantes y aún lo quijotesco del Quijote. Un Quijote con exégesis eruditas, comentarios marginales de frases y giros idiomáticos, con apostillas y asteriscos, solaza a los eruditos pero se ha despopularizado, que es casi como decir que ha perdido su vitalidad. Pese a su perennidad y a su universalidad, cada día el Quijote huye de las manos del lector medio y aún de cierto tipo de lector pseudo culto. Se ha ido haciendo un pedazo de historia literaria en vez de ser un pedazo de vida palpitante.

Redescubrir al Quijote, vitalizarlo y darle su eterna fuerza de símbolo nacido de la entraña de la estirpe y de la sangre de la raza, es obra que no le cupo a los cervantistas eruditos sino a un auténtico quijotesco, el último de España, antes de que ésta caiga bajo el imperio de la antigua España franquista.

Al revés de lo que aconsejaba quien quería echar llaves al sepulcro del Cid, Unamuno quiere sacar al Quijote a la vida, librándole de la erudición y la sapiencia, retornándole su fuerza popular auténtica, su esencia radical de expresión española perpetua en tiempo y espacio.

Porque el quijotismo es expresión de España, pese a su universalidad, y quizás precisamente en función de su universalidad. Nacido de su entraña, nutrido por su sangre, el quijotismo se encarnó en el Quijote. Cervantes dió forma y carne a una preexistencia. Y tenía que ser un quijotesco como Cervantes quien diera realidad al símbolo, lo hiciera visible y carnal en una criatura ideal.

En su vida errante, perseguido por los mastines del hambre, el soldado sin fortuna, cautivo de moros: el poeta fracasado, el comediógrafo trunco, el alcahalero, recorrió el mundo español, vivió en las ventas con arrieros y yanguenses, trágino con frailes, conoció los duques-mecenas, dialogó con Sancho en las posadas y paraderos, topó con los Ginés de Pasamonte, bebió con el cura y el barbero: vió, en fin, la humanidad española, españolísima, que había de desfilar por el camino del iluso caballero de la Mancha.

El conflicto entre el hombre y el mundo, la disonancia entre el ideal sentido y la realidad vivida, la mancuada de la ilusión que no encuentra medios para realizarse, los vivió Cervantes, en las galeras cubiertas por la gloria de los estandartes en el día de Lepanto, el ideal españolismo que había de trasuntar en el símbolo.

En el símbolo lo transitorio y cerrado del carácter local, se dilata hasta encontrar ámbito universal. Don Quijote es universal como todo símbolo —don Juan, Fausto, Hamlet— sin que ello desvirtúe la esencia nacional, españolísima de la creación.

Los grandes símbolos españoles se desvirtúan fuera de España. Don Juan se convierte en un erotómano, en un amador insatisfecho, en un cínico como el de Moliere o en un galantuomo insípido como el que sirvió al genio maravilloso de Mozart: se hace satánico bajo el soplo animador de Byron y retorna a España con capa romántica a enamorarse de doña Inés, que es acabar con el símbolo porque el auténtico don Juan de la mediovalidad española ni ama ni se redime por el amor: es la expresión del sentido teológico del castigo de la carne en la mujer.

El Cid se desvirtúa también. El rudo Campeador del Poema de Gesta se dulcifica en el Romancero, se alambica con Guillén de Castro y pasa a la tragedia de Corneille casi desnaturalizado, sin su fiereza ruda y su zahereña masculinidad.

Para muchos pueblos en donde el quijotesco no cala, ni puede apreciarse la maravilla externa del estilo cervantino, el Quijote es un sér peregrino y ridículo que dá cabezadas contra la realidad. Y aún para los Sanchos no quijotizados —pues según Unamuno el Quijote logra "quijotizar" a Sancho— el andante caballero es sólo un idealista loco.

Lo oculto del símbolo no puede ser expresado sino en función de medio y de aptitud. De aptitud y de actitud. Lo multifásico de las interpretaciones deriva de las diversas posiciones ante la vida. Y cabe siempre la búsqueda de la expresión propia bajo la tornadiza inestabilidad del símbolo.

## LA ESENCIA DE LO QUIJOTESCO

Hay, sin embargo, sendas transitables bajo la maraña de las exégesis. Hilos conductores de la oscuridad del laberinto. Y es posible aferrarse a los hechos con certera objetividad.

En la búsqueda de lo esencial del quijotismo, un hecho se destaca: la contradicción entre el mundo y el hombre. Don Quijote es la expresión de ese contraste y de esa disonancia: el mundo y el hombre en desacuerdo fundamental. Don Quijote vive, ve, palpa, un mundo que no es el mundo real. Entre el mundo y su mundo hay discrepancia. Y sus actitudes y pensamientos no se pueden medir de acuerdo con otro mundo que con el propio que él vive. Sus gestos, sus reacciones, su posición misma, está en relación con un mundo que no es el de Sancho, ni el del cura, el barbero, los duques o los pastores. Los molinos de viento de la llanura manchega no son molinos, ni rebaños, ni ventas los chatos paraderos que se levantan en la desolada soledad de la Mancha. Su mundo transfigurado es tan real como el otro que ven los demás, de tan intensa realidad que cree en él y es el único que existe como relación de su pensamiento. Hay un desacuerdo profundo entre él —realidad sustantiva— y la realidad externa del mundo.

En la discrepancia entre el mundo y el hombre está la raíz de lo cómico pero también de lo trágico. Bergson estudia el sentido de lo cómico y atribuye una de las raíces a esa falta de equilibrio entre el mundo y la actitud.

Don Quijote rompiendo lanzas contra los molinos de viento, es, en cierto modo, cómico. Y quizás si hay en el desarrollo del Quijote un tránsito de lo cómico hacia lo trágico desde los primeros capítulos en que el buen Alonso Quijano limpia sus armas, nombra su caballo, busca su dama y sale por los campos de Montiel a emprender sus primeras descabaladas aventuras, hasta el momento en que don Quijote se convierte en el dueño de su propio mundo.

A medida que Cervantes va metiéndose en su creación, el objetivo intencional va perdiéndose. El propósito preconcebido cae. Lo premeditado, se desvanace. La creación conduce al creador con su fuerza inconsciente e inexorable. Lo cómico de los contrastes se convierte en lo trágico — sublime de las disonancias entre el mundo y el nombre.

Lo burlesco de la sátira con que inicia Cervantes el Quijote, el arma buída del ridículo, se trueca poco a poco en veracidad sentida. Y el enloquecido hidalgo Alonso Quijano, cuyo seso alteran los libros de caballería, se convierte en auténtico caballero andante, en militante apasionado de un ideal ético, aun que no sean celada de encaje, ni morrión fino ni yelmo ni coraza verdaderos las que lleva don Quijote de la Mancha, ni el lanzón sea lanzón ni adarga, la adarga.

Lo que quiso ser en un principio parodia cómica, se convierte en expresión dramática de una posición ante la vida: el contraste de medios y fines tanto como la falta de correlación de lo externo y lo interno.

La creatura arrastra al creador. Quizás vuelca —inconscientemente— los contenidos espirituales ocultos el creador sobre la creatura. ¿Acaso el drama personal de Cervantes no fué esa falta de correlación entre él y el mundo? ¿Acaso el soldado sin soldada, el poeta sin mecenas, el idealista condenado a vivir entre hermanas de dudosa virtud, el genio mendicante de mercedes, no sintió en carne propia la falta de concordancia entre los fines y los medios? ¿No era acaso ese mismo el drama de la España imperial?

El Quijote es la expresión de la intensa tragedia de querer realizar grandes fines con exiguos medios. Sin embargo, Alonso Quijano no lo sabe. Cuando ensilla su rocín y sale por los campos en demanda de aventuras que den que hablar a los siglos, tiene fé en su orinecida espada y en su adarga mohosa como si tales armas fueran capaces de conquistar imperios, descabezar gigantes y hendir en dos partes a los más duros caballeros.

Es cierto que en la discordancia de medios y fines hay también una eterna raíz cómica. Conduce al afloramiento de la sonrisa. Pero lleva la semilla de la lágrima. Tartarin cazando leones en un campo de coles es una forma. Don Quijote luchando por la virtud con una espada desafilada, es otra. Lo que hace sonreír en los primeros capítulos —cuando aún el personaje no gana a Cervantes hasta convertirse en símbolo— se trunca en sublimidad a medida que la creatura va adquiriendo expresión sustantiva y perfilada eternidad.

El personaje de una parodia se despoja de su sentido inicial de personaje. Adquiere perpetuidad y vida distinta. El contraste cómico de medios y fines, de hombre y mundo, pierde su sentido cómico y su fin ridiculizante. Se llena de hondos contenidos humanos y se convierte en expresión de una actitud ante la vida. En un símbolo.

El símbolo tiene la virtualidad de expresar una categoría de hechos inexpresables de otro modo. Es una manera de fijar un conjunto de relaciones dentro de un esquema. Es abstracción, en el sentido de que disocia los elementos complejos y una síntesis en el sentido de que los reagrupa de un modo nuevo. En esto difiere del emblema que expresa tangiblemente y de modo corpóreo una sola relación o una sola idea, o a lo más un conjunto particular de relaciones o de ideas.

El contraste entre el mundo y el hombre, entre los fines y los medios, es un drama eterno que tiene tantas expresiones simbólicas como posiciones se derivan y como actitudes ante la vida se asumen. Va desde Prometeo a don Quijote, Hamlet y Fausto. Y en la diversidad de la actitud hay toda una escala ética. Toda la escala ética del descontento.

Prometeo y don Quijote son la expresión del descontento militante. Hamlet es el descontento dubitante. Fausto, el descontento claudicante. Prometeo arrebató el fuego al cielo en un inútil gesto frustrado. Don Quijote, viste sus armas para imponer su ley al mundo. Hamlet vacila entre el *to be* y el *not to be*.

Fausto, frente a lo inexorable, busca fuera de sí, en fuerzas extra-naturales, la solución pseudo metafísica.

Frente al problema del contraste entre mundo y hombre, medios y fines, sólo hay tres posiciones: Pangloss cree que el mundo es infinitamente bueno y es el optimismo inoperante; Hamlet vacila frente al mundo irremediadamente malo y es el pesimismo de brazos caídos; Don Quijote pone espuelas a Rocinante, abraza al adarga y tiende la lanza para castigar el mal e imponer su ideal caballeresco. Y este es el profundo sentido del símbolo: el descontento militante, la inconformidad batalladora que no se resigna, la lucha brava y tozuda para imponer al mundo su mundo y para vencer con cualquier medio los obstáculos que se oponen a los fines ideales.

Lo cómico se desvanece de este modo. Sublima. Quien quiera ver en el quijotismo un lado ridículo de la existencia, es porque no puede sentir el ideal ético del descontento creador. Cervantes trasladó al Quijote un ideal personal y un ideal colectivo. Antes del Quijote, existía el quijotismo como actitud. Si el Quijote fuera sólo una bufonada, bastaría Tartarín. Si fuera una gran bufonada —bufonada homérica como dijera Saint Beauve— sobraría con Pantagruel y Gargantúa. Pero el quijotismo que el Quijote encarna es un símbolo ético. Una expresión del drama de la existencia humana.

## LA FILOSOFIA DEL QUIJOTE

El Renacimiento fué, en cierto modo, la platonización de Europa. El férvido amor de antigüedad que caracterizó esa edad histórica, llevó al redescubrimiento de Platón: Petrarca, según la leyenda, después de haber dado su amor juvenil a la dulce y maravillosa Laura, y de haber cantado "el reflejo de Laura en su alma", sintió en la edad madura un nuevo amor alentado y despierto: la pasión de antigüedad. Y reclinó su cabeza moribunda sobre

un viejo e ilegible manuscrito griego. Marsilio Ficino divulgó en la Academia florentina el platonismo redivivo. Y un Platón rejuvenecido se opuso al rígido dogmatismo tomista, de raíz aristotélica, que había ejercido una dura tiranía intelectual desde la Alta Edad Media.

Al mismo tiempo que platonización, fué neoplatonización. También Plotino surgió redivivo, especialmente al través de las escuelas judías en las que se volvía al neoplatonismo de Filón. Y así platonismo y neoplatonismo se expandieron frente a la supervivencia escolástica de un aristotelismo deformado por la exégesis medieval.

De todos modos, el platonismo —con su secuela neoplatónica— significó un replanteamiento de problemas y una nueva actitud filosófica. Su huella se marca desde las amables disquisiciones bajo el azul entusiasta del cielo florentino en los jardines espléndidos de Médecis hasta las profundas cogitaciones bajo los tilos de Koenisberg.

El conflicto sustancial del hombre frente al mundo tiene soluciones diversas; pero puede reducirse, desde la querrela de Platón y Aristóteles, a un esquemático planteamiento y éste es el que se renovó en el mundo renancista prolongándose al mundo moderno hasta Kant y de Kant al idealismo subjetivo: la realidad externa ¿tiene realidad en sí o sólo en cuanto es conocida por el sujeto?

En el fondo es el viejo problema que escindió peripatéticos y académicos, el problema que dividió el mundo antiguo entre las soluciones aristotélica y platónica: ¿es real el mundo sensorial o el mundo intelectual? Problema que pasó al medioevo con su batallar de escuelas que se resume en la querrela de los "universalis". Desde San Agustín a San Anselmo y Guillermo de Champeaux, la solución platónica predominó. Las ideas eran las **rationes rerum**. Pero a partir de la influencia dominicana de Tomás de Aquino y Alberto el Magno, la solución aristotélica —**non ante rem, sed in re**— se impone con un severo dogmatismo.

Con nuevas soluciones y planteamientos nuevos, el mismo

problema básico agitó la filosofía moderna de Hume a Kant y de Kant al idealismo subjetivo: ¿es la mente humana la que da forma a las diversas e inconexas experiencias subjetivas o hay formas a priori del conocimiento? ¿Tiene realidad el mundo fenoménico o la mente que ordena las experiencias fragmentarias?

La vieja solución platónica da existencia sólo al mundo subjetivo. El único mundo real es el de las ideas y el otro —el que Kant llamaría el fenómeno— sólo tiene existencia en tanto que participa de la idea. Predominio de lo subjetivo. Por lo mismo, la vuelta al platonismo renacentista, fué una adhesión al sujeto. Estaba lejos todavía la solución idealista de Fichte para quien el mundo era la transformación del espíritu en imagen para ser, por reflexión, la conciencia de sí mismo. Pero la adhesión renacentista al sujeto —al hombre interior, individualizado, diverso del hombre— grupo dominante dentro del sistema jerárquico medieval fué no sólo una posición metafísica, sino también una actitud humana: el humanismo individualista está lleno de ese sentido de adhesión al sujeto aún en la acción práctica.

El renacentismo platonizante de Europa se infiltró difícilmente en España amurallada por la fe dogmática sobre la que brillaban las alertas hogueras de la Inquisición. Hubo renacentismo. Humanismo de letrados eruditos. Exámenes éticos y jurídicos como el penetrante análisis de Victoria. Hubo también erasmismo. Mas el renacentismo caló lentamente en la entraña popular y sólo de modo tardío se incorporó al movimiento vivo de la cultura universitaria.

Precisa, sin embargo, discriminar. El renacentismo italiano —o incorporado a Europa por intermedio de Italia humanista— es el que fué asimilado lenta y tardamente. Mas no puede olvidarse que el primer Renacimiento de Europa no es el iniciado en el siglo XIV en Italia por la influencia bizantina. España tuvo un primer Renacimiento en el siglo XIII cuando brillaban las antorchas encendidas en Córdoba y Granada. Un Renacimiento de origen árabe y judaico. Averroes y Maimónides son sólo figuras se-

ñeras. Lulio es sólo una expresión enfática de un misticismo que tiene su raíz neoplatónica. El Renacimiento arábigo y judaico de España se anticipa al Renacimiento bizantino de Italia, con un sentido propio. Y aún se ha querido ver en la Divina Comedia una influencia arábigo como trata de demostrarlo Assin Palacio en su comentario exegético del Dante.

Menéndez Pelayo señala nombres de neoplatónicos al estudiar los heterodoxos españoles. Y es posible que León Hebreo haya sido leído por el propio Cervantes y dejado alguna huella en su espíritu.

En la literatura española se encuentra sólo una leve impronta del renacentismo italiano. Garcilaso de la Vega tiene un acento italianizante en su noble voz lírica, mas su raíz es españolísima. Y lo propio ocurre con Fray Luis de León quien, si bien tiene la voz horaciana, está sustancialmente formado dentro de una severa disciplina hebraico —católica hondamente enraizada en el pensamiento español. Mas lo auténticamente español del Siglo de Oro —lo que bordea con lo popular— como es el Teatro, se mantiene dentro de un estricto contenido medioevalista.

Desde Lope de Rueda a Lope de Vega, desde Lope a Tirso de Molina, desde Tirso a Calderón de la Barca, la expresión del teatro español es de raíz medioeval: es el romance que se hace acción, sale del cantar al tablado, invade los corrales y conmueve a las multitudes.

Ciertamente que se infiltra, aún en la severidad teológica y en el tradicionalismo medioevalista de Tirso de Molina, un cierto atuendo renacentista que se manifiesta en la cita mitológica; pero tal externa apariencia no afecta el sentido esencialmente español del mercedario que planteó tanto en el "Burlador" como en "el Condenado por Desconfiado", tesis teológicas de modo consciente o inconsciente.

La influencia renacentista que tanto se pondera en Juan de la Cueva —evidente en cuanto a la abundancia de la alegoría nutrida de contenidos paganos— se desvanecé si se penetra en su teatro.

La psicología de nuevo rico que aparece en "El Infamador" más proviene de las influencias indianas que de aportes humanistas. Y en cuanto al resto de su teatro, es Juan de la Cueva el verdadero fundador de la temática españolísima que extrae del romancero y del cantar de gesta sus motivos.

¿Existió influencia renacentista en el Quijote?

Ante todo, el Quijote no es un libro de filosofía ni un manual de ética. No se propone problemas filosóficos directa ni indirectamente. Pero hay una filosofía que fluye del símbolo. El Quijote es un libro; don Quijote una actitud humana. Un símbolo que expresa una posición ante la vida. Y esto aún sin la voluntad del creador.

No queremos discutir si Cervantes fué el "ingenio lego" que alguien dijera. Mas hay que convenir en que el genio insigne, más docto como fué en sufrir que en saber, no tuvo ni la extensión ni la intensidad que otros presumen, salvo en intensidad y extensión de experiencia vivida.

La hipótesis de un Cervantes docto, relleno de filosofía, es dudosa. Tampoco la del "ingenio lego" es válida. Cervantes fué un autodidacto fervoroso, lector apasionado hasta de papeles viejos. Y es posible que alguna influencia dejaran en él las lecturas de León Hebreo a quien se supone que leyó y aún las muy probables de Raimundo Lulio. Mas no cabe suponer en Cervantes pretensiones filosóficas ni sapiencia universitaria.

La filosofía que Don Quijote expresa fluye de él sin quererlo. Inconscientemente. Todo don Quijote, como ocurre siempre con la obra de auténtica inspiración artística, es inconsciente en lo fundamental. Don Quijote conduce a Cervantes porque Cervantes es, en esencia, quijotesco.

Si el propósito fué desarraigar el gusto popular por la novela de caballería, como se ha sostenido tradicionalmente, o si fué el despecho que creó en su ánimo la subestimación que de sus heridas y de su manquedad hacía doña Catalina de Salazar, su mujer, al compararlo con los para ella vivos personajes de la andan-

te caballería, como lo intuye socarronamente Bruno Franck, es lo cierto que el propósito inicial se desvaneció. Creado don Quijote, qui jotiza a Cervantes, quien lo había concebido como un ridículo caballero enloquecido. El loco Alonso Quijano de las primeras andanzas se convierte en el noble idealista don Quijote.

Ese alto idealismo que encarna don Quijote, tiene trascendencia filosófica y ética. El único mundo real para don Quijote no es el sensorial. Es la "idea". El mundo sensorial existe para don Quijote en tanto que es "idea". Las ventas son castillos; las maritornes, princesas; gigantes los molinos; ejércitos los rebaños; el rústico Clavileño, es una suerte de Pegaso alado y Rocinante en vez de rocín flaco es caballo excelso digno de equiparse al Bucéfalo de Alejandro o al Babieca del Cid. El mundo existe para don Quijote en tanto que participa de "su idea". Todo lo demás no tiene realidad.

No es que D. Quijote "imagine" el mundo por el que cabalga al trote cansino de Rocinante. Es que ese mundo es el único real, tan real como el que miran los mercaderes de Toledo, el vizcaíno enfurecido o los duques amablemente burlescos. Lo cómico pierde así su asidero, porque no se trata de una discrepancia entre el mundo y la actitud sino de una concordancia entre "su" mundo y "su" actitud.

Lo dramático aflora desde el momento en que no hay consonancia entre "su" mundo con el mundo de los otros. Cuando le muelen a estacazos los yanguenses, cuando sale por las orejas de Rocinante contra el duro suelo, cuando los ejércitos se convierten en rebaños, es entonces cuando el otro mundo —el de los demás— que no es "su" mundo le parece extraordinario y extraño. Y esa contradicción tiene un sentido más dramático que cómico.

Además de que ese mundo qui jotesco es el único real, es también un mundo ético. Y también ese mundo ético de don Quijote está en contradicción con el mundo de los demás. Tiene que imponerlo a bote de lanza y filo de espada.

El sentido ético de don Quijote es más profundo que su apa-

riencia. La primera virtud aparente es el valor. Pero esa es una apariencia. El valor no es ni puede ser una virtud en sí misma. El valor es sólo un medio. Una condición. Tiene una naturaleza ancillar: sirve para imponer o realizar virtudes sustantivas. Y el valor es adjetivo por naturaleza.

Este es uno de los puntos fundamentales en la valoración ética de don Quijote. Si considerara el valor como una virtud —tal como ocurre con el ideal ético de la caballería germana o franca y aún con la céltica— don Quijote buscaría la aventura como medio y la hazaña como fin. Es decir, sería un buscador de gloria o de provecho como es Sancho a medias qui jotizado. Pero el valor de don Quijote está al servicio de algo más que la aventura o la hazaña: está al servicio de la justicia. Se emplean en deshacer agravios cuando los sufre quien no puede vengarlos. Desata al infante a quien el labrador azota y ordena al cruel Juan Haldudo que pague lo que es debido; esto es justicia. Toma a pechos los desaguisados hechos a personas no valederas por sí mismas. Anhe-la reparar el honor de doncellas desvalidas y de viudas desamparadas. Imponer a fuerza de brazo y tajos de espada un ideal ético.

A medida que don Quijote qui jotiza a Cervantes y lo arrastra con la fuerza de la creación, va ocurriendo este cambio en la actitud ética. El propósito inicial es circunscrito. Cervantes quería ridiculizar los libros de caballería devorados por el bueno de Alonso Quijano en noches pasadas de claro en claro y días vividos de turbio en turbio. Después, don Quijote se convierte en un auténtico caballero andante. Y aparece en él un ideal ético distinto del de la andante caballería de tipo germánico: un ideal españolísimo de justicia y de libertad.

Para don Quijote, la justicia está rellena de libertad. Cuando sorprende a los galeotes encadenados que marchan a cumplir la justicia de los hombres —justicia de letrados y de leguleyos que tan amargamente había saboreado Cervantes— él quiere imponer "su" justicia. Un ideal absoluto de justicia que es casi como una idea platónica de la justicia.

La contradicción entre la justicia que llamaremos judicial, justicia de ministriles y letrados, se opone, según Ganivet, a la justicia ideal en este acto quijotesco.

"...me parece duro hacer esclavos a los que Dios y naturaleza hizo libres: cuánto más, señores guardas, añadió don Quijote, que éstos pobres no han cometido nada contra vosotros; allá se lo haya cada uno con su pecado, Dios hay en el cielo que no se descuida de castigar al malo, ni de premiar al bueno, y no es bien que los hombres honrados sean verdugos de los otros hombres, no yéndoles nada en ellos".

La justicia ideal es la que repara y castiga por designio superior, por su propia inmanencia. Y para don Quijote es injusto privar de la libertad que es consubstancial al hombre. De este modo justicia y libertad son identificadas y unidas. Y sobre el ideal ético de justicia y libertad —que son virtudes platónicas— reposa el ideal quijotesco. Siente la necesidad de imponer con su brazo y su espada esa edad feliz. El valor es un medio, una condición para lograrlo. Las ínsulas —ganancia y gloria— son para Sancho. Para don Quijote vivir es imponer y administrar justicia.

Desde su mundo ético, alto y noble, admitió la existencia de un mundo imperfecto. Sancho podría folgar en él entre buenos tajos de carne y pleróricas botas de vino. Pero don Quijote no le permite transigir. Le impone su ley con buenos palos descargados sobre sus recios lomos de sano hombre de realidad. Al admitir lo imperfecto —la existencia del mal— no dubita ni se acobarda. Pone espuelas en los flacos ijares de Rocinante y arrete. Es un descontento. Un gran descontento militante. En eso reside la grandeza del símbolo.

## LAS METAMORFOSIS DEL QUIJOTE

El proceso de quijotización de Cervantes se realiza lentamente. De Alonso Quijano el bueno, a don Quijote, caballero andante

de un ideal de justicia y libertad, hay distancia. Alonso Quijano es un personaje enloquecido por los libros de caballería. Don Quijote, en su primera salida, un loco pintoresco. Pero el ascenso del personaje hasta adquirir su vida de símbolo va ganando a Cervantes a medida que avanza en la creación. Poco a poco el enloquecido hidalgo que trata de imitar a los caballeros andantes, se convierte en un caballero andante. Y sólo más tarde el caballero andante se independiza de la caballería tradicional e imitativa para ser un símbolo de un ideal españolísimo de justicia y libertad.

Estos tres momentos, constituyen una metamorfosis del qui-jotismo. En el primero, el modelo se aparece ante el imitador. Se lo mira reflejado en él a la burlesca manera de los espejos cóncavos que desfiguran la imagen. Don Quijote es una imagen de Amadis visto en un espejo deformador. Hay sustantividad del modelo y de la imagen. En el segundo, la imagen y el modelo se confunden. Lo imitativo va desapareciendo. Don Quijote es un auténtico caballero andante, nutrido de sus ideales. Pero esta leve transición marca la aparición de un nuevo tipo. En este tercer momento, ya no hay imitación ni dualidad. Don Quijote es un sér distinto de los caballeros andantes a quienes trató de imitar.

La novela de caballería es sólo una forma póstuma del Poema de Gesta. Y puede encasillarse dentro de los mismos ciclos: el bretón o céltico, el carolingio y el español. Los caballeros que obseden a don Quijote pertenecen inicialmente a la caballería céltica o carlovingia. El Marqués de Mantua, a quien recuerda en las penitencias de la Sierra Morena, y cuya historia, según lo dice don Quijote, era "sabida de los niños, no ignorada de los mozos, celebrada y aún creída de los viejos" parece ser una versión hispanizada de Ogier el Dinamarqués al través del nombre de Danes Urgel; Valdovinos, pertenece al ciclo carlovingio de gesta; Don Gaiferos, cuyo romance pone en acción Maese Pedro en su célebre retablo, se fusiona con Waifre o Walter de Aquitania, del

mismo ciclo carlovingio; Renato de Montalbán es el mismo Renaus de Montauban cantando en Flaúdes y Provenza.

Los paradigmas del Quijote como Lancelot, Galalor, los pares de la Tabla Redonda, vienen del ciclo celta de canciones de gesta, modificadas por numerosas superposiciones. Y el propio Merlín el encantador es de origen bretón.

Todas las novelas de caballería, desde Amadis de Gaúla a todos los Amadis; los Palmerines y Esplandián; los Tirante el Blanco y Florismarte —la flor y nata de aquella abigarrada caterva de andantes que acabaron por hacer perder seso y reposo a Alonso Quijano antes de salir disparados por la ventana en la purga vengativa de ama, sobrina y cura— proceden del ciclo celta o del carlovingio de poemas de gesta. Fundidos y superpuestos, mezclados y extrañamente amalgamados, los viejos relatos de la Gesta se ofrecen en la novela de caballería agigantados, como ríos salidos de cauce. Pero predominan en ellas los mismos elementos básicos de ambos ciclos: la fantasía, el vagoroso idealismo, el culto de amor, que viene de los *lais* bretones y el culto del honor, la religión de la espada, la venganza y el puntilloso egotismo de los héroes germanos del ciclo carlovingio.

En el héroe del libro de caballería el valor es virtud sustantiva como lo era en general para el germano; la aventura, una meta; la venganza, un fin. Y si bien el ideal caballeresco se nutría de ciertos sentimientos cristianos ya exaltados en el *lais* bretón, como el amor idealizado, la castidad en el amar, el reparar daños y proteger al débil, la andante caballería que enloqueció al hidalgo Quijano hasta convertirlo en el caballero don Quijote, tenía valores distintos de los que llega a encarnar Cèrvantes en su símbolo ideal.

Y esta es la esencia del quijotismo: que don Quijote no es un caballero andante solamente, pues su ideal ético es más vasto que el que encarna la andante caballería de origen céltico-germánico. No es la exaltación del valor o el afán de la gloria lo que guía al Caballero de la Triste Figura. Su ideal ético abarca un mundo

más vasto: el de implantar la justicia como norma de un mundo amagado por el mal y la injusticia.

Este ideal ético de libertad y justicia se identifica más con el concepto de la caballería que había expuesto Raimundo Lulio en su *Libro del Orden de Cavallería*. El místico mallorquín había expuesto el objeto de la caballería de modo que se identifica con el ideal quijotesco:

“Habían desfallecido en el mundo la caridad, la lealdad, la justicia, la verdad... Como el menosprecio de la justicia había sido causado por falta de caridad, fué menester que la justicia tornase a ser honrada por temor... De cada mil fué elegido un hombre más amable, más sabio, más leal, más fuerte, dotado de más noble valor, de más experiencia y de más perfecta crianza que los restantes. Y se buscó entre todas las bestias cual era más hermosa, más ligera y corredora, más sufrida de trabajos... Y como es el caballo por eso fué elegido y entregado al hombre que había sido preferido entre mil, y por eso ese hombre se llamó caballero”.

La implantación de la caballería como forma de restablecer la justicia sobre la tierra, de que carece la andante caballería céltica y germana, reaparece en *Don Quijote*.

El sentido puramente imitativo del Quijote, cuando éste comienza a quijotizar a Cervantes, está definido en las palabras que dirigió el caballero a Sancho medroso cuando la aventura de los batanes:

“Sancho amigo, has de saber que yo nací por querer del cielo en esta nuestra edad de hierro para revivir en ella la de oro o la dorada, como suele llamarse: yo soy aquel para quien están guardados los peligros, las grandes hazañas, los valerosos hechos; yo soy, digo otra vez, quien ha de resucitar los de la Tabla Redonda, los doce Pares de Francia y los nueve de la Fama, y el que ha de poner en olvido los Platires, los Tablante, Olivantes y Tirantes, los Febos y los Belianises, con toda la caterva de los famosos caballeros andantes del pasado tiempo, haciendo en este que me ha-

llo tales grandezas, y extrañezas y fechos de armas, que oscurezcan las más claras que ellos hicieron”.

En este aspecto, don Quijote, tocado de locura caballeresca, sólo anhela ser un caballero andante y su meta es la aventura, la gloria y el renombre. Pero el sentido, casi religioso, de ministerio de justicia sobre la tierra, idéntico al que expresa Lulio, se encuentra ya abocetado en el discurso a los cabreros, al evocar la feliz edad y tiempos dichosos en que “no había la fraude, el engaño ni la malicia mezclándose con la verdad y la llaneza. La justicia estaba en sus propios términos, sin que la osasen turbar ni ofender los del favor y los del interés, que tanto ahora la menoscaban, turban y persiguen...” “Las doncellas y la honestidad andaban, como tengo dicho, por donde quiera solas y señeras, sin temor de que la ajena desenvoltura y el lascivo intento, y su perdición nacían de su gusto y su propia voluntad...” “Para cuya seguridad, andando más los tiempos y creciendo la malicia, se instituyó la orden de los caballeros andantes para defender las doncellas, amparar las viudas y socorrer a los huérfanos y a los menesterosos”.

El sentido religioso, españolísimo, queda definido en ese mismo encuentro con los cabreros:

“Quiero decir que los religiosos con toda paz y sosiego piden al cielo el bien de la tierra; pero los soldados y caballeros ponemos en ejecución lo que ellos piden, defendiéndola con el valor de nuestros brazos y filos de nuestras espadas, no debajo de cubierta, sino al cielo abierto, puestos por blancos de los insufribles rayos del sol en el verano y de los erizados hielos del invierno. Así que, somos Ministros de Dios en la tierra y brazos por quien se ejecuta en ella su justicia”.

Ese anhelo de justicia, de que está transido don Quijote, es su esencia. Casto, continente, amator de la verdad, justiciero y sufridor, el ideal ético de don Quijote difiere del ideal de gloria y fama de los caballeros andantes que enloquecieron a Alonso Quijano. En esto está su sentido profundo.

## TRANSFIGURACIONES DE LA ILUSION: DULCINEA

La capacidad de don Quijote de transfigurar la realidad conformándola a una "idea", alcanza en el amor una sublimación magnificada. Dulcinea no es el amor. Es la idea del amor que lleva en sí tal fuerza de ilusión que es capaz de transfigurar el mundo quijotesco. También en este se acentúa la quijotización de Cervantes a medida que avanza en su creación.

Así como el propósito inicial del Quijote fué mostrar la contradicción cómica entre el mundo y la actitud, y al introducir a Sancho crea un personaje craso y simple que sirva de contrapeso al enloquecido hidalgo, le ocurre con Dulcinea una transfiguración. Aldonza Lorenzo es inicialmente una necesidad de la ficción. Si todo caballero cabal debe tener una dama, don Quijote inventa la suya transfigurándola de una moza del Toboso de quien en un tiempo auduvo Alonso Quijano un tanto enamorado sin que la moza lo supiera. Es de esta manera Aldonza Lorenzo se convierte en Dulcinea como Sancho se convierte en escudero y el flaco rocín en Rocinante heroico.

Poco a poco la creación, que va arrastrando al creador, produce una primera transfiguración. Don Quijote quijotiza a Sancho. Dulcinea se convierte en un paradigma del amor. La fuerza de ilusión de don Quijote obra el milagro de transfigurar el mundo.

La ficción creada se convierte en realidad tangible. La moza del Toboso desaparece para don Quijote. Aún el mismo Sancho llega a creer un tanto en ella. De labradora se convierte en princesa. Y no es que don Quijote lo imagine sino que lo cree. Y no sólo lo cree sino que quiere que todos lo crean y confiesen. La ilusión tiene tal potencia que se hace realidad. Cuando los mercaderes de Toledo ponen en duda la belleza sin par de Dulcinea, la lanza y la espada de don Quijote les obliga a creer en ella.

Es dudoso que Alonso Quijano amara a Aldonza Lorenzo con

humano amor. Y quizás si el propio don Quijote no ama en Dulcinea a una mujer sino a la idea del amor. Hay en esta mística del amor un cierto platonismo que nada tiene que ver con el amor que se suele llamar platónico y en el que Platón no creyó. El platonismo del amor quijotesco es del más puro sentido.

El platonismo del amor quijotesco se expresa en el amor a la idea del amor más que al amor mismo. Carece de carnalidad. De apetencia. De gana. Es un amor del amor. Más próximo a la Venus Urania que a la Venus terrestre. A la mística del amor que a la humana pasión.

Ciertamente que en el amor del Quijote hay todos los elementos vitales del humano amor: ansia de acción que lleva al caballero a vencer gigantes, acometer ejércitos, agotar grandes y descomunales peligros, emprender aventuras que den que hablar a los siglos, sin que importe que los gigantes sean molinos de viento, rebaños los ejércitos, imaginarios los peligros, desventuradas las aventuras. Lo esencial es que don Quijote encomienda ánimo a Dulcinea, a ella dedica sus pensamientos y por ella suspira en las soledades de la Sierra Morena. Ansia de dación, de entrega, que es esencial al humano amor.

Al par que hay ansia de dación, hay anhelo de correspondencia, si bien tal anhelo está como desvaído y borroso. Don Quijote, amaador ideal, anhela que los caballeros vencidos por su fuerte brazo, vayan a rendir homenaje a Dulcinea. Así lo ordena al vizcaíno Sancho de Azpeitia, a los mercaderes de Toledo y aún a los galeotes que encabeza Ginés de Pasamonte en la pedrea contra el iluso caballero. Quiere que lleven a Dulcinea noticia de su vencimiento, que la hagan saber que es ella la inspiradora de sus hazañas y sus fechos. Que es por ella que gana honores y fama. Y en ese afán de hacer saber a su dama que ella es la inspiradora, hay un remoto afán de correspondencia.

Aún cuando don Quijote sea un enamorado de los castos y continentes, y declare a Sancho en la Sierra Morena que sus sentimientos amorosos para Aldonza Lorenza "han sido siempre pla-

tónicos sin extenderse a más que un honesto mirar”, el ansia de correspondencia sin el cual el humano amor no tiene cabalidad, se encuentra presente en don Quijote.

No sólo es que envía a Sancho con su misiva amorosa desde las soledades penitentes de la Sierra Morena, sino que el propio don Quijote quiere verla de por sí y váse al Toboso en pos de la dama en su tercera y última erranza de aventura.

No importa que, por ardid de Sancho, aparezca encantada. Aún cuando el iluso caballero, en esta vez, quiere exigir a la realidad que sea realidad, la fuerza de la ilusión es tan grande que acaba por creer e implorar a esa imagen grotesca del amor lo que el amor pedía.

Y esta es otra calidad del humano amor: la fuerza de ilusión que se proyecta sobre el mundo y lo transfigura. El humano amor, como lo pedía en su vieja copla el Rabino de Carrión, don Sem Tob, “tiene jurado —que no será perdonado el que fuere bien amado— si no ama”. Requiere correspondencia aún, cuando sea ideal. Su fuerza comunicativa es tan poderosa que no puede vivir recogido en sí mismo. Se proyecta sobre el mundo y lo modifica con su magia del modo que el velo de la reina Mab podía transfigurar la realidad.

La ilusión es calidad tan principal del amor que sin ella no sería posible. Quien ama se siente en capacidad de transfigurar el mundo. Cada momento de la vida está penetrado del objeto amado del modo como el aire penetra los poros de la materia. El amante, en la más amplia acepción del término, se siente transido por el amor y lo proyecta fuera de sí. El afán de correspondencia puede casi desaparecer cuando la capacidad de ilusión llena al amante. Transfigura el mundo. Es siempre calidad poética en el sentido de que puede modificar idealmente el mundo externo por su proyección.

Es la fuerza de la ilusión lo que da al amor su pujanza y en ella radica su virtualidad. Unamuno sospecha que la hazañera existencia del don Quijote proviene de la oculta pasión de Alonso

Quijano por Aldonza Lorenzo, madura en largos años de agraz. Quizás sea así. Mas en todo amor —aún el amor platónico, en el mejor sentido de platonismo, como es el de don Quijote para Dulcinea— la fuerza de la ilusión es tal que puede transfigurar el mundo. En esa fuerza radica la potencia de acción lo mismo que la potencia de creación.

Es posible que la raíz de tal potencia sea un simple acto biológico. El animal macho lucha por la hembra a dentelladas o zarpazos. Se adorna con los más gallardos atributos, desde la cresta colorida y el canto del clarín del gallo enhiesto, hasta la melena crinada del león. Muestra su destreza y luce su capacidad de protección. Tal cualidad biológica sublimada y transformada, es la misma que lanza al amante a la hazaña, para poner triunfo y gloria a los pies de la amada, y lo hace alcanzar las cimas del éxtasis cuando la fuerza pasional se trueca en ansiosa intraversión o cuando busca la salida por el camino de la creación estética.

Las cualidades superbas del amor masculino se encuentran reunidas en donde Quijote: ansia de dación, capacidad de sufrimiento, ilusión transfiguradora, potencia de masculinidad que le hace capaz de todas las hazañas con el pensamiento puesto en su dama ideal.

Mas, le falta una cualidad esencial, que apenas si queda dibujada como en un boceto: la apetencia, la carnalidad diríamos. Puede ser que Alonso Quijano haya sentido esa apetencia hacia Aldonza Lorenzo y que —como lo piensa Unamuno— haya sido ese el hontanar recóndito del amor de don Quijote a Dulcinea. Pero en el amor de don Quijote hay un sentido platónico de amor al amor antes que una pasión humana. La forma de su amor es una adoración de la idea del amor. Por eso su amor, más que humano amor, es Superamor.

Ese sentido platónico se nota en las transformaciones que va sufriendo la actitud de don Quijote frente al amor. En un principio, Dulcinea es sólo una necesidad ideal: requiere de una dama de sus pensamientos como requiere de una celada, un morrión, un

yelmo, una espada o un caballo. Sin ella no puede don Quijote ser caballero. Por eso la creó. La inventa. Y como Cervantes es un español, y por lo tanto realista, echa mano de un sustentáculo real. Don Quijote recuerda que en un tiempo Alonso Quijano anduvo enamorado de una moza del Toboso. Y la transfigura en Dulcinea, puro símbolo, creación intelectual sin otro objeto que servir a la composición ideal.

Creada la idea, ésta gana a don Quijote. Le impone su existencia y tiene que aceptarla en toda su latitud. Ama don Quijote la idea del amor en Dulcinea y ésta tiene que ser total y completa. En esto está el platonismo del amor quijotesco.

Aldonza Lorenzo desaparece. Don Quijote no puede aceptar que su Dulcinea sea una moza de labranza. Lo calla de tal modo que ni Sancho, que tiene la astucia pronta y zahorí del campesino para calar en las intenciones quijotescas, adivina quien es la señora Dulcinea. A medida que se quijotiza, cree más en ella.

Es en el episodio de la Sierra Morena cuando la transfiguración de Dulcinea vuelve a aparecer. El enviar don Quijote a Sancho en busca de la dama de sus pensamientos, lo humano del amor —ya no de la idea platónica— reaparece como si se descorriese el velo denso de ilusión que el amor ha puesto sobre los ojos del caballero de la Triste Figura. Sancho es el primer sorprendido. Dulcinea es simplemente Aldonza Lorenzo. Al despojarse el caballero de sus armas y desmontarse del caballo para hacer penitencia, vuelve a aparecer el bueno de Alonso Quijano —el hombre— en vez del caballero andante, como si se deshiciese un hechizo.

Don Quijote retorna a su ser primitivo. Vuelve a ser Alonso Quijano, el hombre. Ni antes ni después, don Quijote recuerda su vida anterior. El hidalgo Alonso Quijano había desaparecido al convertirse en don Quijote de la Mancha. Sólo en ese episodio, don Quijote y Alonso Quijano se confunden.

Cuando a Sancho manifiesta que no tiene medio alguno para

escribir a Dulcinea, el caballero desmontado y desarmado dice al villano transformado en escudero:

“Y hará poco al caso que vaya de mano ajena (la carta) porque a lo que yo me sé acordar, Dulcinea no sabe leer ni escribir, y en toda su vida no ha visto letra mía, porque mis amores y los suyos han sido siempre platónicos, sin extenderse a más que a un honesto mirar, y aún esto tan de cuando en cuando, que osaré jurar con verdad que en doce años que ha que la quiero más que a la lumbre de estos ojos que ha de comer la tierra, no la he visto cuatro veces, y aún podrá ser que destas cuatro veces no hubiese ella echado de ver la una que la miraba: tal es el recato y encerramiento con que su padre Lorenzo Corchuelo y su madre Aldonza Nogáles la han criado”.

La señora Dulcinea, incomparable ni aún con reinas y princesas desaparece para volver a ser la simple moza campesina Aldonza Lorenzo, tan pronto como don Quijote desaparece para retornar a ser Alonso Quijano.

Sancho, que ha llegado a creer en las excelencias de Dulcinea, sufre el deslumbramiento de la realidad:

“Oh hideputa, qué rejo tiene y que voz!”

Tomado por la realidad, don Quijote no puede retroceder. Y saca al caso el cuento dudoso de la viuda que eligió, siendo principal, hermosa y rica, a un “mozo motillón, rollizo y de buen tomo” en vez de un hombre de más valer y que, preguntada por la razón de esa sinrazón, repuso que para lo que ella lo quería tanto sabía como Aristóteles podía saber de filosofía. Otra vez la realidad se transfigura. Para lo que quiere don Quijote a Dulcinea basta que exista. Lo demás es pura transfiguración poética. Pues don Quijote la quiere para amar en ella la idea del amor, la exaltación de la belleza y la vocación de la gloria.

La esencia de esa actitud platónica la expresa luego:

“...y para concluir con todo, yo imagino que todo lo que digo es así, sin que sobre ni falte nada, y píntola en mi imaginación como la deseo”.

Esa facultad de transfigurar la realidad, se afirma más en el episodio del regreso de Sancho. A cada burda explicación del hombre de realidad, don Quijote opone su "idea". Si Sancho afirma que encontró a Dulcinea aechando trigo, y que se exhalaba de ella olor a hombruno, don Quijote corrige que el trigo debió ser perlas y el olor, sabeo, como de ámbar desleído.

La fuerza de ilusión del amor, está quintaesenciada en la frase "yo imagino que todo lo que digo es así". No importa que una flaca condición humana haya vuelto a convertir a Dulcinea en Aldonza en el momento en que Alonso apareció al quitarse la armadura de don Quijote. Cuando éste vuelve a subir sobre el caballo, Dulcinea sigue siendo la dama de los altos pensamientos del caballero invencible. Se hace la transfiguración. Y el amor llamado se proyecta hacia fuera, se convierte en impulsor del heroísmo, que todo amor es al par que ilusión, motor de cada vida. Si ésta es la de don Quijote, o es la del sandio, no importa. El primero querrá realizar hazañas desmensuradas. El otro, las hará más menguadas y ceñidas, pero las hará porque el amor es la única fuerza que lanza al hombre a la aventura y a la gloria. Ya lo dijo en su sabia copla el Marqués de Santillana:

"Ama, e serás amado,  
E podrás  
Facer lo que non farás  
Desamado"

Potencialmente existen en el amor de don Quijote todos los elementos del amor humano: actitud viril que protege y defiende, que enaltece y dignifica; fuerza de ilusión que es capaz de transfigurar la realidad; ansia de dación y una vaga pero no menos cierta ansia de correspondencia; mas tales elementos desmesurados no tienen arraigo en realidad alguna. Son creaciones intelectuales. Elaboraciones fuera de los hechos. Como si las potencias mismas del amor se personificaran y se extravertieran sin tener para ello motivo real, pues Dulcinea no existe. No es mu-

jer de carne y huesos como son la Aminta, Doña Ana, Tisbea o cualquiera de las mujeres que pasan como leves sombras por la vida del Burlador. Dulcinea y Aldonza Lorenzo no pueden subsistir en una sola mujer. Dulcinea es solamente una creación ideal. Una "idea" del amor.

El amor de don Quijote, si bien perfecto en sí mismo, carece de objeto. No es que don Quijote esté enamorado de Dulcinea como lo estuvo Alonso Quijano hacía doce años de la hija de Lorenzo Corchuelo y de Aldonza Nogales. Es que don Quijote piensa que lo está porque todo caballero debe tener dama como debe tener caballo y espada. Piensa (—"yo imagino que todo lo que digo es así"—) es decir que crea una figura con elementos imaginativos. Ama la idea del amor más que al mismo amor y es la suya una pasión que no arranca de la carne como todo amor humano.

Y esta es la encrucijada. El simple amor humano puede sublimar en las formas más bizarras e inesperadas —heroísmo, contemplación, mística— mas siempre tiene raíz de carnalidad, potencia, atracción. Por eso el amor de don Quijote más que humano amor es Super-amor, como el de don Juan es Anti-amor.

Tanto don Juan como don Quijote carecen de ese sustentáculo primario de la carnalidad. El don Juan de Tirso Molina no apetece a las mujeres. No las quiere en sí mismas ni como hembras plenarias:

"El mayor  
goce que en mí puede haber  
es burlar a una mujer  
y dejarla sin honor".

El placer de don Juan no es amar. Ni siquiera poseer. Es burlar. No goza con el radiante placer de la entrega compartida: su placer es burlar y dejar sin honor a las mujeres, es decir, humillarlas, vengar en ellas el pecado de la carne.

Faltan al uno y al otro la apetencia. De más próxima carnalidad es el amor místico de Teresa, que el irreal amor de don Quijote. Arranca de un grito insatisfecho que se diluye en espiral de amor divino. Es el instinto que se sublima y busca su salida en amor supremo.

Si Don Juan no ama ni es amado, ni desea ni es deseado, pues posee a las mujeres en sombra de nocturnidad, usando la ajena capa para burlar a la ajena amada y teniendo listas las yeguas para la fuga, en don Quijote, que es el Super-amor, las cualidades amorosas están como magnificadas. Pero el objeto amado —Dulcinea— es un elemento externo de su vida, que está ausente del amor. Dulcinea es un ideal, una idea, no una mujer.

Entre don Quijote y don Juan —el Super-amor y el Anti-amor— cabe el humano amor: ansia de dación, apetito de correspondencia, fuerte ilusión y compenetración con el objeto amado. Y esa figura del humano amor es, quizás, en la literatura española, Calisto, el personaje de la Celestina.

Real amador, simple amador, todas las potencias amorosas se expresan en su profesión de fé: "Yo melibico soy, en Melibea adoro; en Melibea creo, a Melibea amo". Es el momento pleno y radioso de la pasión en su climax ascendente. El amante y el objeto amado, en el momento cenital de la pasión, no son dos. Son una unidad. Plenaria integración. El amante no vive, en ese instante, ni **para** ni **por** el objeto amado. Vive **en** el objeto amado. Es un momento de fusión que puede alcanzar las formas maravillosas del éxtasis.

Para el amante todas las dimensiones del tiempo —pasado— recuerdo, presente, plenitud, futuro —esperanza— están llenas de la presencia amada. Es la plenitud de la dación. La totalidad de la entrega. Infinito reducido a la proporción del instante fugaz. Sólo cuando el amor penetra totalmente y transe al amante con la plenitud del objeto amado, hay amor en perfección. Y Calisto, sin dejar de ser caballero, cristiano, o cualquier condición ajena al amor, en el momento de la plenitud amorosa es solamen-

te melíptico, sustantivamente melíptico, entregado en totalidad y sin renuncia a Melibeia.

Ningún otro episodio de la literatura clásica española ha marcado con más briosa intensidad el momento cimeró de la pasión amorosa que ese episodio de la "Tragicomedia de Calisto y Melibeia". El amante y la amada se diluyen en uno y se totalizan en irrenunciable unidad. No hay Tú ni Yo. Es el mundo mágico y cerrado en que el amor cenital se expresa.

El amor del Cid Campeador de Castilla, el fiero Ruy Díaz de Vivar, es humano. Demasiado humano. Se reduce casi a la protección familiar. Ximena es la madre, instrumento universal de procreación. Ciertamente que hay en la rendición de Ximena, tal como se cuenta en el romance de "Las Mocedades del Cid", una cierta similitud a la atracción ejercitada sobre Desdémona por el atezado Otelo. Se rinde al guerrero aún cubierto de sangre. La atrae la recia masculinidad del Cid como rinde a Desdémona la bronca virilidad del moro.

Las motivaciones de Ximena y Desdémona son diversas, sin embargo, en sus raíces psicológicas. Desdémona ama —con los oídos primeramente— la masculinidad zahereña y un tanto bárbara de Otelo. Le sugestionan sus hazañas: supermasculinidad deslumbradora frente a hiperfeminidad propensa. En Ximena, si la motivación psicológica es semejante, hay un elemento más: el matador de su padre, debe ocupar su puesto. Ser sostén y mantención. Vida por vida.

La "mantención" de que había hablado el Archipreste de Hita como resorte de la acción humana, domina en esta escena de puro realismo español. Y esa "mantención" se junta al otro impulso primordial de que hablaba el mismo Archipreste: sexualidad y hambre, los dos apetitos fundamentales, quedan desnudos ante el realismo crudo y sin tapujos de la naciente literatura española que amanece en el Mío Cid, con todo su realismo y su apego a la veracidad.

Frente a ese realismo, que nace de la entraña medioeval, de

esencia españolísima, el amor del Quijote, con su platonismo, es una forma de reacción renacentista. Del mismo modo que, si no hay erasmismo como se pretende, si existe una cierta influencia renacentista en la figura anticipadamente o romántica de Calisto. Ambas son la afirmación de la individualidad que da trascendentalismo a la pasión, la arranca de su papel de simple apetito y la convierte en la fuerza motora de la existencia humana.

## REALISMO E IDEALISMO

El cielo español estuvo poblado de milagros. Transfiguraciones extáticas y asombro de visiones sobrenaturales se escondían frecuentemente entre las nubes arremolinadas del cielo de Castilla o más allá del radiante azul meridional.

Ascetas solitarios y penitentes austeros solían vivir en comunicación directa con Dios en yermos ásperos y en abruptas serranías, lejos de los hombres. Sobre el remolino de las lanzas y entre el estrépito de las batallas —como entre el estruendo homérico de la Iliada— lo sobrenatural se hacía natural si Santiago bajaba en su corcel de guerra a pelear junto al pueblo elegido por Dios para mantener en la tierra la más firme y orgullosa catolicidad.

Mas en la tierra española —a diferencia de lo que ocurría en su cielo— el hombre solía aferrarse a la existencia con suprema voluntad de vida. Es tierra de sol claro. El sol español de las tierras meridionales quema la sangre, ya de por sí ardiente, del hispano bereber y se tiende sobre frutaledas amorosamente sensuales. Y hasta en la tierra de la meseta, en donde el hombre muestra algo de berroqueña severidad, el sol tiene fulguración clara y no cabe allí la niebla incitadora a las vagas fantasías del nórdico, hijo de selvas pobladas de misterio.

Esta paradoja de tierra y cielo la expresó como nadie, en síntesis perfecta, un griego asimilado a la Toledo monacal y severa: Domenico Theotocópulis, convertido en El Greco. En sus cuadros

hay ese alargamiento de la materia en ascenso vertical desde el primer plano inferior en donde vive una humanidad reciamente española —figuras realísimas de nobles engolados y de solemnes guerreros— hasta llegar a la sustancia etérea de los ángeles que prefiguran vuelos de éxtasis bajo cielos inverosímiles.

La tierra y el cielo —el realismo y el misticismo— no se contraponen. El realismo se mantiene aún en los momentos culminantes en que el alma se aproxima a Dios en la comunión del éxtasis como ocurre a Teresa de Cepeda que sigue siendo mujer humanísima tan pronto como baja de su cimera excelsitud de comunión con Dios. El realismo español no pugna con la fervorosa creencia de cada hombre, y del pueblo en totalidad, en la llamada sobrenatural del destino para ser el brazo ejecutor de los desigmos de Cristo sobre la tierra.

Este milagro se realiza mediante una suerte de *do ut des*. El pueblo confiaba en Dios y se creía señalado por él para imponer a tajos de espada y bote de lanza la fiera catolicidad. Era justo, que Dios cuidase de su destino. Hasta los santos españoles son militantes y no contemplativos, por lo mismo. Domingo de Guzmán fué a pie descalzo por los caminos en pos de infieles que serían prolijamente pasados a cuchillo por las huestes de Simón de Montfort. Vicente Ferrer fué militante y político. El vasco Ignacio de Loyola encarna en su voluntad, tensa y dura como una espada, el sentir español realista y tercamente combativo. Y Teresa de Cepeda es, ante todo, una mujer española, muy mujer y muy española.

España fué sin duda un pueblo ascético aún en su beligerante manera de entender la fé. Por lo mismo, su realismo no es una exaltación de la terrenalidad ni una expresión desenfadada de las fuerzas instintivas sino manifestación de confianza y de orgullo nacida de una peculiar manera de mensurar y entender la fé religiosa.

El realismo español no pugna con su concepción religiosa sino que coincide con ella. Ama la realidad —su tierra española

soleada y clara, su gente española brave y orgullosa— porque esa realidad es obra de un Dios al que mira cara a cara y en el que tiene una fe sin orillas. Y ese Dios creó la tierra y el hombre españoles a condición de que hombre y tierra estuvieran a su personal servicio.

La aceptación del mundo como inevitable necesidad contingente que no impide la ascensión hacia el mundo supraterrrenal, es, así, expresión de orgullo y de fé. Los grandes momentos de duda traen exasperación contra lo real, en el ansia acicateada de lo que se cree inevitablemente peligroso para la salvación del alma. El alma sencilla y confiada que no duda tampoco siente repulsa por la tentación porque confía y espera. La duda es genitora tanto de la rebelión herética como de la exasperación mística.

El realismo español está nutrido de esa fé sin eclipses. Fé y confianza individuales y colectivas que no sufren angustias ni cogitaciones dialécticas acerca del destino. Lo real se acepta y se acoge gozosamente.

Esa fe robusta creó un estado de ánimo: una sociología. Ni aún fué indispensable el clero al pueblo español, si bien pululaba una muchedumbre de frailes y de seculares. España sabía reir, al pie del quemadero, del fraile glotón y del clérigo rijoso. Allí donde el menor asomo de herejía terminaba inexorablemente en la pira de la fé, la muchedumbre reía de los vicios del clero y mantenía —con el férreo orgullo de sus monarcas— una terca actitud de independencia frente al Papado al que aceptaba dogmáticamente sin sentir mayor respeto por la disciplina.

El inquebrantable respeto al dogma no impedía una cierta actitud anticlerical que se traduce en el Rimado de Palacio del Canciller Pedro López de Ayala, en las sabrosas sátiras del Archipreste de Hita y asoma en el donaire de la Picaresca.

El anticlericalismo era irrespecto originado en la forma poco discreta del vivir sacerdotal o un realismo ingenuo y plácido en un pueblo tan aferrado al dogma y tan seguro de su predestina-

ción nacional de cruzados de la fé que podía burlarse del clero sin pensar que haría la médula vertebral de la doctrina.

En esa España no podía levantarse el hereje. Ganivet sostiene en el "Ideario Español" que ningún hereje se levantó un palmo del suelo, pese a todo el erudito esfuerzo de don Marcelino Menéndez y Pelayo para escarbar exhaustivamente la lista de los heterodoxos. Mas tampoco podía ser común la actitud mística. Mística y herejía tienen la común raíz de la duda. El místico llega al camino del renunciamiento y de la contemplación desgarrándose el alma en las cogitaciones de la duda. La mayor parte de los místicos son agonísticos: muriendo viven. Muriendo, es decir, anulando en lenta lucha las fuerzas de la duda hasta reafirmarse en la unicidad espiritual del alma y Dios. Matando a cada instante —auténtica agonía— la dualidad de sujeto y objeto hasta llegar a la cimera unidad del éxtasis. En último grado, el místico es un dubitante que logra vencer la dubitación, anula el pensar —pues todo pensamiento es dualidad de objeto y sujeto— prefiere la vía ingrátida del éxtasis para librase del fardo de la duda.

La herejía, sobre todo la gran herejía renacentista, nació de una fé vacilante. Lutero temía al diablo y Calvino fué un torturado por inquietudes metafísicas. Nació de una necesidad interna del alma y de una necesidad externa condicionada por la inexorable determinación de lo económico: necesidad interna del alma liberada que quería buscar a Dios sin el intermediario sacerdotal y necesidad externa de librarse de la miseria que imponía una clerecía simoniaca y un Papado sensual a las masas europeas —especialmente al campesino alemán— mediante la extorsión refinada de las bulas cuyos pregoneros arrancaban de las arcas empobrecidas los últimos denarios que dejara la rapacidad buitrrera del señor.

El problema socio-económico que determinó al nacimiento del protestantismo centroeuropeo, poco alcanzó a España. La pauperización de las masas de campesinos por la extorsión feudal más

refinada y prolija, casi no tuvo vivencia allí donde el feudalismo propiamente tal estuvo frenado por el poder creciente de la realeza y el auge de las hermandades municipales celosas de sus prerrogativas. Lo feudal español difiere de la recia organización centroeuropea tanto en sus raíces como en su forma. Y si algún desarrollo adquirió sobre todo en la región leonesa, no tuvo jamás las formas típicas del feudalismo germano.

Los determinantes económicos que inclinaron a los príncipes y señores feudales a la Reforma, celosos de sus prerrogativas de esquilación frente a los pregoneros de bulas, no existían en España como para inclinar a la nobleza a la causa protestante. Y el trono mismo mantenía frente al Papado sus derechos escrupulosamente vigilados mediante el Patronato que la católica monarquía no cedió jamás.

La herejía protestante no pudo tener arraigo en un pueblo que durante siete siglos se había mantenido con las armas en la mano y cuya nacionalidad misma estuvo condicionada por la religiosidad. Pero la mística no se arraigó permanentemente en un pueblo de tan acentuado realismo.

Ciertamente que aparece en España, coetáneamente con el protestantismo, una reacción mística. El Siglo de Oro fué el gran siglo de la mística: San Juan de la Cruz y Santa Teresa son sus cimas. Y al mismo tiempo reaparecieron síntomas populares confundibles con lo místico como el iluminismo. Y ambos fenómenos pueden ser la reacción de la duda sobre el alma española del Siglo de Oro.

Pero el iluminismo se parece más a una aberración sexual que a una mística, aún cuando la mística tenga frecuentemente raigambre sexual. Es algo más. Tiene algo de tortura, de desgarramiento, de angustia, de dubitación. Frente al problema que la realidad ofrece, el rebelde se lanza por el camino áspero de la herejía y el hombre de fé fuerte suele lanzarse por el camino del renunciamiento. La mística es, precisamente, eso: un renunciamiento que anula el pensar mismo y, con él, la duda. Su más al-

ta cumbre —el éxtasis— suprime el objeto, al anular la dualidad esencial de todo pensamiento y, por lo tanto, de toda duda: anula la realidad externa para ser contemplación pura y fusión —confusión más bien —en la esencia eterna de Dios.

A diferencia de la vía ascética que es toda voluntad, la vía mística es toda irracionalidad: irracionalismo en su más alto grado en tanto que anula uno de los términos del pensamiento razonante y, por lo mismo, de la duda.

La ascética es todo acto: voluntad en su más aguda tensión. Al par que volición, es raciocinio. Se busca intencional y deliberadamente el camino. Esta es la diferencia esencial: la mística es ingravidez del alma que deja todo lastre de pensamiento; la ascética, un camino voluntariamente elegido, que hay que recorrer desgarrándose los pies en todas las aristas de sendero.

España, gran país ascético, no fué un país místico, si se entiende por mística el camino irracional, la vía de amor que conduce a la anulación de la dualidad del Ser y del Yo, fusión del hombre en Dios. Hasta la santidad española es combatiente. Hay un ascetismo de la oración y un ascetismo de la espada.

Podría alegarse el caso de Teresa de Cepeda y el de Juan de Yépez, prototipos de la mística del Siglo de Oro. Mas Teresa, si ansía la unión con Dios, y aún la dilusión mística en El, conserva casi siempre una tensión de voluntad que es enteramente ascética. Y si en sus poemas hay exasperación y renunciamiento, su prosa, como lo dijo alguien es, la de una vieja castellana junto a la lumbre. Su piedad es constructivamente ascética. Y en las poesías de Juan de Yépez hay un reprimido sensualismo que viene del lejano hontanar del Cantar salomónico.

La elevación mística aún admitiendo los casos de Teresa la Santa y de Juan de Yépez convertido en San Juan de la Cruz, se circunscribe al Siglo de Oro. Pues el más grande, por no decir el único, gran místico de España que fué Raimundo Lulio, tiene más raíces árabes que españolas.

El pueblo español, aún cuando creía sin titubeos en lo sobre-

natural, pudo afirmar la esencia de lo real porque no temía a la realidad ni sentía frente a ella las dubitaciones que conducen por igual a la mística y a la herejía.

El realismo —del que está transido su literatura— es algo más que una actitud literaria: es una actitud ante la vida. Un encaramiento franco con el mundo que, teológicamente, le inquieta como que el mundo es enemigo del hombre; pero al que no teme ni repugna pues su fé no admite vacilaciones ni su confianza en la salvación tiene eclipses.

Además, es actitud ética. La fé vigorosa del español en su calidad humana y en la bondad de Dios que lo eligió para afirmar el catolicismo le da tal firmeza en sí mismo como hombre, un concepto tan elevado de su rol en la tierra, que le impregna de un ilimitado sentido de libertad.

La libertad es cualidad intrínseca del alma española. La conciencia ética impulsa al español no sólo a amar sino a vivir su libertad. Su acerado individualismo le hace dueño de su vida, capaz de vivirla sin incertidumbre, en plenaria confianza. Firmeza y libertad forman así una sustancia única. Y en el realismo hay la afirmación de esa libertad del individuo frente a las cosas que contempla sin velos metafísicos, como esplendorosas obras de Dios, hechas por él y animadas por su voluntad creadora.

De todos esos elementos se nutre el realismo literario español. Pero para hablar del realismo literario, se impone la necesidad socrática de definir, de circunscribir y explicar los conceptos. El realismo no se puede confundir con el naturalismo. Lo real no son sólo los objetos que chocan contra nuestra epidermis limitadora o se imponen a los sentidos. Lo real es una comarca más vasta que lo natural. El concepto de lo real abarca extensiones más grandes que lo natural. Al menos para el realismo platónico que comenzó a inundar con su lenta marca el mundo español del Siglo de Oro, al través de las influencias árabes, judías y renacentistas.

Literariamente también el realismo es una comarca más vas-

ta que el naturalismo. Esto asume frente a la naturaleza un papel subalterno y ancillar: copia lo que es, cómo es o cómo aparece. El realismo, siendo fiel a lo real, no desdeña presentarlo en esquemas ideales. Se nutre de contenidos éticos y filosóficos.

El realismo español está lleno de esos contenidos éticos. Extravasa lo simplemente natural sin ser infiel a ello. Mas, para el realismo español, los contenidos éticos —verdad, justicia, libertad— tienen tanta realidad presente e inmanente en la creación literaria como en la naturaleza.

El realismo español no se sale de lo natural. No deja que la fantasía se desborde como en las creaciones germánicas y célticas, hijas de pueblos nebulosos. Es fiel a lo real de la naturaleza; pero tiene algo más que naturalismo. La realidad ética es para él tan firme que no puede dejarse de lado.

Ese realismo nació de una característica propia de la creación literaria española medieval cuya culminación es el Siglo de Oro: su carácter popular. La literatura quiere expresarse, tal el verso de Gonzalo de Berceo: "en roman paladino". Es para "hablar a su vecino". Se hincha con las expresiones rotundas y másculas del decir popular. Pasea por las calles con las Trotaconventos, las alcahuetas y las zurcidoras de doncelleces perdidas. Sale al sol. Bebe en las tabernas el "vaso de bon vino", entre clérigos humanísimos que saben que la castidad es más de precepto que de dogma. Se solaza en dialogar con el pícaro.

Nada hay de la niebla nórdica en la literatura de este pueblo recio y directo que cree en la salvación de su alma por la fuerza de la espada y por la confianza en la bondad de Dios. Lo ardiente y realista del ibero —hombre de sol radiante y de cielo sin nubes— absorbió, literariamente, la nebulosa concepción y el vigoroso idealismo del celta.

La literatura no aparece en España como necesidad de eruditos o don de privilegiados. Ni siquiera como obra de una clase a la manera de la juglaría provenzal. La poesía más rica, que im-

pregna después la obra de poetas y eruditos, nace de la entraña popular, se alimenta con sus ensueños, su gloria, su fé y su risa.

El Romancero, cantera eterna de la literatura española, es inducto. Cantar que aflora en labios anónimos y se extiende a las masas que van elaborando, en activa colaboración con el genio individual, la gran poesía matriz de la España medioeval. La poesía culta es el "mester de clerecía"; la palabra metrificada, el alejandrino. Son las imitaciones pseudoclásicas a la manera del Poema de Alejandro. Lo popular del romancero es anónimo. Va elaborándose lentamente con elementos que se asimilan al espíritu español o que va creando por su cuenta.

Aún el Poema de Gesta, que tan honda raíz céltica tuvo en el centro de Europa, con sus vagorosos mitos nórdicos, tuvo en España un sentido realista muy diferente del movimiento europeo, sea carlovingio o céltico. El Poema del Mío Cid, con el que amanece la gloria sobre la lengua de Castilla, contiene en germen todas las posibilidades que luego irían desarrollándose y afirmándose al rodar por la suave pendiente del Romancero hasta caer en el teatro y la novela del Siglo de Oro.

En el Poema del Cid no aparece lo maravilloso ni sorprende lo sobrenatural. Ruy Dfaz; el Cid Campeador de Vivar, es personaje humanísimo y realísimo. Ni aún sus estímulos son de la índole idealista de los caballeros del ciclo bretón. Pelea por la paga, por ganar el pan, para la "mantenencia". Su comportamiento frente a Ximena es de un esposo amante y su conducta con las hijas, incluso en el episodio de los infantes de Carrión, la de un buen padre que quiere colocar a la prole mediante honesto y honorable matrimonio. Lo sobrenatural no aparece por ninguna parte. No hay el asombro mágico que tanto había de deleitar a los juglares que recogieron la herencia de los vates nórdicos.

El mismo proceso de elaboración realísimo se marca en el personaje creado por el sentimiento español frente a la Gesta carlovingia: Bernardo del Carpio. Mientras en el héroe antagonista —Roldán— lo maravilloso es una parte esencial, en Bernardo del

Carpio lo real es norma. No hay cuerno mágico ni espada encantada. Vence por la fuerza de su brazo. Sin apoyatura en lo milagroso ni arraigo en lo extranatural.

El apego a la realidad, el sano sentido de realismo, no se eclipsa en el Quijote por la fuerte acentuación idealista de origen platónico y neoplatónico. El equilibrio de realismo e idealismo es perfecto. Y no sólo porque exista al lado del flaco idealista el craso escudero, como lo nota la observación superficial, sino porque en su entraña misma el idealismo no pugna con el realismo ya que la "idea" es tan real para don Quijote como lo es el mundo para Sancho, Sansón Carrasco, el cura y los duques.

La contraposición de Sancho y don Quijote como el mundo del ideal y el mundo de la realidad, es sólo una apreciación gruesa y gráfica. La contraposición es visible y por lo mismo se ha convertido en tópico. Mas en el fondo, tal contraposición no es sino aparente. Don Quijote acepta la realidad del mundo de Sancho tanto como Sancho se qui jotiza y acepta el mundo de don Quijote.

En el Quijote todos los personajes aparecen en su esencial realidad. Es el mundo español completo y plenario el que desfila: la figura del pícaro Ginés de Pasamonte convertido en Maese Pedro, las recias maritornes de ventas y paraderos, el fraile y el cura, el duque-mecenas y el bachiller henchido de pedantería salmantina, la mano dura de la Santa Hermandad, y aún la figura del moro en los episodios intercalados. La risa franca de la Picaresca suena ya en las páginas del Quijote con su estallido alegre al par que irónico. Todo el mundo español del momento se retrata de modo claro, preciso y perfecto, con un sentido de realismo acentuado.

Aún el sentido de la caballería andantesca se modifica. Don Quijote no requiere de encantamiento ni de ayuda de magos o hechiceros. Todo lo confía a su propio brazo. Las brumas célticas se borran, bajo el claro sol de España.

## LA ESPAÑA — QUIJOTE DE CERVANTES

Y es que don Quijote es el trasunto mismo de España. El sentido de justicia y de libertad que es el sustentáculo ético de Don Quijote, es el mismo sentido que anima la España de Cervantes. La de fray Bartolomé de las Casas y especialmente la de Francisco de Vitoria.

Don Quijote anima en un mundo propio las mismas tesis que desenvolvía el dominico austero. Para Vitoria la libertad es la base sustancial de toda ética. Sostiene aún la tesis audaz de que la fe es libre y no puede imponerse. Ataca el derecho de conquista y niega el derecho del Papado a repartir las tierras. Y con una tozudez auténticamente quijotesca, sostiene que así le dieran el arzobispado de Toledo por absolver a los "peruleros" no lo haría.

Ese mismo sentido humanísimo de libertad y de justicia, es el que trasciende de las disposiciones de las Leyes de Indias. Y si más pasaron Gineses de Pasamonte que Quijotes a la otra orilla del océano, es un infortunio de la historia.

Las bases éticas del Quijote son las bases éticas de España: justicia y libertad, que arrancan de la entraña medioeval y que fueron torcidas por la aventura del Imperio.

Hay, en aquella aventura, elementos quijotescos, ciertamente. La tragedia esencial de España se refleja en la tragedia personal de don Quijote. La de una falta de correlación entre los medios y los fines, entre el mundo y su mundo.

El destino de España quedó truncado por la aventura del Imperio. La España medioeval se había estructurado sobre la base de la catolicidad, es cierto, y esa misma catolicidad rígida fué el impulso motriz del Imperio en sus luchas europeas. Pero la catolicidad española de los siglos medios estuvo ligada a una concepción firme y clara: la de la Reconquista.

España nació, venciendo la heterogeneidad étnica de su composición y los designios de su geografía separatista, por un impul-

so que fué de norte a sur: la reconquista de las tierras en manos de infieles. Desde Pelayo a Isabel de Castilla, hay una histórica conductora. Y esa unidad histórica tenía una meta cierta: consolidar en el norte de Africa la unidad española y formar el Imperio atlántico con las tierras nuevas que el destino puso en las manos de la austera reina de Castilla.

El conflicto interno de España nació de una dualidad de designios: Isabel representaba la unidad hispana y el cumplimiento del destino. Su acto simbólico de levantar frente a Granada la pétrea ciudad de Santa Fé, es una expresión de esa continuidad histórica; Fernando representaba los intereses mediterráneos de Aragón-Cataluña cuya unidad histórica le ligaba a los destinos de Europa. Y fué al fin el designio aragonés de Fernando el que se cumplió a través de Carlos el Emperador.

Es significativo que el hidalgo don Miguel de Cervantes haya peleado en la flota de don Juan de Austria en el día glorioso de la victoria de Lepanto y que sufra luego cautiverio en un imperio pirático elevado en frente de la España orgullosa de Felipe; significativo porque la grande paradoja de España fué la de perder sus energías en la obra de mantener la catolicidad a la usanza española en Flandes e Italia, mientras se consolidaba en el Africa un imperio pirático. El sol de Carlos V, que no se puso en los anchos caminos del mundo, tuvo el eclipse de la media luna alzada tras los estandartes piráticos.

Esta es la paradoja de la España—Quijote. Quiso emprender grandes obras, con fines superiores a sus medios, lo que es quijotesco por excelencia: imponer a Europa la fé española, tener un Papa propio, ablandar el Imperio y cercar a Francia, sin tener para ello la potencialidad económica ni el poderío militar y naval; destruyó la economía burguesa de Flandes cuando más la requería para colonizar un mundo nuevo; se despobló en guerras suicidas, cuando tenía que poblar las más vastas extensiones del mundo; dejó al aventurero primero y al covachuelista después que hagan de América un feudo en los momentos en que el mundo

rompía con la tradición feudal y se implantaba la era mercantilista.

Esa España tuvo una falta de concordancia entre sus fines y sus medios. También entre el mundo y su mundo. Exactamente que en la tragedia del Quijote.

Si colectivamente la paradoja quijotesca es el gran drama de la España imperial, individualmente era también la tragedia del hidalgo. Hombre marginal, el hidalgo fué una suerte de callejón sin salida. Nacido como clase sin clase durante el largo batallar de siglos de la Reconquista, ni era la aristocracia de hierro ni era la burguesía industrial. Nada tenía de común con la nobleza feudal. Tampoco con la activa clase de burgueses que en las ciudades de Alemania, Francia y tardíamente en Inglaterra, estaba organizando la producción industrial. No nobleza, ni burguesía.

El concepto de hidalguía más que un concepto social de diferenciación fué un concepto ético. Nació de la idea españolísima de que el pueblo hispano tenía un pacto con Dios: nació de la Reconquista. No respondió a un concepto económico sino a un concepto moral. El hidalgo era un fidalgo, fijo d'algo, hijo de alguien, es decir, hombre de solar conocido, de cristianidad antigua sin mezcla de moro ni judío. Y se sustentaba sobre un concepto ético: la hidalguía daba al hombre español un sentido de dignidad personal, de honor y de valor propios.

El sentido de honor, de libertad, los sentimientos caballerescos, en suma, de que está nutrido el Siglo de Oro, especialmente en las comedias y dramas, nacen del sentido hidalgo de la vida. Y la gran intuición de Cervantes está en haberlas dado forma. Alonso Quijano no es un noble sino un hidalgo y encarna con excelsitud toda la tragedia del hidalgo, toda la gloria grande y ridícula al par de sus sueños, sus esperanzas y sus ambiciones. Es también la expresión magnificada de sus sentimientos de honor y de su posición ante la vida.

Cervantes, hidalgo pobre, sintió en carne propia el drama de la existencia hidalga. Era el mismo, como su clase, un callejón sin

salida. Frustrado en las armas, buscó la gloria por el camino de las letras. No había más salida. Armas, Iglesia y Letras. Más las armas que la iglesia y más la iglesia que las letras: eran las únicas sendas transitables para la hidalguía empobrecida. Algo de eso se expresa en el discurso sobre las armas y las letras. Algo en el monologar frente a los cabreros acerca del sacerdocio y la caballería.

Y hubo un último camino que también lo buscó don Miguel: el camino de América, la ruta cierta de España, abandonado por el Imperio a la codicia de mercaderes y burócratas. No vino a América. Pero nació el Quijote. Nació con la experiencia dolorosa de un vivir incierto, como expresión de un drama individual, al par que de una tragedia colectiva. Realista e idealista al par. Trasunto de una España manca con la manquedad del hidalgo que perdió en Lepanto su brazo. ¿No perdió también en Lepanto y más tarde en las costas Inglesas, con la "Invencible", su poderío que le hubiera hecho consolidar el reino en Africa y desarrollar América y quedó en manquedad? ¿No lo perdió mientras Cervantes, soldado frustrado, poeta sin Mecenas, escritor sin editores, recogía por los caminos pauperizados de España las migajas de la riqueza en su triste papel de alcabalero?

Don Quijote es expresión de pueblo y de clase. La España de Cervantes era una España—Quijote con todo su sentido de tragedia: discordancia de medios y de fines, contradicción de mundos. También expresión de drama personal. Y, sobre todo, expresión de ideales que se mantenían con terquedad. Ideales muertos como los muertos ideales del Caballero de la Triste Figura.

## CERVANTES: EL HOMBRE Y SU OBRA

Por **RAMON INSUA RODRIGUEZ**

(Discurso pronunciado en la Sesión Solemne celebrada en la Universidad de Guayaquil, en conmemoración del IV Centenario del nacimiento de don Miguel de Cervantes Saavedra).

Señores:

El Centro Cervantino de Guayaquil me ha conferido el alto honor, tan grande como inmerecido, de designarme para que, desde esta augusta tribuna universitaria, hable en representación suya, hoy que se conmemora en todo el mundo hispánico, en forma solemne, el cuarto centenario del nacimiento del más claro y alto ingenio de nuestra raza, del prodigioso creador, que impone su cetro y hegemonía intelectual sobre la literatura española de ambos mundos, a quien los críticos más doctos y exigentes colocaron siempre en un sitio de honor entre los mayores genios de

aplausos fervorosos y unánimes toda clase de lectores, que Cervantes pertenece, no a la literatura de un pueblo sólo, aunque sea tan ilustre como el español, ni a la de una raza o estirpe, aunque sea tan gloriosa y destinada a tan altos destinos como la hispánica, sino a la literatura del mundo.

No es este lugar ni ocasión para detenernos a hacer una semblanza, ni mucho menos una biografía, por sucinta que ella sea, de Cervantes. A pesar de los ininterrumpidos esfuerzos de una legión de sabios y pacientes investigadores, hay aún en la historia de su vida grandes vacíos y sucesos sumidos en la oscuridad más absoluta. Acaso alguna vez ello fué culpa de admiradores devotísimos del inmortal novelista que, movidos de un afán encomiástico, ocultaron intencionalmente o desfiguraron con malicia sucesos que, en su estrecho y pueril criterio, estimaban podrían desacreditarle y rebajar su carácter moral. Pretendían fuera el genio, además de autor de obras maestras, varón de vida morigerada y perfecta, arquetipo de costumbres ejemplares. Cervantes no tuvo la vida novelesca, señorial, disoluta y escandalosa de Lope de Vega; pero tampoco la rígida y ascética de San Juan de la Cruz, modelo egregio de virtudes y sacrificios. Como Ulises, escuchó el canto enervador de las Sirenas y menos sagaz o menos fuerte que el Rey de Itaca, cedió a su encanto y no siempre supo evitar escollos y sortear peligros, al navegar entre las ignotas islas y los mares procelosos de la vida.

¿Cómo era físicamente Cervantes? Todo lector asiduo y apasionado de sus obras inmortales se ha hecho de seguro, más de una vez, esta pregunta. Hubiéramos deseado tener un retrato suyo, para escudriñar y analizar su imagen, esforzándonos por descubrir allí la huella de su gran espíritu. Por desgracia, no se conserva ningún retrato auténtico. El tan conocido propiedad de la ilustre y docta Real Academia Española, que por algún tiempo se creyera el pintado por Juan de Jáuregui, está hoy por todos estimado como apócrifo. Y sin embargo, son muy pocos los escrito-

res cuyos rasgos físicos conocemos tan bien como los suyos, gracias al prodigioso retrato que nos legó en el Prólogo de las Novelas Ejemplares y que está en la memoria de todos vosotros.

Fray Juan Gil, el día del rescate del cautiverio de Argel, le describe: "mediano de cuerpo, bien barbado, estropeado del brazo y mano izquierda" y por el mismo Fray Juan Gil y por Fray Antón de la Bella sabemos que era barbirrubio, y en el autorretrato de las Novelas Ejemplares, con pluma gallardísima, se describe a sí mismo a los sesenta y cuatro años de edad, "de rostro aguileño, de cabello castaño, frente lisa y desembarazada, de alegres ojos y de nariz corva aunque bien proporcionada, las barbas de plata, que no ha veinte años que fueron de oro, los bigotes grandes, la boca pequeña, los dientes ni menudos ni crecidos, porque no tiene sino seis y esos mal acondicionados y peor puestos, porque no tienen correspondencia los unos con los otros; el cuerpo entre los dos extremos, ni grande ni pequeño, la color viva, antes blanca que morena, algo cargado de espaldas y no muy ligero de pies".

La grandeza de su espíritu se revela en su heroica conducta en la batalla de Lepanto; en el valor y abnegación admirable, más de mártir que de soldado, de que dió muestras durante su cautiverio en Argel y sobre todo en las páginas de sus libros, tan ricos en poética elevación moral.

El alma gallarda y el heroísmo sin tacha de Cervantes se mostraron en la batalla de Lepanto, **la más alta ocasión que vieron los siglos**, memorable, en verdad porque en ella la formidable armada de la Liga Pontificia, formada de españoles, venecianos y genoveses, salvó la cultura de Occidente, abatiendo para siempre la amenaza oriental de la media luna.

El alférez Santisteban testigo presencial afirma, "save y es verdad, que cuando se reconoció la armada del turco, en la dicha batalla naval, el dicho Miguel de Cervantes estaba malo y con calentura, y el dicho su capitán y este testigo y otros muchos amigos suyos le digeron "que pues estaba enfermo y con calentura, que se estuviese quedo, abajo en la cámara de la galera", y el di-

cho Miguel de Cervantes respondió "que que decían dél y que no hacía lo que debía, y que más quería morir peleando por Dios y por su Rey, que no meterse so cubierta". Confirma este testimonio otro testigo también presencial, el alférez Gabriel de Castañeda, quien conserva la arrogante y digna respuesta de Cervantes a los amigos que le rogaban no interviniese en la batalla: "señores, en todas las ocasiones que hasta hoy en día se han ofrecido de guerra a su Magestad y se me ha mandado, he servido muy bien, como buen soldado; y ansí agora no haré menos, aunque esté enfermo y con calentura; más vale pelear en servicio de Dios y de su Magestad, y morir por ellos, que no bajarme so cubierta". Su petición fué atendida. Por orden del capitán de la galera **Santo Pietro**, en un esquife y al mando de doce hombres ocupó uno de los lugares de mayor peligro, recibiendo tres heridas de arcabuz: una en la mano izquierda, dos en el pecho. Cumplió como bueno, blandiendo aquel día, con mano fuerte, en defensa de la Cristianidad, una espada sin tacha ni miedo en el templo. Varones insignes, don Juan de Austria y el Duque de Sesa, pidieron al Rey Felipe II le otorgara en premio de sus grandes servicios el mando de una compañía "que merecía de sobra por su valor probado, sus talentos y su noble conducta". Pasados los años, había de escribir en la segunda parte del Quijote: "Si me propusieran y facilitarían un imposible, quisiera antes haberme hallado en aquella acción prodigiosa, que sano ahora de mis heridas sin haberme hallado en ella, proclamando con legítima ufanía que las heridas que el soldado muestra en el rostro y el pecho, estrellas son que guían a los demás al cielo de la honra".

Más grande si cabe, aureolado con la corona del martirio, se muestra durante los cinco años que duró su cautiverio. No hubo penalidad ni pesadumbre que le fuera excusada; pero supo dar muestras de extraordinaria fortaleza de ánimo. No conoció el miedo ni el desánimo. Sin vacilaciones, sin pausas en la voluntad, se esforzó incansable por conquistar su libertad y la de sus compañeros de cautiverio, imaginando los planes más audaces y extraor-

dinarios para lograrlo, y siempre que fracasaron asumió, con indomable valor, toda la responsabilidad, afirmando ser el único culpable del intento de evasión.

Las prisiones de Cervantes no tuvieron en realidad el carácter infamante, que muchos, faltos de caridad y de suficiente información, suelen atribuirle. El Fisco español tenía establecido entre sus trámites la prisión preventiva de los empleados recaudadores negligentes en la rendición de sus cuentas. El, que vivía en el mundo ideal de las Gracias y las Musas, siempre las tenía confundidas y atrasadas. Pero al fin, aunque tarde, eran presentadas, se reconocía su inocencia y se le volvía a designar para los mismos cargos y a encomendársele las mismas comisiones.

Precisa también no olvidar que el Estado español que con tanta razón y justicia exigía de sus funcionarios no distrajesen las sumas recaudadas, olvidaba, en cambio, con dolorosa frecuencia, abonarles sus sueldos. Los alcances de Cervantes por maravedices y arrobas de harina solían ser inferiores a lo que por salarios se le adeudaba.

En cuanto a su encarcelamiento con motivo del proceso por la muerte de don Gaspar de Espeleta, basta la lectura somera del proceso, para que cualquier persona medianamente experimentada en achaques judiciales vea, con luz clarísima, que fué víctima de los amaños, de la maldad hipócrita, de la astuta y artera habilidad procesal del alcaide Villarroel, interesado en proteger al verdadero delincuente y desviar la acción de la justicia.

El destino más de una vez se comportó con injusta dureza con el poeta. Tuvo juventud rica en bríos, escasa en dineros, consagrada a empresas audaces. Fué soldado, alcahalero y recaudador de impuestos, conoció largo y terrible cautiverio y tuvo que sufrir persecuciones de la justicia de los hombres.

Sin embargo, no fué el escritor famélico que tantos imaginaron. La investigación pacientísima de los cervantistas ha demostrado que a pesar de sus amargas quejas contra los impresores, sus libros le produjeron importantes sumas de dinero y los ingre-

sos provenientes de sus piezas teatrales debieron ser relativamente cuantiosos hasta el día en que Lope de Vega alzóse con la monarquía cómica.

En vano, durante toda su vida, se esforzó por hallar un Mecenas que le libertase de las preocupaciones y esfuerzos afanosos inherentes a la conquista del pan cotidiano y le permitiera, en un ambiente seguro y sereno, consagrarse exclusivamente a su labor literaria, a desplegar las inmensas alas de su genio. Aunque él no lo creyere, acaso así fué mejor. La historia de la privanza de su gran rival Lope de Vega con el Duque de Sesa, es triste ejemplo de que las liberalidades de los grandes señores solían trocarse en férreas cadenas. Las satisfacciones y goces de la vida son caros pagados al precio de la pérdida del libre albedrío. En sus últimos años laboriosos, el gran poeta, solitario y triste, se nos muestra con la majestad sagrada y augusta de la encina tocada por el rayo.

Lector infatigable de toda clase de libros, su cultura se fué formando un tanto al azar; pero llegó a ser muy extensa y muy sólida. Nadie más lejos que él del tipo de ingenio lego que muchos imaginan. Estudió y meditó mucho y con provecho en los libros y en la vida. Aunque no fué un humanista erudito, como tantos que por entonces eran orgullo de España y asombro de Europa, el ambiente de la época enriqueció su espíritu con los modelos clásicos. Amó los grandes escritores latinos y aunque casi de seguro no sabía griego, reminiscencias de la Odisea, se encuentran en el Viaje del Parnaso y en el Persiles, siendo en este último grande la influencia, por lo menos en el propósito inicial, de las novelas bizantinas. Pero si no la letra, nadie llegó a poseer como él, el espíritu de la antigüedad, que tan admirablemente habría de iluminar con luz clara y serena muchas páginas del Quijote, del Persiles y las Novelas Ejemplares.

Uno de los episodios más tristes y lamentables de la historia de nuestra literatura es el de la rivalidad entre Cervantes y Lope de Vega, que había de influir en las severas censuras contra

el teatro de Lope contenidas en más de un página del Quijote e inspirar los extraños y enigmáticos versos colocados al principio de la Primera Parte, cuyos conceptos no tienen relación alguna con el resto de la obra, de la que están totalmente desligados. En ellos se esconden de seguro alusiones mordaces, hoy para nosotros incomprensibles. ¿Quién inició las hostilidades?, ¿a quién cupo la responsabilidad de ellas? Pasados tantos años, es imposible decidirlo a la luz de los documentos hoy conocidos. Acaso en el futuro, la incesante investigación de cervantistas y lopistas logre, gracias al feliz hallazgo de algún documento ignorado, dilucidar el enigma. Parece indudable existió entre ambos poetas ingénita antipatía. Cervantes se muestra más de una vez mortificado por los ruidosos triunfos teatrales de Lope de Vega, y éste, de los dos rivales el más afortunado en vida, no obstante colmarle de continuo sus contemporáneos de toda clase de aplausos y extraordinarios honores, se mostró siempre, por desdicha, puerilmente dolorido y celoso de toda alabanza que se ofrendara a otros literatos de su época, como si la gloria de éstos pudiera en algo disminuir su inmensa gloria. A Cervantes afectaba ignorarle, recatando su nombre en un estudiado silencio. Las raras veces que le elogió, lo hace con tal extraordinaria y cauta parsimonia, que leerle entonces entristece el ánimo. Ni la muerte puso paz entre los dos grandes ingenios. Ya en el sepulcro Cervantes, Lope rencoroso, en su novela **Las fortunas de Diana** y en su comedia **Amar sin saber a quien**, escribe alusiones despectivas que todo amante de las letras quisiera poder borrar.

Desde muy joven escribió Cervantes versos, y conforme a las costumbres de la época compuso poesías de circunstancias y varios sonetos y composiciones laudatorias para las obras de literatos amigos. Aunque en sus poesías no faltan hermosos y elevados conceptos y versos gallardos, si Cervantes no hubiese escrito más que sus composiciones líricas, habría pasado a la posteridad como un poeta de segundo orden, al que apenas habría salvado de un total olvido, ahogado por la asombrosa riqueza de la lírica de

su tiempo, la noble inspiración de la epístola a Vázquez y la valentía y primor de algún soneto.

El teatro ejerció sobre Cervantes fascinadora atracción y siempre aspiró a gozar del embriagador homenaje del aplauso. El mismo nos dice en la Adjunta al Parnaso: "Es cosa de grandísimo gusto y de no menor importancia ver salir mucha gente de la comedia, todos contentos y estar el poeta que la compuso, en la puerta del teatro recibiendo el parabién de todos".

La historia del teatro de Cervantes nadie podrá escribirla con mayor gallardía de lo que él lo hizo: "Se vieron en los teatros de Madrid representar los **Tratos de Argel**, que yo compuse; **La destrucción de Numancia** y **La batalla Naval**, donde me atreví a reducir las comedias a tres jornadas, de cinco que tenían; mostré o por mejor decir, fuí el primero que representase las imaginaciones y los pensamientos escondidos del alma, sacando figuras morales al teatro; con general y gustoso aplauso de los oyentes compuse en este tiempo hasta veinte comedias o treinta, que todas ellas se recitaron, sin que se les ofreciese ofrenda de pepinos ni de otra cosa arrojadiza; corrieron su carrera sin silbos, gritas y baraúndas; tuve otras cosas de que ocuparme, dejé la pluma y las comedias, entró luego el Monstruo de la Naturaleza, el gran Lope de Vega, y alzóse con la monarquía cómica".

Sus triunfos en las tablas fueron efímeras. No obstante el aliento renovador y el indiscutible mérito de alguna de sus obras teatrales, equivocado sería proclamarle auténtico poeta dramático, como lo fueron Lope, Tirso y Calderón. No escribió, ni la comedia ni el drama genial y perfecto que de tal ingenio eran de esperar. En el conjunto de sus obras, su teatro es sin duda, con sus poesías líricas, la parte menos importante, no obstante algunos valentísimos fragmentos de las comedias y la épica concepción de la Numancia. Los entremeses constituyen lo más valiosos de su acerbo teatral: Preciosas piecicillas, breves y satíricas, verdaderos tesoros de lenguaje, de observación exacta, de caracteres bien di-

bujados, de chispeante diálogo. Nadie ha escrito entremeses que con los más perfectos de Cervantes puedan hombrearse.

El primer libro que Cervantes publicó fué La Galatea. Desde los primeros años se sintió inclinado hacia la poesía pastoril y conservó esta afición toda su vida. Poco antes de morir prometió publicar la segunda parte y aún en el mismo Quijote, además de varios episodios pastoriles, cuando el Caballero de la Triste Figura vese compelido a abandonar la andante y heroica caballería, acaricia sueños arcádicos.

En la literatura pastoril hay, no cabe duda, delicadas escenas de poesía suave, aunque artificiosa, y elegantes descripciones de la naturaleza; pero de una naturaleza amanerada, de apacibles cañadas, voluptuosas grutas, en las que sólo flotan brisas lánguidas, embalsamadas y tibias y no los vientos tormentosos, fuertes y vivificadores de las altas sierras, de la selva, del mar de ondas innumerables.

No encontraréis allí la poesía de las vides y de los olivos, la de los campos labrantíos cubiertos de blondos triguales, la de los bancales y regatos, regadíos y secamos; pero sí versos bellísimos, ternuras y exquisiteces de galanes, lindísimos soliloquios, tristes y melancólicas canciones y algún encantador villancico que guarda el sano sabor de la próxima fuente, villana y campesina.

El encanto mágico de la poesía pastoril se ha esfumado para nosotros; pero esos cuadros, que hoy nos parecen tan descoloridos y monótonos, fueron estimados como brillantes y lozanos por espíritus refinadísimos. Los escritores más geniales cultivaron el género. Basta con recordar, además de Cervantes, a Lope, Shakespeare y Milton.

La Galatea, como obra literaria, se cuenta entre las mejores del género, junto a las Arcadias de Sannazaro, de Lope de Vega y de Sir Felipe Sidney y la Diana de Montemayor.

\* Persiles y Segismunda es obra póstuma, término y coronamiento de una vida gloriosa. Aunque al tiempo de su publicación vieron la luz varias ediciones, pronto un olvido injusto y den-

o cayó sobre ella. Hora es ya de reivindicar su gloria y proclamar su mérito, de colocarla en el alto sitio que le corresponde en las letras castellanas.

Cervantes para escribir el *Persiles* se inspira y documenta en modelos de la novela bizantina, Heliodoro y Aquiles Tracio; en narraciones de fabulosos viajes al Norte de Europa; en historias y leyendas septentrionales; en el **Jardín de Torquemada**; en las obras de Olae Magno y sobre todo en la *Odisea*. Es el *Persiles* un libro de extraño y penetrante encanto en el que reina una atmósfera poética, vaga, melancólica, brumosa. Los personajes van por mares ignotos y misteriosos, sembrados de islas de prodigio y maravilla, sin rumbo fijo, azotados por un destino cruel e implacable. Todos los críticos reconocen la perfección inimitable de su prosa, algunas de cuyas páginas se cuentan entre las más perfectas de Cervantes; pero admirando las maravillas del estilo, suelen apreciarle en poco como obra de creación. Les abruma el recuerdo del Quijote y de algunas de las *Novelas Ejemplares*. Y sin embargo, nadie ha sentido y expresado como Cervantes en el *Persiles*, la sugestiva, vaga y extraña poesía de la navegación sin rumbo cierto, del navegar por el navegar mismo y no por el descubrimiento de la búsqueda de abrigado puerto, el hechizo de las vastas extensiones de hielo, de los fríos mares del Septentrión donde de raro en raro las olas son rotas por las proas audaces. En esta obra, aún no debidamente gustada y estudiada, se crea un nuevo género literario, que sólo el hombre inquieto de nuestro tiempo principia a gustar. Al publicarse el libro carecía de actualidad. El español de entonces amaba el mar, estaba ebrio de descubrimientos, pero su navegación, si no con rumbo cierto, era siempre a propósito fijo: Descubrir, colonizar, ensanchar los límites del imperio, establecer la fé de Cristo en el Orbe entero. Muchos de los viajeros del *Persiles* en cambio, parecen arrastrados por el destino, viajar sólo por inquietud, por desazón espiritual.

Nadie pretende, y necio sería el intentarlo, comparar el *Persiles* con el Quijote. Los personajes del primero se mueven en un

mundo de ensueño, alejados del mundo real y cotidiano en que lo hacen los del segundo, aparte de no existir en aquel ningún carácter de la grandeza ciclópea de Don Quijote y Sancho, creaciones por las que los griegos habrían elevado a Cervantes al rango de los semidioses y erigido altares en su honor.

El *Persiles y Segismunda* es la novela de la vejez de Cervantes, rayo de sol en la hora magnífica de su ocaso. Se acaban las gracias y donaires, se esfuman las memorias de la prodigiosa juventud, van a interrumpirse para siempre las labores de la edad viril y de la fecunda vejez, ya no escribirá, con inefable goce, libros, sangre de su sangre, creación de su espíritu y como para hacer más duro el próximo, definitivo viaje, la vida le muestra cruel la trama de inúmeras novelas.

Las Novelas Ejemplares ocupan entre las obras de Cervantes el segundo lugar. Escritas entre la Primera y la Segunda parte del Quijote, las inspiró la misma Musa que a éste, y aún dos de ellas, en verdad de las más endebles, fueron incorporadas a él.

Las Novelas Ejemplares son un libro saturado de plácida serenidad, de elegancia espiritual, notable por la diafanidad del discurso, la sensibilidad perceptora, el análisis penetrante, la fantasía fertilísima, la sana y noble alegría, su poesía y verdad. Por todo él corre una brisa sana y fuerte que lo purifica todo. Entre estas novelas las hay que son obras perfectas en el género y se cuentan entre las más excelsas del arte mundial: *La Gitanilla*, poética evocación de la vida nómada, trashumante y vagamunda, en que de mano maestra está trazado el carácter de Preciosa, la encantadora protagonista, que en vano intentará calcar un día Víctor Hugo en la *Esmeralda de Nuestra Señora de París*; *La fuerza de la sangre* y *La Señora Cornelia*, tan ricas en encanto narrativo, interés y dramatismo; *El casamiento engañoso* y *El celoso extremeño*, hermosos cuadros de costumbres, llenos de fuerza y colorido; el prodigioso *Rinconete y Cortadillo*, obra perfectísima, con la admirable expresión del carácter de sus dos protagonistas, de espíritu tan fecundo e invencionero, de humor tan alegre y travieso, que

van por la vida consagrados al ejercicio de la bribia, hermanando el hambre y el ingenio; el sentencioso **Licenciado Vidriera**, rico en profundos apotegmas; y **El Coloquio de los Perros**, diálogo de elegancia y gracia lucianesca, en que Cipión y Berganza, en forma penetrante y desengañada, filosofan sobre los hombres y la vida.

Al tiempo de su publicación se consideró al Quijote sólo como una sátira de los libros de Caballería y Cervantes mismo, en el prólogo de la primera parte de su novela inmortal, proclama "es una inventiva contra los libros de caballerías" y que "no mira a más que a deshacer la autoridad y cabida que en el mundo y en el vulgo tienen" "a derribar la máquina mal fundada destos caballescros libros, aborrecidos de tantos y alabados de muchos más"; afirmando aspira a que con la lectura de su libro "el melancólico se mueva a risa, el risueño la acreciente, el simple no se enfade, el discreto se admire de la invención, el grave no la desprecie, ni el prudente deje de alabarla".

Es indiscutible, pues, fué la intención primigenia de Cervantes, desterrar la perniciosa lección de los fantásticos libros de caballería, entonces tan en boga y que, salvo algunos, entre los que se destaca el **Amadís**, carecían de todo arte y realidad; pero, terminados los primeros capítulos, la novela va transformándose hasta convertirse en el más perfecto de los libros de caballería, en el arquetipo inigualable de todos ellos, encerrando en sus páginas las esencias más puras, elevadas y sutiles del ideal caballescros, que en este libro maravilloso se aunan por singular y extraordinaria manera, con el más vigoroso realismo.

La concepción de Don Quijote, inicialmente mera parodia de los caballeros andantes, y que acaso no estaba destinado sino a llenar el estrecho cuadro de una novela corta, por el estilo de las contenidas en las Novelas Ejemplares, va creciendo poco a poco y bruscamente se levanta en alas del genio, mostrándose en toda su complejidad y grandeza. Se produce un agigantamiento de la concepción. Las criaturas, en el curso de la novela, se emanci-

pan y terminan por imponerse al creador mismo. Las características del tipo imaginado se van afinando y ampliando y el carácter de Don Quijote tan generoso en lo grande, tan sobrio en lo pequeño, aumenta en magnitud y dignidad. A su lado, no menos complejo y profundo, se destaca el de Sancho, de tan sabroso realismo, tan rico en rústica filosofía práctica.

No hay nada de esotérico en el Quijote, obra natural y espontánea, en que el genio, con barro de los campos y de los caminos de España, modeló sus creaciones, a las que infundió con sople creador el alma de su raza, con tal poder y acierto, que abrasando en la fragua espiritual todo lo que de local y perecedero había en ellas, van, poco a poco, a través de la obra, sin perder sus características individuales y propias, sin dejar de pisar la tierra de la que reciben su fuerza, trocándose en símbolos eternos de la humanidad toda.

En las obras de Cervantes, especialmente en el Quijote, reina un sentimiento profundamente democrático. Suele aún entre nosotros, por personas mal informadas, creerse, debido a la pertinaz propaganda de una leyenda negra, que la España de entonces se caracterizaba por una tiránica organización social y política, reinando entre los miembros que la constituían una desigualdad monstruosa. Nada más apartado de la realidad. Ciertamente que en lo alto aparecía, con poderes teóricamente absolutos, el Monarca, lugarteniente de Dios, símbolo de la patria misma; pero el pueblo, profundamente cristiano, firmemente convencido de la existencia de una perfecta justicia ideal, si la voluntad del Rey se trocaba tiránica, se arrogaba la facultad de resistir y no tardaba en restablecer el fiel de la balanza. Los fueros municipales, durante muchos años, fueron firme valladar contra las tiranías señoriales y las injusticias de abusivos mandatarios del poder público. Protegida por el recuerdo y la tradición, esta justicia popular y municipal, administrada, ya por magistrados democráticos, ya entre el tumultuoso rugir de las multitudes y la orgía desenfrenada de las venganzas populares, se mostrará en toda su gran-

deza y majestad, en alguna de las obras más bellas del teatro castellano: **El infanzón de Illescas** y **Fuenteovejuna** de Lope de Vega, y **El Alcalde de Zalamea** de Calderón.

Este espíritu democrático no es privativo del Quijote, está en el ambiente de la época, herencia medieval, que habrá de florecer en el Nuevo Mundo, en los cabildos americanos. En el teatro español del siglo de oro reina arrogante. Recordad el lenguaje viril y entero que en la famosa comedia de Lope emplea el Alcalde mayor de Sevilla con el Rey don Pedro:

Como a vasallos nos manda  
Mas como Alcaldes Mayores  
No pidas injustas causas,

y de seguro en todos vuestros labios afloran ya los inmortales versos del férreo Alcalde de Zalamea, admirable expresión de este espíritu:

Al rey, la hacienda y la vida  
Se ha de dar; pero el honor  
Es patrimonio del alma  
Y el alma sólo es de Dios.

Es opinión muy extendida la de que el Quijote fué escrito a vuelo de pluma, a lo que saliere, en forma atropellada, sin preparación ni lima, en la forzosa ociosidad de las cárceles, en horas de insomnio o robadas al descanso entre jornada y jornada. Se olvidó que corrieron diez años entre la aparición de la primera y de la segunda parte. Que abstracción hecha de tal o cual descuido, natural en obra tan extensa, toda ella, en especial su segunda mitad, revela lo vigoroso del plan, la constante corrección y pulimento, la sabia y cuidadosa lentitud con que fué escrita.

La ecuánime serenidad del alma de Cervantes, había de ser sometida a ruda prueba cuando la aparición del Quijote de Avellaneda.

llaneda, que vió la luz entre la Primera y la Segunda Parte del auténtico Quijote. El falso, no sólo pretendía privarle de los provechos materiales, fruto del éxito de la creación inmortal, sino le agredía en forma malévola. Cervantes en la Segunda Parte del Quijote, reaccionó con disculpable violencia contra un enemigo que escondido tras el velo de un pseudónimo osaba el irrealizable intento de querer morder sus laureles y arrebatarle su gloria.

El libro de Avellaneda estaba condenado al fracaso. Nada menos cervantino que su estilo. El autor, en el arroyo recogió las sordideces que afean la obra, en cuyo estudio no hemos de detenernos. No era con todo un escritor vulgar! Lástima encenagare su pluma en algunos episodios y la acanallara consagrándola a realizar el ruín propósito de escribir tal libro, condenado a detestable celebridad! La obra es una mala acción y al recordar contra que alto espíritu fué cometida, nadie, dotado de alma recta y noble, puede recorrer sus páginas sin que la ira inflame su rostro. Bien está en el olvido el nombre de este ingenio, confundido entre las sombras inanes que Eneas vió en el vacío y soterrado reino de Dite.

La Segunda Parte del Quijote da un solemne mentís a la tradicional creencia, por el mismo Cervantes recordada, de que "nunca segundas partes fueron buenas", pues supera en mucho a la Primera y es la representación más alta y genuina del genio de nuestra raza y la obra más original y poderosa de nuestra historia literaria y de la literatura europea.

Cervantes es el más grande de los prosistas castellanos.

Clásico por la tersa limpidez y pureza de la dicción, en que se admiran todas las galanuras, bizarrías y arrogancias del buen decir español, en su época de más depurada nobleza léxica. Siempre las palabras expresan el pensamiento con admirable nitidez y precisión. La multitud de refranes puestos en boca de Sancho, engarzados en los maravillosos diálogos, nacen en la fuente, de claro y límpido caudal, de la tradición y el lector encantado se recrea en los remansos con la contemplación de sus aguas dulcisi-

mas. En su estilo triunfa el genio de la lengua, y si alguna vez en verdad, los períodos ruedan demasiado, solemnes y sonoros, con cierto énfasis oratorio, pronto vuelven a ser llanos y expresivos. Con arte prodigioso auna la agudeza, el ingenio, del habla estudiantil; la gracia, ímpetu, frescura y bizarría de la lengua popular, fuerte y sentenciosa, con la elegancia señorial, refinamiento y distinción del lenguaje de cultos señores y los doctos letrados.

Hay algunos trozos de estilo trabajado, artificioso, en exceso cuidado, de ritmo oratorio, y por sorprendente ello parezca, suelen ser los que con más frecuencia se reproducen en las antologías, mientras se postergan aquellas otras páginas maravillosas, escritas con sencillez y elegancia insuperables, eternos modelos de buen estilo castellano.

Clásico sin afectación, renacentista sin violencia, nunca hubo arte más nacional y español y a la vez más universal y humano que el de Cervantes. No satisfecho con pintar la sociedad de su tiempo, creó valores humanos y eternos, seres de carne y hueso, con perfecciones y defectos, mezcla de luz y de sombra, siempre palpitantes y vivos. Pintor prodigioso, con su arte soberano nos hace conocer no sólo los hombres, sus usos y costumbres, ideas, principios morales, gustos, placeres y necesidades sino la tierra misma en que se mueven. Para el hombre culto solo hay una Mancha, la que él descubrió.

El Quijote es un espejo en que se muestra el dualismo permanente de tragedia y comedia de la vida humana. Aun el lector menos culto, intuye y siente que algo grande se oculta en los actos desmesurados y las manifestaciones peregrinas del héroe y que éste es la expresión idealizada de sus propios sentimientos y aspiraciones de justicia trascendental. Don Quijote y Sancho tienen grandeza épica, características místicas y representativas, junto a ellos vivirán eternamente los venteros oficiosos, pícaros y malignos; los fieros yangueses, las toscas maritornes, sin aprenión ni melindre; los arrieros dados al barullo, el vino, el alboroto y la grita; las gentiles doncellas, hermosas y discretas; los galanes

arrogantes, a quienes la mocedad encendió en las venas acre llama; los hidalgos discretos, sobrios y dignos; las gentes de armas, de pluma y de Iglesia; los nobles de alta cuna y esclarecido linaje, y los plebeyos, artesanos y labradores.

No hay página que no despierte en el espíritu del lector el eco de una profunda resonancia. La narración ya se desliza, ya corre; unas veces grave y solemne; otras, alegre, viva, pintoresca y espontánea; pero siempre interesante, encadenando la atención del lector con el caudal abundoso del ingenio; el realismo y la objetividad en la observación de la vida y de los hombres; la prodigiosa libertad y soltura del diálogo, tesoro de gracias y donaires.

Don Quijote es idealista, soñador, apasionado por la verdad y la justicia. Con acierto el ilustre poeta inglés Woodsworth pudo decir que la razón se esconde en el recóndito y majestuoso albergue de su locura. Sancho, positivista y realista, cuando se hace escudero es un campesino rudo, metalizado, sin idealidad; pero bueno, sencillamente crédulo, fiel. El sentimiento que le une a Don Quijote es de extraña y compleja profundidad. Nó está ciego, sabe la locura de su amo, intuye, es imposible el logro de su propósito y sin embargo le quiere, sufre sus impertinencias, soporta con serena entereza toda clase de desdichas y le sigue ciegamente, y es que Sancho es carne de la carne del pueblo, dispuesto siempre a sufrir puñadas y estacazos de yangueses, si se trata de defender una noble y justa causa, si la lucha es en pos de un alto ideal. Por eso, cuando don Quijote, rendido y vencido se retirará a bien morir, Sancho desconsolado, a sus pies llora, incitándole a proseguir la inacabable aventura. 'Quizá si el héroe desdichado hubiere sido un triunfador, el escudero le hubiere abandonado. Le sigue acaso, no por su esfuerzo indomable, por su valor heroico, porque vence a los gigantes, desafía los hechizos de los encantadores y hace retroceder a los leones, sino porque el amor, la gratitud y la piedad lo mueven, convencido, en lo íntimo de su pecho, está condenado al fracaso irremediable.

Don Quijote transforma en su prodigiosa imaginación a ruda

labradora en Dulcinea, arquetipo supremo del ideal, y en la hora de la derrota definitiva, cuando le faltaban espada y lanza y el dolor del rendimiento llena su alma indomable, cara a cara con la muerte, oprimido con la rodilla del triunfador caballero de la Blanca Luna, proclama arrogante, la verdad de su sueño, como hidalgo que sabe que en la hora de la derrota suprema el caballero debe saber morir con sencilla dignidad. Oidle: "Dulcinea del Toboso es la más hermosá mujer del mundo, y yo el más desdichado caballero de la tierra, y más bien que mi flaqueza defraude esta verdad: aprieta, caballero la lanza, y quítame con ella la vida pues me has quitado la honra". Pero la suerte y el destino son implacables con el héroe vencido. Le aguarda la humillación suprema. Roto el escudo, quebrada la espada, astillada la lanza, llega a la más triste, dolorosa, aleccionadora de las aventuras: Ha de hollarlo la inmundá piara. El soñador ha bebido el cáliz del dolor hasta las heces. Ya están vengados los hidalgos burlones, los letrados ensobrecidos, los venteros y los yangueses. Mientras Ginés de Pasamonte ríe, el caballero del Ideal ya puede morir.

Nada más triste que el fin del héroe. Recordad las palabras del moribundo: "Señores, vámonos poco a poco, pues ya en los nidos de antaño no hay pájaros hogaño; yo fuí loco, y ya soy cuerdo; fuí don Quijote de la Mancha y soy ahora, Alonso Quijano el Bueno". Si, nada más triste. El héroe reconoce que todo fué sueño. Ya no es más que Alonso Quijano el Bueno. Tristeza infinita del renunciante absoluto. El caballero de la Quimera dispuesto para la muerte se ha despojado de ensueños heroicos, de amores soñados, de altas esperanzas, del ansia de las conquistas imposibles, de aspiraciones al reino de la justicia siempre inalcanzable. Ya no tiene nada. Todo es polvo, humo, ceniza y vanidad. Alonso Quijano el Bueno, carne flaca y doliente, pueda ya, desencantado y sereno, recibir a la Muerte, amada siempre fiel. Pero el ideal no muere, y por los siglos de los siglos, los hombros que como Sancho sienten entre las realidades de la vida la inquietud de un ideal insatisfecho, verán por la llanura parda e

inmensa de una Mancha de ensueño, de melancólica soledad, interrumpida de tarde en tarde por una venta o un molino de viento, cruzada por caminos que van hacia todos los horizontes, cabalgando en Rocinante y seguido de su escudero inmortal, al caballero de la Triste Figura, expresión de la energía y fuerza espiritual, con la adarga al brazo y la lanza en ristre, dispuesto a deshacer toda terrena injusticia, a luchar por toda causa alta y noble.

Rica, en verdad, la lengua y la literatura castellana, que nace en burgos, ventas, castillos, monasterios y universidades; en sierras, páramos y labrantíos; entre el polvo de los caminos, el barullo de las ferias y fiestas populares, los tumultos de la plebe, las discusiones de los cabildos, los reencuentros de guerras sangrientas e inacabables, produce la maravilla de las férreas canciones de gesta y el vario, prodigioso Romancero, en que se alean el hierro y el oro, y, más tarde, conquista las más altas cimas de la poesía lírica con poetas tan delicados, suaves y dulces como Garcilaso de la Vega; tan altos, de inspiración, tan robusta, como Fernando de Herrera; tan exquisitos y refinados como don Luis de Góngora; tan puros como el divino fray Luis de León, **que por escondida senda y huyendo del mundanal ruido** supo alcanzar la cumbre desde la cual se escucha la música de las esferas. En castellano escribieron su teatro prodigioso y crearon caracteres inmortales Lope de Vega, Tirso de Molina, Ruiz de Alarcón y el profundo Calderón de la Barca; cultivó la epopeya artística Alonso de Ercilla, el de los versos monocordes y de hierro; narraron los altos e inmortales hechos de su pueblo y enseñaron la verdad y el recto camino de la justicia a hombres y Estados, grandes historiadores, doctos moralistas y sagaces políticos como Hurtado de Mendoza, Juan de Mariana, el Inca Garcilaso, Sigüenza, Guevara, y Saavedra Fajardo; trazó sus cuadros asombrosos el genio inmenso, multiforme, terrible y poderoso de don Francisco de Quevedo, todo luz y sombras como las entrañas de un volcán; observaron la vida y penetraron a lo más recóndito de las almas los creadores

de **La Celestina**, el **Lazarillo de Tormes**, el **Guzmán de Alfarache** y la **Dorotea**; edificó Santa Teresa de Jesús las asombrósas **Moradas** de su castillo interior; escribieron sus obras admirables, más divinas que humanas, Fray Luis de Granada, Malón de Chaide, Fray Juan de los Angeles y el Beato Juan de Avila, llama de amor vivo, y cantó San Juan de la Cruz, con labios abrasados, los arcanos de la belleza increada. Entre esta prodigiosa cordillera de genios se levanta en la literatura española y en la literatura del mundo, Miguel de Cervantes, como el Chimborazo entre las cumbres andinas. La luz ardiente del sol hace vibrar el nevado con fulgor de metal recién bruñido y destaca, sobre fondo azul, la cumbre que los Andes irguieron hacia el cielo y las lluvias y los vientos pulieron en millares de años hasta despojarla de las aristas cortantes y amenazadoras. La bruma sombrea las vertientes del monte, oculta la dura y dorada roca de los ribazos y esconde los oscuros y profundos barrancos. El mar cambiante de las nubes cubre el horizonte y mezcla sus copos blancos, vidrios frágiles y delicadísimos, con el azul verdoso del cielo, mar de aguas durmientes. La paz reina sobre las cosas, se confunde y penetra con ellas. El Universo parece descansar, en calma y sosiego feliz. La mole inmensa y solitaria, en la entraña, soterrada, la pasión encendida, el ímpetu abrasador del volcán, hiergue, bañada por el sol de la gloria, la cumbre enhiesta, de nieves eternas, más allá del rayo y el trueno, en la región augusta de la serenidad.

## LOS COMPAÑEROS DE DON QUIJOTE

Por **ALEJANDRO CARRION**

### 1. — EL MUNDO CONTIGUO

Creo lícito afirmar que, a través de los largos siglos que la humanidad ha vivido, la existencia de un mundo contiguo al duro y lastimante de la realidad cotidiana ha ayudado al hombre a dar cima a su "permanencia en la tierra", cumpliendo con desfallecimientos transitorios, pero cumpliendo al fin, el número exacto de días y de noches que le fuera asignado al nacer, sin acortarlo de propia voluntad desesperada. Este mundo contiguo, que está, como si dijéramos, al alcance de la mano, siempre listo a entregarnos sus tesoros, es el de la fantasía, el del soñar despierto, el del suelto imaginar, y a él tienen acceso todos los hombres, sin que en sus fronteras se ejerza discriminación alguna. A ese mundo debe el hombre la mayor parte de sus alegrías y es en su ámbito donde ha conseguido sus únicos momentos completos. Gracias a él ha podido "elevarse" —usando el término en el sentido que le da

nuestro pueblo en su lenguaje lleno de poesía—, abandonar la realidad y vivir, y de él ha traído tanto la obra de arte como las maravillosas invenciones con que ha hecho menos dura su real existencia, ya que el poeta y el inventor trabajan, parejamente, con materiales que de él provienen. En ese mundo transcurrió la vida de don Quijote, suelto de la ruda coraza de la razón corriente, y en ese mundo los hombres de la Edad Media, como los de todos los tiempos, buscaron su consuelo y de él trajeron mucho de su esperanza. Contra la dura injusticia que los rodeaba, en él imaginaron encontrar su defensa, creando una especie de hombres que vivían para la justicia y el amor, cumpliendo por este doble ideal arduas tareas y dando cima a espantables aventuras superiores a cuanto las débiles fuerzas humanas podían realizar en la luz meridiana. Esos hombres fueron los caballeros andantes, los compañeros de don Quijote, los que pertenecieron a su linaje, ese linaje del cual él se sintió tan orgulloso. Porque don Quijote fué el último y más completo de los caballeros andantes y siempre permaneció fiel a sus leyes e ideales y se movió dentro de su tradición, y solamente se tentó a abandonarlos a la hora de morir, cuando su razón se trasladó desde el mundo contiguo a este duro mundo donde habitamos tú y yo, lector, y el cura y el ama y la sobrina.

Supongo que ya es superfluo el defender a don Miguel de Cervantes, encarnación del genio de España, de la calumniosa imputación según la cual trajo al existir de la letra, tan real como el existir de la carne, al magnífico Caballero de la Triste Figura con la sola menguada aspiración de destruir el irreal mundo de la caballería. Lo supongo, porque está claro que el aceptar tal cosa equivale a cerrar los ojos ante la inmensa bondad humana que es la esencia de la obra de Cervantes: jamás él, que tan necesitado estaba de defensa y de paz y de consuelo, cegaría una fuente de defensa, de paz y de consuelo para todos los hombres. Ya el mismo don Marcelino, que lo leyó todo y lo entendió casi todo, desmintió hace muchos años, cuando aún tenía negra la barba,

esta burda calumnia contra la máxima obra cervantina. Ya dijo él que Don Quijote no fué: "obra de antítesis ni de falsa y prosaica negación, sino de purificación y complemento, que no vino a matar un ideal, sino a transfigurarle y enaltecerlo" incorporando en ella con más alto sentido "cuanto había de poético y noble y humano en la caballería", de tal manera que el Quijote "es el último libro de caballerías, el definitivo y perfecto". Y no fué don Miguel quién dió muerte a la novela de caballerías: fué el surgimiento de una época nueva, en la que las reales maravillas superaron a las más asombrosas creaciones de la imaginación. Por lo tanto, lector amigo, cuando algún dómine mentecato en tu presencia enseñe que Cervantes dió existencia al Quijote con el estrecho ánimo de dar por siempre fin a los libros de caballerías, no le des ningún crédito: el pobre hombre está repitiendo una aleve calumnia, lanzada contra don Miguel por aquellos hoscos y áridos hombres que abominan del dulce y libre ensoñar y odian la existencia milagrosa e invencible de ese mundo contíguo en que se refugia el hombre de la tristeza y de la soledad, mundo que durante la Edad Media estuvo casi exclusivamente poblado de caballeros andantes, protectores del desvalido y vencedores de los falsos monstruos que nacen cuando la razón duerme y se esfuman cuando la luz de la inteligencia disipa el reino de las sombras.

La vida, durante la Edad Media, era, si ello es posible, más dura que la dura vida de este siglo. Y lo era por una tremenda razón: porque era una vida cerrada. El hombre no poseía los maravillosos recursos de que hoy dispone para combatir la soledad y la tristeza y fugarse de la agobiante realidad cotidiana. Estaba encadenado al escenario de su nacimiento y no podía cambiarlo sino con aterradora lentitud, porque los caminos estaban solamente en la tierra y para recorrerlos no se contaba sino con el propio pie o el caballo. Las sombras de la noche eran más densas y persistentes, sin la luz eléctrica para dominarlas, sin el cinematógrafo para poblarlas de una falsa vida que nos distraiga de la nuestra verdadera. Porque la lentitud mortal de los días de

nieve o de lluvia solamente podía aligerarse con la pesada conversación de un anciano que relataba lejanas batallas, o con la de un juglar que traía noticias del ancho mundo, pero noticias ya viejas y adulteradas, que casi no servían. Ni el diario ni ese milagroso aparato, el radioreceptor, para estar en estrecho contacto con los hombres, de los antípodas y para recibir la música suelta, que penetra y atraviesa el mundo sin fronteras. El tiempo y el espacio eran aún jóvenes, estaban enteros, invictos, y la vida era cerrada y la soledad y la distancia más crueles y tenaces. La vida durante la Edad Media era más dura porque el hombre estaba encadenado al suelo y al tiempo mucho más que hoy.

Y también porque era una vida más insegura y más injusta. No había quien vele por la tranquilidad de los hombres y de las poblaciones, huérfanos hasta de la imperfecta protección del gen-darme. La ley era, más que hoy, susceptible de alterarse por la voluntad de los poderosos. La inseguridad de los caminos y de los hogares mantenía a los hombres temerosos e insomnes. Quien llegaba al mundo sin la defensa de la sangre o la riqueza, estaba, indudablemente, mucho más desamparado que hoy. El alma se encontraba, en mayor grado que ahora, encadenada a oscuras creencias, y supersticiones espantables, y la razón no alcanzaba a dar a las gentes la tranquilidad que viene de su firme luz clarificadora. El pecado y el demonio tiranizaban al hombre tanto como la distancia o la fuerza. Y la letra, que es la luz de las almas, era privilegio, y el libro objeto de lujo con sus hojas de pergamino sabiamente miniadas, y fuente de peligro, porque en sus pesadas páginas se podía esconder la herejía, celosamente vigilada por los centinelas de la fe, señora de la razón y ama de la inteligencia. Y fue así, casi en calidad de única defensa contra tan dura vida, como la Edad Media se dió a ensoñar, y primero por voz de sus juglares —sus poetas andantes— y luego por letra de sus novelistas, pobló su mundo contiguo con la vasta y numerosa gente de la caballería andante, en cuyos héroes, vengadores de agravios, cifró toda su insaciada sed de justicia.

Y esta sed fue saciada por los ingenuos hombres de la oscura Edad Media —alguién hubo de llamarla, bella y certeramente, “noche oscura del alma”— en las largas noches de soledad en que el juglar relataba las proezas de los Caballeros de la Tabla Redonda o de los Doce Pares de Francia, y cuando caían derrotados “los hijos de la sierva”, y eran desencantados los hermanos del Caballero del Cisne, y Amadís daba muerte al Endriago y deshacía con su verde espada a Famangomandán, el jayán del Lago Ferviente, y a Mandanfabul, el jayán de la Torre Bermeja, y Percival mataba al Caballero Rojo, y bajo los cascos del corcel de Sir Galaad caían las sierpes, los gigantes y las más brutas y espantables animalias, y se deshacían los siniestros encantos de Merlín y Arcalaus que presentaban al caballero falsos mundos de indecisa luz y engañosa y fementida venturanza, y eran desenmascarados el falso Galván y el falso Lanzarote, y volvían los verdaderos caballeros de la “sangre ligera” y el pecho immaculado, presentando ante sus ojos tristes el nunca conseguido espectáculo de la justicia restablecida, del humillado vuelto a su entera calidad humana y del tirano sumergido bajo tierra. En los monstruos, endriagos y gigantes reconocía a sus opresores por la fuerza, los señores feudales, los salteadores y los mercenarios; y en los magos, encantadores y alquimistas contemplaba a sus opresores espirituales, los que llenaban su alma de oscuros terrores y lo amenazaban con el sambenito, la tortura y la hoguera al menor conato de independencia y libre examen. Y era así cómo, en el mundo contiguo, creado por la voz del juglar o por la letra del novelista, se restablecía el equilibrio, renacía la justicia y de Amadís y Lancelot los hombres recibían la fuerza necesaria para continuar en la vida.

Las primeras historias de caballerías, relatadas en verso, que comprenden los ciclos carolingio y bretón, nacieron y se extendieron por Europa desde las anónimas gargantas de los juglares, los poetas vagabundos, correos y periodistas de la Edad Media, cuyo salario era tan sólo “un vaso de bon vino”. El único autor responsable de ellas es el hombre medieval común, que no tenía ni

espada ni caballo para su defensa y cuyo único campeón en la tierra era la libre facultad de ensoñar, de trasladarse al mundo contiguo y en él vencer por brazo de Amadís y amar por corazón de Tristán. La lengua en que estaban construídas era todavía dura, áspera, inexperta y sus duras aristas no se limaban aún en el arte maravilloso de los escritores. Con este bárbaro ropaje Tristán y Parsifal, Lancelot y Lohengrin visitaron a los hombres y se quedaron en sus corazones, a los que dieron fuerza y esperanza. Tan sólo después de cuatro siglos, cuando ya la Edad Media desembocaba en los Nuevos Tiempos y su oscuridad recibía, negra tierra propicia, la semilla de la luz del Renacimiento, el galopar poderoso de la Caballería Andante se trasladó del impreciso reino de la palabra del juglar a la segura e invariable vida de la novela escrita, donde humildes y grandes artistas fijaron para siempre la gesta de Amadís y la de Cifar y la de Tirant lo Blanch. Y como esos artistas eran fieles de la religión de la maravilla, escondieron sus nombres tras leyendas ingenuas en las que se contaba que el libro fué encontrado, largos años atrás, en la tumba de un mártir, en Constantinopla, o en la de un sabio alquimista en las nunca halladas provincias del Imperio de Tigrida, feudo de uno de los hijos de Cifar. Y así, mientras el héroe brillaba por el ancho mundo, el nombre de su padre el novelista era para siempre olvidado, y los historiadores del porvenir quedaban condenados a llenar gruesos volúmenes discutiendo quién pudo ser el autor de Amadís.

Reuniendo sus características esenciales y siguiendo su desenvolverse en el tiempo, podremos perfilar tres tipos de caballero y tres caballerías: la carolingia, aún dura e imperfecta; la bretona, donde el ideal desborda los vasos humanos y se vuelve mortal e impreciso y la española, escrita ya, en la que el héroe, creado a su sabor por el artista, sin sujeción a tradición o leyenda, auna los ideales de los ciclos precedentes, los perfecciona y pule en grado sumo, hasta darnos la esplendorosa figura de Amadís el de la verde espada, que salió del mar para amar y vencer y no morir y que, después de haber sido "el norte, el lucero, el sol de los va-

lientes y enamorados caballeros”, entregó la palma al perfecto caballero, nuestro señor don Quijote de la Mancha, el de la triste figura, en cuya historia está, para siempre completa, la verdadera imagen de la torturada alma del hombre.

## 2. — LA CABALLERIA, EL CABALLERO Y SUS POTENCIAS

El beato Ramón Lull, teólogo, navegante, mártir, poeta, novelista, conquistador, políglota, apóstol y caballero andante, quién asistió personalmente a la fundación del “Orden de Cavayleria”, hecha por mandato e inspiración de Dios, nos da el siguiente testimonio de tan magnífico acontecimiento en uno de sus olvidados libros inmortales:

“Habían desfallecido en el mundo la caridad, la lealtad, la justicia y la verdad, comenzando a imperar la enemistad, la deslealtad, la injuria y la falsedad, y de aquí nació gran trastorno en el mundo cristiano. Y como el menosprecio de la justicia había sido causado por falta de caridad, fue menester que la justicia tornase a ser honrrada por temor; y para todo esto el pueblo fue repartido en millares, y en cada mil fue elegido un hombre, el más amable, el más sabio, el más leal, el más fuerte, el dotado de más noble valor, de más experiencia y más perfecta crianza que los restantes. Y se buscó entre todas las bestias cuál era la más hermosa y la más ligera y corredora y la más sufridora de trabajos y la más digna de servir al hombre. Y como el caballo es la bestia más noble, por eso fue elegido y entregado al hombre que había sido preferido entre mil y por eso a este hombre se llamó caballero”.

Lector amigo: para entrar en el mundo de la caballería, como para hacerlo en el reino de los cielos, hay que saber creer. Te pido fe para cuanto te cuente, porque de otra manera no podrás encontrar en tu inteligencia la disposición especial que hizo posible el mundo de suelta fantasía al que nos vamos entregando. Por lo tanto, te pido creer al milagroso monje medieval y aceptar como verdad irrefutable que la caballería se fundó como él lo afirma. He aquí, pues, que el caballero es un hombre más amable, más sabio, leal, fuerte, valeroso, experimentado y cortés que mil de sus cofrades, y que entre ellos ha sido escogido para hacer que la justicia, que había sido menospreciada a causa de la falta de caridad, es decir, de amor al prójimo, fuese honrada nuevamente por obra del temor. Este es el caballero y ésta su tarea. Desfallecerá a veces, que es hombre y como tal adolece de interna debilidad, pero de sus caídas se levantará y continuará cumpliendo su tarea, dando cima a su aventura, ardiendo en su puro ideal. Y sobre la tierra le será dado un premio: la flor de las damas, la que su amor escogió entre las mil que la rodeaban, como él fué escogido de entre los mil que lo envolvían. Lo acompañará en su empresa la bestia más noble y sufridora: el caballo. De entonces proviene el estrecho vínculo de amistad que une al hombre con el caballo; vínculo que devino de un tratado celebrado de especie a especie, no de individuo a individuo. He aquí un resumen del convenio por el cual la especie humana se unió a la equina para las más nobles empresas: El caballo llevará al hombre sobre sus fuertes lomos, obedecerá su voluntad ciegamente y será todo lo valeroso y esforzado que se le pida. En cambio, el hombre no comerá al caballo ni lo considerará su siervo ni lo maltratará o convertirá en bestia de carga; lo tendrá en elevada consideración de indispensable y predilecto camarada, subvendrá a su alimentación abundantemente, lo enjaezará, lavará, curará y amaestrará y le permitirá morir a su lado cuando luche por el más caro de sus ideales y el más puro de sus amores. Pacto claramente distinto del celebrado con el perro, que no es pacto general de

la especie humana con la canina, sino pacto individual de cada hombre con su propio perro, que será para él fiel amigo y siervo, pero que para los demás hombres será rencoroso y feroz enemigo... Pero este es otro asunto.

El caballo es, pues, esencial para el caballero. No importa que alguna vez Tristán haya utilizado una carreta, vehículo vil, halado por un buey, animal que no es aliado sino prisionero del hombre. No importa también que Lohengrin haya preferido siempre un batel halado por un suave cisne, que era su hermano, víctima de irredimible encantamiento.... Son simples excepciones: el caballero, pese a la omisión transitoria de Tristán y a la reincidente de Lohengrin, no estará verdaderamente completo sin su caballo. Por eso, cuando un mago malvado quiere herir a Cifar en lo más delicado de su alma, hace que todos sus caballos mueran a los diez días de haberlos servido. Y el mago logra su nefando objeto: una hosca tristeza se prende al corazón del caballero. En la historia de Reinaldos de Montalbán, el caballero-bandido del ciclo carolingio, se sabe de algo verdaderamente enternecedor y terrible: el caballero, sitiado en su castillo por el Emperador, a punto de morir de hambre, resuelve en un gesto de sacrificio definitivo matar a su caballo para alimentar a sus últimos parciales. Cuando llega el fatal momento, la maravillosa bestia se arrodilla ante Reinaldos y, dócil y dulce, extiende voluntariamente el cuello para recibir de las manos amadas el golpe mortal, que jamás podrá descargar el terrible caballero, cuyos ojos por vez primera rebosan de lágrimas...

El caballero, además del caballo, deberá, para ser completo, tener espada, dama y escudo. No se concibe un caballero sin espada: la noble arma es la definitiva forma de su brazo, el filo de su mano, la lógica terminación de sus ojos. La espada y el caballero se corresponderán como se corresponden la letra y la palabra. En ocasiones, una misteriosa espada estará incorporada al cuerpo mismo del caballero: aquella ardiente espada impresa sobre el cuerpo de Amadís de Grecia, cuya empuñadura reposaba en su

rodilla y cuya punta descansaba precisamente sobre su corazón, y que en las noches dedicadas a la aventura se encendía de angélico fuego y brillaba a través de la fuerte armadura. El caballero pondrá nombre al caballo y también se lo pondrá a la espada, y la llamará "Durenda" por su diamantina dureza, o le dirá "Joyosa" porque con su acero nunca empañado dará al caballero la suprema alegría de vencer. A veces, predominantemente entre los imperfectos caballeros carolingios, tan lejanos del sutil refinamiento de un Lanzarote o un Amadís, un arma advenediza sustituirá apresuradamente a la espada, inexplicablemente olvidada en el otro extremo del salón o puesta fuera del radio de la mano por algún felón encantador. Y así, Reinaldos y Bertholais lucharán a puñetazos, y la pelea finalizará con la poco limpia muerte que el primero dará al segundo golpeándolo con un tablero de ajedrez. Así, Maynete entrará a la batalla de Monfrin armado de una estaca, y se batirá con Hainfroid, el hijo de la sierva, armado con un asador. Pero tan sólo para estos caballeros iniciales, todavía bárbaros, la espada faltará de la mano en el instante preciso. Después, el caballero no se alejará de ella nunca, de la misma manera que no podrá alejarse de su mano, ni de sus ojos, ni de su alma.

El escudero es el agente de negocios, el representante y el sirviente del caballero, el puente que lo liga a los asuntos del mundo relacionados con la moneda, el alimento, la vestidura, todos aquellos desagradables menesteres secundarios, desgraciadamente indispensables, para los cuales, por su pequeñez inexcusable, no se podrán desperdiciar y perder los minutos del caballero, pertenecientes no al tiempo limitado y raquíptico del negocio, sino al glorioso, lleno de luz, tiempo de la aventura. El escudero es, además, el mejor amigo humano, tan adicto como el caballo y como la espada, y hace de guardaespaldas, de explorador, de enfermero, de despertador que lleva al loco soñador al mundo real, cuando desde éste se le tiende una celada mortal, y, por sobre lo demás, es el interlocutor atento, lleno de objeciones humildes y de esa sólida sabiduría popular que se concreta en refranes y se nie-

ga a aceptar embelecos y novelerías. Y es, además, el autor intelectual de las astucias y las añagazas que nunca podrían ocurrírsele al caballero. El será quién aconseje a Maynete la estratagemma de herrar los caballos al revés, cuando huye de Marsilio y él quién le alcance el asador para la disputa con Hainfroid. Y, por último, será a través del escudero que el realismo se colará en la novela de caballerías y, bruscamente, la traerá de su aéreo territorio al sólido, firme campo de la vida. Ribaldo, el abuelo de Sancho, el escudero de Cifar, primera persona de grueso y sólido material que vive en el mundo de la caballería, tendrá siempre a su amo por un mozo loco, "desventurado y de poco recabdo", a quién hay que amar y dar gusto como a un niño mimado, pero a quién hay que proteger celosa, maternalmente, porque sus ojos no puedan apreciar las verdaderas proporciones.

A partir del ciclo bretón, es la dama la fuente de la fuerza y de la debilidad del caballero. Anteriormente, en el ciclo carolingio, la dama ocupa secundario lugar y de ella se sirve el caballero sin escrúpulo alguno, y la abandona luego, como Maynete a Galiana, Pierres a Magalona, Lohengrin a Elsa. Pero luego, el caballero depende de la dama, y de ella recibe la fuerza y por ella se pierde y enflaquece. El amor que inflama a Tristán por Iseo es más fuerte que el honor, que la sangre, que la muerte, y llena todos los instantes de su vida como una amplia llama. El caballero está atado a la dama por estrecha cuerda de amor que ella maneja; y la sed de la dama lo atormenta insaciable, así beba de ella con ansia frecuente e incontentida. Así amaré Amadís, espejo de los fieles amadores, a su señora Oriana, y un día, ya cercanos los tiempos enlutados de la penitencia de la Peña Pobre, hecha para recobrar la merced de la esquivada adorada, le confiará su verdad a Gandalín, el escudero, el confidente fiel: "Sábetes que no tengo seso, ni corazón, ni esfuerzo, que todo me es perdido cuando perdí la merced de mi señora: que de ella e no de mí venía todo... e sábetes que tanto valgo para me combatir cuanto un caballero muerto..."

Y es así, con la fuerza que desde los ojos de su dama a su alma llega, con la constante ayuda del escudero fiel, del buen caballo sufridor y esforzado y de la buena espada cuyo brillo ni el aliento empaña, que el caballero cumple, según la voluntad de Dios, su tarea de justicia en el mundo contiguo.

### 3. — LA CABALLERIA CAROLINGIA, SEMILLA DE LAS CABALLERIAS

El caballero carolingio, su gesta toda, adolece de grave imperfección si se lo considera como simple creación de la fantasía, pues tiene en su carne y en su aventura un alto porcentaje de realidad histórica. Como los del ciclo bretón, estos caballeros surgen de una materia poética difusa y vacilante, y sus hazañas y genealogías son confusas y contradictorias, pues sólo vivieron en las canciones volubles de los juglares, en los romanceros españoles, en los lais de Francia, en los mabinogion gaélicos. Y, en ambos casos, carolingio y bretón, caballeros y caballerías nacieron del entusiasmo que en la mente popular dejaron grandes héroes de carne y hueso, hacedores de historia, como Carlomagno, defensor de Francia frente a la temida invasión de los árabes, o como el Rey Arturo, defensor de Breñaña contra la invasión sajona. Estos grandes héroes históricos, envueltos en el tiempo, tienen en los poemas caballerescos la formidable estatura imprecisa que presta a los árboles la niebla. El caballero carolingio puede ser ubicado en un época determinada del tiempo, en un país preciso de la geografía europea, y su árbol genealógico no es extraño a los que respalda la vieja hojarasca de los archivos. El motivo de su lucha no es propiamente caballeresco, es decir, no está consagrado exclusivamente a combatir la injusticia y la mentira, a restablecer la verdad y hacer que sea honrrada la justicia "por temor". Maynete (que es Carlomagno), y sus Doce Pares, entre los que brillan el Arzobispo Turpín, Rolando, Reinaldo de

Montalbán, Guarinos y Gaiferos y los cuatro Aimones, luchan para impedir que el Imperio caiga en poder de los árabes, móvil eminentemente político, de alta política internacional, en el que se juega el destino de Europa y, por lo tanto, del mundo; o chocan entre sí, rebelándose contra el Emperador, de típicos episodios de revuelta feudal, móvil igualmente político, en política nacional, incidentales momentos de la larga lucha de las naciones para surgir de enmedio de la atomización feudal. El caballero carolingio está preso todavía del mundo de las evidencias, y atado al ser de su tiempo. La dama aún no existe en su historia: es solamente la mujer, está todavía en la condición de agradable accidente o de útil compañera; y es sacrificada sin vacilar cuando así el destino glorioso del caballero lo exige. Maynete no vacilará en abandonar a la divina Galiana, que le dió el amor y el poder en tierras moras de Toledo, para seguir su aventura mediterránea. El amor nace recién al final de la caballería carolingia, con la apasionada historia de Flores y Blancaflor, y es semilla que crece y fructifica en forma no pensada y terrible en los poemas de la "materia de Bretaña", cuyos caballeros, Tristán y Galván y Lancelot, jamás abandonarían a su amada para rescatar una joya, como lo hizo Pierres con Magalona; ni dejarían para siempre a la rubia e indiscreta Elsa, por haber cometido un explicable y mínimo pecado de curiosidad, al insistir en su justo deseo de conocer el nombre de su misterioso marido el Caballero del Cisne. Para los Caballeros de la Tabla Redonda, como para Flores, es la amada la única fuente de la vida, y al privarse de ella la muerte y la inacción y la locura los invaden y destruyen.

Pero así como el amor asoma, tímido aún, pero ya lleno de excelsa fuerza en la historia de Flores y Blancaflor, también otros extremos típicos de la caballería surgen enmedio de la bárbara y brutal gesta carolingia. Por ejemplo, la pasión por la justicia. Tal es el caso de ese admirable Oberi de Mondisdier, que se dejó matar por defender a la Emperatriz Sevilla, de quien no estaba enamorado y a quien no había visto nunca, solamente porque le era

intolerable el espectáculo de la injusticia de que le había hecho víctima el inmundo Macaire. Tal es también el caso de Gudufre de Buillón, héroe caballeresco desprendido del terrible Duque de las Cruzadas, quien lucha ya por la simple honra de la justicia escarnecida sin aceptar, tras el triunfo, premio alguno, ya sea de oro, de tierras o de amor. Tras su batalla con el mal caballero Guión de Montefalcone, que había arrebatado las tierras de una tan hermosa como desvalida doncella, Gudufre tuvo oportunidad de dictar para siempre la ley de la caballería, y su comportamiento entonces fué la norma insuperada de la conducta del perfecto caballero para con la dama, después de la victoria. He aquí como relata "La Gran Conquista de Ultramar" este momento cumbre de la historia de la caballería:

"Cuando la doncella vió que Gudufre había la tierra cobrado, cayó a sus pies e pidióle merced que de ella e de cuanto había feciese a voluntad; e él respondió que gelo gradescía mucho, mas que aquella lid no tomara él por amor de mujer ni por cobdicia de haber nin de tierra, salvo tan solamente por Dios e por el derecho que él creía firmemente que ella tenía. Mas que pues ella había cobrado su tierra no demandaba él más, e con ello era él pagado".

Los magos del ciclo carolingio son aún simples aprendices. Si bien ya producen los encantamientos, es decir, los mundos de la falsa apariencia, donde acontecen los apresamientos en la falsa forma, si se comparan sus hazañas con las de los magos de Bretaña, se comprende que aún son simples aprendices. Efectivamente, las hazañas de Molgesí de Egremont, pongamos por caso, no van más allá de enfermar el caballo de Carlomagno para que no derrote al de Reinaldos, o de sumir en profundo sueño al mismo Emperador, a fin de que el de Montalbán pueda sucuestrarlo y pedirle rescate. Las brujerías de la suegra de la Infanta Isom-

berta, al aprisionar en la falsa forma a los siete hermanos de Lohengrin; la magia de los tres anillos que destruyó el corazón de la linda Magalona: todas estas hazañas se parecen irresistiblemente a las pequeñas brujerías infantiles de "Las Mil y Una Noches", salvo las de Molgesí, que son picardías hasta hoy repetidas y castigadas por las autoridades de policía. La terrible magia de Merlín y de Arcalaus, que crea la falsa apariencia dentro del alma, que sustituye los corazones de los caballeros, que arroja sobre sus ojos niebla de delicia y sobre sus miembros hambre de inacción, esa magia de maldad infinita recién ha comenzado en el ciclo carolingio con juegos infantiles. En cambio, ya aquí estarán las "encantadoras" del lado de los caballeros, y así como Urganda la Desconocida protegió a Amadís, y el Hada Melusina a Lancelot, protegerá Galiana, la de los negros ojos, a Maynete, el ambicioso y hurano caballero de corazón de hierro y manos ávidas.

La intervención divina, como la de los magos, estará siempre presente y se ejercerá a favor de los caballeros. El sol se detendrá el doble de tiempo que cuando lo hizo para permitir a Josué forzar la entrada de la Tierra Prometida, y lo hará para que los Doce Pares puedan vengar la muerte de Rolando. Un ángel vendrá a avisar a Lohengrin la oscura verdad de su nacimiento. Todos los ángeles descenderán a la tierra y sobre sus alas cándidas conducirán al reino de los cielos el ensangrentado cadáver de Roldán, muerto por la fe en la traidora rota de Roncesvalles. Transcurrido el ciclo carolingio, la intervención divina ya no se ejercerá en la lucha de los caballeros: solamente Cifar, ese extraño fraile—marido—mercenario la recibirá. Los grandes Caballeros de la Tabla Redonda, y Amadís y Tirante y Palmerín se batirán tan sólo bajo el amparo de los ojos de su dama.

Pero la flor perfecta que nos deje la caballería carolingia, sobre la realidad de amor balbuciente de Flores y Blancaflor, sobre el gentil desprendimiento de Gudufre, sobre la ardiente sed de justicia de Lohengrin, sobre el heroico sacrificio de Oberi de Mondisdier, será la limpia flor de la amistad. Nunca más podrá

la especie humana avanzar paso alguno en el camino de la amistad: la de los caballeros carolingios Oliveros y Artús es la amistad perfecta, por encima de todos los accidentes de la vida y todas las volubilidades del alma. Será el verdadero y puro amor, lejano de todo turbio estremecimiento carnal, que une a un hombre con otro, y lo hace fuerte en el viril clima de esa unión, y por ella, por esa fuerza pura y simple, lo lleva a la realización de las más altas hazañas. Cuando Oliveros es atacado de lepra, la amistad de Artús llega a lo sublime: con firme mano mata a sus hijos y lava con su tierna sangre cálida las llagas purulentas del amigo y lo cura. El buen Dios que esto mira, dá a Artús y a Oliveros el único premio posible: la resurrección de los niños.

#### 4. — LA NUEVA Y MISTERIOSA "MATERIA DE BRETAÑA"

La llamada "materia de Bretaña", poesía de un extraño pueblo rebelde al cristianismo, virgen de toda contaminación con el alma clásica que aún en la Edad Media renacía en oscuras versiones de la milagrosa vida de Alejandro o en desvaídas refundiciones de la Eneida, y totalmente lejana de todo contacto con la férrea, áspera y mística alma de la Edad Media francesa y germánica, ni con la realista y católica España de la derrota y de la reconquista, el pueblo celta, antiguo y desventurado, que se había resistido hoscamente a la conquista material y espiritual de Roma, y había derramado su sangre apasionada y delirante peleando contra los sajones, y era una extraña raza acosada y empujada a un extremo del mundo, a una isla brumosa y áspera, a un rincón de esa isla, al país de Gales, envuelto en las olas de un mar sordo y turbulento, era una poesía nunca oída en el mundo y venía a abrir a los hombres pasajes insospechados de sus almas, y a enriquecerles y envenenarles extraña, espantosa y deliciosamente.

Está fundada esta poesía en el misterio y en la pasión, en la

fiebre avasalladora e incontrolable del amor, y su expresión perfecta es el ideal de la caballería andante. Si bien con Gudufre y con Lohengrín, con Mondisdier y con Flores, la gente carolingia había llegado a pisar la frontera de la errante caballería, siempre su acción hubo de resentirse de motivos "racionales y sólidos", de moverse dentro de "su tiempo y su espacio", de estar aún sometidos al control de la historia y a la crítica del historiador. En cambio, estas delirantes gentes de Bretaña, estos incontenibles Caballeros de la Tabla Redonda, por cuyas venas corre una sangre de fuego y de veneno, no conocerán más móvil que la pura aventura, la aventura en sí, y ejercitarán su fuerza en medio de una tiniebla densa y deliciosa, terrible e inefable; y lucharán por el propio e inenarrable placer de la lucha, por el deportivo espectáculo de la extensión de su propia fuerza, de su irreflexiva audacia; y vivirán en medio de una poderosa arquitectura de ensueño, que la más arrolladora realidad no podrá jamás abatir. Están ellos en el suelto mundo de la fantasía, victoriosa sobre todas las cosas. Una raza por todos acosada y por todos vencida, abrumada de siglos de soledad y de tristeza en un país de bruma, iba a lanzar sobre el mundo ingenuo y bárbaro de la Edad Media cristiana su incontenible torrente de sueños, acrecido en las centurias de su soledad y de su derrota, de su sangre insaciada, de su fuerza simple en la dura realidad abatida. Y ese torrente, equívoco, malsano, neblinoso y extrañamente perturbador, pagano, desnudo de toda moral y dotado de una vida abrasadora e irresistible, se iba a hacer dueño por siglos, por la eternidad, de lo más puro y delicado y alto del alma de todos los pueblos de Occidente: de su poesía, del esqueleto angélico e intocable de su poesía.

Y como no están defendiendo los intereses de una nación, ni las aspiraciones de una clase; como están luchando por el amor de los sentidos y por el ideal místico e impreciso —pues ellos no son cristianos ni siquiera cuando con Parsifal se dirigen a la conquista del Santo Grial— de una eucaristía que no halla sitio en la teurgia católica; como no galopan sobre caminos de un país cono-

cido ni derriban coronas que la historia respalde; es natural que sean ellos los dueños de la tierra y que compongan estos caballeros la primera caballería universal, y que no encuentren resistencia para formar parte de una de las literaturas europeas de la hora, amalgamándose íntimamente con los héroes de cada nación, y vistiendo sus trajes y durmiendo en sus pueblos y hablando sus idiomas y admitiendo todas las modificaciones que el espíritu de cada literatura nacional les imponía. Y así se explica que haya Tristanes, Lanzarotes, Parsifales, Galaads y Galvanes de todos los países, sin que la terrible y turbia materia de ensueño y poesía que los constituye íntimamente, esa "fatal, ilícita y quimérica" "materia de Bretaña" sufra menoscabo alguno en la esencia intocable de sus almas.

La figura central de este extraño ciclo poético que se adueña del mundo de Occidente a despecho de su paganismo esencial, está indecisa entre un rey bretón, Artús o Arturo, de cuya existencia sale fiador el Obispo de San Asaf en una remota Historia de Bretaña, y un poeta y mago celta que parece haber llevado el nombre de Mirdhin en su lejana existencia real, pero que lentamente se fue convirtiendo en Merlín, el sabio, el encantador, el inigualado creador de la falsa apariencia. Artús, el rey, el que comía pan con sus caballeros en una mesa redonda, el marido de la reina Genièvre, el padre de Balbina, la amada de Gauvain, fué hijo de Untependragon, rey de Bretaña, y con sus caballeros dió duras horas de batalla a los sajones, y los venció, y dominó toda la Insula Afortunada (nombre magníficamente certero que dá el Amadís a Inglaterra), y también la Escocia, la Irlanda y la Noruega, y perdió la opción al Imperio por la perfidia de un sobrino suyo, Mordret o Morderete, con quien se batió y de quien recibió herida espantosa, tanto, que por sus bordes fuerásele para siempre la vida a no intervenir la Reina de las Hadas, para trasladarlo a la isla de Avalón, a la cual no se puede llegar, y donde vive convertido en cuervo, esperando la hora en que su pueblo sea de nuevo derrotado y pisoteado para volver a darle la ansiada libertad.

Merlín, el encantador, que murió preso de un encantamiento preparado por aquélla que él amó con su corazón seco de fiera insaciable, por su dulce Viviana, y que al caer en él lanzó a talar el mundo su alarido espantoso, "el baladro de Merlín", que resonará para siempre en algún rincón, un sí es o no es olvidado, pero siempre oscuramente presente, del mundo de la poesía, fué calificado de hijo del diablo y mereció ese espantoso calificativo por haber dado ser a ese impreciso y tembloroso mundo de falsas apariencias en que caen los Caballeros de la Tabla Redonda, y en cuyas oscuras y tenaces ciénagas se debaten: poseyendo el terrible poder de cambiar el corazón de los héroes con el de un diablo siervo suyo, jamás puede saberse si es exactamente Galván o Ségramor quien está con nosotros, y si la aventura en pos del Grial que se emprende bruscamente al filo de la media noche, a la hora propicia de los abracadabras, es la que Dios ordena o la que el diablo quiere. Merlín cruzó por la poesía medieval dejando en su torno un frío silencio de terror contenido, pero íntimamente invencible, y solamente un español —naturalmente, sólo un español— hizo su defensa. Ese hombre temerario fué Gutierre Díaz de Gámez, el autor de la Crónica de don Pero Niño, y sus palabras éstas:

"Merlín fué buen home y muy sabio. Non fue fijo del Diablo, como algunos dicen; ca el Diablo es esprito y non puede engendrar; provocar puede cosas que sean de pecado, ca esse es su oficio. El es sustancia incorpórea; non puede engendrar corpórea. Mas Merlín, con la grande sabiduría que aprendió, quiso saber más de lo que le cumplía, e fue engañado por el Diablo..."

Tú, mi lector paciente, eres libre de creer lo que a tu talante convenga: si Merlín fué o no hijo del diablo, si un espíritu puede o no engendrar, si de una forma incorpórea puede devenir una corpórea y si Merlín realizó alguna vez otra acción mejor que la de caer, envuelto en espantoso alarido, en el encantamiento que hubo de prepararle su adorada Viviana. Nada de lo que sobre esto se ha dicho es definitivo y durante la Edad Media los más altos talentos y preclaros ingenios dedicaron a dilucidarlo no pocas de

sus mejores horas. Pero para nuestro propósito es mejor que hablemos del asombroso caballero Tristán de Leonís y de sus adúlteros amores con la Reina Isolda. Es esta una admirable y desgarradora historia de loco amor y en ella surge un nuevo ideal —dulce y fuerte entre todos— para la vida del hombre: el ideal del amor todopoderoso, que lo dominará desde entonces, un año cualquiera de los comienzos del Siglo X de la Era Cristiana, hasta ahora, un año cualquiera de la primera mitad del Siglo XX de la misma era.

Tristán de Leonís, Caballero de la Tabla Redonda, máximo príncipe del loco y triste amor, fué un gran tañedor de arpa, como cumple a quien para sufrir amor había nacido; de fuerte estructura, nadie entre sus pares pudo vencerlo en la carrera ni en la noble lucha con el cuerpo desnudo; entre todos los paladines de la corte del Rey Arturo era el primer esgrimidor de espada y el insuperable tirador de arco: su flecha, guiada por invisible mano, siempre prendía su diente en el centro del blanco o en el corazón de la presa: hijo primogénito de Nemrod, era el más diestro cazador del mundo y el que mejor destazaba y aderezaba la caza, única virtud doméstica que está consentida al caballero. Era hermoso además: inútil es decirlo. Un día bebió un licor maldito, filtro de amor y de ansiedad, llamado el "lovendranc", y se sintió atado para siempre con loco amor adúltero a la Reina Iseo (Iseult, Isolda), loco amor que era (para qué describirlo a quienes lo han sentido?) una mezcla de suprema voluptuosidad e infinito tormento y que de desventura en desventura, y de loca y terrible aventura en aventura, hubo de conducirlos a común y lamentable muerte, y —ya unidos por ella— a dos tumbas contiguas, mientras las plantas que sobre ellas crecen se entrelazan también: Tristán e Isolda se entrelazaron, dicen los viejos poemas, con "el entrelazamiento indestructible de la madre selva y el avellano", y de su llanto, vertido ya cuando la muerte llameaba desde la herida envenenada, creció una planta capaz, ella sola, de fecundar a las mujeres, conforme a este viejo romance castellano:

Júntanse boca con boca,  
cuanto una misa rezada;  
llora el uno, llora el otro,  
la cama bañan en agua:  
allí nace un arboledo  
que azucena se llamaba,  
cualquier mujer que la come  
luego se siente preñada...

La historia de Tristán e Isolda glorifica un amor ilícito, una pasión rebelde a la palabra del hombre, que manda no invadir el lecho del hombre, y a la palabra de Dios, que manda no desear la mujer del prójimo. La pasión que consume a Tristán y quema a Isolda es una pasión mortal e incurable: en ella se aniquila la voluntad de la vida se extingue, consumida de espantoso e insaciable amor de los sentidos, sobre el alma crecido, al alma avasallando. Y de esta llama que ni la muerte apaga surge un torrente de poesía incontenible que invade todos los horizontes del artista creador y que estalla en raudales de apasionada voz aullante e invencible en el "Tristán" de Wagner.

Esta historia de amor y de muerte y de sangre expone, en forma clara y terminante, el ideal de amor de los Caballeros de la Tabla Redonda, que ellos impondrán al mundo, y que, mejor que yo, un gran sabio francés, que era también poeta, Gastón Paris, os va aquí a precisar: "Hay en la poesía bretona una concepción del amor tal que no se encuentra en ningún otro pueblo ni en ningún otro poema; del amor ilícito, del amor soberano, del amor más fuerte que el honor, más fuerte que la sangre, más poderoso que la muerte; del amor que enlaza dos seres con una cadena que todos los demás y ellos mismos no pueden romper; del amor que los sorprende a pesar suyo, que los arrastra al crimen, que los conduce a la desdicha, que los lleva juntos a la muerte, que les causa dolores y angustias, goces y delicias incomparables y sobrehuma-

nos: esta concepción fascinadora nació y se realizó entre los celtas con el poema de Tristán e Isolda”.

La segunda gran aventura de la Tabla Redonda no es de amor a mujer, sino de eucaristía. Es la aventura de Sir Percival y la demanda del Santo Grial. Refleja el mismo entregamiento, la misma terrible pasión superior a las fuerzas humanas que sienten entre sí la Reina Isolda y su maravilloso amante enloquecido, pero en esta ocasión no van los hombres tras un goce de carne, sino tras el vaso que contiene las gotas que saltaron del costado de Cristo, al herirlo la lanza sacrilega del soldado romano, del terrible Longinos, reliquia sublime que en el Castillo de Montsalvatge guarda una teoría de misteriosos caballeros. La gesta de Parsifal es la gesta de la absoluta pureza, del caballero virgen, del anti-Tristán, de aquél que jamás ha cometido pecado de ninguna clase y que, en especial, jamás se ha dejado apresar de la voluptuosidad que consumió a Tristán.

En un castillo misterioso —para adoptar la forma definitiva del poema, tal como la fijó para la eternidad Wolfram von Esenbach— una milicia angélica guarda el Santo Grial, el vaso donde José de Arimatea recogiera la sangre de Cristo, y la lanza, la terrible lanza de Longinos, que hizo saltar la santa sangre. Solamente un caballero “libre de toda mancha” podrá apoderarse de la preciosa reliquia. Si el caballero hubiese cometido pecado, aún cuando sólo con el pensamiento, la lanza de Longinos, animada por invisible mano, le causaría en el pecho una herida, que manaría sangre inconteniblemente, y que sólo se cerraría cuando el caballero inmaculado, el único, el verdadero, rescatase para siempre el Graal. Parsifal intentó, como tantos, la terrible aventura. Fueron con él todos los Caballeros de la Tabla Redonda, para protegerlo en todas las etapas de la marcha, menos en la última, en la que solamente lo protegería su íntima pureza. Antes que Parsifal, Ségramor, hijo de Lancelot y la Reina Ginebra, había fracasado en la temeraria empresa, por no estar puro, por estar invadido de loco amor humano. La lanza se había alzado contra

él y había mordido su pecho con incurable llaga. El diablo, por medio de Merlín, se oponía tenazmente a la empresa, creando mundos de falsa apariencia aposentando diablillos burlones y bufonescos en los corazones de los caballeros, aprisionándolos en falsas formas, tendiéndoles lazos de tentación y de concupiscencia. Pero, Parsifal, el immaculado, dió cima a la aventura y tomó con sus manos puras el Santo Graal mientras la lanza permanecía inmóvil. El resto de su vida el angélico caballero lo pasó en oración frente a la santa reliquia. Y cuando la muerte vino por él, el vaso y la lanza, en medio de inmateriales resplandores, subieron a los cielos.

Parece que nos encontráramos frente a una aventura de ascendido cristianismo, frente a una hazaña de santidad. Pero no, no hay que engañarse: la forma en que se realiza la aventura, la sed por coronarla, no es la sed cristiana por la santa reliquia: es la sed pagana, la sed deportiva, por conseguir el Graal como un trofeo, y aparece mejor como la conquista de una joya mágica, acaso de un antiguo objeto totémico convertido por la cristiana posteridad en reliquia eucarística. Y Parsifal no está seguro de su triunfo: otros poemas quieren arrebatarse la difícil palma de caballero immaculado, casi inhumanamente puro, abroquelado contra el pecado, para dársela a Sir Galaad, el blanco, el resplandeciente doncel de alma de lirio, que nació del amor de Lancelot y el Hada Melusina, y que en la misteriosa y milagrosa sangre que recibió de su impalpable madre, la "sangre ligera", tenía un escudo impenetrable para defenderse de la concupiscencia, del hambre de la carne que a Parsifal, hijo de hombre y de mujer, debía faltar porque la absoluta pureza no conviene con la flaca condición de los hombres. Pero ya dos grandes poetas, dos de los mayores poetas germánicos, Wolfram von Esenbach y Ricardo Wagner nos han abierto los ojos definitivamente: fué Parsifal quien conquistó el Graal. No era necesario para ser el "muy puro", el "sin mancha", poseer en las venas la "sangre ligera": bastaba la sobrehumana resolución de que eran capaces los Caballeros de la Tabla Redon-

da, bastaba poner en la conquista de la Eucaristía la misma enloquecida pasión que en la conquista de Isolda. Y fué así, por virtud de esta fiebre, de esa pasión incontenible, como Parsifal pudo ser más puro que la nieve o que la llama y tomar en sus manos la joya divina del Castillo de Montsalvatge.

Para dar fin a esta veloz incursión por la "materia de Bretaña", solamente la tercera historia inmortal: la de Lanzarote del Lago y la Reina Ginebra. Dejaremos de lado las historias menores, la vida del bello Gauvain, del dulce Ségramor, del deslumbrante Galaad, confiaremos a la buena costumbre de leer a Shakespeare siquiera dos veces por año, el recuerdo del Rey Lear, y pasaremos por alto la hazaña de Jofre, que amó a la Reina Ginebra hasta el extremo de obligar a ir a ella y postrarse a sus pies y proclamarla la más bella dama del mundo, a todos los caballeros que vencía en su larga, en su incansable andanza. Pero de Lanzarote no podemos olvidarnos, porque es grande entre los grandes de las caballerías de Bretaña y de todas las caballerías. Aún cuando fué criado por las hadas, por las donas del lago, y aún cuando esposo de la divina Hada Melusina y padre del immaculado doncel Galaad, Lanzarote era frágil a la seducción de las mujeres como cualquiera de nosotros, y por ello es el más humano y el menos delirante de todos los Caballeros de la Tabla Redonda. Si bien amó a la Reina Ginebra con apasionado y adúltero amor, como cumple a un perfecto caballero de Bretaña, y si bien la conquistó rescatándola de poder del Rey del País de Irás y No Volverás atravesando, con su dulce cuerpo en los brazos, un río de fuego por un puente que era el filo de una espada, no consiguió mantenerse fiel y tuvo amores —duro es confesarlo—, además de los muy lícitos con su impalpable esposa el Hada Melusina, con las muy carnales princesas Ada de Limors e Iblis de Chadilimort y aún, según algunos, si bien yo me resisto a creerlo, la misma tiernamente amada Reina Genièvre lo sorprendió en la Isla de la Alegría dulcemente aprisionado por los redondos brazos de la hi-

ja del Rey Peles, después de lo cual, para Lancelot, naturalmente, la Isla de Alegría se trocó en la Isla de la Tristeza.

La vida de Lanzarote —o, si lo queréis, Lancelot du Lac, Lancilotto, Arselot o Ansaroth, que de todas estas maneras es permitido nombrarlo— está dedicada íntegramente a la mujer, y su Reina fué el norte de su vida, acaso alguna vez nublado por una agradable nubecilla, tan dulce como transitoria. Porque si bien Tristán es el desenfrenado amor compartido y arrollador como un torrente, y Parsifal la sublimación de la misma fuerza por el eucarístico ideal de la suprema pureza, Lanzarote es el ideal de la mujer convertida en norte y única razón valedera de la vida. La mujer ya no es la esposa sumisa que dirige el hogar con mano sabia y amorosa mirada, ni la amante que proporciona agradables noches siempre recordadas con amorosa gratitud, sino “una criatura entre divina y diabólica, a la que se tributa un culto idólatrico, inmolando a sus pasiones y caprichos la austera realidad de la vida, erigiendo el orden sentimental en disciplina ética” y poniendo por sobre todas las cosas la sonrisa de una roja boca y el amoroso brillo tiránico de dos ojos, azules o negros, poco importa, que disponen para siempre de la acción del hombre tanto en el sueño como en la vigilia.

Así como la materia carolingia nos dejó la amistad y el proceder gentil, la materia de Bretaña hizo legado a la humanidad del amor romántico y del ideal femenino, y elevó el amor a la suprema categoría de motor único de la vida y a la mujer le exaltó al sitio de máximo premio y de única felicidad, de perfecto ser inigualable sobre la tierra. Porque, en definitiva, Tristán y Lancelot son hoy más vivientes que Percival y Galaad entre los Caballeros de la Tabla Redonda, ya que vivimos en un mundo en el que todos estamos como Ségrainor, imposibilitados de tentar la aventura del Santo Grial por haber ya antes tentado, con toda el alma puesta en la fascinadora empresa, la aventura de la conquista de Isolda y del rescate de la Reina Ginebra.

## 5. — LOS LIBROS ESPAÑOLES DE CABALLERÍAS

Y he aquí que hemos llegado a la completa madurez de las caballerías: cuando el espíritu español entra en ellas. La historia española de caballerías llega después de todas: cuando el idioma está ya elaborado, cuando la lengua vulgar ha terminado de crecer y está apta para la robusta vida de la creación literaria; cuando los hombres han descubierto el placer caudaloso de leer "cosas de ficción", que claramente se sabía nunca acontecidas; cuando otros hombres habían descubierto que el escribir estas historias era una ocupación lo suficientemente digna de llenar toda la vida con gloria y con provecho. El caballero español tiene su gesta escrita. No depende de la voluble memoria de los juglares, y no ve cambiar su historia y su genealogía en cada venta, en cada castillo, en cada feria. Su gesta no solamente es perdurable, sino inmutable: se levanta sobre la inconvencible base de la letra escrita. No surge de la improvisación, no es la arrebatada y desbordada imaginación del poeta vagabundo la que lo levanta de la vieja leyenda dormida en la memoria y lo lanza a la vida efímera y gloriosa de la canción de gesta o del romance viejo, del *lais melancólico* o del *mabinogion* brumoso. Es la lenta elaboración del novelista, del hombre que primero crea al personaje y traza un mundo de magia y maravilla para que en él realice su hazaña y cumpla su tarea. En la novela española de caballerías, la primera novela de su clase, todo está ya previsto y calculado, pero no previsto con frialdad ni calculado con tacañería: la imaginación del creador, del hombre encorvado sobre el papel, sobre la blanca pluma de ganso, es tan suelta y fogosa como la del juglar, pero en su soltura y en su fogosidad admite la maravilla de la arquitectura del relato. Arquitectura que la letra fija para siempre, en la inmutabilidad invencible y sagrada del libro, de la letra, del papel, de la gruesa cubierta de cuero curtido. Por esto, es la novela de caballerías, creación del genio de España.

la madurez de las historias de maravilla, en las que el mundo contiguo de los hombres del medioevo halló su exacta expresión. Madura la historia caballerescà a medida el hombre medieval madura, y toca a su fin cuando, tras las tocas geniales de Isabel La Católica, florece un nuevo mundo del espíritu, el Renacimiento, y un nuevo mundo de tierras, de ríos y de selvas: América. El héroe de la novela caballerescà española está ya definitivamente formado: participará de las características carolingias y bretonas, pero se habrá afinado y equilibrado en grado sumo. Librará la última y más loca batalla contra las evidencias en medio de un equilibrio curioso, que se deshará luego en una loca carrera al precipicio de la exageración, del disparate y de la fantasía cansada, seca y agotada. Así, volverá el caballero a la ruta para que fue creado, la de hacer que la justicia sea honrada por temor, ruta por donde el verdadero caballero carolingio, que no es el ambicioso Maynete, ni el ingenuo Pierres, ni el bandido Reinaldos, sino el implacable Lohengrín y el gentil Gudufre y el cordial Artús del Algarbe, supo caminar hacia el fin de su ciclo. Y conservará la fuerza de pasión incontenible que tanto Tristán como Parsifal ponían en su empresa, ya fuese empresa de humana o de célica aventura, de humano o de célico amor, pero no se hundirá en la espantosa locura ni se consumirá en la estéril, deportiva pasión por la aventura en sí. La caballería, en la novela española, como lo dijera el en otras ocasiones disoluto e indiscreto Francisco Delicado, prologista de las primeras ediciones de Amadís, que en esta ocasión habla con verdad y con temor de Dios, se dará cuenta de que "es un arte muy alto, y que el altísimo y soberano Señor la constituyó para que fuese guardada la justicia y la paz entre los hijos de los hombres, y para conservar la verdad y dar a cada uno lo suyo con derecho..."

El caballero español será, ya, el verdadero caballero universal, venido el último, conquistará el mundo europeo con irresistible empuje, en una verdadera blitz-krieg literaria, anteriormente nunca conocida. Su primer excelso exponente, Amadís, el de

la Verde Espada, que salió del océano para amar y vencer y jamás morir, cabalgará las tierras del trágico y glorioso continente de la belleza y de la sangre, de la inteligencia y de la pasión, y alumbrará la vida de sus hombres, y solamente rendirá su palma inmortal ante el perfecto caballero don Quijote de la Mancha, el de la Triste Figura, en cuya historia está, para siempre completa, la verdadera imagen de la torturada y contradictoria alma del hombre. El caballero español no está emparentado con ninguna realidad histórica, y los escenarios de su hazaña nada tienen que ver con la real geografía de la tierra. Los héroes españoles de la poesía popular, de la canción de gesta, Mío Cid Campeador, los Siete Infantes de Lara, el rey don Pelayo, restaurador de la España Cristiana y el rey don Rodrigo, que la perdió por amor: ninguno de ellos sufrió la transformación de Carlomagno o de Arturo y sus pares. Los héroes españoles siguieron, austeramente, viviendo en el terreno y el clima de la historia, ligeramente exagerados, pero sin abandonar jamás su sólida, su incommovible calidad de personajes reales del drama de su gran pueblo. Y por eso, por no ser de ningún pueblo ni caber en la historia ni en la geografía, estos caballeros de Gaula, o de Sobradisa o de Tigrida fueron recibidos en toda Europa, y la conquistaron y la perdieron, y quienes los acogieron nunca abrieron suficientemente los ojos como para darse cuenta de que en realidad ellos, los últimos, los perfectos caballeros andantes eran España, sólo España, y que era con ellos la primera de las muchas veces que España conquistaría el mundo.

Comienza la caballería española con una curiosa historia, larga y pesada, debida al Canónigo toledano don Ferrant Martínez, publicada hacia 1305. Es la historia del Caballero Cifar, de sus hijos Roboan y Garfim y de su escudero Ribaldo. Esta historia no es exclusivamente de caballerías. Está entretejida a la vieja e ingenua manera de la novela bizantina, hecha a base de laboriosas cadenas de encuentro, pérdidas, reencuentros y reconocimientos, y abarca un tomo completo de piadosos razonamientos y

“enxiemplos” a la manera del beato Ramón Lull. En su segunda parte, la dedicada a contar las hazañas de Garfim y Roboan, participa en alto grado de la materia de Bretaña y posee páginas de magia dignas de la historia de Tristán, en las que relata los apasionantes y temerosos amores de la Dona del Lago y el Caballero Atrevido. Cifar es una especie de caballero-sacerdote, que fuese un burgués padre de familia, a ratos amante (muy cristianamente, sin lujuria) y a ratos olvidado de su mujer por temor de perder buenas situaciones (lo que no habla muy bien de su condición moral, tan santurrona, por otra parte), y que a esta condición mezcla la de un mercenario o condottiero del Renacimiento. Dios lo protege a todas horas, y da “pena” el ver que se preocupa tanto de Cifar, mientras no nos mira a nosotros ni por casualidad. Además, Cifar tiene la curiosa singularidad de ser el único caballero andante que sale de aventuras acompañado de su esposa, “la buena dueña Grima”, de sus dos hijos de tierna edad y de su delicioso y pillo escudero Ribaldo. En sus andanzas, un hijo se le pierde en una gran ciudad, otro le es arrebatado en un bosque por las fieras, su mujer le es robada por unos piratas, pero siempre Dios, por medio de sus ángeles, cuida de la vida de los miembros de la desperdigada e imprudente familia, y provee a su prosperidad y los junta cuando Cifar ha sido exaltado al trono de un hipotético y aéreo país. Sus jóvenes hijos llegan a ser famosos caballeros y aún Ribaldo, al fin de su edad, en premio a sus servicios, recibe la sagrada investidura y es “el Caballero Amigo”.

Este personaje, Ribaldo, que está maravillosamente tratado, tiene importancia decisiva en el proceso de la novela medieval de caballerías y no deja de ser curioso el hecho de que esté presente en la más antigua obra del mismo —que es el Cifar, pues si bien desde siglos existían los poemas caballerescos, la primera novela caballeresca es ésta del Arcediano de Toledo. El Ribaldo, escudero ejemplar, que con razonable frecuencia se lamenta del poco seso de su amo, es, sin disputa, el legítimo abuelo de Sancho, y con él, penetra, irresistible, por las tierras de la caballería el rea-

lismo español que un día habrá de sofrenarla y someterla. Rinaldo es un hombre del pueblo, como le cumple a un escudero, y, como cumple a un hombre del pueblo es de sólido seso y mejor razonamiento, ancho depósito de sentido común, ducho en estratagemas y jugarretas, munido de amplia experiencia de pillo rodador de caminos, práctico y entrañablemente leal con su amo, y, como el bondadoso Sancho, está inexplicablemente entusiasta con las quiméricas empresas de su amo, a quien ayuda con maternal amor, robustecido por sentencias y refranes tan abundantes como oportunos. Y por este camino, si bien en el Amadís, la obra maestra que ya se avecina, el realismo no tendrá puerta franca, en otra obra de ponderables méritos, el Tirante el Blanco, donde escenas que anuncian ya la cercanía inevitable del Quijote nos llenan de alegría, se demostrará muy claro que el realismo no puede soportar un instante más su exclusión de las feraces comarcas del mundo contiguo.

Tras la un poco oscura y desafortunada historia del Caballero Cifar, apareció, como un enviado de Dios, el que debía ser el más grande de los caballeros andantes que antecedieron al de la Mancha; aquél que, como lo dijo Urganda la Desconocida, su protectora alada, "atravesó el mundo venciendo muchos caballeros e fuertes e bravos gigantes, haciendo tremer las brutas y espantables animalias y habiendo gran pavor de la braveza de su fuerte corazón"; aquél de quien diría don Quijote que fué "el norte, el lucero, el sol de los valientes y enamorados caballeros, a quien debemos imitar todos aquellos que debajo de las banderas del amor y de la caballería militamos": Amadís Sin Tiempo, hijo de rey, el de la verde espada, el que surgió del mar y del amor. Era hijo del rey Perión de Gaula y de la dulce y ardiente Elisena, pequeña hija de Garinter, otro rey de insignificante y difícilmente ubicable país. Su historia la escribió un alto ingenio que bien pudo ser un caballero portugués o gallego de nombre Vasco de Lobeira, o cualquier otro caballero gallego o portugués llamado de otro nombre, y, para nuestra dicha, alcanzó a venir a nosotros escrita

en idioma castellano de singular nobleza y hermosura, en una nueva redacción compendiada que volvió inmortal a García Ordóñez de Montalvo, quien, en punto de manejar nuestro idioma tan solamente cede el sitio a Miguel de Cervantes.

Acaso solamente el Quijote venza al Amadís en la influencia ejercida universalmente sobre los hombres. "Obra capital en los anales de la ficción humana", lo llama uno de nuestros más sabios historiadores, y lo es en verdad. La novela de caballerías toma, a partir de él, un rumbo nuevo, el final. Se convierte en una obra elaborada por escritores sagaces, conocedores de su oficio, que saben lo que se proponen. Todo está previsto, y ningún episodio ni personaje se ha introducido sin un propósito preconcebido, sin una intención que se verá culminar hacia el final. Como obra de entera, de gloriosa ficción que es, el Amadís en su totalidad es un prodigio de libre y sabia creación y transcurre íntegramente en el más puro y suelto mundo de la fantasía, sutilmente regido por una interna disciplina que no excluye la pasión libremente desencadenada. Don Marcelino hizo de este personaje inmortal y de su hazaña la siguiente insuperable síntesis:

"El ideal de la Tabla Redonda aparece en el Amadís refinado, purificado, ennoblecido. Sin el vértigo amoroso de Tristán, sin la adúltera pasión de Lanzarote, sin el equívoco misticismo de los héroes del Santo Grial, Amadís es el tipo del perfecto caballero, el espejo del valor y de la cortesía, el dechado de vasallos leales y de finos y constantes amadores, el escudo y amparo de los débiles y menesterosos, el brazo armado puesto al servicio del orden moral y de la justicia. Sus ligeras flaquezas lo declaran humano, pero no empañan el resplandor de sus admirables virtudes. Es piadoso sin mojigatería, enamorado sin melindre, aunque un poco llorón, valiente sin crueldad ni jactancia, comedido y discreto siempre, fiel e inquebran-

ble en la amistad y en el amor... Amadís es el prototipo de los leales amadores: Oriana es la única señora de sus pensamientos: si falta a la fe jurada no podrá pasar el Arco de los Fieles Amadores que dispuso el sabio Apolidón en la Insula Firme”.

Y Amadís, el perfecto amador, pasó el arco de la Insula Firme, por lo cual queda de hecho incontrovertiblemente probado que su aventura con Briolania es una calumnia, aun cuando se diga que cedió a los requerimientos de la hermosa con permiso de la señora Oriana.

El amor de Amadís por la dulce criatura que él rescatara del poder de Arcalaus es firme, pero no platónico. Como Tristán con Isolda, como Romeo con Julieta, Amadís hace suya por la carne a la incomparable, a la intransferible, a la única, que se le entrega llena de jubilosa pasión. Oriana es personaje tan decisivo en la historia de Amadís como Isolda en la de Tristán, y el héroe está entregado a su culto durante su incansable aventura. Bajo la protección milagrosa de Urganda la Desconocida, una maga misteriosa y benéfica que muda de apariencia y viaja sobre dragones o serpientes aladas, envueltas en espesas nubes, Amadís triunfa en todas sus empresas y todo el mundo lo ama y su leyenda se lee y se comenta con singular fervor. Tanto entró su historia en el alma de las gentes sencillas, que, en cierta ocasión, como lo cuenta don Francisco de Portugal en su “Arte de la Galantería”, un hidalgo español, al acercarse a su casa, oyó con pavor que todas las mujeres que en ella habían lloraban desesperadamente. Como temiera que se le hubiese muerto un niño suyo de pocos años entró apresuradamente y preguntó la causa del general y terrible lamento, y si ésta era la que él temía. “Le contestaron que no; replicó más confuso: pues, por qué lloráis? y dijeronle: Señor, háse muerto Amadís”.

Tras esta obra maestra, vino una verdadera avalancha de novelas de caballerías, tal, que en toda una noche no alcanzara a

nombrarlas y tres vidas no fueran suficientes para leerlas. Sus protagonistas llevaban nombres cada vez más extravagantes e inverosímiles, sus hazañas se repetían incesante e impúdicamente y cada vez era más seca y estéril la imaginación de sus autores, ya profesionalizados. Continuó indefinidamente la historia de los descendientes de Amadís y a un tiempo apareció una ralea inextinguible de Palmerines y de Clarián de Landanís, Florambel de Lucea, Floramante de Colonia, Clarisel de las Flores, Crisalián de España, Policisne de Beocia y mil más, ya olvidados. Algunos ingenios de iglesia adentro, torturaron sus secos meollos para producir "caballerías a lo divino", como esa irreverente (si bien intencionalmente) "Caballería de la Rosa Fragante" que hubo de prohibir la Inquisición. Y en medio de tan vil caterva, "flor entre abrojos" como diría un poeta romántico fin de siglo, un libro grande y noble: la historia del caballero Tirante el Blanco ("Tirant lo Blanch" en su original catalán), que comenzó a escribir el 2 de Enero de 1490 el magnífico y virtuoso hidalgo Mosén Johannot Martorell, y que parece estar remotamente inspirado en el glorioso, inigualado y lamentable destino del inmortal (si bien olvidado) caballero catalán Roger de Flor. De este buen libro, canto de cisne de la Caballería Andante, dijo el Cura, en el donoso escrutinio de la biblioteca del Ingenioso Hidalgo: "Dígovos verdad, señor compadre, que por su estilo este es el mejor libro (de caballerías) del mundo: aquí comen los caballeros y duermen y mueren en sus camas, y hacen testamento a la hora de la muerte..." Y en esto radica su definitiva importancia: Don Miguel era un crítico de ojo agudo y certero: el realismo penetra ya en el libro de caballerías, hace una entrada arrolladora, y va a traerlo al mundo real y a preparar la entrada de Don Quijote, caballero que vaga sobre la tierra firme, y que en lugar de encontrar la maldad del mundo simbolizada en endriagos y gigantes, en alquimistas y malandrines, la encuentra tal cual ella es, en las gentes de estrecha cabeza, chico corazón y alma escasa, haciendo cada día su tarea de ruindad y tontera y cada semana cometiéndole su porción de injusticia. Se reúnen

en el Tirante los elementos definidores del Quijote: humorismo y realismo. Los nombres de los personajes rebosan de fresco ingenio: allí están la doncella Placerdemivida, ducha en las blandas artes de Venus; la discreta viuda Reposada, celestina traidora, que sirve a dos rivales; el flamante y pesado caballero don Quirielei-són de Montalván... Tirante sufre los ordinarios percances que sufren los hombres ordinarios: un día es atacado por un perro furioso y tiene que emplear con la bestia la espada, el arma sagrada que solamente debía ser cruzada con otro caballero; otro día, sostiene con un descomedido caballero francés, con quien se topa en una venta y cuya habitación compartiera, una comprometida batalla, tras que el caballero, desde su cama, dudara de la excelsa belleza de su señora Carmesina: su indignación no da tiempo a que los caballeros se vistan, y el combate se libra estando ellos en camisa y las almohadas les sirven de escudos; otra ocasión, saltando Tirante la ventana del dormitorio de su amada (pues él nunca tuvo la castidad de su magro colega manchego), se rompe la escala y le fracasa una pierna... Al final, muere de pulmonía, con alta dignidad y haciendo prolijo testamento, disponiendo muy cuerda-mente de sus bienes y dejando una suma para aplicarla a misas por su alma. Esta muerte se parece mucho a la del Ingenioso Hidalgo, si bien para desventura del manchego, mientras tan sólo lo rodeaba la burguesa solicitud del ama y la sobrina y las lágrimas verdaderas de Sancho, al catalán lo acompañaba en la suprema hora su dulce dama, bella flor de pasión, que murió sobre su cuerpo exánime una muerte digna de Isolda al lado del cadáver de Tristán.

He aquí cómo, tan sólo con tres obras maestras —las únicas salvas entre las mil perdidas— España trajo a la novela de caballerías del suelto y desafortunado país de la invención descomunal e irrefrenable al sólido e incommovible terreno del realismo, en el que la fantasía es aún más poderosa, porque halla su alimento y su fuerza en los mil y un azares de la ancha, dolorosa, milagrosa vida de los hombres. Donde pasan cosas superiores, en pasión y

aventura, a las que acontecían en tierras de Tristán, de Lancelot y de Amadís.

## 6. — PROCESO DE LOS LIBROS DE CABALLERIAS

Aquí están, ante el Tribunal de la Historia de la Literatura, los curiales y el reo. Este, los libros de caballerías. Acusando, en latín, Luis Vives, Melchor Cano y el maestro Benito Arias Montano. Diciendo en castellano las palabras de su anatema Alfonso de Venegas, Francisco Cervantes de Salazar, Fray Pedro Malón de Chaide, Fray Antonio de Guevara, Alfonso de Fuentes y, tras los solemnes Procuradores de las Cortes de Valladolid, la sonrisa sagaz y los ojos agudos y tristes de don Miguel de Cervantes Saavedra, doctor en ambas caballerías, la del sueño y la de la vigilia.

Desde la lejana bruma de la muerte atiende a la defensa el beato Ramón Lull, mientras es recusado, por mala conducta, el defensor Francisco Delicadó, rufián y amaestrador de la "lozana andaluza". Se recibe a decir los descargos tan solamente a Hernán del Pulgar, a Fray Luis de Granada y a Francisco Rodríguez Lobo. Los ojos ansiosos de los hombres de la Edad Media, que en aquellos libros encontraron consuelo para sus pobres almas, siguen con ansia las alternativas del proceso.

Luis Vives musita enardecidas frases latinas, tomadas de su tratado "De Institutione Femine Christiane"; Melchor Cano repite su diatriba del tratado "De locis Theologicis": tan sólo, de la confusa algarabía clásica, se destaca la injuriada voz del maestro Arias Montano, que los llama "monstra vocamus et stupidi ingenii partus"..... En claro castellano acusa primero Alonso de Venegas:

—Son los sermonarios del diablo.

Fray Pedro Malón de Chaide dice con voz de odio insaciable:

—Son el cuchillo en la mano del hombre furioso.

Fray Antonio de Guevara, con engolada voz catedralicia, pide que no se impriman más:

—Su doctrina incita la sensualidad a pecar, y relaja el espíritu a bien vivir.

Alfonso de Fuentes, socarronamente, pregunta:

—De qué tratan? De cómo uno se llevó la mujer de aquel y se enamoró de la hija del otro, y de cómo la recuestaba y escribía...

Francisco Cervantes de Salazar, abogado ducho, hace la acusación de fondo:

—Guarda el padre a su hija, como dicen, tras siete paredes, para que quitada la ocasión de hablar con los hombres, sea más buena; y dexándola un Amadís en las manos, donde deprende mil maldades y desea peores cosas que quizá en toda la vida aunque tratara con los hombres pudiera saber, ni desear; y vase tras el gusto de aquello, que no querría hacer otra cosa; ocupando el tiempo que debía ser laboriosa y sierva de Dios, no se acuerda de rezar ni de otra virtud, deseando ser otra Oriana como allí, y verse servida de otro Amadís. Tras este deseo viene luego procurararlo.... En lo mismo corren lanzas parejas los mozos, los cuales con los avisos de tan malos libros, encendidos con el deseo natural, no tratan sino como deshonrarán la doncella y afrentarán la casada...

Ahora, terribles, avanzan los sombríos Procuradores de las Cortes de Valladolid. Llevan en la mano un memorial al Rey en el que explican los tremendos males que a la sociedad causan los libros "ansi de amores como de armas y de vanidades" y le piden que mande "que ningún libro de estos semejantes se imprima ni lea so graves penas, y los que agora hay los mande recoger y quemar". Para entregar el memorial a un rey brumoso, el más feroz

de los Procuradores, esconde en la escarcela su Amadís, y para recibirlo, el Rey levanta su distraída faz del gran Amadís que leía. Y niega el pedimento. Mas, por no disgustar a tanto grave varón, manda que no puedan "pasar a Indias libros de romances, de historias vanas y de profanidad, como son de Amadís e de otros de esta calidad, porque este es mal ejercicio para los indios, e cosa es en que no es bien que se ocupen ni lean". Pero en la noche oscura, Amadís abandona el libro preferido del Rey, y sale seguido de los ojos de Oriana, de la voz de Urganda la Desconocida y de los fieles pasos de Gandalfín, y se mete de polisón en un barco que zarpa para las nuevas tierras...

Ahora, viene a declarar don Miguel de Cervantes. A él no le importa que las doncellas violen los siete candados, ni que los mozos alboroten las casadas. A él le importa otra cosa, y acusa a los libros de caballerías de ser "en el estilo duros, en las hazañas increíbles, en los amores lascivos, en las cortesías mal mirados, largos en las batallas, necios en las razones, disparatados en los viajes..." Salva de su acusación a Amadís, pide clemencia para Tirante y Palmerín, y declara que el verdadero libro de caballerías se acerca ya, proveniente de su pluma. El juez, por vez primera en el largo proceso, ha asentido. Y llama a la defensa.

Y Hernán del Pulgar viene y cuenta que gracias a esos libros floreció el valor y el empuje de los "claros varones de Castilla" y cita al conde don Gonzalo de Guzmán "e a Juan de Merlo" y afirma:

—Conosci a Juan de Torres e a Juan de Polanco, a Alfarán de Vivero e a Mosén Diego de Valera, a Gutierre Quijada e a mosén Pero Vásquez de Sayavedra, e oí de otros castellanos que con ánimo de caballeros fueron por los reinos extraños a facer armas con cualquier caballero que quisiese facerlas con ellos e por ellas ganaron honra para sí e fama de valientes y esforzados caballeros para los fijosdalgos de Castilla.

Viene luego el claro maestro Fray Luis de Granada, y mien-

tras Fray Pedro Malón lo mira de reojo con el ojo encendido, dice con precisa y paciente voz:

—Querría preguntar a los que leen libros de caballerías fingidas y mentirosas, qué les mueve a ésto? Responderme han que entre todas las obras humanas que se pueden ver con ojos corporales, las más admirables son el esfuerzo y la fortaleza. Porque como la muerte sea (según Aristóteles dice) la última de las cosas terribles y la cosa más aborrecida de todos los animales, ver a un hombre despreciador y vencedor deste temor tan natural causa grande admiración... De aquí nasce el concurso de gentes para ver justas y toros y desaffios y cosas semejantes... Y esta admiración es tan común a todos y tan grande, que viene a tener lugar, no sólo en las cosas verdaderas, sino también en las fabulosas y mentirosas, y de aquí nasce el gusto que muchos tienen de leer estos libros de caballerías fingidas...

Y Francisco Rodríguez Lobo, portugués, hidalgo de buen sentido y mejor entendimiento, comparece y realiza la última, la definitiva defensa:

“En el libro finguido cuéntanse las cosas como eran bien que fuesen y no como sucedieron, y así son más perfectas; descríbese al caballero como era bien que los hubiese, las damas cuán castas, los reyes cuán justos, los amores cuán verdaderos, los extremos cuán grandes, las leyes, las cortesías, el trato tan conformes a la razón. Y así no leeréis libro en el cual no se destruyan soberbios, favorezcan humildes, amparen flacos, sirvan doncellas, se cumplan las palabras, guarden juramentos y satisfagan buenas obras. Veréis

que las damas andan por los caminos sin que haya quién las ofenda, seguras en su virtud propia y en la cortesía de los caballeros andantes. En cuanto al retrato y ejemplo de la vida, mejor se coge de lo que un buen entendimiento trazó y siguió con mucho tiempo de estudio, que en el suceso que a veces se alcanzó por mano de la ventura, sin que la inteligencia ni el ingenio pussieren nada de su caudal. . . .”

Y el Juez resume:

Es verdad. Fué el alma misma de la Edad Media la que vivió en esos libros de caballerías fingidas y mentirosas. No hubo quien no los leyera, y los mozos y las doncellas se encandilaron en sus páginas maravillosas. Ellos dieron momentos de paz y de alegría a las gentes sencillas, y templaron el ánimo de los caballeros. Jamás género alguno en las literaturas de todos los tiempos tuvo un éxito semejante. Y no murieron por efecto de los críticos literarios ni de los moralistas. No los mató la sentencia en latín ni la sátira en castellano rotundo. Los derrotó el enanchamiento del mundo, los grandes descubrimientos, las nuevas tierras halladas allende mares “que nadie hasta entonces había navegado”, el final definitivo de la espesa niebla que cubría los confines del mundo, el aclaramiento de las mentes con el racionalismo renacentista y la voluntad de libre examen: el mundo nuevo que nacía, tanto en la realidad geográfica como en el espíritu, la rotura de tantas cadenas, era mayor que la mayor imaginación, y los hombres cumplían en la vida real hazañas mayores y coronaban más espantables aventuras que las que tocaron cumplir y coronar a Tristán y a Amadís.

Y alguien, entre los que al gran proceso concurren, duda del resumen que escucha y se pregunta:

Han muerto en realidad esos libros? O, simplemente, con las épocas, ha cambiado su estilo? Porque, en esencia, es de caballerías todo libro en que se relata una hazaña realizada por puro

amor a la justicia, por sed de aventura en sí o por desenfrenada pasión... Y esos libros siguen brotando de la pluma del hombre, y en todas las horas siguen trayendo a los habitantes de este valle de lágrimas el consuelo de su gesta de esfuerzo, fingida sí, pero tan digna de ser verdadera...

## 7. — FINAL

Si bien es verdad que después del inmortal libro de Cervantes no se escribieron ni publicaron más novelas de caballerías, sigo creyendo que no fué quien dióles fin, ni que su propósito ése fuera. Don Miguel trajo, como a todos consta, la caballería al mundo real, situándola en un país preciso, dando tierra sólida al paso y aire verdadero a los pulmones del caballero andante. Como nos lo hiciera notar don Pedro Salinas, al inaugurar el curso cervantino de conferencias de la Casa de la Cultura Ecuatoriana, es don Quijote el primer caballero que sale por las tierras de España, y en ellas no se encuentra ya con los gigantes y jayanes que encontrara Amadís en las tierras fabulosas de Gaula o Sobradisa, sino con los yangueses y los familiares de la Santa Hermandad, y no es víctima de los encantamientos de Merlín o Arcalaus, sino de las burlas del Duque, del sarcasmo implacable con que los poderosos gustan de herir y humillar a los hombres simples, a los de libre corazón generoso, a los poetas, a los caballeros, a los que se han entregado a una fe o a un ideal.

De todos modos, la caballería, al llegar don Quijote, había rendido a la humanidad todo su tributo. Le había dado, creados para la eternidad en su reino y aclimatados por su influjo en el mundo real, la amistad por compañerismo; el amor romántico; el ideal femenino, el culto a la verdad, el odio a la falsa apariencia; la apasionada devoción por la justicia, el goce puro de la propia

fuerza, la voluntad aventurera desinteresada, cinco o seis poemas y tres grandes novelas inmortales; y había impedido que la tristeza y el desencanto se apoderaran de los hombres de Europa durante tres centurias. Como si esto fuera poco, en el momento en que finó, hizo entrega del Quijote, un libro para defendernos de la tristeza y el desánimo con vigencia eterna. Porque si el Amadís defendió a los hombres de su tiempo, el Quijote los viene defendiendo desde que Amadís se retiró del mundo hasta la hora presente, y los defenderá hasta cuando, en un día de sol débil y amargo, la humanidad dé fin a su miserable y excelsa permanencia en la tierra.

Y ahora, lector paciente, fiel amigo, dejemos dormir su sueño de glorioso olvido a los compañeros de don Quijote. Los hemos traído a una fugaz permanencia ante nuestros ojos escépticos de hombres de este siglo sin fe, haciendo un acto de estricta justicia, pues sin ellos la humanidad habría perecido de tristeza y desaliento mucho antes de esta edad. Restituyamos esas sombras gloriosas, habitantes del país de la maravilla, a sus tumbas de pergamino, de encuadernaciones pesadas con grandes planchas doradas, donde las polillas les roen los filos generosos del alma. Y no pensemos en ellos muy seguidamente, porque su sed de justicia podría encender la nuestra, lanzándonos, como a Alonso Quijano, por los campos de Montiel de este siglo, donde nos esperan más desalmados yangueses, más canallas esbirros de la Santa Hermandad y más descomedidos y burlones señores de la alta nobleza. Y, también, porque corremos el riesgo de que, durante nuestro sueño, si le hemos fallado como falló Sir Ségramor en la demanda del Santo Grial, vinieran a herirnos como en una noche de lúcida y terrible pesadilla lo hirieron a Franz Kafka, y amaneciéramos con la misteriosa espada de Amadís incruentamente incrustada en nuestro espinazo, la inmensa empuñadura en cruz sobresaliendo al filo de la nuca... Y porque podría ser que, si en ese instante misterioso y terrible, no entrara en nuestra habitación aquel único amigo verdadero que todos tenemos, nuestro

Artús del Algarbe intransferible, ése que muchas veces no podemos identificar, engañados por la falsa apariencia, para que nos extrajese la terrible huésped de acero, ella, vengadora, cortase para siempre el hilo de nuestra existencia, que es la única que tenemos, llenando de sangre el misterioso estuche incruento que en nuestro sér la encierra.....

---

N. de la R. — Este ensayo está hecho con los materiales de una conferencia dictada por el autor en la filial de la Casa de la Cultura en Guayaquil, inaugurando el Ciclo Cervantino de Conferencias.

## ASPECTOS DE CERVANTES Y EL QUIJOTE

Por HUGO ALEMAN

### PIRAMIDE DE SIGLOS

Estudios medulares, meditaciones ricas de espíritu y sentimiento, dilatados análisis, han merecido la vida y la obra de Don Miguel de Cervantes Saavedra, desde lejanas épocas y en todas las regiones de la tierra. Innumerables comentarios e infinidad de libros se han escrito acerca del mayor y más trascendente fruto de su pensamiento. Tan extraordinario acervo de opiniones ha confirmado, irrevocablemente, su derecho a esta gloriosa y secular consagración: "príncipe de los ingenios españoles".

El título completo de su obra capital —que justifica plenamente el calificativo aquel— casi nunca suele ser citado en toda su extensión. El afán de síntesis, que el mundo apresurado imprime al ritmo de la vida, lo reduce a estas dos, eso sí, suficientes y definitivas palabras: **EL QUIJOTE**.

Al compás de la marcha de los siglos, y en proporción fecunda, el nombre de Cervantes ha ido internándose en la entraña de la corteza terrestre. Y la armoniosa corriente de su inigualado

engendro ha invadido, al final, las dimensiones psíquicas de todos los mortales.

Cuántos centenarios transcurridos!; el del nacimiento de Cervantes, el de la aparición del Quijote y el de la muerte de su autor, en el rígido acaecer de cuatrocientos años!

Tanto se ha dicho de aquellos dos inseparables personajes, que podría creerse en la inutilidad de remover tan predilecto tema. Las más consistentes y fértiles mentalidades, así como un infinito número de escritores de buena voluntad, han vertido los jugos más preciosos de sus ideas y los caudales de su admiración, en la siempre crepitante marmita del recuerdo. Sin embargo, parecería que están incólumes las excelencias que atesoran la vida y la obra del grande hombre.

Nosotros, paladinamente ubicados en la segunda de las categorías anteriores, no queremos dejar de tener nuestra devota aunque ligerísima parte, en la febril emoción de cuantos han reeleído —en este cuarto centenario del natalicio de Cervantes— la obra que, quizá con exclusión de otra, de evangélica textura, ha logrado mayor número de ediciones a lo largo del tiempo, en los idiomas más diversos, y ha alcanzado, también, el favor más desprendido y constante de la humanidad entera.

Nos acompaña en esta audacia, respaldándonos, la veneración más sentida y la más inalterable afectuosidad hacia el autor y los personajes centrales del libro más amable y admirable de cuantos han visto la luz hasta nuestros días: "EL INGENIOSO HIDALGO DON QUIJOTE DE LA MANCHA".

Desde la época en que don Diego de Haedo narrara algunos episodios relacionados con el cautiverio de Cervantes en Argel, cuya publicidad permitió que el mismo protagonista los conociera, hasta Jaime Fitzmaurice-Keyy, que trazara una de las biografías más completas del "Manco de Lepanto"; desde Martín Fernández de Navarrete que nos legara el más notable ensayo biográfico sobre el propio autor, editado por la Real Academia Española en 1819, hasta Francisco Navarro Ledesma, que publicara un am-

plo estudio intitulado "El Ingenioso Hidalgo Miguel de Cervantes Saavedra" en la fecha tricentenaria de la aparición del Quijote, pasando por los más firmes baluartes de la cultura universal, ¡cuántos volúmenes se han escrito! Una vida completa vendría corta para leer siquiera parte de ellos. Tampoco sería tarea fácil la de consignar íntegramente los nombres de quienes, con decidido interés y en afanosa búsqueda de históricas diafanías, han perseguido la interpretación del sujeto del Quijote y han espigado, hasta la exégesis, en la vida de su creador. Entre tantas y tan altas personalidades han de tener sitio sobresaliente: Ticknor y Clemen-cín, Bertrand y Farinelli, Turgueniev y Janin, Bouterwek y Ricardo Rojas, Rodríguez Marín y Unamuno, José Ignacio Escobar y Juan Montalvo y, espacio grande, mucho espacio, requeriría la simple mención de los más conocidos escritores cervantistas, diseminados por todos los ámbitos de la tierra.

Las obras de Fitzmaurice-Kelly y Navarro Ledesma se afirman sobre bases de investigación, y documentos perseverantemente revisados y lanzados a la curiosidad universal por varios otros escarbadores del pretérito, entre los cuales no es posible omitir los nombres de Pellicer y de los Ríos, Maínez y Pérez Pastor, Iriarte y Cotarelo, y muchos más que, con dedicación admirable, se propusieron examinar a fondo y ordenar concienzudamente, no sólo la urdimbre genealógica del autor de Don Quijote, sino también analizar, con profundo sentido sociológico, el escenario en que se desarrollan todos y cada uno de los capítulos de la sin par novela.

Pero no obstante la copiosa bibliografía existente alrededor de Cervantes y su máximo libro, quedan aún en el mundo de las sugerencias ricos filamentos que el espíritu inquieto de los hombres es capaz de encender en todas las latitudes, arrancándoles, si no nuevos resplandores, por lo menos, un haz de tibio cariño perdurable.

Vasto por todos los ángulos de su estructura es el Quijote. Su permanente presencia humana no conoce reductos. La bella

irradiación de sus andanzas no tiene límites ni ocasos. Por eso, este sencillo trabajo no aspira sino a reflejar la vida del "príncipe de los ingenios españoles", en un enfoque mínimo y cordial. A remirar la obra de Cervantes en relación con la de otros dos grandes escritores, y, finalmente, a reconocer la indeclinable grandeza del ingenioso hidalgo Don Quijote de la Mancha y su simbólica perennidad en este mundo desequilibrado...

### RETABLO BASICO ESPAÑOL

No ha podido España sustraerse jamás al ineluctable mandato del destino. Y en él estuvo, acaso, como signo indeleble y en toda la anchura de su historia, la escuálida pero afirmativa presencia del Quijote. Por sus campiñas y poblados habríase extendido el palpitante ritmo de las andanzas del hidalgo eterno...

Aunque este unigénito y a la vez plural personaje estuvo encarnado en el primero de los españoles y perdurará, asimismo, en el último hombre de la raza, plúgole al Hacedor disponer fuera Cervantes quien, ahondando en el secreto de pretéritos siglos, armara caballero al bueno de Don Alonso Quijano para que, al iniciar su peregrinaje por los campos de Montiel, llegara a todos los ámbitos terrenos, nimbado de crecientes simpatías, y se tornara maestro de vicisitudes, sembrador de inauditas esperanzas y consecuentes desengaños, convirtiéndose, también en paradigma de acciones justicieras, desvanecidas, al cabo, en la órbita de inútiles arrebatos y desatinadas hazañas; ya que locura es pretender imprimir a la vida orientaciones más humanas, y sacrificarse estérilmente porque el amor, la sensibilidad y el desprendimiento, pudieran ser sus características esenciales.

Pero en don Quijote bullía la sangre de la españolidad, e involucrada victoriosamente en ésta, la remota supervivencia de su espíritu.

Por eso, en los reyes Fernando e Isabel —los católicos— alentaba ya ese mismo espíritu. El les indujo a patrocinar la “locura” de Colón, desechada anteriormente por otros monarcas europeos. Por ese soplo luminoso, de válida raigambre aventurera, pudieron agregar vastos territorios coloniales al esplendor de la corona. Tan no entrevista realidad, nacida de una audacia legítima, consubstancial, haría exclamar a Carlos V, nieto de aquéllos, que en sus dominios “nunca se ponía el sol”.

Fue la congénita temeridad de hombres españoles, la que debió conformar plena y físicamente el mundo, ante el asombro y arrepentimiento de algunas dinastías del viejo continente.

En homenaje a la predestinada grandeza de que fuera usufructuario, el propio emperador libraría olímpicas batallas, que extenderían su poder hasta el corazón mismo de Europa y sobre luengas zonas del Africa canicular.

Por eso, en gigantesco trampolín, el espíritu invicto del Quijote se trasladaría a América, para transfundir la fiebre de sus gestas heroicas en la cansina y desconfiada sangre de los aborígenes...

Por igual atavismo, Felipe II, hijo y sucesor de Carlos V, daría forma y realidad a una fantástico proyecto: la erección del Escorial. No vacilaría en constituirse representante universal del catolicismo y denonado paladín de la unidad religiosa. Bajo su reinado, la política exterior de España dejaría mal parado al Erario Nacional. Pero, igual que en los modernos tiempos, nuevas contribuciones resolverían la crisis. Sin embargo del absolutismo de aquel rey, el Procurador Don Francisco Antonio Alarcón manifestaría en las Cortes su criterio adverso a la imposición de gravámenes extraordinarios, con estas elocuentes palabras: “...¿qué tiene que ver para que cesen acullá las herejías, que nosotros acá paguemos tributos de la harina? ¿Por ventura serán Francia, Flandes, Inglaterra, más buenas cuanto España fuese más pobre?...”

En el célebre Cid Ruy Díaz de Vivar, insigne batallador es-

pañol de la Edad Media, vibrante está de audacia, enjorada de leales proezas, y valerosa y nítida, el alma de la raza. Hasta la adversidad aparece ennoblecida por el estoicismo, y el dolor sobrellevado con valerosa dignidad.



Tizona y lanza: símbolos de guerrero donaire, trocadas han sido por la navaja y el puñal, de más desalmado temple; pero en todo caso delatores de corajudas hazañas varoniles.

Sangre de España! Regada en la extensión borrosa de los caminos del mundo, por la incredulidad y la fe; por la ambición y el desinterés; por el amor y el odio; por la generosidad y el egoísmo; por todas las virtudes y todos los pecados que se han aclimatado en la tierra. Sangre grata a los sentidos, porque evoca el color de los claveles que florecen pródigamente en los jardines de Andalucía. Porque embriaga dulcemente, en la cordialidad de un vino añejo. Porque trenza los nervios, en un alarde de emoción, el espectáculo bravío e irreconciliable de un toro y un torero, frente a frente. Porque flamea, al compás de sonoras castañuelas, en la danza lasciva de una gitana de ojos enigmáticos. Porque vibra en la copla encendida de pasión, resquebrajada de celos o luminosa de sincero regocijo, al aureolar el báquico contorno de la orgia. Porque, en fin, canta en el ritmo de todos los corazones, que no sin sino ánforas de inequívocos sentimientos: ternura, indiferencia o crueldad!

España está viviente en legendarios, en invariables y en imposibles horizontes. Subsiste en el amor de los españoles adheridos al materno solar. Se agranda en el recuerdo de los hijos sacrificados a la angustia de calcular distancias...

De aquel retablo básico, profunda e inextinguiblemente, español, arrancó Cervantes al héroe de su obra inmortal. Y lo lanzó a la enaltecedora conquista del universo. El espíritu de Don Quijote de la Mancha continúa la serie de sus aventuras ejemplares, por las más foscas encrucijadas del mundo. Y su generosa locura de "enderezar entuertos y desfacer agravios", es ahora, en estos tiempos de torvo y turbio mercantilismo, más precisa a la vez que más preciosa que nunca!...

#### MINIATURA BIOGRAFICA

La fecha del nacimiento de Don Miguel de Cervantes Saavedra oscila, según diversas conjeturas, entre el 29 de setiembre —acaso, por el nombre que le fuera adjudicado— y el 9 de octubre de 1547. Lo único en lo que no discrepan sus biógrafos es en el día del bautizo, realizado en la iglesia de Santa María la Mayor, en Alcalá de Henares, seguramente por el fundamental motivo de no negarle validez a la partida constante en el fol. 192 del registro parroquial, cuya copia textual dice lo siguiente:

"domjngo nueve dias del mes de octubre Año del señor de mill / e qnjs. e quarenta e siete años fue baptizado miguel / hijo de Rodrigo de cervantes e su muger doña leonor fue/ron sus conpadres Ju<sup>o</sup> / pardo baptizole El Rdo. señor bre. / seRano Cura de nra. señora tso. baltasar vazqz. sacrista / e yo q. le baptize e firme de mj noble. — El bachillr. SeRano".

En el caso de Homero —padre de la poesía épica— siete ciudades alegaron el derecho al honor de ser su cuna. En el de Cervantes, se disputaron gloria semejante: Madrid, Sevilla, Córdoba, Toledo, Esquivias, Consuegra, Alcázar de San Juan y Lucena.

La ascendencia de Cervantes la sitúa uno de sus más autorizados biógrafos en la ciudad de Córdoba.

No admite duda alguna el hecho de que la extensa aristocracia de aquella época, caminaba permanentemente unida a una sensible falta de solidez económica, circunstancia que en todo tiempo ha hecho desventurada y poco llevadera la existencia de los hombres.

El padre, Don Rodrigo de Cervantes, de profesión cirujano, conocido como el **sordo**, por adolecer de aquella enfermedad, así como su madre doña Leonor de Cortinas, carecieron de fortuna. El cuarto de los siete hijos que tuvo ese matrimonio, fue el autor de Don Quijote, y el único que alcanzó notoriedad en la familia. El segundo apellido, Saavedra, recogido de alguno de sus antepasados, quizás por una leve presunción nobiliaria, no le correspondía, en rigor, a don Miguel. Sólo una dolorosa realidad fué compañera inseparable de su vida: la pobreza. Ella, sin duda, le hizo poner en labios de Sancho esta frase tan amarga como verdadera: "el tener y el no tener son los dos solos linajes que quedan en el mundo".

Si el Erario público español padecía estrechecés y esperaba con vehemencia la llegada del oro de América, escaso siempre para cubrir sus necesidades más urgentes, la economía particular no dejaba de ser en extremo lamentable. "Si pobre estaba el rey, miserable vivía el pueblo. En las obras de Cervantes y en las de Hurtado de Mendoza, Quevedo, Mateo Alemán, Vélez de Guevara, Vicente Espinel, y en general, casi todos los escritores españoles de costumbres en **el siglo de oro**, podemos ver descrita esta situación horrible... Es, por tanto, de suponer que los hijos de don Rodrigo, el sordo y el pobre, no pasaron una infancia muy regalada, y que nuestro Cervantes no se educó con los mejores maestros, siendo entonces la educación privilegio de los ricos. Por lo pronto, con haber nacido en Alcalá de Henares, la célebre Cómpluto, y existir allí la famosa Universidad fundada por el Cardenal Jiménez de Cisneros, no consta que siguiera en ella curso alguno. Se cree que estudió en Madrid y en Salamanca; pero no hay pruebas. Rodríguez Marín afirma que estudió

en Sevilla. A Madrid se trasladaron sus padres por 1554. Según sus obras lo demuestran, fué hombre de vasta lectura y no vulgares conocimientos, adquiridos por su propia diligencia, pues sus medios escasos le impidieron poseer libros que citaba de memoria y equivocando a veces, como lo ha probado Clemencín, el nombre de los autores. Por su confesión sabemos —y muchas veces se ha repetido— que leía hasta los papeles rotos que encontraba por las calles. En 1568 enseñó gramática en el estudio del presbítero Juan López de Hoyos, y en 1569 figuró por primera vez como autor en una pobre colección de versos en memoria de doña Isabel de Valois, esposa de Felipe II, publicada por el mismo Hoyos, quien le llama “mi muy caro y amado discípulo”.

Por las frases que anteceden pudiera suponerse que Cervantes estuvo en Madrid en 1569, pero como veremos más adelante, parece indudable que abandonó España al finalizar el año de 1568. Así lo da a entender, también, Fitzmaurice, cuando consigna el dato de que los pasaportes para el retorno de Acquaviva a Italia, fueron extendidos con fecha 2 de diciembre de ese mismo año.

Otro de los biógrafos de Cervantes, al referirse al mismo punto de su vida, esto es, a la educación que recibió, no se resiste al deseo de sentar la siguiente observación: “...lo cierto es que nunca Cervantes se distinguió por su cultura intelectual ni por su erudición, y siempre se tuvo por un hombre cuya única sabiduría le había sido enseñada por la más grande y quizá la única de las maestras: la misma vida. Esta falta de estudios y el no poseer ningún grado ni título académico, le acarrearón, por cierto, más de una vez las burlas de sus maliciosos colegas, a quienes su portentoso genio hacía sombra. Con todo, no se ha de suponer que Cervantes desde su edad temprana, dotado como estaba de tan clara y perspicaz inteligencia, no sacase gran provecho de los estudios que pudiera seguir. Sus aficiones intelectuales de niños las ha dejado él mismo consignadas en varios pasajes de sus:

obras. Su amor a la poesía y su vocación de escritor debieron revelarse en él desde muy temprano...”

Finalmente, para no extremar las citas en este aspecto, nos serviremos de una más. “...Su versación humanista —dice otro de sus comentadores— sus dotes de composición lo señalan como alumno del estudio de los jesuitas en 1564 y 1656. Así lo cree Rodríguez Marín. Y quienes lo niegan tendrán que apelar al milagro de la ciencia infusa para explicarnos cómo Cervantes, al poco tiempo de su llegada a Madrid, en 1566 es el “amado discípulo” de López de Hoyos, y en nombre y representación de los alumnos del estudio de éste, el primero de la corte, aparece, entre grandes elogios y encarecimientos del gran humanista, firmando las composiciones poéticas, primeras que se conocen de él...”

Así, de poca significación, fueron los primeros bortes de su inquietud literaria. La madurez de sus pensamientos estaría reservada a más grandes destinos. Pero era muy joven aún. Y debería arrancarle a la vida sus más recónditos secretos. La experiencia lastima, en verdad, lo más profundo de la delicadeza espiritual, pero deja sabias, valederas e inolvidables enseñanzas.

Para proseguir su itinerario humano, Cervantes encontró una oportunidad, y la comprensiva y ágil penetración de un hombre, por cierto, de indiscutible inteligencia. Cuando por razones de Estado, el Papa Pío V envió a Madrid al Cardenal Guilio Acquaviva, éste tuvo ocasión de conocer a Cervantes y supo descubrir sus cualidades de hombre y los méritos de su talento. Lo tomó a su servicio y lo llevó consigo a Italia. La Italia del Renacimiento era el país que en aquel tiempo podía ostentar mayor nivel de cultura, entre los pueblos de Europa. Salió de España en diciembre de 1568. Recorrió una buena parte, desconocida aún, de la propia patria, un buen sector de Francia y grandes zonas del territorio italiano, hasta llegar a Roma.

Las excelencias del Renacimiento italiano, tan en armonía con la cultura clásica asimilada en los años de sus primeros estudios, adquieren consistencia en su espíritu avizor de nuevos y

grandes horizontes para sus anhelos de sabiduría. Sin embargo, en mérito de la fiebre aventurera que le quema la sangre, no se aviene enteramente con su condición de camarero de Monseñor Acquaviva. Se alista, entonces, en el ejército español destacado en Italia.

A bordo de la galera "La Marquesa" asiste, en la mañana del 7 de Octubre de 1571, a la célebre batalla librada en el Golfo de Lepanto. De allí surgen el lesionado y el héroe, y, como una lejana derivación del mismo hecho, el cautiverio en Argel. Las reiteradas tentativas de evasión ofrecen, como epílogo luminoso, un bello ejemplo de la nobleza del alma de Cervantes. Descubierta, por traición, uno de sus vanos intentos de fuga, asume con entereza toda la responsabilidad, para salvar de las crueldades del castigo a sus compañeros y, con singular valentía, exclama, en presencia de Hasán Pachá Bey de Argel: "ninguno de estos cristianos que aquí están tiene culpa en este negocio, porque yo solo he sido el autor de él, y el que los a inducido a que se huyesen".

No deja de tener particular importancia el acta del rescate de Cervantes. Por lo mismo, y además por ser un documento muy poco conocido, creemos útil reproducirlo en estas páginas.

"En la ciudad de argel a diez E/ nueve dias de el mes de septiembre (de 1580) / En Presencia de mi el dicho notario / El muy rreuerendo padre frai / juan gil rredentor suso dicho rrescato / a miguel de zeruantes natur / al de alcalá de henares de he / dad de treinta e vn años hijo / de rrodrigo de ceruantes E / de doña leonor de cortinas / vesino de la villa de madrid mediano / de cuerpo bien barbado estrope / ado de el braco y mano yzquierda / captiuo en la galera del sol / yendo de napoles a España, don / de estuuo mucho tiempo En servicio / de su magestad perdióse a veinte e seis / de septiembre del año mill / y quinientos E setenta y cinco, estaua en / poder de acan baja rrey. costo / su rrescate quinientos escudos de oro / En oro no le quería dar ni pa / tron si no le dauan escudos de oro / En oro de españa porque si no le / lleuaua á constantinolla / y asi atento ésta necesidad E /

que este xpiano no se perdiere / En tierra de moros se busca / ron  
 Entre mercaderes du / cientos E veinte escudos a rracon / cada  
 vno de ciento y veinte e cin<sup>ta</sup> / co asperos porque los demas que /  
 fueron ducientos y ochenta / avia de limosna de la rreden / cion  
 y los dichos quinientos es / cudos son e hacen doblas a rra / con  
 de a ciento e treinta e cinco as / peros cada esudo mill e trescientas  
 y quarenta doblas. tuuo de ad / jutorios trescientos ducados que /  
 son e hacen doblas de argel con / tado cada rreal de a quatro A /  
 quarenta e siete asperos se / tecientos y setenta e cinco e veinte /  
 y cinco dineros. fue ayudado con / la limosna de francisco de ca-  
 ramanchel / de que es patron El muy jlustre señor don iñigo / de  
 cardenas capata del consejo / de su magestad con cinquenta doblas  
 a de / la limosna general de la horden fue ayu / dado con otras  
 cinquenta las demas rrestantes a cumplimiento de las myl / E  
 trescientas y quarenta hico o / bligacion de pagallas a la dicha  
 horden / por ser marauedis Para otros cap / tiuos que diéron deu-  
 dos en españa / para sus rrescates e por no estar / a el presente  
 En este argel / no se han rres / catado y estar obligada la dicha  
 horden / a boluer a las partes su dinero / no rrescatando los tales  
 cap / tiuos E mas se dieron nueve do / blas a los oficiales de la  
 galera / del dicho rrey acan baja que pidieron / de sus derechos.  
 En fee de lo cual lo firma / ron de sus nombres testigos alonso de  
 berdugo E / francisco de aguilar, miguel de molina, / Rodrigo de  
 frias, xpianos. frai juan gil / paso ante mi pedro de rriuera notario  
 apostolico /”

No pocos sacrificios económicos de sus familiares y la diligen-  
 te y generosa intervención de Fray Juan Gil, alcanzaron el rescate  
 de Cervantes. Pero a su retorno a España, si bien la libertad sue-  
 le ser inapreciable por bella, la sujeción a la miseria no deja espa-  
 cio para el sereno y reposado desenvolvimiento de las tareas ha-  
 bituales de los individuos. Es un fantasma que turba la razón,  
 que mantiene en constante sobresalto al espíritu y que roba el  
 tiempo a las actividades predilectas.

Tal ocurrió con Cervantes. Esperó alguna recompensa del Gobierno por sus servicios militares, por la mancuada adquirida en memorable acción de guerra y por el largo cautiverio de Argel. Pero sus esperanzas se desmoronaron lamentablemente. Se vió en la triste necesidad de empeñar objetos pertenecientes a una de sus hermanas. Entonces tentó fortuna con la producción literaria. Apareció "La Galatea" en 1585, obra de ambiente pastoril, tan gustado en aquel tiempo; pero no le produjo más de 1.336 reales, cubiertos por Blas de Robles, el único editor que se prestara a publicarla.

Un año antes, contrajo matrimonio con doña Catalina de Palacios Salazar y Vozmediano, natural de Esquivias, "quien no ha de suponerse por sus muchos nombres que aportara al matrimonio bienes considerables".

Comenzó a escribir para el teatro, con afanes innovadores, y el muy especial propósito de procurarse algún dinero. Su optimismo —si acaso llegó a tenerlo— pronto se trocaría en un desengaño más.

Vienen luego los años de silencio. Un largo paréntesis en su vida literaria. Su labor intelectual se paraliza por un espacio aproximado de dos décadas. Después de "La Galatea", nada publica, salvo alguna que otra composición poética, hasta la aparición de la primera parte de "El Ingenioso Hidalgo Don Quijote de la Mancha", en 1605. En tan extenso intervalo, le ocurren las cosas más vulgares y a la vez trágicas de la existencia. Escenas familiares que debieron amargar en mucho su lastimado corazón. Desempeña menguados empleillos. En el de mayor significación alcanza a ganar doce reales diarios de sueldo, amén de las más frecuentes y pesarasas contrariedades. Por acopiar pan, trigo y cebada del Dean y Cabildo de Sevilla, en fuerza de sus obligaciones, llega a ser excomulgado, "con las debidas formalidades".

Fatigado, tal vez, en el ejercicio de ocupaciones tan hostigosas como ingratas, un buen día apareja documentos que los eleva

a conocimiento del rey, con el siguiente memorial, en el que manifiesta vivos deseos de venirse a América:

“Señor Miguel de Cervantes Saavedra, que ha servido a V. Majestad muchos años en las jornadas de mar y tierra que se han ofrecido de veinte y dos años a esta parte, particularmente en la batalla naval, donde le dieron muchas heridas, de las cuales perdió una mano de un arcabuzazo, y al año siguiente fue a Navarino, y después a la de Tunes y a la Goleta; y viniendo a esta corte con cartas del Sr. D. Joan y del Duque de Sessa, para que V. M. le hiciese merced, fue captivo en la galera del Sol, él y un hermano suyo, que también ha servido a V. M. en las mismas jornadas, y fueron llevados a Argel, donde gastaron el patrimonio que tenían en rescatarse, y toda la hacienda de sus padres y las dotes de dos hermanas doncellas que tenía, las cuales quedaron pobres por rescatar a sus hermanos; y después de libertados fueron a servir a V. M. en el reino de Portugal y a las Terceras con el Marqués de Santa Cruz, y agora al presente están sirviendo y sirven a V. M., el uno de ellos en Flandes, de alférez, y el Miguel de Cervantes fue el que trajo las cartas y avisos del alcaide de Mostogán y fue a Oran por orden de V. M.; y después ha asistido sirviendo en Sevilla en negocios de la Armada por orden de Antonio de Guevara, como consta por las informaciones que tiene, y en todo este tiempo no se le ha hecho merced ninguna. — Pidé y suplica humildemente cuanto puede, a V. M. sea servido de hacerle merced de un oficio en las Indias de los tres o cuatro que al presente están vacos, que es el uno en la contaduría del Nuevo reino de Granada, o la gobernación de la provincia de Soconusco en Guatimala, o contador de las galeras de Cartajena, o corregidor de la ciudad de la Paz; que con cualquiera de estos oficios que V. M. le haga merced la recibiría; porque es hombre hábil y suficiente y benemérito para que V. M. le haga merced; porque su deseo es continuar siempre en el servicio de V. M. y acabar su vida como lo han hecho sus antepasados, que en ello recibirá muy gran bien y merced”.

Ante esta solicitud se despereza la tradicional incuria admi-

nistrativa y —cosa inaudita— en quince días obtiene una rotunda negativa del Consejo de Indias, con una providencia concebida en estos términos laconicos: "Busque por acá en que se le haga merced". Está fechada en junio de 1590 en Madrid, y la autoriza con su firma un tal doctor Núñez Morquecho, nombre que si no fuera por esta ingrata circunstancia, jamás se habría sabido que existió.

Había, pues, de seguir condenado a la insatisfacción de anti-páticos empleos, sin norte y sin brújula. ¡Pobre vida encuadrada en un áspero marco de fastidio! Un día cualquiera, experimenta una injusta rebaja de sueldo. En otra ocasión, con generoso sentimiento, se constituye fiador de un amigo. Y en fechas posteriores, más desafortunadas todavía, sobrelleva sucesivas prisiones, por no poder restituir a la hacienda pública las contribuciones recaudadas a lo largo de los caminos de España, a causa de la estafa y consiguiente desaparición del depositario de las cobranzas efectuadas, un tal Simón Freire de Lima.

Como un paréntesis en su agitado trajinar por los pasillos del desencanto burocrático, Cervantes obtiene el primer premio en un concurso de poesía promovido por los frailes dominicanos de Zaragoza, con motivo de la canonización de San Jacinto. El galardón estaba constituido por tres cucharas de plata.

Cesante, al cabo, en todos los azarosos empleos que le había correspondido desempeñar —recaudador de contribuciones, comisario real para la provisión de la Armada Invencible, y cobrador de créditos fiscales atrasados— se traslada, por fin, a Valladolid, para reunirse con los suyos. Pero el infortunio suele ser excesivamente fiel con algunos mortales. Un incidente oscuro, en el que perdió la vida don Gaspar de Espeleta, le conduciría, una vez más, a la prisión, en compañía de todos sus familiares, por una equivocada actuación del Alcalde Villarroel. Le fue perjudicial en esta ocasión, la imprevista circunstancia de habitar en una casa vecina al lugar del suceso. Aunque su inculpabilidad fuera prontamente reconocida y, en consecuencia, excarcelados todos, no de-

jaría de herir su sensibilidad este nuevo embate de la malaventura.

Por espacio de cinco años, de 1598 a 1603, poco o nada se conoce de la vida de Cervantes. Pero no se puede suponer, ni aún lejanamente, que experimentara transformación alguna favorable, su aflictiva situación económica. Quien sabe si fué por aquel preciso tiempo, cuando tuvo expresiones como las que vamos a consignar enseguida, para enaltecer una época tan diferente de la que le tocó en destino vivir, en un ambiente hostil y lleno de privaciones, a través de los días iguales, y bajo la amenaza de no contar siempre con los indispensables medios de subsistencia. Estas frases dejan de ser una lamentación para tornarse apesadumbrada añoranza. Las pone en labios de Don Quijote, en su discurso a los cabreros, sobre la edad dorada: "Dichosa edad y siglos dichosos aquellos a quien los antiguos pusieron nombre de dorados, y no porque en ellos el oro, que en esta nuestra edad de hierro tanto se estima, se alcanzase en aquella venturosa sin fatiga alguna, sino porque entonces los que en ella vivían ignoraban estas dos palabras de **tuyo y mío**. Eran en aquella santa edad todas las cosas comunes: a nadie le era necesario para alcanzar su ordinario sustento tomar otro trabajo que alzar la mano y alcanzarle de las robustas encinas, que liberalmente les estaban convidando con su dulce y sazonado fruto. Las claras fuentes y corrientes ríos, en magnífica abundancia, sabrosas y transparentes aguas les ofrecían. En las quiebras de las peñas y en los huecos de los árboles formaban su república las solícitas y discretas abejas, ofreciendo a cualquier mano, sin interés alguno, la fértil cosecha de su dulcísimo trabajo. Los valientes alcornoques despedían de sí, sin otro artificio que el de su cortesía, sus anchas y livianas cortezas, con que se comenzaron a cubrir las casas, sobre rústicas estacas sustentadas, no más que para la defensa de las inclemencias del cielo. Todo era paz entonces, todo amistad, todo concordia: aún no se había atrevido la pesada reja del corvo arado a abrir ni visitar las entrañas piadosas de nuestra primera madre;

que ella, sin ser forzada, ofrecía, por todas partes de su fértil y espacioso seno, lo que pudiese hartar, sustentar y deleitar a los hijos que entonces la poseían...

Es presumible que en el refugio hogareño de Valladolid, terminara su célebre novela. La extendida creencia de que fuera escrita en la cárcel; que tantas veces le hospedó, se fundamenta en éstas sus propias palabras, resaltantes en el prólogo a la primera parte del Quijote: "...Y así, ¿qué podía engendrar el estéril y mal cultivado ingenio mío, sino la historia de un hijo seco, avellanado, antojadizo y lleno de pensamientos varios y nunca imaginados de otro alguno, bien como quien se engendró en una cárcel, donde toda incomodidad tiene su asiento y donde todo triste ruido hace su habitación?"

Para nadie ha tenido, tiene, ni podrá tener fundamental importancia el hecho de que el Quijote hubiese sido escrito en la cárcel, en el aposento familiar de Valladolid o en el solitario cuarto de Sevilla. Lo único que debe agradecer la humanidad, es su existencia misma, cuyos episodios corren paralelamente con la profunda observación de la vida y sus incongruencias, captadas con asombrosa nitidez por la fecunda imaginación de Cervantes.

Nada pudo otorgarle al inmortal hijo de Alcalá de Henares, esa exquisita plenitud espiritual de que tanto han menester los hombres grandes; quizás, sólo amenguaría su tristeza el conocimiento íntimo, la certidumbre honda y silenciosa de haber producido una obra maestra. Dueño de amplia cultura y de caudaloso sentimiento, dotado de los mejores atributos humanos, necesariamente debió estar en capacidad de juzgar su propia obra, de aquilatar el oro que había regado en las orillas del mundo la prodigiosa corriente de su pensamiento. Por eso, la aparición de la primera parte de "El Ingenioso Hidalgo Don Quijote de la Mancha", en 1605, debió darle a su corazón, zaherido incesantemente por la adversidad, un remanso de satisfacción. Aún cuando algo más tarde, la edición apócrifa e insultante de la segunda parte,

firmada por un supuesto Alonso Fernández de Avellaneda, descontaría parte de su sincera complacencia.

A la publicación de una obra poética, "Viaje del Parnaso", precedió la de las "Novelas Ejemplares", en cuyo prólogo quiso dejar su filiación, en estos concisos términos: "Este que veis aquí, de rostro águileño, de cabello castaño, frente lisa y desembarazada, de alegres ojos y de nariz corva, aunque bien proporcionada; las barbas de plata, que no ha veinte años que fueron de oro; los bigotes grandes; la boca pequeña; los dientes, ni menudos ni crecidos, porque no tiene sino seis y éstos mal acondicionados y peor puestos, porque no tienen correspondencia los unos con los otros; el cuerpo entre dos extremos, ni grande ni pequeño; la color viva, antes blanca que morena; algo cargado de espaldas y no muy ligero de pies. Este digo que es el rostro del autor de **La Galatea** y de **Don Quijote de la Mancha**, y del que hizo el **Viaje al Parnaso**, a imitación del de César Caporal Perusino, y otras obras que andan por ahí descarriadas y quizá sin el nombre de su dueño: llámase comúnmente **Miguel de Cervantes Saavedra**".

Otro libro de Cervantes, "Ocho comedias y ocho entremeses nuevos" se publica en noviembre de 1615. En el prólogo hace sentidas reminiscencias de su pasada juventud y admirativamente evoca la figura del gran Lope de Rueda y de sus éxitos teatrales, sin dejar de mencionar a Lope de Vega, ese "monstruo de la naturaleza", que ejerciera por largo tiempo una especie de absolutismo en el Teatro español.

La segunda parte de "Don Quijote de la Mancha", sería el último de los libros que sus ojos alcanzarían a ver publicado. Cabe suponer —como lo hacen algunos de sus biógrafos— que, de no haber visto la luz el Quijote apócrifo de Avellaneda, Cervantes acaso, no hubiera apresurado la terminación de su obra más destacada. El desplante del anónimo sustractor del más significativo de sus trabajos, estimuló sus afanes de concluirlo y dejarlo como legado de inestimable valor a la posteridad.

Un libro más pudo dejar terminado, antes de alejarse a "la inexplorada región de la cual ningún viajero retorna", como dijera Hamlet. Ese libro fué "Los Trabajos de Persiles y Sigismunda". En el prólogo acostumbrado, quiso consignar los primeros versos de unas difundidas coplas, cuatro días antes de su muerte. Ello revela claramente el conocimiento que tuvo de la proximidad del fin. Era a la vez su despedida postrera a don Pedro Fernández de Castro, Conde de Lemos, el único benefactor que encontrara sobre la dura tierra:

"Puesto ya el pie en el estribo,  
Con las ansias de la muerte,  
Gran Señor, esta te escribo".

El 23 de abril de 1616, con esa noble majestad del hombre superior, que piensa en el definitivo y misterioso éxodo que va a emprender su espíritu, reclinó su cabeza, esa augusta cabeza de hondos pensares, en el seno infinito de la Muerte Don Miguel de Cervantes Saavedra, quien un buen día lanzara a correr por la llanura manchega, primero, y luego por los universales confines, al más cuerdo de los locos, al hombre de verticales actitudes y al más cumplido caballero de todas las edades. Se extinguía, así, en el silencio magno de los siglos; se perdía materialmente; pero quedaba vibrando por la eternidad, la voz austera del más excelso patriarca de las letras, del "príncipe de los ingenios españoles".

## CERVANTES Y SHAKESPEARE, DON QUIJOTE Y HAMLET

El primer paso del Quijote, en marcha hacia la conquista del mundo, lo dió en vida de su autor. A los siete años de su aparición, esto es, en 1612, circuló en la Capital Británica la traducción de la Primera Parte, hecha por Thomas Shelton. Pero en

opinión del Profesor Edward M. Wilson, Catedrático de la Universidad de Londres, el "primer brote cervantino aparece en Inglaterra en 1607". Cita esta frase de una obra de Wilkins: "Muchacho: sostén bien esta antorcha; que ahora ya estoy armado para luchar contra un molino de viento..." y se refiere, además, a otras alusiones públicas, relacionadas con el Quijote. Cervantes ignoró, seguramente, la popularidad que su libro iba adquiriendo en otros países.

En sus preocupaciones literarias, no pocos escritores de relieve universal, han asociado los nombres de Shakespeare y Cervantes, así como los de los protagonistas principales de sus obras más notorias: Hamlet y Don Quijote. Como veremos enseguida, en verdad existen diferencias esenciales entre estos dos últimos personajes, como las hay, también, marcadísimas, en las vidas y destinos de sus ilustres creadores.

"No existe para Hamlet sino el lado negro, de la existencia; para él ha terminado el amor cuando debía comenzar; para él ya no hay alegrías, en plena juventud, y como en su propia madre ha descubierto la bestia humana, hombres y mujeres inspíranle asco igual y desprecio la vida, que considera como un paso horrible hacia la región inconmensurable y misteriosa de las sombras. ¡Contraste grande con el casi infantil optimismo del hidalgo español!... Para Don Quijote el mal nunca es perdurable sobre la tierra, y aún en los lances más desgraciados redobra sus energías una risueña, fecunda y consoladora esperanza. Don Quijote, en suma, es la antítesis de Hamlet. Mientras éste, lleno de juventud y de poder, heredero de una corona, sólo distingue en el mundo su aspecto más sombrío, el generoso manchego, acercándose al término de su carrera, pobre y sin más galardones que la interminable sucesión de palos y de burlas que va recibiendo por el camino, contempla, sin embargo, la vida al través de cristales color de rosa".

Por las rutas estelares de la literatura, no obstante la divergente realidad de sus propios temperamentos, se acercan y van

juntas, ante la absorta mirada de los espíritus que aman la belleza inmortal, las siluetas ingravidas de Don Quijote y Hamlet. Y al eco de estos nombres se sueldan necesariamente al recuerdo, en unidad de pensamiento, los de Cervantes y Shakespeare. Porque ambos incursionaron en los laberintos de la locura, porque los dos infundieron a sus héroes diferenciados sentimientos, caracteres disímiles —antagónicos, acaso— pero encaminados, indudablemente, a la realización de memorables acciones. Hay enorme distancia, es cierto, entre las ideas y los hechos de cada uno de ellos; pero, en suma, los dos están dotados de una predominante concepción acerca de su propio destino. Cada uno tiene su locura, distinta, en verdad, la una de la otra; pero, de todos modos a cada uno le asiste su específica manera de apreciar la forma y las circunstancias del pequeño universo que lo rodea, así como una diferente actitud frente a los problemas de la existencia.

Hamlet, ante todo, piensa en sí mismo. Puede atribuírsele un profundo desdén hacia lo que no le pertenece en esencia. En una como severa introspección, penetra hasta lo más recóndito de su propia conciencia, escudriña los íntimos recodos de su corazón, y de aquellas alborotadas cavidades, sale a la superficie, y se revela sombríamente, una especie de desafecto hacia sí mismo y de egoísmo, alternativamente. Visible se muestra esa característica veleidad que imprime a todas sus acciones. Una manifiesta exhibición de su perenne versatilidad, cobra especial relieve en las íntimas confidencias del amor. Un día escapan de sus labios estremecidos juramentos de rendida adoración a Ofelia. Otro día, inesperadamente, triza el espejo de aquellos sueños puros, con estas desleales y equívocas palabras, que reflejan, eso sí, su temperamental inconstancia: "Yo te amaba... No te he amado nunca". Estas evidentes y contradictorias actitudes, tan frecuentes en Hamlet, contrastan poderosamente con la solidaria misión que, sobre la suerte de la humanidad, se impuso voluntariamente Don Quijote. Ella le lleva ciegamente hacia un objetivo concreto: "enderezar tuertos y desfacer agravios", aunque tan rígido sometido

miento al mandato justiciero de sus altruistas inclinaciones, le produzca males físicos y dolorosos impactos morales. Porque la ingratitud crece abundantemente, como la yerba mala y, a veces, está cuidadosamente cultivada en translúcidos invernáculos...

Exteriormente, la vida presenta diferentes matices y paisajes diversos; pero en todo caso, si la mirada del hombre penetra en ella desapasionadamente, o quizás con el vivo afán de precisar algo entrevisto o imaginado vagamente, algo que siempre ha deseado esclarecer, es indudable que ante el espectáculo que se ofrezca a sus ojos, le embargará la sorpresa. No dejará de encontrar, después de todo, aspectos de hermosura, cuando no un conjunto de belleza en el mutable desfile de los días...

A Hamlet le corroe el escepticismo. Duda de todo. Aún de las realidades más inmediatas. Le acosa, implacable, la aparición de la sombra de su padre, y el cruel mandato que recibe, en relación con las circunstancias de su muerte. Una cabalgata de recuerdos angustiosos le impide ordenar serenamente sus ideas. Nebulosamente cruza por su imaginación el fantasma del suicidio. Y en su corazón late un acelerado tedio de la vida, que coloca en plano insignificante, muy secundario, el amor a Ofelia. Y su pensamiento vaga intranquilamente por los siniestros dédalos de la locura.

En cambio, Don Quijote, con cuanta plenitud de espíritu recorre los caminos del mundo, en plan de justiciera rectificación de cuanto error o signo de maldad hubiere de encontrar en todos ellos. Tiene confianza en su misión de embajador de la bondad persuasiva. Altivo y noble, valeroso y resuelto se subordina a la mansedumbre de su corazón, no piensa sino en acometer empresas generosas. Y cuando se ve en el duro pero necesario trance de aniquilar a descomunales gigantes y nutridos ejércitos—transformados en molinos de viento y manadas de carneros, por invisibles enemigos—sin vacilación arremete contra ellos, encomendándose previamente, no a Dios, en consonancia con su ascendrada fe católica, sino a su encantadora Dulcinea, en obedien-

cia a las estrictas normas de los invencibles caballeros andantes.

Hamlet y Don Quijote siguen por distinto trayecto. Marchan en opuesto sentido a través de sus propios derroteros. Sólo se juntan en una fase común: la muerte. "Tanto Hamlet como Don Quijote mueren de manera conmovedora. ¡Pero qué diferentes finales! Magníficas son las últimas palabras de Hamlet. El se resigna, se consuela... Pero la mirada de Hamlet no se extiende adelante... "el resto... silencio", dice el escéptico Hamlet al morir y efectivamente calla para siempre. La muerte de Don Quijote llena nuestra alma de una indecible tristeza. En este instante, toda la significación de este personaje se hace accesible a cada uno de nosotros. Cuando su antiguo escudero, tratando de consolarle le dice que pronto volverá de nuevo a las caballerescas andanzas, el moribundo Don Quijote contesta: "No, todo eso pasó para siempre, y yo pido a todos perdón, yo no soy ya Don Quijote, yo de nuevo soy Alonso el Bueno, como a mí algún día me llamaban". Estas son palabras admirables. Al mencionar este sobrenombre, por primera y última vez, conmueve al lector. Sí, sólo esta palabra tiene importancia ante la muerte. Todo pasa, todo desaparece: la dignidad más elevada, el poder, el genio omnipotente, todo se convierte en polvo... "Todo lo grande que existe en el mundo se desvanece como el humo..." Pero las buenas acciones no se desvanecen como el humo, ellas son más perdurables que la más deslumbrante belleza: "todo pasa —dijo el apóstol—, sólo el amor queda".



Cabe suponer, dentro del margen de lo verosímil, que hasta Shakespeare llegaría el Quijote, a través de la versión inglesa de Shelton, o quizás en su idioma originario, porque se sabe que había leído a otros autores en castellano.

Las vidas de Cervantes y de Shakespeare presentan sensibles discrepancias y también semejanzas apreciables. Ya sabemos cómo en sesenta y nueve años de "residencia en la tierra", el primero vivió siempre a la vera de la fortuna, y se trabó en desproporcionada lucha con la adversidad. Shakespeare no tuvo permanentemente ante sus ojos el fantasma de la miseria, por lo mismo, su corazón escaparía a la perenne visita de la angustia. Casi impasible a la zozobra de la pobreza, Cervantes se entregaría al suave, al amable ejercicio de la poesía. Y vaciaría sus singulares facultades en la conformación de un libro magno. Pues, no otra cosa que un poema heroico, cómico y trágico a la vez, es "Don Quijote de la Mancha". Si el soportar las mordeduras del hambre y restarle tiempo al descanso, en laboriosas vigili- as, son los inequívocos signos del soñador, Cervantes fué uno de los más empedernidos soñadores. Quiso realizar un sueño, y forjó una obra, en su propio concepto, perdurable, no por mezquinas ambiciones de dinero —que tanta falta le hiciera en todo instante— sino, acaso, para equilibrar los largos días de amargura con otros de bonanza, producida por el amor y la mansedumbre que dejaba su pobre espíritu atormentado por la realidad, en cada una de las páginas del Quijote. Decididamente, Cervantes fué un soñador. Shakespeare, tampoco puso límites a su imaginación privilegiada. Supo crear personajes extraordinarios; pero sosegadamente, a la sombra cordial de la fortuna. Mas, cuanto "ganó en sus obras y su trabajo de actor y de empresario, no fue compensación para la ingratitud del amigo, para la infidelidad de la amante, para los remordimientos de su propia conciencia, agitada —si a él mismo se refieren las confidencias que contienen sus **Sonetos**— por una culpa tan honda como misteriosa.. Esta tormenta interior explica el pesimismo de sus últimos años, y que siendo tan bueno como él fué para sus semejantes, abrigara en el fondo de su corazón el desprecio por los hombres, el odio, provocado principalmente por el espectáculo inmundo de la ingratitud, que brotan a raudales en los lamentos e imprecaciones de Hamlet, de Otelo, de

Lear, y sobre todo, en los rugidos de fiera acorralada de Timón de Atenas. Cervantes sufrió también la traición, la ingratitud, la envidia, la infamia de los hombres en cuantas formas puede concebir la fantasía más diabólica, desde el tormento y la esclavitud hasta la miseria. Fué heroico, y se pagaron sus hazañas con la cárcel, el desprecio y el olvido. Fué activo y luchador, y siempre tocó a sus puertas la mano descarnada del hambre. Pero cuando terminó su vida, casi en el mismo día que Shakespeare —el 23 de abril de 1616, con la diferencia de que el calendario gregoriano no hubo de aceptarse en Inglaterra hasta 1752—, no tuvo una frase amarga siquiera para la humanidad, un solo reproche para los autores de su prolongado martirio”.

Cervantes y Shakespeare se parecen en ese fino y certero don que ambos poseen para descubrir las cualidades e imperfecciones de los seres humanos. En ese profundo conocimiento del corazón y las pasiones de los hombres. Es en esa psicológica penetración que afirmaron la existencia de las criaturas que lanzaron al mundo de la literatura, y que subsistirán por los siglos de los siglos, con más valedera solvencia universal cada día. Por eso, la humanidad que tanta inclemencia e injusticia tuvo para sus lejanas vidas —negándole al primero toda posibilidad de hacer menos fatal su viaje por el mundo, y pretendiendo arrebatarse el bien ganado derecho a la posteridad y a la gloria, al segundo— ha reparado su falta de percepción espiritual, al no rendirles oportunamente férvido homenaje. La humanidad seguirá siendo lo que siempre ha sido: tarda en el reconocimiento del bien que le ha sido otorgado, cuando no ciega y brutal con quienes le dieron la perenne irradiación de su grandeza.

El tiempo no se estanca. Corre incesantemente. Los siglos se acumulan sobre la tierra. Y el olvido florece pródigamente en todas sus latitudes. ¡Cuán poco queda en pie de las edades pretéritas! Apenas unos nombres. Algunos pocos nombres que dignificaron su destino, y pudieron salvarse de la indiferencia de los mortales. Nombres trazados con estelares signos en el gran fir-

mamento de la historia. Nombres de seres cuyas vidas, en una inmensa mayoría, estuvieron proscritas del reino de la felicidad. Pero cuyos espíritus se alzaron majestuosos sobre el horrible gusanero de la envidia. Espíritus que vierten, como los planetas distantes, desde su órbita eterna, raudales de luz propia sobre esa misma humanidad inhóspita!

### CERVANTES Y MONTALVO

En nuestra América también, el nombre de Cervantes, invariablemente asociado al de Don Quijote, ha sabido despertar alboradas de simpatía en innumerables espíritus.

Si algún privilegiado compatriota suyo, poseedor de sólidos conocimientos filológicos, supo formar un tratado de gramática y un diccionario, además, únicamente con materiales extraídos del Quijote —ya se puede suponer que nos reeferimos a Cejador y Frauca— también por estas nuevas dependencias del mundo, existieron hombres que, con indeclinable amor a Don Quijote y capital admiración para Cervantes, se tornaron ardorosos panegiristas de la obra y de su autor.

Algo más había de ocurrir con uno de estos hombres de hispánica raigambre, con el ecuatoriano Juan Montalvo. Tanta fué su pasión por el "divino manco" y el máximo personaje de su libro que, no obstante la responsabilidad que sólo concebir tan enorme propósito encarnaba, llegó a escribir un libro de vastas proyecciones y dimensional atrevimiento: los **"Capítulos que se le olvidaron a Cervantes"**. Una especie de subtítulo oportuno y devoto, aclara su posición y desvanece la asombrada inquietud de los lectores: "ensayo de imitación de un libro inimitable".

Este trabajo pudo realizarlo con tanta capacidad como fortuna para que uno de los más firmes valores de la inteligencia his-

panoamericana, se refiera a la inigualada audacia de Don Juan, con estas inobjetables opiniones. "...Valióle sí a Montalvo para su magnífica parodia, ya que no la espontánea semejanza en medios de expresión, el profundo sentimiento del espíritu y la idealidad de la creación cervantesca; y no sólo manifestó ese sentimiento en la parodia misma, sino también, y aún más si cabe, en las páginas críticas que la preceden. Nadie, en idioma castellano, ha hablado de Cervantes y del **Quijote**, como Montalvo en esas páginas. Sin asomo de hipérbole puede decirse que ellas son el análisis condigno de la creadora síntesis del genio. La más durable estatua de Cervantes está allí, labrada con la unción que un artífice devoto pondría en cincelar una imagen sagrada..."

La recia contextura espiritual de Montalvo le hizo amar la libertad sobre todas las cosas. Vino al mundo con la inexcusable misión de lavar con su verbo tremanté el oprobio que la renovada aparición de tiranos y tiranuelos esparciera sobre esta patria ecuatoriana, tan fustigada por el infortunio. Girón de tierra con el cual, como compensación, la Naturaleza no ha podido ser egoísta en el reparto de sus dones.

Niño aún, Montalvo llegó a leer las páginas del **Quijote**. Fué dueño de una privilegiada memoria. Repetía con asombrosa fidelidad capítulos enteros de ciertos libros que comprometían su predilección.

Fácil resulta suponer que en la obra de Cervantes aprendió a amar la exquisitez y la belleza de la lengua castellana, a la que, con el andar del tiempo, llegaría a darle la contribución de sus altas facultades intelectuales. Y a llevarla prístina y majestuosa por los ámbitos de la cultura universal.

Tuvo un sentido tan elevado, una tan arraigada devoción por la pureza y gallardía del lenguaje, que su empleo justo y armonioso, fue una de las más grandes preocupaciones de su vida. Por eso llegó a escribir con tanto acierto como corrección. Por eso, también, en la elegancia de esta imagen, dejó bien precisado el concepto que tenía sobre el valor de las palabras: "como las pie-

dras preciosas en reducido volumen abrigan la luz y los colores, así hay vocablos en los idiomas que son como compendios de cuanto sabiduría pueden ellos comprender. Dándole la vuelta a esa palabra sublime, descubrimos otro universo”.

Como acertadamente opinara Angel Rosenblat, en el prólogo a la edición argentina de los “Capítulos que se le olvidaron a Cervantes”, del amor por la lengua le nació la atrevida idea de escribir esa parodia. Tal vez, su propósito original consultaba la elaboración de un ensayo sobre el idioma castellano; pero meditó más anchamente y, en lugar de un libro didáctico, emprendió en la amorosa tarea de multiplicar las hazaña de Don Quijote; pero adaptándolas al propio medio, retratando en sus capítulos ciertos personajes fácilmente identificables en las esferas políticas y sociales del Ecuador de esa época. No era empresa fácil la de lanzar por los campos de América al Caballero de la Triste Figura, a continuar las aventuras en que tres siglos atrás viviera empeñado. Pero para hacer posible su intento, contaba con tres factores esenciales: esa facultad suya exclusiva para asimilar el estilo literario de Cervantes; ese desmedido e inseparable cariño hacia la simbólica figura del Quijote; y, esa rendida fe en la excelsitud de la lengua castellana, de esa lengua que no podía concebir que fuese ultrajada ni menospreciada en su esplendor y en su pureza, de esa lengua en la que, según sus propias palabras, “Cervantes ha escrito para todos los pueblos de la tierra... La lengua en que debemos hablar con Dios...”

Montalvo mismo califica de osadía al intento de imitar a Cervantes. Sin embargo, resueltamente se encamina a ese fin, alentado por la admiración que profesa al “príncipe de los ingenios”, por inclinación afectiva hacia el hombre en quien se entremezclaron caprichosamente la grandeza, la virtud y el infortunio. Y en un máximo anhelo de justificación, recuerda que el propio autor de Don Quijote formuló una especie de invitación “a continuar la obra que él dejaba inconclusa...”

Pero la razón poderosa, el móvil supremo que le impulsaba a tan arduo como difícil trabajo era, a no dudarlo, la extrema simpatía, acaso, con más propiedad podría decirse, la pasión que despertaron en su espíritu, la accidentada vida, la juiciosa locura y la enternecedora muerte de Don Quijote.

En la existencia de Don Juan Montalvo, adquieren apacibles relieves los más nobles sentimientos humanos, siempre, eso sí, que la injusticia y la tiranía no hagan su aparición sobre la tierra. Los mismos sentimientos que en Don Quijote sobresalen y son la causa primordial de su locura heroica, tan voluntariosamente interpretada!

El espíritu cordial de Don Quijote se hermana, legítima e íntimamente, con el espíritu indómito y lustral del Cosmopolita.

"Montalvo hizo del Quijote su escuela asidua. Lo supo casi de memoria desde temprano. No necesitó releerlo para nutrirse de él en su soledad sin libros. Lo llevó al destierro, no consiguió, en sí. ¿Quién mejor que Cervantes para consejero de su adversidad? Pero más que cervantista fué quijotista. La congenial simpatía le reveló el secreto viviente, el encanto humano de la grandeza y miseria de Don Quijote: así pudo resucitarlo en cuerpo y alma sin profanación. Antes que imitación o reproducción mecánica de la obra maestra, la suya es como si dijéramos natural desenvolvimiento y continuación de la vida infusa en el original y captada aquí con el amor lúcido de quien se sintió poseído por la evocación inmortal".

El espíritu errante del Quijote traspuso las montañas de los Andes. Llegó hasta el egológico retiro de Montalvo. Estremeció su corazón de niño. Le acompañó en la pesadumbre del exilio. Templó su voluntad y le infundió optimismo, para las luchas sin tregua contra la esclavitud y la injusticia; pero a la vez le donó el más limpio ejemplo de perseverancia en la persecución del ideal y en la conquista del bien. Y le otorgó también la dádiva de su inconmensurable amor a la humanidad.

## LA HUMANIDAD Y DON QUIJOTE

Agudo observador de los humanos sentimientos y del horizonte espiritual de su época, Cervantes pudo, en un afortunado instante de la inteligencia, crear un personaje que encarnara la síntesis de todo ser, que fuera la concreción del hombre de todas las latitudes; que, desde el poco envidiable plano de gonfalonero de la justicia, incansablemente se dedicara a "enderezar tuertos y desfacer agravios". Esta es una de las particularidades que ha hecho de Don Quijote una especie de símbolo de la justicia, y que su figura excelsa pase sobre el vaivén de los siglos en perenne función de actualidad. De ahí que su solo nombre represente —concebido a través de mil y un dislates— la viviente inquietud de todo ser pensante, en cariñoso afán de superación y en exultante fortalecimiento de la voluntad. Por eso tiene un sentido de elevación y de crecimiento enaltecedor la sacrificada pero enhiesta personalidad de Don Quijote. Por eso, también, con espontaneidad a la vez que con ahinco, existe en los hombres el deseo de encontrar la razón en los laberintos de la sinrazón, en tantas ideas y hechos desemejantes y, en veces, antagónicos. Así, de ese flujo y reflujo de pensamientos contrapuestos, de ese mare magnum de sentimientos encontrados, lo mismo surgen los propósitos altruistas que las más vituperables intenciones. De ahí, tal vez, que hablemos, con tanta lógica como insensatez, de la locura del hidalgo de la Mancha. Porque locura es, sobre todo en estos tiempos, la búsqueda de la justicia sobre la tierra, reacia al florecimiento del bien.

Todo ser humano, alguna vez, siente correr por las vértebras de su espíritu un soplo de anhelos generosos, cuando no un aluvión de reivindicaciones. Y es en esos instantes, cuando quisiera que la tierra cobrara otra fisonomía, un tanto encuadrada en los límites de la utópica geografía de la felicidad. El hombre ama la felicidad, la persigue con extremada obstinación, y con el fin de

alcanzarla, no vacila en tentar las más absurdas empresas. Por encontrarla, no sobrepesa obstáculos, ni recepta, con aguzado oído, las voces augurales del instinto. Nada ni nadie es capaz de frenar su impulsiva carrera hacia la cima de las esperanzas.

Del perecedero barro que envuelve la estructura psíquica del hombre estuvo conformado Don Quijote. "Don Quijote fué un personaje de carne y hueso, más todavía una persona de espíritu y ensueño, trashumante o dormitante en cada español del Siglo de Oro..."

Aquel Don Quijote endeble, pero ágil y audaz para la acción reparadora, tiene presencia real y permanente en los caminos del mundo y en la eternidad de los tiempos. Don Quijote ha llegado a constituir la encarnación del ideal, el crisol de la justicia. Y, si en un día cualquiera "vino a perder el juicio, por nuestro bien lo perdió; para dejarnos eterno ejemplo de generosidad espiritual. Con juicio ¿hubiera sido tan heroico? Hizo en aras de su pueblo el más grande sacrificio: el de su juicio. Llenósele la fantasía de hermosos desatinos y creyó ser verdad lo que es sólo hermosura. Y lo creyó con fe viva, con fe engendradora de obras, que acordó poner en hecho lo que su desatino le mostraba, y en puro creerlo hizolo verdad".

Acaso, con el poco meditado intento de restarle el hondo contenido humano que encierra la obra de Cervantes, con alguna frecuencia, se ha repetido que su objetivo primordial se encaminaba a combatir la lectura de los libros de caballerías; pero debemos recordar que "cuando Cervantes escribió su poema, no había ya nadie, ni aún en España, que desease la resurrección de la caballería andante". La categoría intelectual de Cervantes y su criterio bien afianzado en la realidad de su tiempo, jamás podían fijarle como meta o aspiración exclusiva de su obra, tan insignificante y, además, inútil finalidad. Si la preponderancia de tantos héroes legendarios había pasado ya de moda, o estaba por lo menos en la bruma de su definitivo eclipse, poco admisible nos parece suponer que su genio pretendiera, en un baldío empeño, declararles que

rra a muerte a Florisel, a Galaor, a Esplandián y a tantos protagonistas de fabulosas hazañas, cuyas glorias quizás a nadie interesaban, a los cuatrocientos y más años de su apogeo. Al contrario, el simple hecho de que fuera su pluma extraordinaria la que abordara semejante tema, habría servido más bien para lograr su resurgimiento. 'Miopes son quienes no alcanzan a ver entre líneas su sonrisa irónica al tratar el mismo de empequeñecer el alcance de su creación admirable'.

De las palabras pronunciadas por el Canónigo en el capítulo XLVIII del Quijote, un autor contemporáneo deduce, en un amplio y erudito ensayo, que Cervantes concibió como proyecto inicial, la composición de un libro de caballería; pero que, después de escribir más de cien páginas, no llegó a terminarlo, porque comprendió ya en el trabajo de narrar la vida y aventuras del hidalgo de la Mancha. Así, pues, de tan prolijo estudio se desprende que "el libro que Cervantes hizo" no es el que se propuso hacer en un comienzo.

En la definitiva novela de Cervantes, "Don Quijote es un hombre que piensa, habla y obra como lo haría un caballero andante de fines del siglo XII en todo lo que se refiere a la caballería andante, y que piensa, habla y obra en todo lo demás como un hidalgo bien intencionado y de buen entendimiento de su propio tiempo".

Observado así el advenimiento del Quijote, no puede menos de advertirse la evidencia de un anacronismo: Don Alonso Quijano el Bueno, tornado caballero andante, vaciado en los moldes del siglo XII, actúa en los inicios del siglo XVII, en un medio social absolutamente diverso de aquél en que perpetraban sus hazañas tan desorbitados personajes. Inevitablemente, aquel anacronismo tenía que originar los contornos cómicos del aguerrido manchego, por más que en su interior se agitara un espíritu bañado en sangre de tragedia y heroísmo.

Claro que para amenguar tamaña anomalía, Don Quijote tenía que adolecer de un acentuado desequilibrio mental. Pero

éste no es tan claro y convincente como para que el calificativo de "loco" le fuera inequívoca y unánimemente adjudicado. Pues, el propio autor lo sabía de sobra, por eso puso en boca de otro importante personaje de la obra, el Cura, esta certera observación: "fuera de las simplicidades que este buen hidalgo dice tocantes a su locura, si le tratan de otras cosas discurre con bonísimas razones, y muestra tener un entendimiento claro y apacible en todo".

Iguales o parecidas apreciaciones surgen de labios del Caballero del Verde Gabán y de los de su hijo, en estas concluyentes y antitéticas palabras: "loco cuerdo y cuerdo loco", "entreverado loco lleno de lúcidos intervalos". "Mezcla de cordura y de locura", diría más tarde un crítico extranjero.

Acaso, de esta enajenación circunstancial, impuesta a Don Quijote por su creador, pueda en cierto modo inferirse que el primitivo proyecto de Cervantes se encaminaba a realizar un libro de caballería; pero que luego modificó, o más bien dicho transformó su propósito. Subsistía el héroe, un caballero andante de la Edad Media, pero encuadrado en la fría realidad del Siglo de Oro. Se mantenía la presencia de un personaje sustraído a los fantásticos castillos de bien lejanos tiempos. Pero el supremo acierto del Quijote "estriba en que por medio de un hábil y fecundo anacronismo Cervantes quiso poner de presente las injusticias y errores de su época haciendo vivir y agitarse en sus propios días y en tierras de España a un ente singular que vivía imaginativa y realmente cuatro siglos antes, en el mundo moral, de la edad media. Si Don Quijote hubiera sido creado para figurar en la edad media, como parece habérselo propuesto Cervantes primeramente, habría salido una novela histórica del tipo de Amadís de Gaula o de otras de aquella época..."

Es también harto notorio que la profesión de caballero andante ejercida por Don Quijote, no difiere en mucho de la estrictamente desempeñada por el más célebre de ellos, el galante adorador de la princesa Oriana, y por tantos héroes de la fecunda época

de la andante caballería; solamente que al hidalgo de la Mancha lo contemplamos más humanizado. No deja de observarlo así, con su habitual penetración, don Marcelino Menéndez y Pelayo, cuando dice: "En Don Quijote revive Amadís; pero destruyéndose a sí mismo en lo que tiene de convencional, afirmándose en lo que tiene de eterno".



¿Pero existió, en verdad, Don Alonso Quijano el Bueno? ¿En realidad, cruzó por los extensos campos de la Mancha la desfigurada figura del más animoso caballero ardante? Tantas suposiciones se han hilvanado acerca de la presencia real, de la humana permanencia de Don Quijote sobre el mundo!

Se ha creído que fué una invención exclusiva de Cervantes. Se ha dicho que éste quiso representar en el esmirriado caballero a diferentes personajes de su tiempo. Se ha recordado, también, que cuando Cervantes estuvo en Argamasilla de Alba —un pequeño poblado de la Mancha— en la que sufriera una injusta prisión —en Cervantes hay que suponer injustos todos los vejámenes— conoció en alma y cuerpo a Don Alonso Quijano y concibió el proyecto de hacerlo protagonista de un libro imaginado quizás en ese momento. Ciertamente que la extravagancia de aquel pequeño gran señor de aldea pudo haberle inspirado la composición de la célebre novela. Asimismo se ha llegado a suponer que por causas de aquel desagradable incidente —el de la detención en la cárcel de Argamasilla— surgió la frase inicial de la obra, tan repetida por infinitos labios: "En un lugar de la Mancha, de cuyo nombre no quiero acordarme"...

¿Por qué eligió Cervantes las vastas llanuras y los parajes de la Mancha para escenarios de las aventuras del Quijote? ¿Acaso, por haber nacido allí tan singular personaje; porque convenía

a sus finalidades de escritor la simplicidad del alma campesina, o porque en las ciudades la Santa Hermandad no le dejaría libertad para sus hazañas, y lo recluiría perpetuamente en una cárcel o en un manicomio? Probablemente esta última consideración pueda ser la más aceptable y valedera, aparte de la tradicional costumbre de los caballeros andantes de ejercer su ministerio en el abandono de los campos.

Cerca de cumplirse el tercer centenario de la aparición del Quijote, un eminente escritor español realizó un recorrido, seguramente el más completo, por todos los senderos que santificó con su apostólica peregrinación la desgarbada silueta del hidalgo manchego. Viaje tan lleno de cariñosa devoción, le llevó a reconocer las ruinas y a identificar la subsistencia de algunos de los lugares descritos en el libro de Cervantes.

Hunde Azorín su pensamiento en el pretérito y, lentamente, va contemplando, más que con sus propios y mortales ojos, con la mirada escrutadora y reverente del espíritu, las huellas del pasado. Por eso, fija sus impresiones con nervioso movimiento en las cuartillas vírgenes, para decirnos: "...Por esta misma parte por donde yo acabo de partir de la villa, hacía sus salidas el Caballero de la Triste Figura; su casa —hoy extensa bodega— lindaba con la huerta; una amena y sombría arboleda entoldaba gratamente el camino; cantaban en ella los pájaros; unas urracas ligeras y elegantes saltaran —como ahora— de rama en rama y desplegarían a trasluz sus alas de nítrido blanco e intenso negro. Y el buen caballero, tal vez cansado de leer y releer en su estancia, iría caminando lentamente, bajo las frondas, con un libro en la mano, perdido en sus quimeras, ensimismado en sus ensueños..."

Allí estaba, también, localizada en un pueblo de romántica apariencia, la casa que habitó Aldonza Lorenzo o Aldonza Zarco de Morales, como la nombra Azorín, tornada en mítica deidad y rebautizada con el almibarado nombre de Dulcinea del Toboso, por la fecunda fantasía del andariego Don Quijote. Y allí estaban todavía, con su pátina de siglos, los molinos de viento. Y la

Venta de Puerto Lápiche. Y la cueva de Montesinos. En fin, varios de los hitos perdurables en el accidentado camino que recorrió la endéble pero erguida humanidad de Don Quijote.

Existe, estereotipada en la conciencia de los habitantes de Argamasilla de Alba la certidumbre de que Don Alonso Quijano el Bueno vió la primera luz en esa aldea, y de que no pudo ser otro que Don Rodrigo Pacheco, cuya imagen, trasladada al lienzo por algún anónimo pintor de su época, medio borrosa, pero ungida por la mano del misterio, se conserva en la iglesia del lugar. ¡Quién pudiera esclarecer aquel enigma! Pronunciar la definitiva palabra. Y revelar la prístina, la absoluta verdad! Pero hay una nube de siglos sobre el mundo. Y sólo un reflejo de espirituales distancias alumbrá permanentemente los desolados campos de la Mancha!



Otra de las suposiciones bastante extendidas es la de que Cervantes con su libro quiso menoscabar el prestigio de España. Quizás se ha querido interpretar malintencionadamente ciertas frases y alusiones, como un pobre desahogo de resentimientos o enconos personales, tan ajenos al espíritu sutil y terso de ese autor. La creación de Cervantes no entraña solamente el nacimiento de una novela fantástica. Con bastante certeza se ha dicho que el Quijote refleja el panorama español de una época histórica. Claro que Cervantes, escritor de suma sensibilidad, observador perspicaz, a la vez que víctima de innumerables injusticias, tenía que pintar cuadros verídicos y trasladar a las páginas de su libro escenas de insospechable autenticidad; pero ello no implica desamor, menos afán de escarnecer a la propia tierra. En todo libro que roce, así sea levemente, la urdimbre sociológica de un pueblo, han de observarse expuestos, nítida o veladamente, reparos o censu-

ras a instituciones, leyes o costumbres merecedoras de enmienda. De esto a una pretendida intención de irrogar injurias o de lanzar denuestos contra la propia patria hay efectivamente una incalculable distancia. "Pintar una época determinada o reflejar el espíritu de ella, es una de las condiciones de la más alta poesía, cualquiera que sea su género". Con alguna sutileza, lo que se puede observar a través de la obra de Cervantes, es una especie de lucha existente entre Don Quijote y la sociedad de su tiempo. Esta beligerancia, justamente es una resultante obligada del anacronismo anotado por José Ignacio Escobar y del que nos hemos ocupado más arriba.

En Don Quijote rebasa los límites de su apasionado corazón el afán de ser útil a la justicia. Pero la justicia ha sido y será siempre una cosa de circunstancias; una especie de favor convencional, un productivo e inexahusto filón, y los encargados de ejercerla unos individuos de carne y hueso, por lo mismo, susceptibles del pecado de no administrarla brillantemente, sino con hórrida tardanza y, en ocasiones, sin acierto. Claro que han existido, como existen y, por suerte, existirán siempre, jueces probos, rectilíneos, intachables; pero, seguramente en número muy limitado. Alto, muy alto, es el concepto que a Don Quijote le merece la sagrada misión de velar por la justicia. Tal convencimiento le hace pronunciar estas palabras, en relación con su investidura de caballero andante: "...somos ministros de Dios en la tierra, y brazos por quienes se ejercita en ella su justicia". Esta obsesión de suponerse representante de la justicia divina le hace olvidar, o cuando menos dejar en plano de poca importancia a la dama de sus pensamientos, aunque antes de librar descomunales batallas con gigantes y malandrines, suele poner bajo su amparo el éxito de la inminente acción. En cambio, su lealtad a la justicia está como clavada, inmovible, en su pensamiento. Esta santa locura de ser justo lo ha acompañado a la posteridad como su más excelso blasón. El mundo requiere tanto de la justicia! Cada día en más reales aplicaciones; y en relación inmediata con la de-

lincuencia que ya casi predomina en él. Pequeñita quedaría en los años que corren la desconsolada queja de Sancho, consignada en estas veraces palabras: "...las cosas que han de suceder en este valle de lágrimas, este mal mundo que tenemos, donde apenas se halla cosa que esté sin mezcla de maldad, embuste y bellaquería".

El fondo humano del Quijote, que tanto de alegre y doloroso contiene, adquiere un matiz excepcional con las afortunadas intervenciones de Sancho, el irremplazable escudero. El menudo hilván de refranes de que hace gala en toda oportunidad, no es otra cosa que una exaltación de la sabiduría popular. No es muy aventurado suponer que Cervantes recogió tanto proverbio de las mismas fuentes de origen: merced a su constante trato con la soldadesca, al rozamiento con toda clase de gentes y, acaso, al forzoso contacto con empedernidos visitantes de cárceles, que le facilitó el infortunio. Sabía don Miguel que "no hay refrán que no sea verdadero". Por eso depositó esta misma frase en labios de Don Quijote, aunque también le impuso una reconvención a Sancho, por el uso y abuso de los refranes, observándole que algunos "más parecen disparates que sentencias"... Con reducidas excepciones los hombres de legítima cepa española han tenido en todo tiempo una singular disposición y una como insustituible amenidad para referir anécdotas e intercalar en las conversaciones refranes y apotegmas, así no sean de la mejor factura. Por ellos corre la savia de la experiencia, no desprovista de una elemental filosofía. "Dése hoy el valor que se quiera a los refranes, es lo cierto que su significación en Cervantes ha de percibirse históricamente y a la luz de las características generales de su pensamiento, ya bastante claras para nosotros. Los proverbios no aparecen aquí amontonados como en los refraneros, ni artificiosamente engarzados como en *La Dorotea*, de Lope de Vega, sino que surgen como emanación espontánea del espíritu de Sancho. Frente a este tema, Don Quijote se hará portavoz de la crítica: "¿Dónde los ha-

llas, ignorante, o cómo los aplicas mentecato, que para decir yo uno y aplicarle bien, sudo y trabajo como si cavase?"

Sancho Panza tendría muy poco significativa presencia en el Quijote, si no llevara consigo, almacenada en la memoria, tan grande y bien lograda cosecha de refranes.

No era invariablemente regocijada la participación del escudero en la carrera de aventuras que persiguiera su señor. El también solía sumirse en sosegadas meditaciones. Por eso, cuando Don Quijote, admitiendo el encantamiento de Dulcinea, lamentara el suceso con estas acongojadas expresiones: "...ya veo que la fortuna, de mi mal no harta, tiene tomados los caminos todos por donde pueda venir algún contento a esta ánima mezquina que tengo en las carnes", entre otras circunspectas reflexiones, le endilga esta insólita respuesta: "señor, las tristezas no se hicieron para las bestias, sino para los hombres; pero si los hombres las sienten demasiado, se vuelven bestias..."

Pero hay algo más elevado, más sublime en la creación maravillosa de Cervantes. No es extraño advertir en las cautivantes páginas del Quijote que, de la mismas llagas sangrantes que lo hacen doloroso, se desprenden claridades de mediodía y fulgores de luna entera, que iluminan no solamente las superficies vastas y tranquilas de la conciencia universal, sino también las breñas de los precipicios y las entrañas de los ríos abismales y sórdidos que en su interior serpentean. Mana de ese libro máximo un gran poder receptivo de todas las armonías cósmicas y de todos los ecos infinitos, que únicamente es posible recogerlos, con absoluta nitidez, en los ámbitos magnos del silencio. Cruza también por esa nueva biblia de los hombres, el galope piafante de la vida y las trenzadas e inconsútiles espirales de las fugas eternas. Algo imposible de definir con imágenes, signos o palabras. Algo que, concisamente, todos los humanos hemos incidido en llamar el Ideal.

Pero el Ideal no ahuyenta la oscuridad de los espíritus mezquinos. No llega hasta el pensamiento de los hombres, cuando

éstos persiguen sólo la satisfacción de perecederos y menguados egoísmos. Ni fructifica en la conciencia estéril de quienes llevan sus plantas por las encrucijadas de la perfidia, de la ingratitude, del crimen.

El ideal vive y perdura —sobre pirámides de siglos— en la mansedumbre, en el desprendimiento y en el amor del Nazareno. En la vida grande y abnegada, en el fervor libertario, en el heroísmo, “heroísmo en el sacrificio que es la santidad de lo heroico”, de Bolívar. En la humana solidaridad y en la sacra locura justiciera de Don Quijote de la Mancha. El Ideal se hospeda únicamente en los espíritus de gigantescas dimensiones. En Jesucristo, Bolívar, Don Quijote: “los tres grandes majaderos de la humanidad” que dijera el segundo, en un instante de intensa pesadumbre y de amarga comprobación de la miseria de los hombres. Les hizo el don de la libertad; pero no aprendieron lealmente a amarla ni a practicarla sin ruines ambiciones. Pero el ideal se mantiene glorioso, inmarcesible. Es eterno.

Casi todas las aventuras de Don Quijote dejan en el alma del lector un sedimento de tristeza. Es que para leerlas, no hay que dejar abiertas las espitas de la carcajada inconsciente. Menester es recapacitar en las finalidades altruistas del buen hidalgo manchego. Ciertamente que los embates de la realidad dan al traste con su bien equipada caravana de ensueños; pero el espíritu, ese bien equilibrado espíritu del héroe; no se amilana ni se desconcierta. De las magulladuras que le produce la inopia mental de los beneficiarios de su martirio, retoñan nuevos bríos para futuras acciones, más difíciles quizás, pero encaminadas todas a la consecución de encumbrados ideales. Allí reside, justamente, la fortaleza espiritual del Quijote. De su pobre cuerpo maltrecho, de sus heridas que manan sangre redentora, se desprenden, asimismo, hilitos de luz pura, de cárdena luz invisible a las pupilas hartas de contemplar solamente la magnitud de lo grotesco.

Pero vibrando están sobre el humano desorden de la risa, tus palabras cariciosas, las voces de tu espíritu, la armonía del ideal

en tu lenguaje eterno. El ideal! La pureza del ideal que te obsesaba, ¡oh, loco insigne!, pone diamantes de abnegación en tu sendero tormentoso. ¡Loco sin paralelo, "sublime loco razonador, escucha cómo los que aún conservan la razón que perdiste, de tí se ríen, de tí se burlan al ver cómo pagas con dolor de tu cuerpo y daño de tu bolsa lo que osó tu alma, nido de quimeras: porque los cuerdos, loco, no tienen piedad, los cuerdos no saben compadecer y han olvidado, mucho antes que tú entrases por los caminos de la locura, las sendas de la misericordia".

## BIBLIOGRAFIA

- Miguel de Cervantes Saavedra. — El Ingenioso Hidalgo Don Quijote de la Mancha. — Iberia. — Joaquín Gil, Editor. — Madrid. — Barcelona. — Valencia. — 1933.
- José de Armas. — El Quijote y su época.—Ed. Renacimiento. — Madrid. — Buenos Aires. — 1915.
- Jaime Fitzmaurice-Kelly. — Miguel de Cervantes Saavedra. — Trad. de B. Sanin Cano. — Oxford. — 1917.
- Miguel de Unamuno. — Vida de D. Quijote y Sancho. — Madrid. — Librería de Fernando Fe. — 1905.
- Gregorio Martínez Sierra. — Motivos. — (La tristeza del Quijote). — Garnier Hermanos, Libreros-Editores.—París.—1905.
- José Enrique Rodó. — El Mirador de Próspero. — José María Serrano, Editor. — Montevideo. — 1913.
- José Ortega y Gasset. — Meditaciones del Quijote. — Publicaciones de la Residencia de Estudiantes. — Madrid. — 1914.
- Azorín. — La Ruta de Don Quijote. — Renacimiento. — Madrid. — 1916.
- Manuel de Montoliu. — Vida de Cervantes. — S. A. Industrias Gráficas, Seis & Barral Merms. — Editores. — Barcelona. — 1920.
- Américo Castro. — El pensamiento de Cervantes. — Imprenta de la Librería y Casa Editorial Hernando (S. A.) — Madrid. — 1925.

- Montalvo y sus comentadores. — Talleres Gráficos de la Escuela de AA. y OO. — Quito-Ecuador. — 1932.
- Miguel de Cervantes Saavedra. — Novelas Ejemplares. — Editorial Losada, S. A. — Buenos Aires. — 1938.
- José Ignacio Escobar. — Apuntes para un estudio sobre el sujeto del Quijote. — Bogotá. — Editorial Minerva, S. A. — MCMXXXIX.
- Cultura Soviética. — Instituto de Intercambio Cultural Mexicano-Ruso. — Iván Turgueniev: Hamlet y Don Quijote. Nos. 26 y 27. — México. — Diciembre de 1946 y Enero de 1947.
- Gabriel Cevallos García. — Caminos de España. — Editorial Austral. — Cuenca-Ecuador. — 1947.
- Don Quijote de la Mancha. — IV Centenario de Miguel de Cervantes Saavedra. — 1547—1616. — Servicio de la B. B. C. — Londres. — 1947.
- Cervantes. — Vida y Obras del Príncipe de los Ingenios. — Editorial Kapelusz & Cía. — Buenos Aires. — 1947.
- Atenea. — Revista Mensual de Ciencias, Letras y Artes, publicada por la Universidad de Concepción (Chile). — N<sup>o</sup> 268. — Octubre de 1947.

## NUESTRA MESA DE LIBROS

**LUIS L. FRANCO:** "Rosas entre anécdotas". — Biblioteca de Escritores Argentinos, Vol. 33. — Editorial Claridad, S. José 1621, Buenos Aires. — \$ 5,00 m. arg.

El poeta Franco, autor de una interesante biografía del dictador don Juan Manuel de Rosas, titulada "El otro Rosas" publicada por la misma editorial rioplatense, viene a aportar, en este volumen de anécdotas, precedido de una interesante exégesis del ser-tido esencial de las anécdotas coleccionadas, el "cuerpo documental" de su biografía. Aún para quién no haya podido leer dicho libro, éste que reseñamos tiene suficiente encanto, pues la exégesis preliminar sirve de suficiente interpretación y de clara situación histórica e ideológica del asunto tratado, y las anécdotas están sabrosamente buscadas y encontradas, dando, en su feliz concatenación una imagen del héroe consecuen-te con la que el autor quiere mostrar. El poeta Franco comienza manifiestan-

do que no se trata de un libro imparcial. Esto, que está mal cuando se tiene la pretensión de hacer un libro científico, que debe ser neutral, frío, justo, está, en cambio, bien, si se quiere hacer un libro de combate. Y esto es, justamente, lo que Franco se propone desde que escribió "El otro Rosas". Dice, expresamente en la exégesis inicial, que quiere destruir el mítico Rosas que los fascistas argentinos han venido fabricando. El Rosas protector del gauchaje, el Rosas defensor de la integridad argentina, el Rosas creador de la nacionalidad, el Rosas patrocinador de la Iglesia, todos esos aspectos del Rosas mítico del fascismo argentino tiende a ser destruidos por el anecdótico recogido por Franco. Es indiscutible que, en gran parte, los testimonios acumulados llegan a convencer, si bien, naturalmente, hay que estar ya prevenido contra todo dictador para que el convencimiento se verifique. Digo esto, porque se puede acritar a los que relatan las anécdotas, todos ellos en su mayoría contemporáneos del Dictador, de enemigos personales

suyos. En verdad, los autores del anecdotario dejan escapar ciertas calificaciones definidoras: "el monstruo", "el sangriento", el "falso gaucho", son frecuentes modos de designarlo. Si bien hay algunos testimonios como los de Domingo F. Sarmiento, Lucio V. Mansilla y Vicente Fidel López, próceres de la cultura no solamente de la Argentina, sino de América, no pueden ser negados en su esencia, ya que ellos no mintieron jamás, pueden, en cambio, tacharse de exagerados, o de mal interpretados, especialmente en los casos de Sarmiento y López, contemporáneos y enemigos personales del dictador. El caso de Mansilla es disdinto, ya que él era sobrino carnal de Rosas y éste lo amaba —en la medida en que ese voraz egoísta podía amar. Son, en cambio, todos estos testimonios, de un interés apasionante. Hay el muy curioso de Darwin, que es favorable al Dictador, si bien, años después, el gran naturalista escribió una posdata desilusionada. De todos modos, queda algo siniestro, una especie de escalofrío, cuando se termina de leer el anecdotario. En muchos sitios, la impresión se asemeja a la que se tiene de Estrada Cabrera, el dictador guatemalteco retratado tan asombrosamente por Miguel Angel Asturias en su novela "El señor Presidente". O del dictador García Moreno, en el relato que de la muerte del Dr. Juan Borja hace el ex-presidente Antonio Borrero Cortázar. O de Juan Vicente Gómez, tal y como lo pinta Blanco Fombona en "La bella y la fiera" y "La mitra en la mano". He leído relatos

contemporáneos del dictador dominicano Trujillo, episodios de la lucha contra Machado en Cuba, la vida de Prestes relatada por Jorge Amado, en la que se cuentan hazañas sangrientas de Getulio Vargas, y una estrecha similitud surge de todos estos grandes hombres, que para cimentar su poder pisotearon al pueblo de sus países y destrozaron con feroces manos implacables la dignidad humana. El libro de Franco es una comprobación más de que todos los dictadores se parecen.

A. C.

**CELEDONIO NIN Y SILVA;**  
Introducción al estudio de las religiones. — Prólogo del doctor Nicolás Repetto. — Biblioteca de Autodidacto, Vol. 3. — Editorial Claridad, S. José 1621, Buenos Aires. — \$ 5 m. arg.

El Prof. Nin y Silva, tan conocido en los medios universitarios de América por sus obras "Historia de la Religión de Israel", "La libertad a través de la historia" y la "Historia Política de los Papas", obras todas ellas monumentales, acaba de hacernos entrega de un libro de realización e intención igualmente valiosas: este tratado de las religiones, escrito con confesado espíritu pedagógico. Es, en realidad, un texto resumido, para uso de escuela secundaria, de historia y filosofía de las religiones. El profesor confiesa que el origen de este libro está en la deficiencia del texto oficialmente usa-

do en la cátedra de Historia de las Religiones en las escuelas secundarias y normales del Uruguay, patria del autor. Dicho texto oficial, dice, está escrito parcialmente, es decir, presenta la historia de las religiones no desde un punto de vista científico, ecléctico y frío; sino desde el punto de vista católico, de los adherentes a una religión determinada. Entonces, dicho texto se convierte, no en una visión estrictamente científica y desapasionada de la historia de las religiones, sino en una apasionada apología católica, tendiente, no a mostrar la raíz y el desarrollo histórico de las varias ideas religiosas, sino la superioridad de la religión católica sobre sus competidoras, a las que denigra y desfigura. La labor del profesor está en no parcializarse y en mostrar, desde el punto de vista de la ciencia, la materia que enseña. El profesor no es un panegirista, ni un apóstol, ni un predicador. El profesor es un guía objetivo, sereno, neutral, laico. El libro del profesor Nin está hecho sobre este seguro criterio. Dueño de una honesta información de vasta amplitud, historiador como es in-extenso de la religión de Israel y de la católica, el autor dispone de la suficiente anchura de conocimientos para ordenar, clasificar y exponer. No hay en su obra crítica religiosa desde el punto de vista religioso, sino crítica desde el orden científico. Utiliza las últimas conquistas de la etnología, la antropología, la crítica histórica, la economía política, la sociología y el psicoanálisis, aplica las conclusiones de modernas investiga-

ciones profundas, y consigue un aceptable texto de tan importante materia. Materia que, si se pudiera conseguir sea enseñada con el criterio del profesor Nin, sería deseable de que se establezca en el pensum secundario de nuestro país; pero que, como es seguro de que rápidamente se convertiría en un cátedra de catecismo, es mejor que no se establezca. Se falta deja en la educación del joven una laguna sensible, pero su establecimiento en la errónea forma en que está vigente en el Uruguay, según la información del Prof. Nin, traería mayores daños, ya que desvirtuaría más el estatuto constitucional de nuestra enseñanza, que es laico inexorablemente. Este aparte de la educación deberá, pues, estar confiado a la voluntad autodidacta del estudioso, y —así lo ha comprendido la Editorial Claridad, en vista de que en la Argentina las condiciones de neutralidad pedagógica en materia de historia de las religiones no son más halagadoras que entre nosotros —por ello está publicado en esta valiosísima "Biblioteca del Autodidacta", uno de cuyos volúmenes iniciales es el Panorama de la Literatura Universal del poeta Martínez Estrada, obra de gran clarividencia y profundidad. El libro del Prof. Nin es de utilidad grande, y debería ser leído y estudiado por la mayoría de los hombres de cultura que, dedicados a otras ramas del saber, no tienen tiempo suficiente para estudiar in-extenso el inquietante y trascendental mundo de la historia de las religiones.

A. C.

Este libro es propiedad de la Biblioteca  
Nacional de la Casa de la Cultura  
SU VENTA ES PENADA POR LA LEY



# CASA DE LA CULTURA ECUATORIANA

QUITO-ECUADOR

1947

CASILLA 67

BENJAMIN CARRION,  
*Presidente.*

Dr. PIO JARAMILLO ALVARADO,  
*Vicepresidente.*

HUMBERTO MATA MARTINEZ,  
*Secretario General.*

## SECCIONES:

### Literatura y Bellas Artes

Representante por la Crítica Literaria:

Dr. Benjamín Carrión

Representantes por la Novela:

Sr. Jorge Icaza

Sr. Enrique Gil Gilbert

Representante por la Poesía:

Lic. Alejandro Carrión

Representante por los Autores Dramáticos:

Sr. Pedro Jorge Vera

Representante por el Periodismo:

Lic. Leopoldo Benites Vinuza

Representante Profesional por las Artes Plásticas:

Sr. Eduardo Kingman

Representante por las Artes Musicales:

Sr. Belisario Paña

### Ciencias Jurídicas y Sociales

Representantes por las Ciencias Sociales y Políticas:

Dr. Pío Jaramillo Alvarado

Dr. Angel Modesto Parodas

Representante por los Estudios Internacionales:

Sr. Gonzalo Zalumbide

Representantes por las Ciencias Económicas:

Dr. Angel F. Rojas

Dr. Eduardo Riofrio Villagómez

Representante por las Ciencias Jurídicas:

Dr. Alfredo Pérez Guerrero

### Ciencias Filosóficas y de la Educación

Representantes por las Ciencias Filosóficas:

Dr. José Rafael Bustamante

Sr. Jaime Chaves Granja

Representantes por las Ciencias de la Educación:

Lic. Jorge Bolívar Flor

Dr. Carlos Cueva Tamariz

### Ciencias Histórico-Geográficas

Representante por la Arqueología y Etnología:

Sr. Carlos Zevallos Menéndez

Representante por la Investigación Histórica:

Sr. Abel Romeo Castillo

Representante por la Geografía:

Rvdo. P. Juan Morales y Eloy S. S.

Representante por la Historia Propiamente Dicha:

Sr. Isaac J. Barrera

### Ciencias Biológicas

Representantes:

Dr. Jorge Escudero

Dr. Julio Endara

### Ciencias Físico-Químicas y Matemáticas

Representantes:

Dr. Julio Arúz

Ing. Jorge Casares



**\$ 5,00**



**R0597**

**Hemeroteca (Año 1947 Núm.5)  
PP 0-0001**

**Edit. Casa de la Cultura**